

A top-down view of a white ceramic cup filled with a vibrant red liquid, resting on a matching white saucer. The cup and saucer are placed on a dark, textured wooden surface. Several intricate white lace doilies are scattered around the cup, some overlapping it. The lighting is dramatic, highlighting the rim of the cup and the texture of the lace.

SARA LIS

Secretos bebidos en el agua

E

SELECCIÓN

Juvenil paranormal

Secretos bebidos en el agua

Sara Lis



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Sara Lis

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-825-9

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Dedicado a mi hijo, Hugo, que es mi pedacito de cielo, y que siempre me ha confirmado que la imaginación no tiene límites. Y a mi marido, Amador, que es la razón de que haya podido expresar los sentimientos románticos de esta historia, y que en mis horas bajas me animaba diciéndome: «Escribe, escribe, que lo que estás haciendo es muy bonito». A los dos, os quiero.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Promoción

Capítulo 1

CAMBIOS

Irlanda, mayo de 1935

En Cashel, una villa ubicada en la zona central de la República de Irlanda, el tiempo solía ser neblinoso y repetidamente lluvioso. Pero aquel día no. Aquel día los estudiantes del colegio de Reymory's nos desarmamos algunas extremidades del cuerpo, con la esperanza de que el sol radiara en nuestra dermis ocasionando algún ápice de color.

Sentada enfrente de mi pupitre de clase, sentía cómo los ardientes rayos solares me calentaban intensamente tras la ventana creando un efecto invernadero, pero, al no estar acostumbrada a tan alta temperatura, mi cuerpo se amodorraba y gozaba como si fuera el de un lagarto. Mientras, apoyaba la cabeza entre mis manos, observaba el pintoresco cielo azul, sintiendo por instantes cómo me trasladaba hacia otro universo.

De repente, una desafinada e irritante voz repetía mi nombre sin cesar en la lejanía, y yo notaba su presencia cada vez más cercana.

—¡Erin, Erin! ¿No me oye, señorita Erwine? —Tal desagradable tono me obligó a resurgir de mi ensimismamiento de inmediato.

La señorita Clarens me miraba con el ceño fruncido y una espantosa cara de enfadada. Su rectitud era plasmada en cualquier pequeño detalle que definiera su fachada; su impecable moño repleto de afiladas horquillas; el negro y pulido traje formal, exento de arrugas, que conjuntaba con la camisa color marfil que lucía diariamente (su uniforme impoluto nos hacía creer que salvaguardaba en su casa un armario colmado de copiados modelos, ya que esa inmaculada pulcritud era imposible que aguantara más de un día instructivo); y sus lentes completamente transparentes, que retaban a

cualquiera que tuviera un dedo cerca para comprobar la veracidad de sus cristales.

La señorita Clarens era mi profesora y la llamaban «cara de cera», debido a que no la habían visto sonreír en toda su dedicada vida docente.

—¡Sí! —contesté apurada.

—Diríjase al despacho del director inmediatamente—musitó de manera imperativa.

Me puse en pie y coloqué la silla pegada al pupitre, notando las miradas de todos los compañeros en mi nuca.

Fui de camino, dispuesta a aventurarme por el gran laberinto de pasillos interminables de la escuela, ya que era la más grande de toda Irlanda y hacía falta una eternidad para ser capaz de orientarse en ella. La edificó un padre millonario que creía que la anterior no era suficientemente majestuosa, casta, y monumental para su único hijo (caprichos de egocéntrico adinerado).

Mi familia, en concreto mis abuelos, eran muy influyentes en el pueblo y no tuve ningún problema en entrar habiendo largas listas de espera. No obstante, la gran importancia de dicha escuela me pesaba enormemente; por lo visto los deportes o actividades no lucrativas que yo solía practicar no estaban bien contemplados y ocasionaban reuniones no deseadas y comprometidas promesas, o mejor dicho: importantes donaciones que conceder entre familia y director.

Entretanto, el fastidio me reconcomía... «¿Qué diablos podría haber hecho esta vez? Quizá alguien me vio meterle aquel simpático ratón en el bolso de la Srta. Clarens, ¡jajá!». Recordar el momento me provocó a mí misma una risotada divertida.

Hasta que un presentimiento me invadió enfureciendo todo mi ser... «¡Claro! seguro que ha sido el imbécil de Wido; me amenazó con que me delataría. Al parecer todavía no ha superado la broma que le hicimos el pasado verano, cuando le llenamos de renacuajos el vaso de agua del comedor repleto. ¡Dios santo!, me acuerdo de que ingirió la mitad del recipiente hasta que se dio cuenta. ¡Puaj!, ¡qué asco! De todas maneras, eso

no le da derecho a ser un soplón. ¡Me las pagará!», pensé crispada.

Después de haber subido dos pisos y de rotar varias esquinas, me encontraba frente a la puerta del temido Sr. Jenkins, «el director».

El Sr. Jenkins se había creado una temible fama a lo largo de los años, debido a sus extraños ensayos pedagógicos a puerta cerrada con algunos alumnos. Cuentan que ciertos castigos se derivaban a obligarles a realizar impúdicos tocamientos en sus miembros y sus partes más impuras e íntimas, no dejándoles parar hasta ser plenamente complacido. Si se resistían, eran maniatados y amordazados hasta asestarles unos cuantos latigazos con una toalla húmeda que, según dicen, lo hacía porque no dejaba marca y, si alguno se armaba con el suficiente valor para inculparlo, la historia no se basaría en ninguna prueba.

Era un anciano muy agradable y lento de reflejos, que plasmaba un brillante trato con los padres y una relación jovial con sus hijos, cuando ellos estaban presentes claro. Pero la realidad deformaba cualquier bella apariencia que pudiera tener ese señor, y era que el colegio era reinado por una figura depravada y maquiavélica que desataba su mente enfermiza y enturbiada con los más inocentes. Yo estaba segura de que si en algún momento me encerraba en su oscuro despacho, le propinaría cientos de patadas y arañazos hasta excomulgarlo de sus peores pecados.

Me abroché la chaqueta del uniforme y subí el nudo de mi corbata. Tragué saliva y piqué a la puerta. ¡Pom pom!

—Pase, Srta. Erwine. —Se escuchaba en voz alzada la afónica voz del Sr. Jenkins detrás de la puerta.

Giré el pomo con sigilo y empujé. Vi al Sr. Jenkins de pie, vestido con el traje diplomático habitual, pero esa vez en azul marino, mirando penetrante a través de sus gruesos y antiestéticos lentes. Al abrir un poco más la puerta, encontré junto a él al respetado «señor Gael Erwine» (mi abuelo), y expiré de alivio.

Mi abuelo, erguido como un general de altos mandos, que llegaba casi a alcanzar los dos metros de longitud, se sujetaba firmemente con su

inseparable garrota de acero puro, la cual llevaba elaborados ribetes de color oro en el puño, que le daban forma a una fierísima cabeza de león muy bien lograda. Sus ensanchadas espaldas presumían de llevar la chaqueta del traje como un retirado gánster italiano, incluso favorecía más el papel, ocultando su despejada y pigmentada cabeza por el transcurso de la edad, con un inspirador sombrero. La intimidante figura del señor Gael Erwine aumentaba a medida que gesticulaba y dialogaba con una varonil voz, marcando varios imponentes silencios entre frase y frase, que desconcertaba a cualquiera, sin atreverse a decir palabra.

«Pero... ¿qué hace mi abuelo aquí?», medité confusa allá plantada. Los dos me miraban con caras largas y de mera preocupación, que ratificaban malos augurios.

—Pase, señorita Erwin. ¡Vamos, no se quede allá en la puerta! —Obedecí y retomé unos pasos hasta el centro.

—¿Qué ocurre? pregunté curiosa.

Don Gael me cogió de la mano y me miró fijamente a los ojos aguantando la compostura.

—Tus padres han sufrido un desgraciado accidente de automóvil, y me temo... que han fallecido. —Me quedé atónita y, mientras Gael y el Sr. Jenkins me dedicaban palabras de sostén, notaba cómo mi alma levitaba hasta lo más alto y dejaba, por un momento, mi mundo atrás.

En cuanto me di cuenta, estaba sentada en el asiento de atrás del flamante automóvil de mi abuelo dirigiéndome hacia algún lugar. Intenté centrar la cabeza para aclararme.

—¿Adónde vamos? pregunté al riguroso don Gael.

—Ahora vas a vivir conmigo, pequeña Erin —aclaró sin más.

Yo miraba la ventanilla con la misma expresión de estupefacción que antes, observando pasar rápidamente cientos de imágenes desenfocadas que se convertían en una paleta de colores cambiantes, y seguí con mi mente difusa, sin mencionar ni una sola palabra sobre tal horrible catástrofe.

Llegamos a la enorme verja de la casa del patrón; estaba forjada de hierro,

y en el centro de sus interminables barrotes ilustraba varias figuras de mandalas geométricas perfectamente delineadas con detalles dorados en sus entresijos, al igual que en las puntas de sus afilados largueros. En un instante empezaron a abrirse las puertas dejando un desagradable ruido chirriante en el ambiente.

Recorrimos unos largos metros más en auto, hasta rodear una ensombrecida fuente que, debido al apresurado desarrollo y al poco mantenimiento de la hiedra, buena parte de ella permanecía oculta. Pero en la cima de gran altura, se asomaba con buena visibilidad un simpático y sonriente ángel, despojado de sus ropas, que tocaba alegremente la siringa. Aquel monumento intuía al visitante de que memorablemente había sido un dichoso y animado lugar o, al menos, alguien así había presidido la morada.

Tras fijarme unos minutos en la peculiar fuente, recordé las divertidas historias que mi madre melancólica me explicaba sobre su infancia, jugando en la fuente de la entrada. Le encantaba refrescarse continuamente en los surtidores más densos, pero con lo que más disfrutaba era atrapando ranas y renacuajos en latas oxidadas que, por desgracia, cuando se le intentaba escapar alguna saltarina..., la encerraba de nuevo tan rápidamente en el recipiente que a veces, con los cortantes bordes, le mutilaba sin querer sus pequeñas y resbaladizas extremidades, haciéndolo sentir una persona vil sin escrúpulos, pero al poco rato se le pasaba y retomaba la pesca. Aseguraba que cada anochecer de verano se apoyaba en su ventana y escuchaba intensamente la ópera que protagonizaban aquellos escandalosos anfibios.

Yo estaba convencida de que había heredado casi completamente su revoltosa genética, dado que a ella le incordiaba hasta el punto de ofuscarle enormemente tener que mantener la compostura de señorita; su rebelión estaba tatuada en mí. Ciertamente, una tarea que lograr bastante difícil para mi renombrada abuela; inquirir en la educación de una niña bien avenida se convirtió en la pesadilla de mi querida abuela, que descendía de raíces y de finura puramente burguesas. Cuando mi madre cumplió casi la mayoría de edad, la dejó por imposible y se dedicó felizmente en totalidad a reunirse con

sus amistades y tomar el té de la tarde hasta por la mañana.

La casa del señor Gael era casi prehistórica: había sido heredada por los bisnietos de los tataratatarabuelos de mi abuela, pero, por lo natural, todos habían fallecido y los únicos familiares más cercanos eran mi abuelo, mis padres y yo. Bueno, ahora mi abuelo y yo.

La vivienda era irlandesa y grandiosa, la cual había perdido el encanto tras catorce años desde el fallecimiento de la señora de la casa. El jardín (si se le podía llamar así) estaba repleto de plantas moribundas que le daban un aspecto tétrico, descuidado y un tanto cochambroso. Las paredes yacían desconchadas y con pintura desgastada; además de un mal mantenimiento, su prominencia primitiva no ayudaba. En vez de una casa parecía «el castillo de las tinieblas».

Después de aparcar el auto enfrente de la residencia, subimos los seis anchos peldaños que encaminaban hacia la puerta de entrada, agarrándome de la baranda, que se aguantaba por unos esbeltos y fornidos balaustres. Sacó una llave de tamaño considerable para ser simplemente un objeto que abría un portillo, la puso en el cerrojo de aquella puerta ancestral, y girando dos vueltas se abrió.

Nada más entrar, me llamó la atención el pintoresco lienzo de tamaño natural que colgaba en el vestíbulo: mostraba a Máire (mi madre) como una diosa de los poderosos cielos ovacionada por decenas de discípulos que se arrojaban a sus pies.

Por lo que tenía entendido, en aquella casa, cada vez que alguien de la familia fallecía, se lo retrataba como símbolo de respeto y recordatorio. Claro que a mi padre no lo encontré ilustrado en ninguna pared; y con mi abuelo, que presidía la morada, probablemente no lo hallaría jamás.

De todas formas, el pintor contratado en nuestra familia era raudo y veloz como la lengua de un camaleón, ya que apenas habían pasado veinticuatro horas desde la desgracia y ya mostraba ilustrada su obra maestra. O eso..., o su peculiar arte no desprendía mucho trabajo.

Decenas de retratos de distintos tamaños estampaban el liso papel vainilla

que revestía todo el interior (mientras mayor era la importancia en la familia, mayor era el tamaño del cuadro). Y como en ese entonces mi abuelo gobernaba la hacienda, la mayoría de los cuadros eran de reducido tamaño, excepto el de mi abuela y el de mi madre.

Enseguida don Gael empezó a llamar a la ama de llaves rudamente:

—¡Muriel, Muriel!

Ella se presentó con paso apresurado. Muriel llevaba cuarenta y cinco años sirviendo a la familia de la difunta señora de la casa, y todos sabían que no soportaba el mal humor del viejo, pero ya no tenía adónde ir, así que se conformaba con hacerse la sueca de vez en cuando.

—Dígame, señor: ¿desea algo? dijo Muriel muy predispuesta.

—¡Sí!, a partir de ahora mi nieta Erin vivirá con nosotros. Acompáñela a su dormitorio y dispóngaselo.

—¡Sí, señor! respondió de nuevo como si de un capitán se tratara—. Acompañeme, Srta. Erin—musitó cambiando a un tono más zalamero, acompañándolo con un agradable gesto de cortesía. Cogí la maleta agarrándola con las dos manos, al comprobar que la fuerza de una sola era insuficiente. Debido al *shock*, ignoraba cómo la maleta se había repletado de ropa; ni siquiera comprendía su mágica transportación hasta allí.

Seguí a Muriel por las escaleras mientras observaba con detenimiento mi nuevo hospedaje. Aun siendo la residencia de mi pariente cercano, yo no la había frecuentado apenas, pero sí que había oído hablar de ella y de la Sra. Muriel.

Según mi madre, cuando mi abuela murió, mis padres y yo, con tan solo unos meses de vida, nos trasladamos a esta casa para hacerle la soledad más llevadera, obligando a mi padre a hacer un increíble esfuerzo pese al gran aborrecimiento que sentía por el viejo; ya que él había sido el culpable de que mi madre se opusiera a ponerme su apellido, a no ser que lo posicionara en segundo lugar.

Pese a las arcaicas costumbres de generaciones irlandesas en nombrar al primogénito con el apellido paterno, el señor Gael consideraba que aquello

carecía de importancia si el nombramiento era ordinario y vulgar, y que el recién llegado debía disponer de un apellido de buen linaje. De manera que el indulgente don Gael convenció, con sus fuertes dotes de persuasión, a mi madre cuando nací. Le aseguró de que un apellido tan vulgar como el de Lynch solo me auguraría un pésimo futuro y que debía de garantizar mi porvenir con un prestigioso nombre. Y mi madre, como una buena discípula y preservando su consciencia, así lo hizo.

Pasamos un tiempo bajo el mismo techo hasta que el resquemor mantenido por mi padre y el intratable carácter de mi abuelo pusieron punto final a la dura convivencia. Mi padre dio un ultimátum a mi madre, haciéndola escoger entre volver con él a casa o seguir con el viejo gruñón; evidentemente eligió regresar al hogar con su familia.

A partir de ahí mi padre nunca más quiso pisar la casa de los Erwin, así que don Gael optó por visitarme a mí regularmente. El viejo nunca había pagado su mal humor conmigo, pero he de reconocer que con los demás era realmente insoportable.

Los escalones de la casa eran de antigua madera brillantada y alertaban de su uso cada vez que se ponía un pie encima. Los pasillos con luz penumbrosa se iluminaban con menudos y elegantes candiles que colgaban en las paredes de forma muy pragmática, por si el caminante deseaba descolgar alguno y avanzar con él alumbrando otras zonas. Siempre encontrabas alcayatas libres para su nuevo cuelgue; también ayudaban a deleitar la vista con mayor claridad los recargados candelabros dorados con cirios rojos, que se posaban en los antiquísimos muebles coloniales.

Cada pared presentaba algún pequeño retrato de alguno de mis ascendientes, del que yo ignoraba completamente su identidad e historia; pero, después de observar detenidamente varios lienzos, le encontré un entretenimiento sumamente gracioso y placentero, al descubrir los parentescos de mi prole en numerosos individuos.

Yo seguí a Muriel sin ver hacia dónde me llevaba; su silueta me impedía ver el camino. Ella era una mujer de gran espinazo, de mediana estatura y con

una retaguardia tan prominente que impresionaba a cualquiera que estuviera detrás, peligrando su aplastamiento por una inesperada y accidentada caída. Vestía con un clásico uniforme azul marino de falda ancha y larga y con un delantal blanco impoluto, como las sirvientas de buena cuna de toda la vida, sin olvidar la identificadora cofia.

Por fin se detuvo.

—¡Aquí es, Srta. Erin! —me dijo en tono agudo y afónico, carraspeando varias veces hasta pulirlo.

Entré curiosa y observé la habitación. Destacaba su minúsculo espacio en comparación con los demás habitáculos que acababa de cruzarme, y por sus techos de madera abuhardillados. El papel floreado la envolvía y le daba un toque de frescor y jovialidad; la cama estaba hecha de madera de ébano, fuerte y robusta, preparada para aguantar la siesta de un gigante, si era preciso, y el colchón estaba revestido con una colcha muy femenina de puntilla blanca. Un poco más arriba en la pared de la derecha, yacía una ventana triangular que mostraba los bosques del paraje y la impresionante altura donde se ubicaba mi dormitorio (a prueba de fugas, seguro); en la pared frontal a la puerta se hallaba otro ventanal, revestido con delicadas cortinas traslúcidas, que te ayudaba con su ideal ubicación a espiar a quien se propusiera adentrarse en la casa; finalmente, colindante a la entrada, se encontraba un armario vigoroso, también de madera de ébano y bastante espacioso, seguido de una larga mesa despejada. La decoración general era de tipo colonial como el conjunto de la hacienda, aunque mi habitación mostraba más embellecimiento en detalle y dulzura, pero, como en los pasillos y estancias que había recorrido, perseveraba un ambiente frío y repleto de soledad.

Me senté en la cama, probando su elasticidad con un par de botes.

—Si necesita algo, ¡llámeme! Estaré a su disposición día y noche —me aclaró Muriel, y después se retiró. Yo me eché hacia atrás y sin darme cuenta me sumergí en un sueño reparador.

Una molesta claridad que atravesaba mis párpados obligó a estos a abrirse.

Me froté mis perezosos y adormilados ojos, y lo primero que vi al abrirlos fue aquella ventana triangular, que me recordó que no despertaba en mi hogar. Las aristas del sol batallaban por colarse en ella, repletando de incandescente luz cada minúsculo borde que hubiera a su alcance.

Y yo, sin saber cómo estaba metida en la cama con un largo camisón blanco impoluto con encajes en las mangas. Me levanté y puse mis pies en unas zapatillas moradas de terciopelo, que estaban perfectamente alineadas. Al final de la colcha reposaba una bata morada, también de terciopelo, a juego con las zapatillas, dispuesta a ser usada. Una vez bien abrigada por esos acogedores y cálidos accesorios, comencé a recorrer los fríos y escalofriantes pasillos desconocidos con el fin de encontrar al señor de la casa. Fui asomándome por distintos habitáculos sin éxito alguno, hasta que de pronto una voz tosca me asustó, y me obligó a elaborar un desasosegado acto reflejo.

—¡Srta. Erin!, su abuelo la espera en el comedor para desayunar—musitó Muriel sin disculparse por el cruel susto que me había ocasionado.

—¡Bien! —respondí, ocultando mi gran enfado.

—¿Dónde está el comedor? indagué confusa.

—Gire dos esquinas a la derecha y baje las escaleras de la izquierda; no tiene pérdida —contestó Muriel. Y de nuevo, silenciosa como un animal nocturno, desapareció.

Yo rebobiné a sus indicaciones; ya me había distraído fijándome en sus callados y singulares pasos. «¿Ha dicho dos esquinas a la izquierda o... era a la derecha? ¡Dios, maldito laberinto!». Seguí caminado hasta que, al bajar por unas escaleras engalanadas con una elegante moqueta color granate, vi sentado a don Gael en una silla de gran respaldo leyendo el diario.

Volvió la vista hacia mí, y reflejó cierto entusiasmo.

—¡Buenos días, querida Erin! Siéntate, quiero hablar contigo. —Yo obedecí y me acomodé en la silla más cercana a él, pero aun así la lejanía era importante, debido a la kilométrica mesa que ocupábamos, así que me acerqué un poco más para poder dialogar con mayor intimidad—. ¡Jmjmjm! carraspeó con la garganta—. Sé por lo que estás pasando, pero aún no has

mencionado ni una palabra sobre el tema, y no sé..., estoy angustiado por ti. —Mi silencio se prolongaba mientras intentaba rehuir mi delatadora mirada de la suya—. Bueno, tómate el tiempo que necesites y no te preocupes de nada. Yo me haré cargo de ti y de todos los costes necesarios; a partir de ahora esta será tu casa y podrás vivir aquí toda tu vida si así lo precisas. Sé que tu madre lo habría querido así. —De repente una lágrima se deslizó por mi mejilla y mi abuelo, que era pura seriedad y rectitud, cambió de tema rápidamente evadiendo tal desolación—. Ahora come y coge fuerzas. —Me sequé la lágrima con la manga aterciopelada de la bata y agaché la mirada hacia el plato de blanca porcelana que tenía los ribetes dorados; mi mente quedó inmersa de nuevo.

El arrastre de la silla del viejo erizó todos mis sentidos, lo que provocó que volviera en sí, todavía sin haber probado bocado.

—¡Me retiro!, tengo asuntos que atender—dijo posicionando la silla paralelamente a la mesa.

Sin embargo, en realidad yo sabía que él no era dado a la compañía durante mucho tiempo, y aún menos si el ambiente se ponía sensiblero. Al reanudar su marcha dio media vuelta de nuevo bruscamente.

—¡Ah!, y vístete; en el armario de tu habitación dispones de vestidos de tu talla, ropa interior y zapatos y..., por favor, haz algo con ese pelo alborotado —me ordenó mirando mi revoltosa melena.

Y, como si de un general se tratara, le respondí:

—¡Sí, señor! —Y se fue ciertamente complacido.

Me quedé allí sola, sentada en aquella descomunal mesa donde se podía servir a veinte comensales por lo menos. Me levanté y decidí ir a explorar...

Eché un vistazo a la planta baja, subí escaleras y retomé diferentes direcciones, y me encontré habitáculos vacíos pero bien amueblados; la biblioteca, por ejemplo, lugar idóneo para desconectarte de los momentos tediosos y permitirte la posibilidad de sumergir las cabezas en vidas totalmente ajenas e interesantes, estaba repleta de centenares de libros. Seguí mi paseo, y hallé dos baños con inmensas bañeras que ofrecían la

oportunidad de hacerte el muerto sin tocar apenas el borde, formales despachos, más y más habitaciones deshabitadas que, por cierto..., me hicieron recordar otra cautivadora y curiosa historia que mi madre me contaba sobre aquel insólito lugar:

Citaba que, cuando ella era muy pequeña, recordaba a varios extraños individuos hospedarse en la hacienda. Cuando fue más mayor y se lo preguntó a su madre, esta lo justificó asegurando que anteriormente la residencia había sido un hostel donde acogían a multitud de artistas bohemios que provenían de diferentes partes del mundo. Eran conocedores de la casa por el boca a boca, o por parientes lejanos que hablaban de ella como el divino y adorado parador de un mítico y mágico lugar. Ellos peregrinaban a ciertas localidades cercanas con el fin de incrementar su creatividad a través de los bellos parajes naturales de nuestro alrededor. Pero yo siempre me preguntaba de dónde salían todas aquellas personas, cómo se marchaban y hacia dónde iban: interminables preguntas que quedaron en el alero y no pudieron llegar a ser respondidas por mi dulce y amada madre, la que disfrutaba ilustrándome con su vida como si fuera un libro abierto.

Seguí inspeccionando hasta que llegué a un pasillo bien iluminado por la clara luz natural del día, que atravesaba unos grandes ventanales y custodiaba un raro y recóndito lugar.

El sitio en cuestión, estaba exiliado por unas cristaleras de preciosos mosaicos en tono arco iris que, al parecer, salvaguardaban un antiquísimo y desmejorado jardín, el cual estaba rodeado en forma circular y refugiado dentro de la casa; las difuntas plantas se adueñaban de las vistas de tan fantástico lugar. Busqué el umbral cercado las cristaleras... hasta que di con él, pero estaba cerrado con llave. La idea de no poder acceder en ese preciso momento me enrabió. Después de eso, las ganas de seguir explorando se extinguieron y me fui directo a mi habitación, dominando cada vez más mi ubicación.

Al llegar, me encontré el armario abierto lleno de preciosos vestidos. Estaban tan relucientes y pulcros que me daba lástima ponérmelos; era una

auténtica especialista en convertir las ropas en harapos. Mi padre siempre me regañaba por no tolerar mis entretenimientos adecuados para una «señorita», pero su dicharachera esposa le quitaba hierro al asunto, sabiendo que las avenencias más cercanas eran fruto de su propia piel.

Me quité el camisón dispuesta a arreglarme, observé la cantidad de colores intensos y extremados que se encontraban en el surtido, y escogí el vestido gris. Mi ánimo me impedía vestirme alegremente, así que encarrilé las mangas en las manos hasta deslizarlo por los brazos y llegar a mi cabeza, mientras me perdía en la cantidad de tul y capas que lo definían, como una lluvia incesante de suaves caricias. Despejé con mis manos el cabello que cegaba mi vista, y me acerqué al espejo que había descubierto recientemente; colgaba dentro de la puerta derecha del armario por una sobresaliente alcayata, y entonces me maravillé: me sentaba genial.

Mi tez pálida era como la nieve, exceptuando mis mejillas, que estaban siempre intensamente enrojecidas al igual que mis sellados labios, y mi ostentoso cabello serpenteante de color cereza resaltaba el tono del fraudulento y pomposo vestido gris. Me di cuenta de que en ese momento me repelía estar bella y ofuscada; entonces, cerré de un portazo la puerta del armario. ¡Pommm!

Enseguida Muriel se asomó a la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó con tono de espanto.

—Nada —respondí a secas.

Muriel, con cierta inconformidad, se dio media vuelta, pero, antes de que desapareciera como un fantasma, la llamé.

—¡Muriel!

—¡Sí! —respondió enseguida.

—He visto un pequeño jardín rodeado de cristaleras, y he querido entrar, pero la puerta estaba cerrada. ¿Usted no sabrá dónde está la llave? —indagué.

—¡Pues no!, no tengo ni la menor idea. Ese jardín está cerrado desde que su abuela nos dejó; en realidad era como su santuario, donde pasaba largas horas del día.

—¿Haciendo qué? —cuestioné.

—Pues supongo que cuidando de sus flores y plantas; también le encantaba salir a tomar el té. La verdad es que nunca nos dejaba entrar; decía que le podíamos pisar sus cosechados narcisos y...cualquiera la reprochaba, así que era ella la única que disponía de la llave. Me acuerdo de que era una llave preciosa porque tenía pequeños engarzados brillantes de colores y la llevaba siempre colgada al cuello. Lamentablemente no sé qué fue de ella cuando la señora nos dejó. —Enseguida se santificó el rostro en forma de cruz cristiana, y prosiguió—. Su abuelo la debió guardar, haciendo caso omiso de su uso, claro. Todos sabemos que nunca ha sido un forofo de la botánica —susurró precavidamente—. Solo tiene que ver el pobre jardín: está dejado en la mano de Dios. Verdaderamente su santuario se fue con ella.

Después de escuchar aquella anécdota sobre mi querida abuela y aquel desdeñoso lugar, mis ganas por entrar aumentaron.

—Gracias. —Le gratifiqué sonriente. Ella asintió con la cabeza y volvió a sus quehaceres.

Al marchar Muriel pensé que, si le pedía a don Gael aquella llave, seguramente me la negaría, así que decidí buscarla por mi cuenta; solo tenía que encontrar el momento en que el viejo no estuviera en su dormitorio ni en los alrededores.

Capítulo 2

EL DESCUBRIMIENTO

Abrí la puerta cuidadosamente intentando evitar el ruido alarmista que provocaba, aunque... sin tener demasiado éxito. Me cercioré de que nadie me hubiera escuchado, mirando el pasillo de lado a lado.

Más tranquila, entré, y allá estaba la habitación de Gael, «el señor de la casa». Se hallaba toda enmoquetada de color granate, envuelta en un papel diplomático con rayas negras y grises; los muebles eran muy señoriales y su cama era resaltada por un grandioso cabecero acolchado de terciopelo color carmín. En la pared de enfrente colgaba un pintoresco cuadro rectangular muy alargado, que ilustraba un día tradicional de cacería inglesa, en el que aparecían hombres vestidos con sus habituales trajes de batida mientras galopaban persiguiendo a sus instruidos e implacables *setters*. Y recordé de pronto que un tío abuelo por parte de madre —creo que se llamaba... Arthur Lennon— había sido terrateniente en el ejército inglés y, por lo que había escuchado, le entusiasmaba ir de caza. Me fijé en los jinetes y, por el parentesco, el que encabezaba la caballería se llevaba todos los puntos. Pero según el chisme, mi abuela no soportaba ni siquiera escuchar hablar de él porque había manchado el casto linaje irlandés con indigna sangre inglesa. Así que no entendía cómo «su esposo» osaba en lucir aquel cuadro en la pared de su habitación. Seguramente lo colgaría después de perecer ella; dudo que quisiera enfrentarse a la señorísima por aquella sandez.

En su mesita de noche, relucía la foto de la patrona; destacaba en el limitado marco de plata su bello y vanidoso rostro en forma de diamante, con su terso cutis, logrado a base de cuidados intensivos diarios; salía guapísima. Me fijé en su nariz, chata y redonda; todo el mundo me aseguraba que había

tenido la suerte de heredarla y, por lo visto, estaban en lo cierto.

Empecé a curiosear por los cajones sin ver nada que me llamara la atención: pastillas, lentes, tarjetas de comerciantes, pañuelos, caramelos de regaliz... y un libro de bolsillo, *El camino hacia la felicidad*. Este guardaba un pie de página en la ochenta y seis; era una pequeña estampita de san Patricio. «Una lectura muy emotiva para ser suya; la de sorpresas que te encuentras en las intimidades ajenas...», medité sorprendida. Tenía que tener especial cuidado en ponerlo todo en su sitio, dado que don Gael presentaba un trastorno obsesivo compulsivo del orden.

Seguí buscando en el armario, en el escritorio e incluso en el baño que incluía su habitación, pero nada. «Contra fortuna no vale arte ninguna», me dije. Decepcionada, me senté encima de su cama, pero entonces... escuché un ruido: alguien se acercaba. Enseguida me metí debajo de la cama cuando aquella alarmante puerta se movió y entraron los que parecían ser... los pies de Muriel. Abrió el armario, supongo que para reponer sus mudas limpias. Yo aguantaba la respiración con el pecho encogido, mientras que Muriel se dirigió finalmente a la salida, y se marchó. Respiré profundamente, lo que alivió mi karma.

En un parpadeo, mis ojos detectaron una figura peculiar escondida tras las patas de la cama, en dirección al cabecero. Mi escuálido cuerpo me permitió arrastrarme, y vi en la cercanía que se trataba de un cofre. Alcancé una de sus asas y ambos nos arrastramos hacia el exterior; por fin, con la claridad de la luz, lo abrí. Estaba repleto de fotos antiguas de mis abuelos, cartas románticas de su histórico noviazgo y al fondo de todo... ¡Sí!, una llave preciosa con brillantes engarzados: sin lugar a dudas, la que Muriel me había descrito.

No entendí cómo había hecho servir tan simple escondrijo para sus abalorios más memorables, aunque deduje que eran chifladuras de ancianos. «¿Y cómo será capaz de llegar al fondo inferior del lecho...? ¡Ah, claro!, con su inseparable garrota», cavilé creyendo lo mucho que se complicaba la vida.

Me metí la llave en el bolsillo del vestido y sin dejar rastro desaparecí antes de que alguien pudiera descubrirme.

Llegué a las cristalerías, rodeándola de nuevo para dar con el cerrojo de la puerta. Estaba tan camuflado que cuando di la segunda vuelta supe que me lo había pasado, y retrocedí.

—¡Aquí estás! —Me entusiasmé.

Saqué la llave del bolsillo y la metí en el cerrojo, y me alegré al ver que encajaba perfectamente.

Al fin dentro, valerosa ante lo incierto, empecé a ocultarme tras aquel misterioso jardín moribundo; después de haber esquivado docenas de desgarradores zarzales, llegué a un suelo empedrado que enmarcaba un espacio de lo más acogedor. Había una preciosa fuente esculpida con una concha de mar; esta derramaba agua sin cesar por un pequeño acantilado que desembocaba en la vasija de una sirena durmiente, mientras el sonido de su caída te ambientaba en los lagos más vírgenes y ocultos del planeta.

Al lado del manantial, había un banco como invitación a la completa relajación, en el que, sin resistirme a su incitación, me senté. Acomodándome, me imaginé a mi abuela reposando, a la vez que experimentaba tal agradable sensación de soledad en un jardín de ensueño.

El ruido de la caída del agua de esa fuente mística me seducía a catarla, así que me levanté y me acerqué a ella; agaché mi cuello recogíendome el pelo con las dos manos; abrí la boca, asomé mi lengua y la mojé de una fresca y rica agua. Una vez saciada, volví a sentarme en el banco y descansé.

Sin darme cuenta parpadeé como si hubiera estado traspuesta algún tiempo involuntariamente. Pero al verme estaba confusa: vestía diferente..., con una toga blanca y unos preciosos adornos dorados, y en un lugar desconocido. A mi alrededor, aparecían personas trajeadas y atusadas de igual forma que yo; como si se tratara de una reunión de romanos, reían y comían en abundancia. Preciosas y sensuales bailarinas zarandeaban sus esbeltas figuras, mediante estudiados pasos, en una grandiosa sala musical, con música realmente sugerente para entretener a los presentes. Parecía una fiesta romana —muy bien lograda, por cierto—, y yo me preguntaba...: «¿Es aquello una obra de teatro? Pero... ¿cómo he llegado hasta aquí?».

Yo no entendía nada. «¿Acaso me he dormido y estoy soñando? Pero es que parece tan real...», razoné desorientada. Por muchas vueltas que le diera al asunto, no obtenía ninguna respuesta coherente.

De repente, una preciosa mujer parecida a Elena de Troya se me acercó, hablándome en un idioma que desconocía, esperando mi respuesta. Y yo, sorprendentemente, respondí con fluidez en el mismo idioma, entendiendo claramente su invitación al baile. Me levanté y me puse a bailar divirtiéndome como nunca, dejando atrás las intrigas de mi cabeza.

La fiesta era muy divertida y estaba conociendo a mucha gente interesante; cada momento transcurrido me aseguraba más que estaba en la «antigua Roma». Me llamaban por mi nombre con tanta calidez como si ya formara parte de ellos, no paraban de invitarme ricos zumos de uva y de sacarme a bailotear. Mi felicidad se desbordaba, pero de repente... Ese parpadeo de nuevo, como si volviera a despertarme de otro memorable sueño.

—¡Oh, no!

Ahí estaba, sentada en el banco de nuevo; al parecer todo había sido un sueño. «¡Pero qué sueño!: ha sido tan fantástico y real a la vez...», medité aborreciendo mi existencia.

Triste y decepcionada, me levanté sabiendo que era hora de marcharme, cerré la puerta con la peculiar llave y me la colgué en el cuello, de manera que esta quedaba oculta dentro de mi escote menguante.

Me dirigí a la entrada principal para pastorear a mis anchas por los amplios jardines, y mi sorpresa fue al ver al jefe hablando con mis dos mejores amigos: Holly Llagher y Brian McCarthy. Holly había sido mi vecina desde la infancia y, al ser ambas hijas únicas, confraternizábamos estrechamente. Tenía una belleza victoriana y varios de los chicos del pueblo no se conformaban frente a sus rotundas negativas; los irlandeses eran tercos como mulas y tal característica era respaldada tras muchos años de historia, pero ella era libre y todavía no quería abrir el capítulo de las citas. Era una chica increíble, alegre, honesta y simpática; nos teníamos un inmenso cariño. Y Brian..., Brian lo conocía hacía tan solo dos años. Nuestro primer

encuentro fue particular: nos enzarzamos en una pelea por atrapar a la rana más grande del estanque que, para su pesar, la gané yo. Desde entonces nos hicimos inseparables.

—Erin, ¿dónde estabas? Hemos estado buscándote por todas partes — replicó don Gael expresando cierto enojo en sus endurecidas arrugas.

—Mnnnn... —balbuceé buscando una excusa convincente.

—No importa. —Atajó—. ¿Por qué no dais un paseo y les enseñas los alrededores de la finca? —cuestionó animadamente.

—De acuerdo.

Me acerqué a Brian y a Holly, que me esperaban con semblantes un tanto cabizbajos y nerviosos, y salimos fuera del caserón. Aguardaron unos instantes a adentrarnos en la floresta para atreverse a preguntarme sobre mi estado anímico.

—¿Cómo estás? —Aventuró Brian.

Tras la indeseada pero esperada pregunta, y sin poder remediarlo..., mis ojos color aceituna se transformaron en abundantes cascadas peligrosamente interminables. Rápidamente Holly me abrazó, presionándome hacia su pecho mientras yo yacía desolada y afligida, notando unos golpecitos tranquilizadores en la espalda, que vociferaban a la calma.

Tras unos largos minutos, me repuse y me despegué lentamente de mi amiga, y descubrí así sus rostros de tristeza e impotencia causados por mi pena. Brian se secó rápidamente una lágrima descarriada.

—Sabes que puedes contar con nosotros para lo que quieras, ¿lo sabes, no? —Y Holly se añadió al ofrecimiento.

—¡Sí, sí!, desde luego. —Yo tragué saliva y asentí—. Gracias, chicos — dije mientras ralentizaba mis suspiros de ansiedad.

—¿Qué te parece si damos una vuelta, y nos enseñas tu nuevo hospedaje?... Un tanto siniestro, por cierto —apuntó Holly, Y reanudamos nuestro paseo.

Empezamos a conversar de cómo sería todo a partir de entonces: el

cambio de residencia, la convivencia con el ceñudo señor Gael... y de varios temas más distendidos y divertidos que ellos utilizaban disimuladamente como método de mi dificultosa distracción. Estando los tres juntos sentía cómo una parte de mi gran vacío se desvanecía.

Al pasar varias horas, Holly y Brian se marcharon, ya más tranquilos, al notarme un poco más animada. Nos veríamos diariamente cuando cogiera fuerzas para volver a la escuela.

La casa era muy solitaria, y mi abuelo apenas estaba en ella; su día transcurría atendiendo asuntos financieros, vigilando sus acciones o jugando al mus. Así que solo quedábamos Muriel y yo, que no sé cómo nunca percibía su presencia, excepto cuando la llamaba de un grito, que se presentaba en cuestión de fugaces segundos. Era un poco escalofriante. Mi remedio ante los pequeños brincos que me ocasionaba era intentar molestarla lo menos posible, a no ser que fuera absolutamente imprescindible, debido a que todavía no dominaba las ubicaciones ni el manejo preciso de las cosas en aquel caserón.

Capítulo 3

Y PARECÍA UN SUEÑO

Los días transcurrían; entre ellos, se celebró el entierro de mis añorados padres. Aquel alba, la oscuridad se adueñó de todo mi ser y mi alma fue totalmente rematada frente aquella desgracia; mis trece primaveras no me habían preparado para tal infierno.

Todos los días anteriores en que mi cerebro apenas había reaccionado a la dramática noticia, finalmente se enfrentaba a ella, multiplicando el fantasmagórico dolor por todo mi cuerpo. Estuve varios días sin probar bocado, enclaustrada en mi cuarto, serenada por el silencio ensordecedor que me acompañaba en mi deseada soledad.

Hasta que por fin mi recuperación pareció renacer, teniendo mucho que ver el apoyo del viejo y la insistente compañía de Holly y de Brian, que venían a visitarme regularmente para animarme. Y claro está, sin olvidar los perseverantes tentempiés que me preparaba Muriel; a pesar de que al principio eran tirados constantemente a la basura, ella no dejó decaer sus ánimos hasta lograr mi anhelado y preciso devoro.

De nuevo empecé a pensar en aquel sueño tan fantástico que había tenido en el misterioso santuario. Me dirigí de nuevo hacia allá; una vez dentro me senté en el banco y vi que, extrañamente, una preciosa rosa despampanante había florecido entre los matorrales, haciendo de ella la flor más bonita del mundo. Intenté relajarme en el asiento para experimentar de nuevo otro sueño reparador, pero fue imposible. El ruido de la caída del agua de aquella escultura era hipnotizador, y mi sed empezaba a agonizar obligándome nuevamente a ingerir unas gotas cristalinas del manantial. Sin darme cuenta, nuevamente sentada, comencé a notar una extrema somnolencia y el repetido

parpadeo de mis ojos.

Desperté en un curioso país que observaba tras unas ventanas, acomodada en un tren que corría veloz hacia alguna parte y, entonces, me di cuenta de que este iba por los aires. Del asombro, pasé de repente a percibir los desagradables efectos del vértigo, el cual hacía que todo mi cuerpo se encogiera y maldijera al terrorífico invento. La gente de alrededor estaba tranquila, mirando con interés unas enormes y modernas televisiones alzadas en lo más alto, sin poder adivinar qué poderoso ente detenía tales gigantescos armatostes de una posible y peligrosa caída en la cabeza de un inocente pasajero. Un camarero, con expresión pizpireta y vestido con un traje impoluto de modelo peculiar, me ofreció algo en un idioma imposible de entender, pero de nuevo mi asombro se adueñó de mí al responderle al chico con elevado desparpajo y soltura, lo que dejó con rostro de satisfacción al señor, que al oír mi respuesta comenzó a prepararme una infusión en la montable mesita de mi asiento.

Probé la infusión de color ciruela; esta era la más rica que había probado nunca. Asimilando cada vez más el trayecto y la conversación de las personas en un idioma ya familiar, empecé a disfrutar de las altas vistas y del particular gentío que se hallaba alrededor.

Se presentaron otra vez esos parpadeos. Al darme cuenta, estaba repentinamente sentada en el banco de mi jardín. «¡No puede ser!, estos sueños no son normales; nunca mi mente podría imaginar cosas así», reflexioné extrañada y también molesta por evadirme de aquella manera súbita. Inmediatamente una idea absurda se presentó en mi cabeza; «y si el agua... ¡Claro!, tiene que serlo. ¡Es el agua!», cavilé eufórica. Me levanté para cerciorarme, y fui directamente a beber una gota más, pero esta vez con cautela, solo una gota.

Me senté, y los parpadeos comenzaron. Tras unos inconscientes segundos, toda mi persona espabiló de golpe, y me vi al galope de un flamante corcel negro azabache; vestida con pantalones, al igual que un varonil jinete, cabalgaba cómodamente en el raudo semental. Quise levantar la cabeza para

deleitarme de mi nueva aventura, y de pronto...: parpadeos de nuevo.

«¡Oh, no, qué fastidio! ¿Cómo ha podido durar tan poco?», pensé importunada. Y lo entendí: solo había bebido una gota. El secreto habitaba en beber más cantidad: mientras más digiriera, mayor tiempo me quedaría en el sueño.

Fui rápida y sigilosa a buscar un recipiente para poder medir con más exactitud la cantidad respecto al tiempo. Temía que Muriel me atrapara en la cocina, dado que su hora del almuerzo estaba a punto de comenzar. Al conseguir mi recipiente sin ser descubierta, acudí nuevamente al jardín y, aguantándolo enfrente de la fuente, reflexioné...: «He visto un sueño diferente cada vez que he bebido, pero estos no se repiten. ¿Y si me arriesgo a beber demasiada agua, y luego... me encuentro atrapada en una pesadilla? Tardaría mucho en salir de ella, o quizá no».

Llené el envase por la mitad, sin arriesgarme del todo, volví a sentarme y me lo bebí.

En cuanto me despejé, después del ya acostumbrado aturdimiento, me encontré sentada en el borde de un monumento en forma de una planta extraña, rodeado de preciosas jardineras, y los transeúntes paseaban por sus alrededores. Había edificios de grandes y elevados tamaños, con un diseño muy singular y novedoso; la gente se uniformaba de una manera diferente a lo que yo estaba acostumbrada a ver, y me di cuenta de que, como en los anteriores sueños, vestía idónea para el lugar. «Me atrevo a decir que... me he trasladado al futuro», pensé. Al parecer, comenzaba a dominar lo de los cambios de épocas e incluso a ser consciente de ello.

Las personas del lugar eran adolescentes de diversas edades, que cargaban con mochilas a sus espaldas como si se dirigieran a la escuela. Era un ambiente muy agradable, donde se encontraban varios grupos conversando animadamente.

—Bienvenida, niña, supongo que eres la primera. ¡Felicidades! —Me volví al escuchar una voz masculina que se dirigía hacia mí y esta vez, en mi idioma.

El chico reposaba al otro lado del monumento, comiéndose una manzana colorada mientras miraba al cielo. Era un tanto mayor que yo, quizás tendría unos diecisiete o dieciocho años, de cabello oscuro con forma ensortijada; tenía una singular mancha de nacimiento al lado de la ceja derecha muy favorecedora, ojos profundos y avivados de color negro anochecer, con rasgos peculiares muy marcados y perfilados, pero un poco endurecidos. Vestía pantalones marrones por las rodillas y una camiseta blanca de manga corta que ilustraba un escudo azul marino en el lado superior izquierdo del pecho.

—Disculpa, no sé de qué me estás hablando; mejor... déjame tranquila — respondí en tono grosero, a causa de mi nerviosismo contenido, dándole la espalda. Ya que me había dado la bienvenida... «Pero... ¿bienvenida por qué? ¿Acaso sabe él algo sobre mi secreto?», cavilé angustiada.

Solo podía resultar indiferente y actuar de manera prepotente e irascible si insistía, para que deseara dejarme en paz. Se volvió hacia mí y se aproximó; pude ver cada vez más de cerca su encanto natural en su rostro y yo, sintiendo una incontrolada aceleración de mis pulsaciones, posiblemente por haber sido descubierta o quizás simplemente por la belleza que el joven desprendía sin ni siquiera ser él consciente de ella, acabé ruborizándome.

Se le escapó una pequeña sonrisa, claramente por el asomo de mi indomable vergüenza.

—Entonces, ¿tú no eres uno de ellos? ¿Una «Lémer»? —musitó desconcertado, mientras me encerraba deliberadamente en la profundidad de sus ojos.

—No, la verdad es que no —respondí recia, intentando no ser cautivada.

—Pues tienes todos mis respetos. Para ser una chica... eres muy valiente y aparentemente muy normal. —Aventuró, mientras se inclinaba para hacer una clásica y anticuada reverencia.

Yo endurecí mi expresión adquiriendo un soberbio gesto, como defensa a la inquietud que me estaban ocasionando sus inciertas palabras.

—Mira, de verdad que no sé de qué me estás hablando —le respondí muy

molesta, pero a él no parecía importarle para nada mi vehemente indignación.

No obstante, me miraba de una forma extraña o, a lo mejor, no me miraba a mí.

—Ahora hazme caso y no te asustes cuando des media vuelta —me susurró. Me giré con sigilo para entender a lo que se refería, cuando el asombro se adueñó de mis ojos, adoptando la mirada de un búho en el ocaso.

Pude ver cómo la muchedumbre se fusionaba para observarme, como si divisaran lo más extraño que jamás habían visto.

Una alarma ensordecedora se activó, me ocasionó un brinco y me recordó al momento los rutinarios de Muriel. De inmediato el chico se acercó a mis oídos para facilitarme la escucha.

—¿Cómo te llamas? —vociferó lanzando su ardiente aliento en mi oreja.

—Erin Erwine —respondí aplicada, también alzando la voz, aún perpleja por lo que estaba sucediendo.

Por fin finalizó la alarma, después de asordado una parte de nuestros expuestos oídos.

—Encantado, Erin, yo soy Adham Hassán, y ahora te aconsejo que no te separes de mí.

—¿Qué?

—¡Que corras! —gritó alejándose.

Entonces, observé cómo varios gigantescos individuos enmascarados, vestidos con trajes grises y armados hasta las trancas salían de distintas salidas de los edificios, dirigiéndose impetuosamente hacia mí.

Sin dudarlo, me aferré a Adham y corrimos ágiles como gacelas; aquel chico me conducía a algún lugar incierto y, pese a no conocerlo en absoluto, estaba totalmente dispuesta a permanecer pegada a su sombra.

Ráfagas de imágenes desconocidas penetraban por mis ojos; eran tan veloces que mi cerebro era incapaz de definir los lugares a los cuales nuestros acelerados cuerpos se adentraban para ocultarnos de aquellos escalofriantes hombres de trajes grises.

Adham empezó a aminorar la marcha y en cuanto me di cuenta estábamos rodeados de aparatosos tubos de aluminio, lo que parecía ser una sala de máquinas o algo así. Se subió a una ostentosa tubería y me ofreció su mano para alcanzarlo; diligentemente pude subir con su ayuda, y descubrí así la comodidad que ofrecían los elásticos pantalones que enfundaba. Lo seguí a gatas por el canal durante unos minutos hasta ver la luz ansiada. Salimos de aquel claustrofóbico tubo y nos pusimos en pie, sacudiéndonos con las manos energicamente la cantidad de porquería que habíamos arrastrado. Alcé la vista y vi un precioso bosque enselvado, con una gran densidad de árboles y encinas; Adham se respaldó en una piedra gigante y yo lo acompañé, y me llené las piernas de unas pequeñas y succosas vallas moradas que había chafado sin darme cuenta. Pero no le di importancia; solo esperaba ansiosamente devolver la tranquilidad a todo mi ser.

Al recobrar la calma y el oxígeno, no pude reprimir más mis preguntas y comencé desenfrenadamente:

—¿Quiénes eran esos hombres?... ¿Qué es este lugar? ¿Y qué es lo que he hecho yo para que me persigan? —indagué con desmesurado nerviosismo.

—¡Calma, calma, Erin! Ahora estás a salvo, pero creo que el que debería hacer las preguntas soy yo, ¿no crees? —reivindicó molesto por tal inesperado interrogatorio.

Y dejando atrás su crispación, reanudó las respuestas ansiadas por mí.

—Esos hombres no son hombres, son robots y se llaman Lurus, «los vigilantes del recinto», que están programados para atrapar y liquidar todo aquello que sea ajeno al lugar.

Me quedé blanca deseando despertar en ese preciso instante de aquel sofocante sueño. Por otro lado, empecé a serenarme al recordar que tan solo era una mal lograda utopía.

—Esto es «Dýnami»: nuestra fortaleza y nuestra casa.

—¿De quién? —pregunté confusa.

—Pues de todas las personas que habitamos en ella. Aquí nacimos y aquí transcurren nuestras vidas; es el estimado hogar que siempre amaremos.

Desconcertada le pregunté:

—Pero ¿y vuestros padres?

—¿Qué? ¿Qué es eso de *padres*? —preguntó completamente extrañado.

Frente a su ignorancia me quedé mayormente desconcertada y me hizo desconfiar. «¿Me estará tomando el pelo?», recapacité. Pero antes de sacar mis propias conclusiones, decidí indagar un poco más...

—¿Dónde nacisteis y quién os trajo al mundo? —cuestioné sintiéndome, a estas alturas de la investigación, como el admiradísimo Sherlock Holmes de las novelas de misterio.

—Vale, vale, para. Indudablemente tú no eres una Lémer, pero tampoco pareces estar chiflada ni mutada. —Especuló con convicción.

—¿Cómo? —Yo no entendía nada, todo aquello me parecía surrealista.

—¡Está bien!, no sé quién eres...,pero creo que te encuentras bastante perdida y, además, estoy seguro de que no representas una amenaza para nuestra aldea; te lo explicaré... —resopló algo nervioso, como si fuera a hacer algo indebido.

Yo, inmersa en cada sonido que propulsaba su boca, estaba ansiosa por escuchar la enigmática crónica del nuevo pasaje que mi modorra había irrumpido aleatoriamente:

—Acabas de entrar en Dýnami, una ciudad donde hace muchos años nuestros predecesores fueron arrasados por un volcán en erupción que destruyó toda nuestra tierra. Dicen que pocos fueron los supervivientes, pero que gracias a ellos se pudieron salvar unas pocas *esfíngolas*, y con ellas repoblar de nuevo nuestro querido pueblo.

—¿*Esfíngola*?, ¿qué es eso? —pregunté sin tener idea a lo que se refería, como si hubiera mencionado algo en otra lengua.

—¿Me tomas el pelo? —lanzó patidifuso—. ¿No sabes qué es la *esfíngola*?

Su gran desconcierto a causa de que yo desconociera aquella extraña palabra fue casi igual al que yo había tenido anteriormente, cuando él ignoró

el sencillo concepto de la palabra *padres*.

—Por tu cara de curiosidad, veo que no —musitó, y retomó la explicación—. Pues la *esfingola* es la planta creadora de donde nacemos todos nosotros; sin ella no habríamos existido.

—¿Te refieres a aquel monumento adonde nos arrimábamos antes?

—¡Sí, así es! La esculpieron colosalmente como muestra de nuestro sagrado y profundo respeto. Y como te explicaba, aquella catástrofe sucedió hace ya mucho tiempo; ahora somos instruidos para cumplir nuestro deber, que se trata de convertir un fuerte imperio, y con él combatir y prever todas las posibles adversidades que se presenten en el futuro. Un Dýnami extraordinario y poderoso como la tierra misma: ese es nuestro ansiado logro.

Mi fascinación era exorbitante: estaba hipnotizada por aquella cautivadora y fantástica historia, deseando que su final no llegara nunca.

—Cuentan que algunos de los habitantes que fueron gravemente heridos en la terrible devastación no llegaron a morir, sino que mutaron, sucumbiendo a la locura y transformándose en seres extremadamente peligrosos. Es por ello que desde entonces se lleva un exhaustivo control y seguridad en el poblado, aniquilando a cualquier ser vivo que atraviese nuestros muros, para asegurar la supervivencia de todos nosotros.

Avecinándose ya el final, mi sed de leyenda seguía insaciable, y seguía sintiéndome totalmente sumergida en la hechizante voz de Adham.

—Antes te he dicho que no debías de ser una Lémer, y es que en Dýnami tenemos varios capitolios, donde nos instruyen separándonos por edades. Los Lémer son aquellos que, debido a su superdotada inteligencia, tienen que ser trasladados a un capitolio mayor para completar y aprovechar su aventajado adoctrinamiento. Nunca habíamos recibido a uno, pero sí despedimos a varios de los nuestros, que lograron alcanzar la fortuna de trasladarse a un capitolio mayor. Pero al no reconocerte los Lurus, supe que no podías ser de aquí.

Su cierta sospecha hizo que me despertara perezosamente de mi ensimismamiento, para buscar una convincente y brillante excusa. Pero,

después de su grata compañía y de mostrarse tan honesto y desinteresado conmigo, no me esforcé y dejé todo a mi suerte.

—Y bien, te toca. ¿De dónde vienes? —Decidí ser moderadamente sincera.

—Lo siento, no te lo puedo decir.

—¿Como que no? —respondió sorprendido y molesto a la vez, después de que él me hubiera desvelado una crónica posiblemente censurada en su territorio.

—Ya te lo he dicho, no puedo. Pero desde luego no he nacido de una *esfingola* —le aseguré con una pequeña y traviesa sonrisa, tomándome tal surrealismo con cierto humor. Pero de inmediato intenté disimularlo dando varios fingidos carraspeos de garganta, al ver que su semblante se endurecía, por momentos, a causa de mi inexorable guasa.

Los irlandeses teníamos la peculiaridad de bromear sobre todo, pero no la totalidad de los forasteros interpretaba nuestro humor positivamente, aunque tenía presente que en ese preciso instante la extraña era yo.

No sé por qué, pero decidió relajar sus severos rasgos y comenzó a sonreír hasta que conjuntamente desatamos nuestro regocijo, colmando el duro silencio con placenteras carcajadas y disfrutando por fin de un agradable momento.

De repente se tornó circunspecto, lo que me originó repentinamente un vuelco a mi corazón.

—¡Calla! —susurró—, creo que oigo algo; quédate aquí y no hagas ruido. —Se puso en pie y comenzó a adentrarse nuevamente en la enorme y claustrofóbica cañería.

Espantada y abrumada por su preocupación, sentí en un breve lapso cómo mis ojos parpadeaban fugazmente, incitándome a una irreparable inconsciencia.

De nuevo desperté, posada en el banco de mi acogedor jardín.

—¡Vaya sueño! Ha sido tan, tan...

Y al alzar la vista, antes de poder describir mis pensamientos, me fasciné. En el jardín habían florecido cautivadoras y preciosas flores: orquídeas, lirios, hadas de lino, rosas, y alguna especie más que no conseguía identificar, y el suelo había remplazado su deshidratada tierra por una preciosa moqueta de mágicos y tupidos tréboles. «Pero ¿cómo es eso posible si cuando me dormí tan solo había brotado una rosa?...». En fin, era una sorpresa tras otra.

Al ver pasar sigilosamente el tiempo, me percaté de que el sueño ya había finalizado y de que mi triste realidad me esperaba allá a fuera. Decidí levantarme para dirigirme al salón, ya que la hora del almuerzo estaría al caer, pero, al alzar la falda de mi vestido para incorporarme...

—¡No puede ser! —Levanté mis piernas para asegurarme, y efectivamente estaban llenas de líquido morado como el de las vallas del sueño. Y ahí caí... —. ¡No son sueños!

Sin embargo, lo que yo conocía como mi existencia comenzó a despiezarse poco a poco como un puzle de mil pedazos de una sutil variedad del mismo tono.

«Entonces, todas las visiones anteriores...: los romanos, el corcel veloz, el tren volador y Adham... Adham era real; todos ellos eran reales», analicé entusiasmada. Enseguida me vino a la cabeza que, en ese preciso instante, Adham me estaría buscando, creyendo que algo malo me podía haber sucedido o, peor, algo malo le podía haber sucedido a él. Pude sentir cómo el pánico recorría todo mi cuerpo como si fuera una forajida solitaria que habitase allá dentro, invadiendo hasta los vasos sanguíneos que brotaban por en el interior, sorprendiéndome a mí misma la reacción obtenida.

Capítulo 4

EN BUSCA DEL CAMINO DE REGRESO

Unos gritos que pronunciaban mi nombre me sacaron de mis entumecidos pensamientos.

—¡Erin, Erinnn! —Parecían las voces de Muriel y del señor Gael. Rápidamente salí del jardín abriendo y cerrando la puerta con extremada delicadeza para no ser descubierta.

Recorrí el pasadizo hasta el fondo, guiada por sus increpantes voces, pudiendo cegar mis ojos con un pañuelo si se requiriera llegar a ello. Y me acerqué por la espalda de mi abuelo, como el lobo a la caza del ternero, y lo sorprendí...

—¿Sí?, ¿abuelo? —dije de manera súbita. Su respuesta fue un embarazoso brinco y una enojada expresión.

—¿Dónde estabas, Erin? Es la hora del almuerzo —rechistó, intentando amasar su evidente sobresalto de su cara.

—Lo siento, me quedé dormida abajo, en el jardín, mientras leía un libro.

No obstante, con la única persona que intentaba controlar su sulfurado malhumor era conmigo, y así lo hizo: se templó.

—No importa, pero estate más atenta de la hora la próxima vez —farfulló con conformidad.

—Sí, abuelo.

Entonces, caí que en el sueño —bueno, que en realidad no lo era— habían sucedido unas largas horas, pero en casa el tiempo transcurría mucho más

despacio, así que memoricé algo de vital importancia que debía saber para el futuro allegado: el lapso se multiplicaba en Dýnami.

En este instante me disponía a almorzar... Bajé con don Gael al salón, y me alegré la vista en cuanto divisé la mesa. Muriel siempre la elaboraba al detalle; se componía de cuatro candelabros dorados que se dispersaban horizontalmente, dejando los milímetros exactos el uno del otro. Sostenían unos finos cirios granates que se iban derritiendo gota a gota a causa de su ardiente llama; la dilatada cera caía en el hierro forjado transformando la huella del tiempo transcurrido en un pulido barniz de forma abstracta y lanzada a la imaginación del artífice. El mantel cubría de gala la mesa; este estaba diseñado por un tejido de raso en color *beige*, ribeteado con bordes color carmesí, a juego con las elegantes velas. Y por supuesto, la meticulosa y maravillosa decoración se plagaba de un manjar exquisito que no decepcionaba al lujoso tablero ni a las entusiasmadas miradas de los más ansiados degustadores.

El delicioso *boxty* que elaboraba Muriel con su barita mágica era embriagador; su protagónico ingrediente, la patata, era mi preferido manjar; un rebasado cuenco de *coddle*, con doble ración de bacón (como a mí me gustaba), tentaba al más fiel vegano, y el apetitoso y dulce *pudding* de queso te obligaba a desatar por completo el fajín para permitir la respiración.

En un punto clave de la mesa, Muriel siempre colocaba la bebida más preciada de mi abuelo: el vino. El viejo siempre disponía de una botella del mejor de los caldos; su extraordinaria afición lo consagraba como un gran amante del zumo de uvas.

Nos sentamos y empezamos a comer. Al señor de la casa le sorprendió lo famélica que me encontraba; desde el fatídico suceso apenas había probado bocado.

—Por tu apetito veo que te encuentras mejor, me alegro mucho — manifestó durante la apropiación de la botella de vino.

Una vaga sonrisa con mis sellados labios prescindió de mis palabras.

—Mañana volverás a la escuela —decidió tajante—. Creo que volver a

centrarte en algo será positivo para ti. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro —asentí, sin dudar en ningún momento en contradecir al respetado patrón.

La tarde transcurrió, y no se me fue ni por un instante de la mente el posible peligro que Adham podría correr por mi culpa. Mientras preparaba la mochila para ir al día siguiente a la escuela, no pude aguantar más; mi incertidumbre me agitaba la cabeza como las olas de un furioso mar. Fui a la cocina por un vaso o una taza (lo primero que encontrara); así, de nuevo me sumergiría en el mundo de Dýnami, pese a los riesgos que conllevaba. Saqué mi llave ardiente por el contacto hermético con mi piel, y entré al jardín. Preparé mi taza para recoger el suficiente mágico fluido y convencerme a mí misma de que esta tenía que ser la cantidad justa para cerciorarme de que Adham no corriera peligro. Llené solo el culo del recipiente, me senté y lo bebí, y sentí el adormecimiento habitual y el cierre de mis ajetreadas ideas; después desperté.

Estaba oscuro, pero una leve iluminación, que salía de no sé dónde, me permitía idear el lugar. Me encontraba encerrada tras cuatro paredes; una de ellas estaba revestida con impenetrables verjas. Al parecer, yacía prisionera en una cárcel, pero «¿de dónde?», intentaba averiguar. Esto no era Dýnami, o al menos eso me parecía; lamentablemente la circunstancia se asemejaba más a que el agua me había transportado a otra realidad, como las demás anteriores, y cabía la posibilidad del no retorno a la misteriosa ciudad de Dýnami. La poca claridad me permitía observar algunos detalles del espeluznante zulo: las paredes eran de un aspecto nauseabundo y estaban plagadas de dolorosas inscripciones en color rojo; en ellas destacaban frases amenazantes e incitantes al suicidio, con las que también idolatraban sin cesar a Satán. Por el repugnante hedor que provenía del rincón y por los insectos voladores que lo circunvalaban, una repulsiva letrina se hallaba a poco más de dos metros de mí. Desde luego, mi fortuna se había quedado atrapada en Cashel. El canguelo del silencio era empeorado por los murmullos y gemidos del padecimiento de enfermizas personas; el lugar me daba aún más grima.

Al agazapar mi cabeza para taparme fuertemente los oídos, observé cómo mis piernas y mis brazos estaban totalmente esqueléticos y demacrados; los secretos de mi cuerpo eran cubiertos por un cochambroso harapo roído.

Por lo que podía comprobar tras varios viajes experimentados, al sucumbir cada vez a uno nuevo, el agua viajera, por alguna sabia razón, me preparaba físicamente para entrar en el papel, fuera cual fuere el lugar.

La situación comenzaba a ponerme nerviosa; sin que las ideas fluyeran por mi cabeza, me encogí en una esquina del claustro cada vez apretando más mis entumecidas piernas. Intentando frenar mi locura naciente, con la esperanza de que la poca agua bebida no alargara mi sufrimiento. Pero al conseguir establecerme, pude ver cómo una enorme y repugnante rata, con la cabeza negra y el resto del cuerpo de color gris, se colaba en mi celda olfateando y acercándose a mi rincón; se detuvo y su cabeza se alzó mirándome fijamente mientras se relamía, como si alertara a su estado famélico de su grata suerte. Mi temor se apoderó de mí produciéndome temblores incontrolables y, en un abrir y cerrar de ojos, la diabólica rata, con boca desencajada y mirada furiosa, corrió hacia mí y saltó.

Al ver la mandíbula abierta de tal terrorífico animal saltando hacia mi rostro, un pavor aun peor se adueñó de mí y de mis extremidades, y dejó libre únicamente la explosión de mis pulmones; cerré los ojos y grité agotando toda la fuerza y el oxígeno que habitaban en mi interior...

—¡Ahhhhh!

En escasos segundos, apenas sin darme cuenta, decanté mis manos hacia mi rostro para comprobar su estado real, pensando en la fatídica posibilidad de que la adrenalina simplemente hubiera omitido la señal de dolor mientras el endiablado roedor devoraba mis apreciadas facciones. Pero, por suerte, no fue así. Abrí los ojos y descubrí mi cuerpo arropado con mi precioso vestido y delicados complementos: estaba en casa.

—¡Jajaja! ¡Muérete, asquerosa rata!, ¡espero que te pudras! —grité eufórica hacia el cielo, como si el repulsivo animal pudiera oírme, dejándome llevar por la histeria.

Poco a poco, ralenticé mi respiración y reflexioné: «Sin duda ha sido la peor realidad donde podría haber aterrizado..., pero ¿dónde está Dýnami y cómo consigo regresar? Sé que es muy arriesgado seguir con esto; de hecho, hoy podría haber sido vilmente devorada. Quién sabe a qué clase de horrores me expongo si continúo...». Desanimada, me marché a prepararme para mi primer día de colegio, tras varias semanas oculta.

Me dirigí a Reymory's sin mucho ánimo y algo nerviosa. Debía de hacerme a la idea de que, a partir de ese día, sería la niña huérfana a la que todos señalarían con el dedo. Al entrar en clase la multitud me miraba con curiosidad y descaro, susurrándose entre ellos. Holly me esperaba sentada al lado de mi mesa con una pizpireta sonrisa.

—¡Qué bien que hayas vuelto! —Brian, que se sentaba detrás de mí, apretó su mano en mi hombro, mostrando su apoyo sin necesidad de decir palabra.

Al sonar el timbre de entrada, «cara de cera» entró.

—¡Buenos días! —Después dirigió su mirada hacia mi ubicación.

—¡Bienvenida, Srta. Erwine! —Se posicionó más cerca de mí—. Quiero que sepa que tiene nuestras condolencias y nuestro más sincero apoyo, y hablo en nombre de todos —farfulló dulcemente.

—Gracias, Srta. Clarens —respondí afable, deseando finalizar de una vez la aflicción colectiva.

Y por fin empezamos la clase como de costumbre.

Llegó la hora del descanso y mi cabeza no paró de dar vueltas, durante toda la mañana, sobre cómo llegar a Dýnami. Me dirigí afuera del edificio, donde observé a lo lejos a Brian, que me esperaba junto al viejo roble del patio, donde quedábamos normalmente. Holly todavía no había llegado: la pobre seguía en la interminable cola del aseo.

—¡Hola, Brian! —lo saludé sonriente.

—¡Hola! —respondió alegre—. ¿Quieres que vayamos a coger renacuajos? Las charcas están llenas y sé que hace tiempo anhelas ver crecer a uno. —Aventuró enérgico.

—No, gracias.

—Podemos hacer lo que tú quieras. —Me animó—. Te he echado mucho de menos. —Se creó un silencio muy embarazoso. Al darse cuenta, reanudó rápidamente un tema—. El otro día el zopenco de Wido escondió una chuleta en mi mochila y «cara de cera» me la pilló mientras hacíamos el examen de lengua; pensó que me estaba copiando y me suspendió al momento. Pero al salir de clase lo cogí de improviso y lo bombardeé con excrementos de conejo, con el tirachinas que me regalaste.

—¡Jajaja! —Me reí imaginándome la situación.

—Que, por cierto, ¡va genial! Puede llegar a lanzar la bola a 15 metros, por lo menos —me explicó emocionado—. Holly me ayudó, aunque no fue lo mismo sin ti. No le dio ni tan solo una vez, y mira que la pobre se esforzó, aun repugnándole las heces como la repugnan, pero... hay que ser muy malo para no darle al tremendo cabezón de Wido, ¿no te parece? —Consiguió de nuevo robarme una sonrisa, como de costumbre.

Viendo el esmero que Brian depositaba para verme contenta, me dio lástima no corresponderle. Avancé unos pasos hacia el bosque.

—¡Eh! ¿A dónde vas?

—A buscar renacuajos —le respondí sonriendo. Su cara resplandeció, y me acompañó.

Nos lo pasamos genial; Brian y aquellos escurridizos renacuajos me habían borrado el tema de Dýnami de mi perturbador cerebro durante un tiempo.

Era la hora de la comida y, entonces, se me ocurrió una idea... «Quizá si bebo el agua a la misma hora de ayer...». Llegué a casa asomándome velozmente a la cocina para saludar a Muriel y comprobar si había comenzado ya su almuerzo.

—¡Hola, Muriel, ya estoy aquí!

—¡Dios santo, Srta. Erin! ¿Dónde se ha metido?: está cubierta de fango —replicó espantada.

—¡Ah, esto! Pues... un automóvil que iba a toda prisa me salpicó con un abundante charco —me excusé. —¡Bien!, cámbiese y lávese; en cuanto termine le dispondré su almuerzo. —Asentí con la cabeza y salí de la cocina. Enseguida empecé a subir escaleras arriba, y recordé que no era necesario coger un recipiente porque el día anterior me había olvidado una taza sobre la fuente.

Saqué la llave de mi cuello, entré y me aseguré a mí misma que no tomaría demasiada agua por si, desafortunadamente, caía en una nueva aterradora realidad, así que tan solo bebería unas gotas. Cogí la taza, vertí una pizca, me senté y lo ingerí.

Abrí los ojos y le eché un vistazo a ese recóndito lugar. Observé una maravillosa y desierta playa de agua cristalina color turquesa, con palmeras repletas de cocos que caían momentáneamente rodando hacia la orilla, mientras resultaban el manjar de una hambrienta ola. Ese sitio era un destino fantástico al que cualquier persona estaría encantada de perderse para explorar los rincones más secretos y vírgenes jamás hallados; pero esa persona no era yo. Sentí cómo una gran decepción me invadía; aquello no era Dýnami. Agradecí, de todas formas, haberme topado con tan magnífico lugar; no como el anterior, que fue una auténtica y traumática pesadilla. Empecé a notar que un adormecimiento se apoderaba de mí.

Al espabilarme, me vi de nuevo sentada en mi arboleda. Habían sido unas escasas gotas tomadas que conllevaban a una estancia realmente corta, aunque en el destino pareciese un tiempo mayor.

Ya en mi acogedor edén casero, deleité asombrosamente, de nuevo, curiosos cambios. «Pero ¿desde cuándo el jardín ha crecido tanto? Parece una jungla», me maravillé. Había adquirido tanta espesura que se asemejaba a una selva frondosa que ocultaba misteriosamente el camino de vuelta. «Ahora lo entiendo: mientras más agua beba, el jardín más se colma de vida», razoné atando cabos. Recuperé el sentimiento de decepción por no haber llegado al lugar deseado, y bajé a comer.

—Siéntese, Srta. Erin —dijo Muriel, mientras me acoplaba acoplándome

la silla—. Cómaselo todo, tiene que recuperar fuerzas. Don Gael hoy no la acompañará durante el almuerzo, tiene asuntos que atender. Me retiro, Srta. Erin; si necesita algo, comuníquemelo. —Mostró una sonrisa cada vez más familiar al tratar conmigo. Y la verdad es que yo tenía que admitir que, con el paso de los días, me sentía más cómoda con ella y con «sus repentinas apariciones».

Me quedé arrinconada en aquella longitudinal y monstruosa mesa, que me hacía recordar siempre mi presente soledad. Sin apetito alguno me dispuse a acabarme el lomo, como lo había ordenado Muriel.

De bocado en bocado, se me ocurrió algo: «¿Y si la hora indicada para volver a Dýnami es el momento en el que regresé de la ciudad?... ¡Sí, tiene que ser eso!». Miré el reloj de cuco del salón, que movía el gran peso de un lado a otro. Faltaban unos diez minutos aproximadamente para la hora de llegada. Me levanté arrastrando bruscamente la silla y me asomé a la cocina. Puse cara de desahogado dolor.

—Muriel, no me encuentro bien, iré a mi cuarto a descansar.

—¿Qué le sucede, Srta. Erin? ¿Quiere que llame al médico?

—¡No! —Me apresuré—. No te molestes, estoy segura de que el descanso hará que mejore, gracias. —Me alejé del rostro desalentado de Muriel, dejando atrás mi pésima actuación.

Me dirigí al jardín. Entré, y esta vez decidí arriesgarme tomando más agua: tenía un buen presentimiento.

Capítulo 5

DÝNAMI

Cerré los ojos y, tras unos inciertos segundos..., los abrí y divisé una espesa niebla que apenas me dejaba ver. Pero, en la cercanía, pude descubrir el tubo de donde habíamos salido Adham y yo la otra vez: había llegado a Dýnami. La clave constaba en beber el agua a la misma hora en la que regresara del viaje. Caminé unos pasos y me choqué con la idéntica voluptuosa piedra en la que habíamos descansado anteriormente; me llené de nuevo los pies del líquido morado y pegajoso de las diminutas y escurridizas vallas.

Sin saber hacia dónde dirigirme, me adentré en el tubo y empecé a caminar a gatas unos pocos pasos; de repente escuché un ruido que provenía del tubo y se acercaba sigilosamente hacia mí. Mi tranquilidad comenzó a desmoronarse, y pensé...: «¿Y si es otra espantosa rata?». Exaltada, reculé de inmediato y me escondí detrás de la piedra. Me asomé por el canto de la roca, y desvanecidamente vi salir a una persona del canal; la densa y acaparadora neblina no me dejaba precisar de quién se trataba.

De pronto los susurros formados por aquel misterioso individuo esclarecieron mi intriga.

—¡Erin, Erinnn! —murmuraba sin cesar. Enseguida identifiqué la recia y cálida voz de Adham. Alegre por mi suerte, salí de mi escondrijo.

—¡Adham, aquí! —grité.

—¡Shhhshshs...! no chilles, te pueden escuchar los Lurus —me regañó toscamente.

Remediando mi torpeza, le hice caso de inmediato. Nos acercamos el uno al otro, envolviéndonos en el claro velo de la bruma, y me cogió de la mano.

—Ven. —Sin más, me encaminó por el bosque hasta llegar a lo alto de una llanura donde la niebla ya se había disipado, y me soltó.

La claridad e intensidad de la luz mostró el genuino encanto de la colina, y con esa misma iluminación me fijé en su bello rostro, de una textura avainillada.

—¡Aquí estaremos a salvo! —aseguró, mientras recuperaba el aliento, al igual que yo, de la empinada subida.

Aparté la vista de él con la intención de que no descubriera mi cara de abobada, y miré alrededor.

—¿Dónde has estado? Vine ayer para ver si te encontraba; pensaba que te habían atrapado los Lurus.

—Pues yo pensaba que te habían atrapado a ti.

—¡Jaja! —Risoteó burlescamente—. ¿A mí? Yo soy intocable. Soy de Dýnami, ¿recuerdas?; a mí nunca me harían daño. Y bien, ¿dónde has estado?

—Me escondí tras unos espesos matorrales —le dije sin que se me ocurriera un pretexto más creíble.

—¿Todo este tiempo?

—¡Ajaa...!

—¿Y no has comido nada desde entonces? Es demasiado tiempo.

—No —respondí sin vacilar, para mostrar una credibilidad impecable.

—¿No? La verdad es que te he subestimado: eres más dura de lo que me imaginaba —expresó con notorio orgullo.

Al parecer se lo creyó o, al menos, eso me hizo pensar.

—Pues ahora debes de estar famélica. He traído un sándwich de queso, ¿te gusta?

—¿Bromeas? Ahora mismo me comería una vaca. —Exageré complaciendo su expresión—. Gracias, es un detalle.

Sin tener apenas hambre, después de haber ingerido íntegramente el bochornoso plato de lomo con patatas y manzanas asadas de Muriel, me acomodé en la hierba y lo devoré con el fin de que mi defensa pareciera aún

más firme; me sentía como un longevo puerco de granja. Enseguida mi memoria cayó en picado pensando en que, de un momento a otro, me desvanecería.

—Adham, yo tengo que...

—Te he traído una cosa más, por si tenía la suerte de encontrarte. —Me acalló, mientras se metía la mano en el bolsillo. Me puse contenta al pensar que deseaba encontrarme, y me impacienté—. Te he traído un brazalete. Lo robé de la sala de neonatos; seguramente se lo iban a colocar a un recién llegado de la *esfingola*.

Cada vez que decía eso, me imaginaba a un enorme y peculiar insecto con reflejos o parecidos humanos saliendo de una gigantesca y monstruosa flor. Era tan extraño... Observé el curioso brazalete: estaba forjado de hierro con pequeños anclajes, forrado con una brillante tela elástica y tenía grabado algo minúsculo, tan minúsculo que era ilegible.

—A partir de ahora te llamarás Adda Owen Jones; con esto los Lurus pensarán que eres uno de los nuestros.

—¿Adda dices? Entonces... ¿no me querrán liquidar?

—No, por supuesto que no. —Me cogió de la mano y me acercó el brazalete dispuesto a ponérmelo, pero yo tensé mi brazo, debido a la irremediable desconfianza que me suscitaba ese chisme.

—Relájate, confía en mí. —Y al pedirme tal cosa, con su mirada oscura y penetrante, cedí. De repente un curioso mecanismo se puso en marcha encendiendo unas diminutas luces verdes de la pulsera, y comenzó a estrecharse hasta adaptar por completo la justa medida de mi muñeca, lo que lo dejó perfectamente inmerso en mi piel.

Un poco azarada y, al mismo tiempo, asombrada por no haber detectado ni el más ínfimo dolor, me acerqué la muñeca y la palpé. No estaba herida ni tampoco notaba ningún tipo de relieve: era como si no llevara nada. Solo se distinguían unos números e iniciales indescifrables.

—¿Lista? Ahora te presentaré como una Lémer. ¿Te acuerdas de lo que era un Lémer, verdad?

—Sí, pero, Adham, hay algo...

—Lo sé, sé que tienes un secreto.

—Pero es que no puedo contártelo, aún no —le expresé afligida.

—¡Está bien!, prometo no hacerte preguntas. Y ahora relájate y disfruta, ¡vamos! —Se levantó y me ofreció su mano para ayudarme a ponerme en pie.

Nos dirigimos hacia el tubo y por fin empezó... «mi aventura en Dýnami».

Salimos de aquella sala de máquinas y... no me lo podía creer: estaba en Dýnami y los Lurus no me acechaban. Adham me llevó hacia un edificio que estaba justamente enfrente: era emblemático y tan alto que estaba convencida de que los ocupantes de los últimos pisos saborearían el almuerzo, envueltos de pomposas y vaporosas nubes. Era de diseño moderno y de un color blanco puro, pero no era el único; el lugar estaba plagado de edificios idénticos: nos encontrábamos en la zona residencial. Por lo que aseguraban las numerosas ventanas y portillos, allá habitaban centenares de personas. Entramos, y pude ver una decoración basada en blancas paredes perfectamente enyesadas, puertas que se mimetizaban con estas y numerosos ventanales simétricos que iluminaban notablemente la estancia (al parecer el color blanco estigmatizaba aquella ciudad, quizá para destacar el insólito y virgen imperio), con escasos y funcionales muebles que rompían menguadamente el aburrimiento de la lisa pintura. Al subir por la escalera de caracol, se hallaban tres bifurcaciones compuestas de pasillos angostos y varios espejos forrados en las paredes; a medida que los transcurrías, encontrabas las habitaciones de los residentes. Un par de chicos se hallaban enzarzados de cuarto a cuarto batallando con sus mullidas almohadas, mientras dejaban una alfombra de desperdigadas plumas a su paso, como si un desalmado hubiera pagado su mal genio torturando cálamo a cálamo a un inocente ganso malparado.

—Déjame hablar a mí —masculló Adham muy convincente. Convincente o no, yo me encontraba un poco en *shock* y no requería siquiera de que me convenciera lo más mínimo para que se declarara el portavoz.

Picó a una puerta que estaba entreabierta. ¡Toc, toc!

—¡Pasa! —dijo una voz rasgada y masculina.

Adham se asomó. Entramos y vi a dos chicos y a una chica cómodamente sentados en el dormitorio. Era una habitación peculiar: las dos camas resurgían de la pared, alineadas de arriba abajo como si pudieran guardarse en invisibles cajones después de su uso, destacando de esta manera la amplitud del habitáculo; un escritorio rectangular con patas de hierro ofrecía el cómodo y ancho servicio del trabajo y acomodaba perfectamente dos sillas; las colchas de las camas daban un toque estridente a la habitación con repetidos dibujos geométricos de color marrón que rompían la apacibilidad del blanco puro. Era un dormitorio pulcro y ordenado, pero sin demasiada personalidad. En un furtivo repaso fugaz al lugar, estancué la vista en un dato importante: el calendario. Me concentré en leerlo en la distancia. «Abril, martes 25, del año... 2032. —Mis ojos se desorbitaron por un momento—. ¿Cómo?, ¿estamos en el año 2032? Me había imaginado que era el futuro... pero, desde luego, no tan lejano». Me quedé atónita cuando, entonces, Adham se dispuso a presentarme.

—Os traigo a una Lémer.

Todos se pusieron en pie. La chica en cuestión me acechaba con una mirada meteórica que consiguió erizarme todo el vello de la piel.

—¡Hola! —saludé cordialmente y, mediante sus miradas y gesticulaciones, resaltaron sus salientes nervios, y pude comprobar la conmoción que causaba mi presencia.

—Soy Er... Adda Owen —corregí de inmediato.

Los dos chicos parecieron recomponerse y me saludaron amistosamente.

—¡Hola!, soy Neil Anderson.

—Y yo, Changon Banlog, encantado.

Neil era alto, con aspecto un tanto principesco; su dorado cabello atraía a los rayos solares y provocaba un deslumbramiento precioso; su piel era tersa y fina como la cera; por su vestimenta y facha en general, demostraba los sumos cuidados que dedicaba en acicalarse y, tras su sonrisa y modo de recibimiento, ya dejaba entrever su buenísima urbanidad.

Changon era de piel negra, resplandecía por su risueño semblante y

llevaba unas gafas muy sofisticadas que le daban un toque intelectual e interesante; su camisa a cuadros mostraba los principales botones desabrochados, retando así al latoso orden y augurando un carácter divertido y despreocupado en él. La chica austera, que todavía no había tenido la decencia de presentarse, tenía un físico despampanante y poseía rasgos del Este: un largo y denso cabello rubio, ojos penetrantes de azul cristalino y una cautivadora silueta, realmente envidiable, que marcaba unas curvas incesantes, despegando a modo de tobogán sus lánguidas y estilizadas piernas. Pude darme cuenta de una peculiar anomalía que presentaba en su mano derecha y era que tenía cuatro dedos, pero eso no le imposibilitaba parecer una diosa. Ella optó por ignorarme declarando abiertamente su repugna hacia mi rotunda aparición.

—Katia, ¿crees que podrías ser un poco más amable? —le dijo Adham al ser testigo de su desagradable comportamiento. Katia, indignada por el toque de atención, salió de la habitación dando un fuerte portazo.

—Quizá será mejor que me vaya—musité.

—No le hagas caso; es muy territorial, ya se le pasará —dijo Chagon apaciguando el ambiente.

—Bueno, Adda Owen, cuéntanos tu historia —espetó Neil todo curioso.

—Pues yo vengo, vengo... —Mi mente se quedó en blanco, y Adham me echó una mano.

—Viene del capitolio sur de Dýnami y es de las pocas que han pasado al programa avanzado; por fin tenemos la fortuna de conocer a un Lémer.

—Sí, tienes razón. Entonces, debes ser una peque muy lista. ¡Bienvenida a nuestro grupo! —dijo Chagon entusiasmado.

—¡Eh!, que no soy tan pequeña —reemprendí molesta, mientras risoteaban por mi frágil irritabilidad—. Y además, gracias a mi edad, tenéis la suerte de estar ahora mismo hablando con una Lémer —aclaré orgullosa.

—¡Uhhhh! —soltaron guasones.

—Yo, que vosotros, tendría cuidado con ella: puede sorprenderos en cualquier momento —dijo Adham acallando a las voces—. Bueno, ahora ya

os conocéis oficialmente. Voy a enseñar a esta señorita la otra parte de Dýnami. ¿Quedamos en media hora en el campo?

—Sí, nos vemos allá, y... estamos deseando ver tu faceta más atlética, Adda —dijeron Neil y Chagon en tono burlesco. Yo los miré confundida, mientras Adham me tiraba del brazo.

—¡Adiós, chicos! —Me apresuré en despedirme antes de salir disparada de la habitación.

Salimos del edificio después de recorrer el enrevesado camino hacia la salida.

—Gracias, Adham, por ayudarme; no sabía que decir, me quedé en blanco. —Él sonrió.

—No te preocupes.

—¿Sabes?: me encanta protagonizar el papel de una misteriosa superdotada —susurré alegre, mientras veía la manera en que le divertía mi entusiasmo—. Por cierto, vuélveme a explicar para qué os preparáis. Era algo así para adueñarse del mundo, o... ¿cómo era? —Notaba el modo en que me miraba atento ante mis palabras, igual que si estuviera divisando una comedia, esperando la próxima guasa. Lo que no sabía era de qué forma tomármelo.

—Nos preparamos para todo: para manejar el mundo y sus adversidades, para un día dirigir nuestro propio Dýnami envolviendo el universo y prosperando una vida mejor, embelleciendo los parajes, los hábitos, los poblados, los vínculos..., a las personas.

—¡Mmnnn! Suena un poco maquiavélico, ¿no crees?

—No. Con suerte reclutaremos a las almas perdidas, mostrándole un sólido y percedero lugar donde habitar y la fortaleza impenetrable que hallaremos como resultado de nuestra unión—me respondió muy centrado mirando al perdido horizonte; su creencia me empezaba a dar escalofríos.

No obstante, eso aclaraba mis dudas y originaba otras, y era que los habitantes de Dýnami afirmaban lealtad y fraternidad a su ciudad junto a sus deberes como lugareño, pero en mi realidad aquel curioso poblado suscitaba

diversas sospechas. «Hay gato encerrado».

Nos dirigíamos hacia alguna parte, mientras me ayudaba a descubrir los encantos de aquel fascinante mundo. El paisaje se componía de puros y gigantescos edificios de estilo moderno, los cuales cambiaban su imponente estatura según las zonas; los bloques eran acorralados por largas y extensas hectáreas de jardines completamente impregnados de colores intensos, donde albergaban dispersamente profundos lagos de agua pura: estos disponían de puentes de madera sólida para poder ser cruzados o, para los que desearan gozar de un maravilloso paseo relajante, se hallaban unas pequeñas embarcaciones amarradas en la orilla que solventaban al capricho.

El país me cautivaba por momentos, era alucinante. Preciosos páramos, infinidad de ambientes al aire libre, monumentos, residencias de primera calidad, y su gente; su gente explotaba la bella diversidad de todas las etnias existidas en la faz de la tierra, pero, por el contrario, todos ellos seguían una misma cultura. Realmente aquella ciudad parecía un campamento internacional visto desde arriba. «Pero, ¿cómo es posible que una flor fabrique seres de características tan distintas?; y lo más importante, ¿que fabrique seres humanos?». Yo seguía escéptica a aquella historia: me parecía imposible.

Llegamos a la cumbre de un monte, y observé cómo Adham miraba expectante hacia abajo.

—¿Qué miras?

—Acércate.

Al asomarme pude notar cómo en la invirtuosa caída del monte yacía una inmensa explanada; desde la lejanía se observaba una plaga de hormiguitas inquietas.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Allí jugamos al rugby. ¡Ven!, jugarás con nosotros, pero no te preocupes si no das con el balón: es normal al principio. El rugby es un deporte bastante duro, así que ten cuidado y no te lastimes; la mayoría son unas fieras. Y recuerda: yo estaré cerca de ti.

Y mientras Adham seguía con la verborrea petulante sobre el rugby y sus dificultades, pensaba en lo irrisorio que me resultaba que alguien pretendiera instruirme sobre el gran deporte histórico de mi cultura. Enseguida mis memorables pensamientos dieron con uno en concreto de mi bella infancia:

En verano, justamente en las tardes sofocantes de calor antes del ocaso, jugaba con mi padre en el jardín de casa durante largas horas, que pasaban como veloces relámpagos, de las diversas variedades de rugby practicadas en mi país; él me las había mostrado todas, pero el *hurling* era nuestra preferida. Mi padre era un frenético de aquel deporte y, desde que di mis primeros pasos, no dudó ni un momento en adocrinarme para ello.

—No sé si seré capaz de hacerlo, parece tan rudo —le dije a Adham aparentando ser endeble e ignorante.

—¡Claro que sí!, yo te enseñaré las reglas del juego.

Muy motivado se puso seriamente a explicarme las pautas por seguir, dándose el gusto de ilustrar a su confuso alumno. Sin embargo, para darle aquel disfrute, tuve que lidiar con una larga charla sobre la introducción al deporte que, para mi juicio, el pobre se equivocaba en bastantes puntos. Pero no sería yo quien se lo hiciera saber; estaba tan entusiasmado.

Al acabar con su extenuante explicación, me animó a empezar.

—¿Ha quedado claro?

—¡Aja! —asentí.

—Entonces..., vayámonos a jugar. Y no te preocupes si no haces todo lo que te he enseñado; lo harás muy bien.

—Vale, pero ¿cómo vamos a ir allá abajo?

—Espera y verás —dijo intrigante, levantado sus dos cejas.

Pulsó unos botones de su brazalete y esperó; me miró presumiendo de nuevo de su ingenio y yo, cansada de sus sutiles fanfarronadas, resoplé. De repente salió de la nada un vehículo de cuatro ruedas muy raro, que se paró enfrente nuestro; lo más extraño era que ningún conductor lo manejaba. Mis asombros en aquel lugar eran interminables. Después de disfrutar de unos

instantes más de mi cara pasmada, Adham se animó a instruirme de nuevo.

—Supongo que te has fijado que Dýnami es un lugar prácticamente sin fin, lo cual hace que a todos nos pille un poco lejos las localizaciones donde precisamos acudir. Así que el brazalete nos permite programar un transporte que nos localice allá donde estemos, y tomarlo prestado para llegar a nuestro destino deseado. Súbete y cógete fuerte, he llamado al *quad* más veloz.

Desde luego, yo no daba crédito a tales avances tecnológicos; mi necesidad se resignaba a la ignorancia y, sin otra alternativa, obedecí sin dudarlo. Lo cogí fuerte, sintiendo la dureza de su musculatura a través de la camiseta; mi vergüenza se asomó al rozarlo, pero fue disminuyendo al notar el caso omiso de Adham. Aceleró, dispuesto a bajar el empinado descenso, mientras gritaba soltando la adrenalina:

—¡Yuhú!

Alcanzaba una velocidad desorbitada por el picado monte. Mi corazón latía a mil y una pulsaciones por minuto, y sostenía los ojos cerrados con la esperanza de intentar distraer a mi cerebro sobre algo más emotivo que una brutal caída.

—¡No corras tanto! —le gritaba.

—Confía en mí —respondió acercándose lo máximo posible a mi oreja, soltando en la escueta frase su aliento ardiente en comparación con la veloz brisa. Y tras esas palabras, abrí los ojos y empecé a disfrutar yo también de la fantástica hormona: la adrenalina.

—¡Uooooohh!

Nuestros rostros, temblorosos por el fuerte viento acusado por la velocidad, delataban la peligrosa diversión; los cabellos, alborotados, chocaban contra el viento trazando ondeadas a su paso. Sin lugar a dudas, no había mejor sensación que aquella: «la libertad».

Aminorando la velocidad y con el semblante ya helado, llegamos a un descampado repleto de *quads* como el nuestro y otro tipo de vehículos jamás vistos en mi mundo; aparcamos y caminamos hacia la muchedumbre. Había cientos de personas y un ambiente muy animado; el enorme campo de césped

estaba envuelto en unas larguísimas gradas, que empezaban a ser ocultas tras una plaga de individuos ansiosos por el comienzo del juego.

Fuimos hacia una caseta donde se observaba a la gente amontonarse para coger el equipamiento necesario del deporte: balones, cascos, rodilleras y unas armaduras que engañaban su brusco peso tras sujetarlas y mostrar su ligereza.

—¡Toma!, ponte esto y abróchatelo; también el casco.

Lo hice como me sugirió, mientras observaba el curioso equipamiento. Una vez armados, salimos varios jugadores a posicionarnos. Me fijé en el color de ambos equipos, los rojos y los azules; nosotros formábamos parte del rojo. Adham iba saludando y bromeando con sus colegas contrincantes sobre su futuro triunfo, hasta que eligió un punto y se colocó.

—Va a empezar. No te alejes de mí y recuerda todo lo que te he explicado; hemos de conseguir llevar la pelota hacia la línea del final.

Y entretanto que evadía sus cansinas instrucciones, yo meditaba... «Si mi padre estuviera aquí para verme jugar en un equipo de rugby del 2032, alucinaría».

Sonó un silbato y empezó la partida. Yo corría enganchada a la sombra de Adham, para no crearle frustración antes de lo necesario; durante la carrera se escuchaban ánimos que provenían de las gradas, así como también los abucheos y las obscenas palabras de algunos groseros espectadores que descargaban contra los miembros de su equipo enemigo. De repente, observé la oportunidad de robar el balón, que se dirigía hacia mi contrincante vecino; se lo quité en un momento parpadeante y, al llegar a mis manos, el reprís se apoderó de toda mi complexión recorriendo una gran distancia, como un poderoso y vertiginoso guepardo, concentrándose en el más ínfimo movimiento que surcara a mi alrededor para esquivarlo. Algo jamás previsto pudo engendrar tal magnífica jugada y, a tan solo un par de metros de la línea..., me lancé directo al vacío, como si fuera la bola de un cañón, pero todo se ennegreció a causa de una desmedida avalancha de salvajes participantes. Omitiendo irremediabilmente el trabajo de algunos de mis

sentidos, mi instinto de supervivencia se intentó salir de aquella cueva humana por todos los medios y, en unos instantes, hallé la claridad por un agujero que me indicó la salida. No sé cómo ni gracias a qué, pero en un abrir y cerrar de ojos me puse en pie, y pude ver lo que me había impedido hasta la respiración: una multitud de rudas armaduras habían formado una roca impenetrable. Después de ver el panorama, observé mis pantalones cubiertos de polvo; me dispuse a sacudirlos tan solo con una mano, ya que tenía a la otra ocupada; mi lentitud en la limpieza me enervaba y enseguida me interesé en la causa de indisposición de mi otra extremidad. No me lo podía creer: tenía el balón y estaba tras la línea. Había ganado.

Un extraño silencio hizo que elevara la mirada hacia las gradas: todo el mundo me observaba con asombro. Una sensación de poder me inundó; nunca me había sentido tan grande, y eso me agradó. La gente se alzó formando una escandalosa ovación con el nombre de mi equipo y mi nombre tapadera en concreto, sin saber cómo todo aquel clan ya se había puesto al tanto sobre esa información. Mis colores empaparon aún más mis mejillas de una ardiente y embarazosa vergüenza. Erguí la vista y pude ver cómo Adham mantenía una acalorada discusión con Katia en la lejanía. «Esa Katia me empieza a resultar un verdadero incordio. ¡Qué querrá ahora! Solo espero que no quiera saber más sobre mí», medité enfurruñada. Al finalizar la encrespada conversación, Katia se marchó difundiéndose entre la gente. Adham localizó mi mirada y me sonrió rápidamente con orgullo, dejando atrás su anterior rostro de ofuscación.

Al acabar el partido quedamos en celebrarlo y, después de conocer a fanáticos lugareños que habían gozado inmensamente con mi jugada, tenía por los menos treinta invitaciones que consumir esperándome en el lugar del festejo; a eso se le llamaba gozar de una buena bienvenida. Nos fuimos en el *quad* haciendo veloces carreras con Chagon y Neil, que iban en otro raudo vehículo. Ya oscureciendo, llegamos a un edificio no tan alto como los que normalmente destacaban en la zona residencial; este estaba iluminado con neones de color azul eléctrico y por su apariencia sugería ser un sitio ideal

para la diversión.

—Esto es Glass. Aquí celebramos las mejores fiestas de todo Dýnami, y esto ¡Hay que celebrarlo por todo lo alto! —anunció Adham alegremente.

Me fijé en cómo había posado su mirada en mí al sugerir aquello, como si su comentario se refiriera a mi llegada y no al hecho de haber ganado el partido; aquel gesto me produjo un agradable escalofrío.

—¡Bien! Supongo que aquí tendrán algo donde clavar el diente. ¡Me comería un caballo! —declaré.

De repente el ruido de mis tripas habló por sí solo. Adham sonrió.

—Espera y verás: no te defraudará.

Neil y Chagon se adelantaron para abrirme la puerta.

—¡Hagan paso a la vencedora Adda Owen! —vociferó Neil.

—¡Sshhhhhh!, no hagas eso, Neil —le regañé.

Abrumada por el cumplido, me tranquilicé al comprobar que la música alta del local había impedido escuchar tal embarazosa presentación. Las luces eran tenues, pero procuraban suficiente visibilidad; varias mesas redondas rellenaban el salón, repletas de abundantes aperitivos y de magníficas degustaciones para el paladar más fino: gambas, langostas, filetes, pato, caviar y fuentes rebosantes de exquisitas frutas exóticas... «Desde luego esto es comida para ricos», cavilé con los ojos hechos chiribitas.

El aforo estaba desbordado, la adolescencia se adueñaba de la zona y yo me preguntaba: «¿Cómo es posible que en esta ciudad solamente habite juventud? ¿Quién les proporcionará tan alto nivel de vida?». Mis cuestiones sobre el lugar resurgían sin cesar; estaba segura de que, aunque hubiera llegado a un paraíso futuro, Dýnami escondía algún secreto.

Me acerqué a una mesa y cogí un plato. Aprovechando un momento de soledad, comencé a degustar las delicias que yacían sobre el mantel, y sin darme cuenta estaba engullendo como un lobo hambriento. Desafortunadamente, Katia se percató de mi atiborramiento, y se acercó con una soberbia sonrisa triunfante.

—¿Qué?, ¿no te daban de comer en tu capitolio? —Deglutí rápidamente para protestar en mi defensa—. Katia, no quiero hacer malas migas, pero, si insistes, te informaré de que en mi capitolio comía satisfactoriamente. ¿Sabes qué ha sido lo que de verdad me ha abierto profundamente el apetito? —le suscitó irrisoriamente, mientras me miraba con una sonrisa desquiciada a la espera de mi respuesta—: vencer el campeonato. —Y me engullí una tostada de caviar a la salud de mi *alter ego*, entretanto que miraba victoriosa el desvanecimiento de su altivo semblante, como si su cara fuera un helado en proceso de deshielo. Molesta y destronada, Katia dio media vuelta y se mezcló con el gentío.

El entorno se oscureció levemente y alzaron el tono de la música, protagonizando el desenfreno. La música te obligaba a moverte dejando a tu cuerpo como su leal discípulo, las luces te enturbiaban la vista creando una divertida y confusa realidad que conducía la mente a la total relajación; la mezcla de ambas cosas te convertía en el mayor adicto a la fiesta. La gente bebía, gritaba, y se acaramelaba apasionadamente como si los días se acabaran aquella precisa noche. Inciertas horas pasaron; yo, fascinada por la libertad y la lujuria de aquel lugar, observaba tras la ventana el asomo de la sutil luz de la madrugada. De repente un chico con altos signos de embriaguez empezó a subirse a las mesas, proporcionando destrozos a su paso. La gente dejó de bailotear, y yo me di cuenta de que unos curiosos aparatos colgados en el techo del salón se movían enfocando al individuo. Tras escasos segundos, un calambre invadió el cuerpo del muchacho, y lo dejó tirado en la mesa, totalmente inconsciente. Mi sobrecogimiento aumentó cuando entraron dos Lurus en la sala y recogieron al muchacho en una camilla. Se lo llevaron y yo me quedé perpleja; la música prosiguió al igual que la gente: bailando como si nada. Adham me tiró de la mano, tras ver la mala cara que se me había quedado.

—Ven. —Me sacó fuera del edificio—. Lo que has visto ha sido a uno de nosotros perdiendo el control. Dýnami nos vigila a todos a través de las cámaras que hay colgadas por todas partes. Si pierdes el control, el brazalete

te da una descarga y vienen los Lurus a llevarte a la enfermería, como has podido presenciar.

—¡Dios, qué educación más bárbara os dan! ¿Nadie os trata con cariño en este lugar? —Sonrió. Por lo visto, mi manera de ver las cosas siempre le suscitaba un humor característico, totalmente incomprendido por mí.

—Sí, los unos a los otros —me contestó.

Fugaces centellas aparecieron en el cielo, y ocasionaron una repentina lluvia. De repente mis ojos empezaron a parpadear y me entró sueño; sabía que el tiempo se agotaba.

—Rápido, Adham. ¿Hay algún lugar donde no haya cámaras?

—Sí, en el depósito de agua que hay allá. —Me indicó con su índice un ancho depósito en la lejanía que se ocultaba parcialmente con los cipreses—. Pero no puedes pasar, es muy peligroso.

Las prisas por la marcha y la incertidumbre del regreso me hicieron abrazar fuertemente a Adham enganchándonos como lapas, con nuestras empapadas ropas, en la fría intemperie. Lo solté, muy a mi pesar, y empecé a correr. Angustiado, Adham me siguió.

—¡No te vayas!, no me puedes dejar así otra vez —me gritaba, a medida que su voz se desvirtuaba ocasionalmente por las fuertes gotas de lluvia, que caían pesadamente, asemejándose a trozos de meteoritos impredecibles.

Yo luchaba contra el apagón de mis párpados corriendo hacia el depósito; me di la vuelta y le dije...:

—¿Confías en mí? —Tal y como él me había cuestionado en otra situación anterior, asintió con la cabeza a tan solo unos metros, y me dejó marchar.

Entré en la cabina del depósito sin apenas mantenerme en pie, debido a mi somnolencia. Cerré y el manto de agua empezó a crecer, cubriendo todo mi cuerpo y agotando el poco oxígeno que me mantenía con vida. Entré en coma, y sucumbí a un dulce y cegador sueño. El transcurso de un tiempo vacío me condujo a mi precioso jardín floral.

Capítulo 6

EL LAGO DOMHAIN

Estaba oscuro; me encaminé rápidamente al aseo para secar mi cabello mojado. Enseguida me metí en la cama, agotada, con una explosión de sensaciones vividas cargadas de emoción, felicidad y a la vez de triste melancolía por no asegurar mi viaje de vuelta. Y Adham, «¿cómo estará Adham?», pensé con el corazón encogido igual que una pansa rancia. La incertidumbre era mi mayor enemigo.

Escuché abrirse la puerta y me hice la dormida. Debía ser don Gael comprobando si ya me sentía mejor, pero no quise que notara los resquicios de euforia que aún habitaban dentro de mí. Y al fingir el sueño, sin querer me quedé profundamente dormida.

Los siguientes días empecé a cronometrar las horas para poder estar en ambos lugares a la vez sin que notaran mi ausencia, y así poder volver a Dýnami. El tiempo en mi mundo transcurría con normalidad, pero en Dýnami era diferente: cuanto mayor intervalo pasaba en él, avanzaba mucho más rápido. Procuraba escaparme cuando todos dormían y así regresar de madrugada; con tan solo marchar unas horas de casa, avanzaban días en Dýnami. También me di cuenta de que el agua del manantial regeneraba todo mi cuerpo, y apenas necesitaba descanso: esa bebida estaba preparada para «los viajeros del tiempo».

Los días en la escuela comenzaban a asemejarse a los anteriores al accidente, y yo también. Brian y Holly estaban muy contentos de que volviera a ser la de antes. Holly y yo volvíamos a complementarnos, atendíamos en clase y, de vez en cuando, nos intercambiábamos la una a la otra los apuntes perdidos en momentos de despiste; pero cuando ambas nos

atolondrábamos, quedábamos a expensas de que un gentil compañero nos prestara sus líneas de sudor, dado que no era fácil seguir concentrado todo el tiempo: la formación estaba diseñada para tiosos cerebritos. Y claro está que con Brian no podíamos contar, debido a su anomalía, aunque yo más bien lo caracterizaba como su don: «hipermnesia». A él no le hacía falta coger ningún tipo de apunte: lo retenía todo en su singular mente. De ahí la facilidad que tuvo para entrar en Reymory's, por puro mérito propio y no por relaciones sociales engalanadas entre escuela y familia.

Durante la clase de Biología, yo estaba concentrada en la explicación que el Sr. Robinson argumentaba en la pizarra. El Sr. Robinson poseía una densa melena que rodeaba su cabeza y recogía con una ordinaria goma de pollo en forma de cola, exceptuando la parte superior, que estaba liberada del más rezagado cabello y lo hacía brillar como la cubertería de plata de mi abuela. Su inquietud deliberaba, durante sus explicaciones, los quince pasos exactos de una punta a la otra del aula, haciendo las zancadas justas para no sobrepasar el número requerido. Y de pronto noté el lápiz de Brian clavándose en mi omóplato izquierdo.

—¡Eh, Erin! —murmuró, y me giré disimuladamente.

—¿Qué? —susurré con cuidado.

Sin embargo, el Sr. Robinson nos descubrió y nos dio un toque de atención embarazoso.

—Quizá el Srto. McCarthy o la Srta. Erwin sepan la respuesta. ¿Qué tipo de respiración poseen las especies de *Clostridium*? —La vergüenza brotó sobre nuestro pálido rostro. Yo, que había estado atenta hasta el final, respondí...:

—Anaeróbica, Sr. Robinson.

—Y usted, Srto. McCarthy, ¿qué opina? —Brian, depositando su confianza en mí, se adhirió a mi respuesta.

—Sí, Sr. Robinson, opino lo mismo: anaeróbica.

—Bien, están en lo cierto —dijo en tono hastío, y prosiguió la clase.

Al cabo de unos minutos, Brian me asomó una nota acariciando

lentamente mi cuello; la cogí y la abrí con cuidado encima de mis ejercicios.

Erin, siento no haber podido felicitarte esta mañana; he llegado tarde, así que... ¡FELICIDADES!!!

Vamos a celebrarlo a lo grande. ¿Te vienes al lago Domhain esta tarde? O'Connell y su panda irán a tirarse desde la cuerda del Álamo.

Venga, vamos a enseñarles a esos listillos cómo se hacen los verdaderos lanzamientos. ¿Qué me dices, eh?

P.D.: Díselo a Holly, aunque ambos sabemos que los saltos al agua no le apasionan.

Sí, estaba en lo cierto: hoy era mi cumpleaños y sumaba catorce, aunque intentara ignorarlo en mi entorno. El hecho de que avanzara mi vida sin mis padres cerca era mortificante; me entristecía solo de pensarlo y por ello intentaba distraer mi locuaz y hábil mente con insignificantes e incluso aburridas distracciones pasajeras: las diversas respiraciones bacterianas, la persistente caída de goma de la torpe Matilda, hasta la araña de patas largas que ascendía y descendía constantemente por su elaborada red de la tubería enclaustrada en el rincón de la clase.

Enseguida mi cabeza disparó la alarma advirtiéndome de la larga lista de tareas que debía concluir antes de desembarcar en Dýnami y, claro está, siendo mi aniversario mi abuelo quizá querría... No sé, era un hombre tan áspero que era difícil anticiparse a sus movimientos en momentos tan frágiles.

Por otro lado, últimamente mi relación con Brian había vuelto a la normalidad, y su compañía no hacía más que provocarme leves agujetas alrededor de mi boca a consecuencia de exprimirme hasta la última carcajada. Realmente me lo pasaba tan bien...

Si bien estaba Adham, que seguramente me estaría esperando, y además le había prometido que le contaría por fin toda la verdad, y esta vez de verás. Ya había desaparecido muchas veces de puntillas sin despedirme de él para no explicárselo, pero su paciencia se estaba agotando y había optado por darme

un duro ultimátum. «O se lo explicaba todo, o no me cubriría más». Sé que le habría costado mucho haberme dado aquel ultimátum.

Habíamos pasado semanas juntos y sentía cómo me había metamorfoseado. Las horas en su compañía me parecían suspiros en el aire; en su ausencia me transformaba en pedazos ambulantes sin rumbo alguno, reprimiendo mi bienestar, y las estridentes mariposas descarriladas que destellaban desde los caminos más tenebrosos y remotos de mi interior buscaban brotar con facilidad. La invasión de sentimientos experimentados incluso había hecho renacer los más dulces del recóndito rincón siniestro que albergara en mi ser. «¿Sentirá él lo mismo?», medité ansiosa. No lo sabía, pero, si no era así, tenía claro que no cambiaría nada de lo que yo padecía: una golosa agonía de amor.

Definitivamente, mi humilde y fiel moral sentía la obligación de sincerarse al fin con él. Tenía que reunir valor e incluso también le tendría que explicar que hacía ya tiempo que había cumplido catorce años en Dýnami, lo cual seguramente lo exasperaría. Y la reacción a la verdad sincera y leal... me aterrorizaba. «¿Y si piensa que me lo estoy inventando todo y no soy más que una loca desquiciada? o, peor aún, ¿y si se lo cree, le cuenta a todo el mundo y se reclutan para quemarme como a una bruja en la hoguera?». En cualquier caso, estaba convencida de que no podía salir nada bueno de aquello.

Aferrándome a mis miedos, mis dudas escaparon hacia la luz más cómoda y dócil de alcanzar. Estaba claro; por muy a mi pesar, ignoré mordazmente mi consciencia, así que decidí que la tarde la pasaría con Brian, lanzándome por la cuerda floja del lago Domhain, libre del destape de mi secreta realidad.

Al atardecer nos dirigimos con las bicis a toda velocidad hacia el lago; yo iba de paquete en la de Brian, mientras procuraba separar atentamente los pies de los radios de las ruedas para no pillarme las ropas ni encarnizarme los tobillos, y así poder evitar un estropicio seguro. Éramos ocho, todos chicos menos yo. Holly no vino; los saltos le parecían inquietantes al no saber qué se escondía en el fondo de la oscura y verde agua pantanosa, y aseguraba que cualquier animal sumergido en aquel caldo tenue y confuso se mutaba, y se

convertía en un implacable monstruo. ¡Já! Qué imaginación tenía la pobre.

O'Connell era el cabecilla de la panda de gañanes que reprimía a la demás generación cercana, normalmente el que maquinaba las trastadas y luego convencía a sus súbditos para llevarlas a cabo: así él siempre salía impune. Pero ahora empezaron a crecer y sus leves trastadas se convirtieron poco a poco en importantes altercados que sufrían los más inocentes. Nosotros manteníamos una cordial relación con O'Connell y éramos totalmente intocables ante él y los de su clan. Y es que fuimos inesperadamente los testigos de una desafortunada situación en la que O'Connell nos desveló sin querer su más oscuro secreto.

El año pasado Brian fue en busca de paja al establo del Sr. MacGowan y yo lo acompañé y, cuando Brian levantó la paca de paja para llevársela, descubrimos a O'Connell y al hijo menor del Sr. MacGowan medios desnudos, besuqueándose como perros en celo. ¡Puaj!, qué recuerdo más sucio.

Así que hicimos un trato: si quería nuestro silencio para poder mantener su reputación intacta, tendríamos que ser respetados por él y los de su clan. Y hasta entonces, éramos libres de sus crueles abusos; O'Connell iba en cabeza guiando el camino. Al llegar al lugar no se presenciaba ni un alma. Yo hacía casi un año que no andaba por esos parajes, desde la primavera pasada. Las vistas te deleitaban con una profunda albufera que se dispersaba espaciosamente por el bosque frondoso y perenne, donde penetrantes rayos de luz disparaban fugazmente hasta el suelo, delatando los insectos más insignificantes del universo, así como los añicos de polvo que surcaban por el espacio. Daba la sensación de haber conquistado el reino de las hadas de los bosques que, en cualquier momento, saldrían revoloteando por el follaje defendiendo el fuerte.

Dando un pequeño repaso al estanque, di con la cuerda que rodeaba diversas veces la rama del Álamo y sujetaba un neumático viejo. Desde que tenía uso de razón, aquella gigantesca rueda había sido utilizada para fines totalmente ociosos por todos los que sabían de ella.

Dejamos las bicis tiradas en la hierba de manera completamente desordenada, con la emoción por las nubes mientras nos desnudábamos, hasta dar con el traje de baño. Empezamos a trepar por el Álamo en fila india, acurrucándonos de tal manera que pudiéramos todos posicionarnos en lo más alto de la rama para así tranquilizar la impaciencia. Se empezaron a lanzar; algunos de ellos, dando incansables gritos como los del hombre mono: — ¡Ahhhahhh!—. Hasta que tocó mi turno: colgué mis escuálidas piernas dejando mi cuerpo tendido al vacío y, de este modo, me balancee ligeramente cabeza abajo, disfrutando de las maravillosas vistas desde otro ángulo. Mientras gozaba sin prisas de mi turno, escuchaba...:

—¡Vamos, Erin!, tírate ya.

Sin embargo, yo los ignoraba, aprovechándome de su obligada paciencia y de la gran consideración que me había ganado en el clan a lo largo de los años. Era merecedora de la fama que me refería como la chica más terca e intrépida que ganaba cualquier reto que se propusiera, y más de uno de ellos lo había podido comprobar; el resto no se arriesgaba a perder su dura reputación por el simple hecho de ser vencido por una mujer, además de no poder descargar su furia contra mí si se frustrara en el intento, por la inmunidad que me había concedido su líder.

Con la sangre ya subida a la cabeza, decidí soltarme: caí como pez pantanoso a la profundidad del lago, y salí a la superficie después de unos largos segundos, en busca de una mísera pizca de oxígeno para mis pulmones desvanecidos. Tal sensación te hacía renacer, así que lo volví a repetir varias veces, yo y todos lo demás; nos extenuamos hasta desistir enteramente, dejando las risas y las acrobacias a un lado, albergando un obligado descanso temporal para las partes más agotadas de nuestros cuerpos.

Ya asomándose la respetable y cálida esfera anaranjada del atardecer, todos comenzaron a abandonar la zona desertando el *parking* destartalado de bicicletas, despidiéndonos con la promesa de repetirlo tempranamente. De camino a nuestra bici, siendo los últimos, Brian se paró al lado de un roble de buen busto.

—Erin... ¿te lo has pasado bien? —Me reí.

—¿Lo dudas? Ha sido divertidísimo. Sobre todo cuando Colin salió del pantano orgullosísimo de su gran salto, sin darse cuenta de que el bañador se le había movido del sitio y mostraba las partes bajas. — Volví a troncharme.

—Me alegro, eso pretendía. Verás... —Vergonzosamente, se llevó la mano al bolsillo de sus zurcidos pantalones de color madera, que se sujetaban vagamente con un tirante caído. Sacó una bolsita adornada con un lazo de color malva, y me la brindó—. ¡Felicidades!, espero que te guste.

Atónita por el momento y la inesperable sorpresa, la cogí y desaté el lazo, deslizando el detalle hacia la otra palma de mi mano. Mis ojos se avivaron al ver un destellante broche de cabello en forma de libélula, del tamaño de mi dedo meñique.

—¡Oh!, es precioso. Gracias, Brian. —Se le iluminó la mirada y apartó con la mano sus desafiantes y húmedos tirabuzones dorados que cubrían su frente.

De repente comenzó acercar sus mojados y perfilados labios a los míos, lo que comprimió el oxígeno de mi cerebro y obstaculizó así la creación de mis pensamientos. Sin previo aviso giré la cara. Se cortó el aire. En mudos segundos interminables Brian se mostró molesto.

—Será mejor que nos vayamos, va a empezar a oscurecer.

—Yo... lo siento, no quería... —balbuceé.

—¡Vamos! —claudicó ofuscado.

El viaje de vuelta fue silencioso, y hasta me resultó embarazoso agarrarme a su cintura; mis finos dedos temblorosos se vieron obligados a sujetarse al perfil más remoto del sillín, constriñéndolos hasta marcar profunda y dolorosamente sus yemas. Los eslabones del camino y el empedramiento me hacían más difícil mantener a raya mis prejuicios y conseguían, de vez en cuando, que me apoyara en su cintura y evitara una caída claramente segura.

Ya puesta la tarde, por fin llegamos a mi casa

—Gracias por traerme, Brian. ¿Nos vemos mañana? —Manifesté un tono

alegre y positivo, con la esperanza de dejar en el olvido el opresivo momento anterior.

—Sí, claro, hasta mañana —musitó secamente.

Yo, descontenta con su escasa respuesta y su tono desolador, me quedé como un diminuto insecto enfrente de la descomunal verja que preservaba mi casa, observando cómo se alejaba en bicicleta bordeando las calles vecinas, desdibujando la figura de una larga serpiente que se ocultaba finalmente en el muro más distante.

Agotada y con mis ánimos aplastados por pies de gigantes, me dirigí hacia la cocina esperando encontrar a Muriel.

—¡Muriel, Muriel! —«¿Dónde se habrá metido esta mujer? Seguro que, cuando menos me lo espere, me hará saltar del susto», sospeché. Sin suerte fui hacia el salón.

—¡Sorpresa!

Muriel y mi abuelo me hicieron brincar como bien había augurado. Ahí estaban, al lado de la larga mesa, que sostenía un precioso pastel de dos pisos, adornado con nata montada y docenas de exquisitas frambuesas resplandecientes, que provocaban su total extinción.

Mi fascinación evidenciaba que la sorpresa había fructificado dejando satisfechos a mis adorables anfitriones. Mis ánimos brincaron de repente a una colina, permitiéndome disfrutar de un momento familiar que me arropaba de un cariño sumamente acogedor. Nos acomodamos en las talladas y vigorosas sillas, cercanos el uno del otro. Muriel se dispuso a cortar la tarta en porciones de un parejo idéntico, repartiendo los trozos en la vajilla de porcelana de diseño colonial, que lucía preciosos ramos florales dispersados por los perímetros circulares de los platos; su uso era estrictamente solo para celebraciones. El dulce manjar estaba acompañado de una fina taza de té, que servía complacidamente nuestra querida Muriel.

Degustamos la exquisitez y pasamos un buen rato charlando sobre las dulces huellas de la infancia y de mi raudo crecimiento. Todo transcurrió con alegría hasta que irremediablemente llovieron recuerdos de mis queridos

padres, y mis ventanas del alma se inundaron de caudalosas lágrimas desoladoras.

Enseguida recibí abrazos tranquilizadores de ambos y algún beso significativo de mi riguroso y solemne Gael para alentar mi profunda tristeza.

—¡Estoy bien! —Pasados los instantes, me apacigué al reponerme.

—Sí, querida Erin, tú eres fuerte y lo superarás. No estás sola, recuérdalo —dijo mi don dándome pequeños golpecitos de alivio en la espalda. Fingí una media sonrisa tranquilizadora.

—Me voy a descansar, ha sido un día muy intenso. Gracias por la sorpresa, me ha encantado —aclaré a los dos de forma agradecida, viendo cómo Muriel aguantaba por los pelos su emoción, lo que me dejó claro cómo nuestra relación se había estrechado tiernamente.

Capítulo 7

LA DECLARACIÓN

Después de tantas emociones sentía como si a mi cuerpo le hubieran dado una paliza devastadora. Llegué a mi cuarto y me abalancé sobre la apaciguadora cama nada más verla, como si se tratara de mi presa más valiosa. Al relajarme, mi traidora zona mental comenzó a dar vueltas inquietando a mi convenida tranquilidad; no paraba de pensar que Adham estaría furioso conmigo por no haber aparecido en tanto tiempo. Mi consciencia finalmente me venció.

Sigilosamente, fui al jardín. «Al menos el agua del manantial repondrá mi somnolencia y mi cuerpo, consumido por innumerables actividades físicas y sensaciones exprimidas», medité mirando el lado positivo, excusando así mi huida.

Bebí el líquido y me evadí de nuevo. Desperté al lado del depósito de agua, y reinicié mi búsqueda. Primero fui a la residencia, directamente a la habitación que me habían designado ya hacía semanas. Me lo comunicaron a través del brazalete, ya que era el medio de comunicación o, en su lugar, mediante las inmensas pantallas que colgaban en cualquier rincón de Dýnami, o incluso en las habitaciones. Abrí la puerta y me encontré a Lucy, mi compañera de cuarto.

—¡Hola! —La sorprendí con una sonrisa.

—¡Ya estás aquí, qué bien! ¿Cómo han podido retenerte tantos días instruyéndote? No tienen perdón.

En seguida me abrazó cariñosamente. Lucy y yo habíamos hecho muy buenas migas; era una persona tremendamente cariñosa y simpática, que se desenvolvía sin problema y te ayudaba ante cualquier obstáculo sin

importarle el tiempo invertido. La verdad era que me recordaba un poco a Holly, excepto en el físico. Lucy tenía rasgos orientales y lucía las correspondientes características de sus raíces: ojos rasgados, cabello extremadamente liso, de un negro azabache, y una tez resplandeciente (aunque la evidencia de su proveniente raza me lo guardaba para mí, claro; allá era... «una variedad más de la *esfingola*»).

Adham y yo nos habíamos encargado de informar a todo el mundo sobre las obligaciones generales de un Lémer, ya que yo desaparecía en tantísimas ocasiones. Aprovechando también que nunca nadie había convivido con uno y les era imposible contrastar los hechos, resultábamos ser muy convincentes en nuestras historias. Además, al no alejarme técnicamente de Dýnami, mi brazalete no desataba la alarma.

De repente la gran pantalla de la habitación se encendió mostrando una boca robotizada que informaba de que en diez minutos comenzaría la clase de Física.

—¿Vamos? —consultó Lucy.

—Claro —respondí animadamente, ocultando mis pésimas ganas.

Desde mi estancia en Dýnami, Adham me había estado dando clases particulares, enseñándome cosas que en mi mundo ni siquiera existían: desde cómo funcionaba un ordenador hasta cursos avanzados sobre varias asignaturas (Física, Lengua, Matemáticas...), pero lo más alucinante fue estudiar lo que para ellos era Historia, y que para mí... tendría que ser el futuro; nada más lejos de la realidad. En mi fehaciente coherencia, sus fantásticos relatos y creencias me resultaban más como una interminable novela de ficción, en la que el escritor derrochaba imaginación.

Para ellos mi desconocimiento sobre ciertas cosas básicas dejaba en evidencia que mi torpeza no podía ser pura ignorancia; gracias a Dios, Adham era siempre el primero en percatarse. Su cara de asombro ante aquellos momentos me abochornaba. Supongo que lo más probable fue que Adham comenzó a captar lo que estaba sucediendo, y de ahí su desmesurado esfuerzo por ayudarme: le debía la verdad. Tenía que ir a pasos agigantados

en mi aprendizaje para poder meterme de lleno en el papel de una Lémer y que nadie sospechara.

De camino a clase mis ganas reaparecieron, al caer en que Adham estaría en ella. Entramos. Las aulas se componían de decenas de alineadas mesas de trabajo, compuestas por un moderno modelo de ordenador que se encontraba suplantado en el interior y se abría al iniciar la hora de aprendizaje. A través de una pantalla gigante frontal, nos instruían y nos daban las indicaciones necesarias para realizar las actividades correspondientes.

Lo encontré sentado en la séptima fila, con la cabeza apoyada en su mano y, al parecer, evadido de la clase por sus secretos pensamientos. Me acerqué y aparté la silla para sentarme; por fin espabiló y me vio. Su expresión delató sorpresa y enfado al mismo tiempo, pero no me dirigió la palabra.

—¿No me vas a decir nada, Adham? —le pregunté en tono conciliador. Pero su silencio perseveró—. Lo siento por haberme ausentado tantos días.

—¿Días? Querrás decir semanas —corrigió quisquillosamente.

—Me alegro de haber errado: has roto tu silencio —expresé contenta.

De repente la clase empezó y la boca robotizada no cesaba de escupir teorías increíbles sobre la física cuántica.

Nos aguantamos las ganas de charlar sabiendo que las cámaras nos delatarían ante cualquier desorden en clase y nos buscarían problemas. Respiré hondo y me concentré.

Al finalizar la clase ya estaba más tranquila; Adham me había estado ayudando con los problemas de Física sin dejarme caer en el más profundo pozo de mi ignorancia, y con ello había imposibilitado que descubrieran mi tapadera.

—¡Gracias, Adham! —Se volvió y me miró fijamente a los ojos; su hostilidad me sorprendió.

—O me cuentas ahora mismo lo que está sucediendo o no te ayudaré más.

Un desagradable escalofrío recorrió mi cuerpo; no podía creer que Adham me estuviera tratando así. Le aparté la mirada y seguí caminando unos pasos,

teniéndolo al otro lado a la expectativa de mi respuesta. Finalmente, intenté dejar mi piel de ofendida al margen, comprendiendo que él solo me exigía lo justo. Me paré en seco.

—¡Está bien!, te lo explicaré. —Su precioso rostro se relajó notoriamente al oír mis palabras. Me cogió de la mano y estiró de ella—. ¿Qué haces? ¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás —respondió enigmático, todavía estirando de mí.

—¡Pero si hay clase de Historia! —mascullé extrañada ante su lanzada actitud.

No me lo podía creer: era la primera vez que veía a un habitante de Dýnami que osaba en saltarse una clase. Era algo inconcebible en sus cabezas; tenían un pensamiento conjunto y las clases daban las claves para poder dominar el mundo en un futuro cercano. Perderse una era inadmisibile.

Adham y yo teníamos minuciosamente estudiados los rincones más recónditos y exentos de cámaras de Dýnami; era imposible descubrirnos, mis repentinas huidas lo habían constatado. Bajamos por una pequeña colina que despedía la residencia y algunos de los demás edificios. Caminando por varios senderos, a ratos agazapados, llegamos por debajo de un pequeño puente abandonado —si es que no era el único de toda la ciudad—, que apenas se apreciaba por estar cada vez más atrincherado bajo las largas y finas estepas doradas de los triguales.

Adham, sin haberme dirigido la palabra durante el recorrido, se soltó de mi mano, la cual había dejado algo sudorosa. Avanzó entre los espesos triguales, mientras yo me quedaba ahí, pasmada, a la espera de una nueva seña. Se agachó, me dejó en ascuas durante unos segundos; mientras, yo aprovechaba para apartarme los revoltosos mechones que descendían sobre mis mejillas y revelaban el desorden conjunto que habitaba en mi cabello. Hasta que por fin resurgió de las hierbas, empujando con fuerza algo inapreciable por la falta de visibilidad.

Me acerqué con el anhelo de lidiar con mi curiosidad. Ya muy próxima, pude ver cómo empujaba una barquilla rústica con la pintura inacabada, que

le daba un toque aún más añejo.

—¡Aquí está! —dijo resoplando y secándose la esparcida gota de sudor de su frente—. La he guardado durante mucho tiempo, y la encontré apresada en la orilla del río Lager. Estaba rota, y la arreglé pensando que quizá algún día le podría dar uso.

—Tiene su encanto —musité. Puso la barca en el agua sujetándola.

—¡Vamos, sube! —Obedecí al ver que Adham estaba actuando ensombrecido bajo algún plan.

Se subió y remó con unas espadillas de madera que había inmovilizado con dos enganches en el interior de la barca. Dimos un paseo tranquilo por un turbio riachuelo olvidado del mundo, que se adentraba a cada ondeada en densos manglares perdidos, sucumbiendo al barquero más valiente a un destino incierto. De lo único que estaba segura era de que, fuera donde fuere, no escaparía de las infinitas vallas que delimitaban el universo de Dýnami.

Al vagar incansablemente, entramos en una cueva con extremo olor a humedad y forrada de impresionante roca caliza. Su iluminación azulada se producía por pequeños orificios ocultos que concentraban la luz natural, atravesaban el agua virginal y le daban un embellecedor toque místico; también se apreciaban brillantes destellos en lo alto de los escollos, lo que lo hacía parecer un lugar mágico y único. Una leve cascada sonaba rabiosamente brotando por las piedras, que finalmente desembocaban en el lago de agua marina en el que flotábamos.

—¿A dónde me has traído? ¡Es precioso! —expresé, delimitando con deleite, centímetro a centímetro, su exótica periferia.

—¿Te gusta?

—¡Claro!, nunca había estado en un lugar tan fascinante como este. —Se notó que mi respuesta no lo había decepcionado, como si hubiera esperado mucho tiempo a escucharla.

Desembarcamos en la orilla y, en cuanto pusimos los pies en tierra, trastabillamos con las pequeñas piedrecillas que tapizaban el paso, hasta encontrar un breve camino para acomodarnos. Notamos el tranquilo silencio

causado por el agua ya apaciguada y descubrimos el eco de la remolona gota. Nos sentamos en dos peñones y, sin más rodeos, clavó su mirada en mí.

—¿Y bien?, ya me puedes contar tu historia —mencionó directo. Respiré hondo, sabiendo a lo que habíamos venido.

—Te va a costar creerlo, pero... allá voy. Me llamo Erin Erwine Lynch y vivo en Irlanda, en el año 1936. —Sus ojos se abrieron manifiestamente—. Me mudé a casa de mi abuelo por el lamentable fallecimiento de mis padres. —Mis lágrimas comenzaron a asomarse, pero logré contenerlas—. En la morada encontré una fuente mágica en la que, si bebes de su manantial, te permite viajar por el tiempo; así que bebí y me trasladó hasta aquí. He podido comprobar que en Dýnami la vida pasa muy deprisa, pero en mi mundo todo transcurre mucho más lento; para volver a Dýnami tengo que beberme el agua a la misma hora del día porque si no, viajo hacia otros lugares. Cuando se me va el efecto del líquido, comienzo a sufrir una enorme somnolencia que me advierte de que en pocos instantes estaré de vuelta.

Sentí cómo un enorme peñasco descendía de mis hombros fortuitamente y me dejaba totalmente liberada, como una ligera pluma que baja dando círculos imparables, como una experta bailarina al caer al vacío. Pero enseguida me percaté de que Adham estaba ahí, pasmado, sin apenas pestañear; su mente estaba en *shock*.

—¡Adham, Adham, Adhammm!

—Sí, sí, estoy aquí —respondió apresurado.

—¿Bueno, y qué piensas? —cuestioné en voz mansa.

Impaciente por su opinión, empecé a notar cómo los minutos en silencio se hacían cada vez más desafiantes y albergaban la posibilidad de un veredicto truncado. Por fin cogió la palabra.

—Esa libélula que llevas en el pelo es preciosa, ¿de dónde la has sacado? No te la había visto nunca.

Desconcertada por sus palabras tras mi confesión, respondí...:

—Es un regalo de cumpleaños.

—¿Cuándo ha sido tu cumpleaños?

—La verdad es que ya hace varios meses que lo fue aquí, pero en mi casa fue ayer. Se me olvidó contártelo.

Todavía insatisfecho prosiguió indagando:

—¿Y quién te la ha regalado?

—Un amigo, Brian.

—¿Brian? ¿Y quién es Brian? —indagó de nuevo, cada vez más encrespado. Mi boca se selló ante tal avasallamiento—. ¡Ohhh! —gruñó enfadado, mientras se ponía en pie y daba unas cuantas vueltas.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así? —le cuestioné desconcertada.

—No me pongo de ninguna manera, solo que me estoy dando cuenta de que no sé nada sobre ti —concluyó con ofuscación.

—Claro que lo sabes; sabes todo lo que hay que saber. De hecho creo que nadie me había conocido tan bien como tú.

—Así que, cuando no estás aquí..., estás con otras personas y tienes otra vida, la cual desconozco completamente. ¿Por eso has tardado tanto en regresar esta última vez?, ¿por el tal Brian?

—¡No! no ha sido por eso. —Sintiéndome acorralada sin motivo, salté a la defensiva—. Oye, a ti no tengo por qué darte explicaciones sobre con quién voy o dejo de ir; solo eres un amigo, ¿no es así? —aclaré cuestionando retóricamente, con el deseo de que mi pregunta fuera respondida—. Además, ¿de todo lo que te he dicho es lo único que te importa? —Se acercó irritado, agarró mi brazo, penetró sus ojos en los míos(más sumisos) y se acercó lentamente a mis sofocantes y deshidratados labios, a la espera de un movimiento en falso, como la pitón cuando acecha a su presa, más débil y desprevenida.

—¿De verdad es lo que piensas sobre nosotros? —me susurró a milímetros de mi mejilla. Mis palpitaciones invadían mi minúsculo espacio pectoral, que me oprimía cada vez más dejándome sin respiración.

De repente nuestros brazaletes empezaron a vibrar y a sonar con una

alarma aguda muy molesta, la cual desvirtuó un momento extremadamente extasiado, repleto de sensaciones contradictorias e incontinentemente apasionadas.

—¡Vamos!, es la señal de emergencia —dijo, resurgiendo de la nada su batalla por la subsistencia—. Nos hemos de ir pitando; apuesto que los Lurus nos buscan.

Al pensar en los Lurus me quedé blanca como un cadáver. En un abrir y cerrar de ojos se me vino a la cabeza cómo había visto de soslayo a Katia, cuando nos ocultábamos tras las zarzas.

—¡Katia! —exclamé en voz alta.

—¿Qué?

—Ha sido Katia: ella nos ha delatado.

—Ahora sí que se ha pasado: de esta se acuerda. —Su rabia se apoderaba de su semblante, lo que me prevenía de realizar ningún tipo de cuestión sobre el tema.

Nos subimos a la barca y Adham se apresuró a remar a toda prisa, activando las espadillas como las aspas de un acelerado ventilador. Llegamos al puente y escondimos la embarcación profundamente en el mar de trigo. Corrimos en dirección a la residencia, pero yo estaba aterrada. «¿Qué van a hacer los Lurus? Seguramente nos provocarán alguna descarga a través del brazalete, o quizá nos rematen con aquellos aparatos que llevan en uno de sus brazos, alargándolos prominentemente hasta su activación. ¡Dios!, eso debe doler. Ya los he visto en acción un par de veces y es desolador. Y lo que aún es peor... ¿y si descubren que yo no soy Adda Owen Jones, sino una infiltrada?, ¿qué serán capaces de hacerme aquellos desalmados monstruos?». Me paré en seco en el camino, y me quedé pálida como la nieve tras naufragar en mis desgarradores pensamientos.

—¿Qué te pasa, Erin?

—No quiero ir, me van a matar —declaré aterrada.

—¡Estás loca!, nunca dejaría que te ocurriera nada —me susurró mientras me acariciaba el brazo. Sus palabras me abrumaron y me dieron fuerzas para

seguir adelante.

—Además tengo un plan.

—¿Qué plan?

—Antes de subir a la colina, te ocultarás tras los arbustos siguiendo el camino hasta la puerta trasera de la residencia, quiero que subas a la zona de almuerzos pero que pases por los aseos, y te sientes en la butaca roja que hay en el rincón. Es un punto muerto, y nadie podrá constatar que no llevas allá todo este tiempo, ponte a leer o a hacer algo.

—¿Y tú?

—Tengo una maravillosa hierba que me dio Chagon. Me provocará un desmayo al momento y, para cuando despierte, aseguraré que me desvanecí camino a la biblioteca.

De repente oímos a los Lurus acercándose, así que iniciamos el plan.

—¿Estás seguro de que no te ocurrirá nada?

—¡Claro que no! No te preocupes por mí, estaré bien. —Eché a correr y Adham me llamó con un susurro—. ¡Eh!, mañana te espero, tengo una sorpresa para ti.

Me sonrió ofreciéndome de nuevo una imagen de los detalles más bellos que componían sus imperiales facciones, la cual memoricé hasta el siguiente encuentro. Le repliqué con mi boca jubilosa y resplandeciente, que sellaba así nuestra unión después de todo, dejando atrás los resquemores expresados hacía unos instantes.

Ya llegando a mi ubicación, localicé mi butaca roja. Me senté, cogí un libro sobre Astrología que se hallaba en la mesa del costado, y me quedé a la espera de los acontecimientos.

Había movimiento de gente, lo cual era bastante normal en aquella sala, excepto porque se fue incrementando en la entrada y salida de personas. Entró un Luru que se acercó a cierta distancia de mí; pude ver cómo me hacía una radiografía con sus rayos X, que se desvelaban tras la luz verde que se iluminaba en la parte frontal de su máscara. Exaltada por la posibilidad de

que me descubriera, me preparaba para echar a correr, cuando entonces... dio media vuelta y se marchó; mis nervios se serenaron al igual que la descompresión de un caudaloso embalse cuando se abren de golpe sus consolidadas compuertas. Pude darme cuenta de que lo que me acababa de suceder era un previo aviso, y era que jugar con fuego podía tener un fatídico final; si así fuera, yo me simplificaría en efímeras y polvorientas cenizas desperdigadas por un mundo desconocido.

Mi somnolencia no podía ser más inesperada, y no debía irme sin saber qué había pasado con Adham, pero era inevitable. Me adentré en el gentío, buscando la salida para ir hacia un punto muerto del campus y poder desaparecer plácidamente. Ya segura, me acomodé y me dejé llevar.

Capítulo 8

EL PAPEL Y EL ESCARCEO

Como si hubieran pasado meses, yacía en el banco vestida, deleitando la vista con mi precioso jardín floral, cubierto de azucenas, lirios, rosas, gerberas, crisantemos: todas ellas, de un gran surtido de colores que aviaban los ojos del más amodorrado y también, de serviciales arbustos que se formaban como si estuvieran presagiando el camino de salida.

Volví a mi cuarto mientras me desperezaba, sintiéndome más descansada que si hubiera dormido un sueño reparador de diez horas seguidas. Intenté dejar mis pensamientos alterados durante unos momentos, consciente de que en pocos minutos Muriel acudiría a mi cuarto para anunciarme que el desayuno estaba listo en el salón; tenía que concentrarme en aparentar normalidad. Elegí mi ropa para cambiarme, ya que el viernes se permitía ir al colegio con ropa de calle y eso me daba un pequeño aliciente a la hora de arreglarme. Escogí un vestido azul cielo, que se camuflaba ligeramente con mi piel sonrosada, pero contrastaba con el color cereza de mi cabello largo a media espalda; me emané de perfume con aroma a lavanda, mi preferido. Al momento, Muriel se asomó por la puerta y, como vaticinaba, me apresuró con su voz ronca, que indicaba su recién despertar, para que no llegara tarde al colegio; desayuné y me marché.

En el camino a Reymory's, me di cuenta de que el tiempo en Dýnami transcurría cada vez más de prisa, y con él se esfumaba también mi niñez, convirtiéndome apresuradamente en una joven madura. En Dýnami mi desarrollo iba en consonancia con el paso del tiempo, pero, en cambio, aquí... todo el mundo achacaba la muerte de mis padres a mi florecimiento anticipado. Mi cuerpo volvía siempre a ser el que era, pero mi mente se

transformaba y mi inocencia era arrebatada.

Ya llegando a la poderosa verja de hierro forjado del colegio, un par de profesores sumamente interesados por mis extravagantes suposiciones sobre Física, Matemáticas y alguna otra materia (excepto Biología e Historia, ya que mi incredulidad ante tales conocimientos tan excéntricos, explicados en Dýnami, me refrenaba para proclamarlos en mi mundo) me asaltaron con ansias por saber si alguna tarde acudiría a sus aulas para así tratar de averiguar el desencadenamiento de tales hipótesis.

—¡Srta. Erin, Srta. Erin! Pare un momento, por favor. —Me hicieron detener deliberadamente el paso cuando poco antes había hecho un reprís en la entrada al verlos con el rabillo del ojo.

Intentaba saltarlos por miedo a las posibles sospechas que pudieran suscitar a través de mis demandadas explicaciones, pero tenía que disimular y no hacer tan obvia mi desgana.

—¿Sí, Sr. Morrinson? —respondí afablemente.

—¿Sería tan amable de pasarse una tarde de la semana que viene por mi clase? Cuando finalice el horario lectivo, por supuesto. Al Sr. Pierce y a mí nos encantaría escuchar de nuevo la teoría que usted llamó... ¡Ah, sí!, como la teoría de campo unificada, y también... la teoría de la relatividad.

—Sí, claro, me pasaré el lunes —mascullé sin opción alguna.

Con caras complacidas, se alejaron las chifladas apariencias intelectuales, debatiendo sin cesar sobre el imperio de la sabiduría. Debido a mi intrusión en el futuro y a mi obligación de aprender desenfrenadamente los conocimientos requeridos para defender bien mi papel de Lémer, había llegado a suscitar un tremendo interés en mi vida real. Muchos de los maestros más considerados, e incluso los ya retirados, se presentaban en innumerables ocasiones para esclarecer la descendencia de mis hipótesis, que ponían entre dicho muchas de las teorías más sólidas del planeta.

Después de atender a los obstinados profesores, pude ver conversando a un grupo de chicas de mi clase, en el que se encontraba Holly; parecían estar encantadas sobre algún tema. Me acerqué y me uní a ellas.

—¡Hola, chicas! ¿A qué se debe este entusiasmo, si se puede saber? — pregunté curiosa.

—Hoy es el reparto de los papeles de la obra *El lago de los cisnes* —me informó Holly muy nerviosa; entretanto, las demás hacían, instantáneamente, un magnético movimiento de escalofrío en sus cuerpos. Pero mi expresión de sorpresa certificó mi desconocimiento sobre el tema.

—¿Cómo se te ha podido olvidar?, ¿en qué mundo vives? —Se extrañó la enloquecida Anastasia, casi molesta, puesto que ella, con el simple hecho de mentar la obra, activaba el rebosar de sus ojos con incontenible líquido emotivo.

«Pero ¿qué razón tiene?», consideré. Ya que, recientemente, mi casco pensador requería de unos momentos de abstracción para lograr aclarar dónde me encontraba. El paralelismo de intensos tiempos entrecruzados durante el día se estaba convirtiendo en una gran espiral difusa y embarullada.

—Espero que Ric sea el príncipe y yo, Odette —dijo Irina emocionada.

—¡No, qué dices! Brian será el príncipe y, por supuesto, yo seré la bella Odette —suscitó Anastasia, mientras risoteaban como niñas en una heladería, a la espera de su cucurucho. Tal pegajosidad grupal me expulsaba de aquel círculo como una carga atómica repelida.

Todas soñaban con la obra desde que empezó el curso. Semanas atrás, habíamos interpretado unas secuencias en el salón de actos. Por lo general, todos batallaban por ser el valeroso y deseado príncipe o la preciosa e inocente Odette; yo, personalmente, prefería pasar desapercibida. Además, no había cabida para más paralelismos en mi vida, teniendo en cuenta que la sucesión de la historia me constaba como muy familiar; durante la media noche, representando forma humana y el resto del día, la de cisne: una equidistancia desafiantemente semejante.

El timbre sonó, y todos acudimos a las aulas asemejándonos a laboriosas abejas que se dirigen a sus panales. Allí estábamos todos los miembros de la clase, sentados en las butacas escarlata de la amplia sala de actos. La iluminación débil y tenue nos entorpecía profundamente hasta la certera

visualización del compañero que se acomodaba a nuestro lado, acaparando toda la claridad en el intimidante escenario. Este lucía enmarcado con unas largas cortinas de raso a juego con las butacas, que se recogían con unos trenzados y gruesos cordeles, y con majestuosas borlas con flecos a cada lado.

El Sr. Donoban era el profesor que se encargaba de dirigir la obra, un auténtico apasionado por las artes escénicas. Cuentan que se desposó tres veces, y sus tres esposas habían sido aspirantes a actrices. No era muy difícil adivinar quién había sido su profesor entonces: nada más y nada menos que él mismo. «De ahí que sea tan “apasionado”», reflexioné divertida.

Se posaba en el escenario esperando incansablemente su requerido silencio, entretanto se preparaba para leer la lista que albergaba los nombres y los personajes que encarnaríamos cada uno de nosotros. Al final de la hilera de filas, pude escuchar la inconfundible carcajada de Brian. Claramente se había sentado al otro lado, mostrándome así su plena indignación hacia mí. Una enorme angustia se acomodaba en mi cuerpo, al sentir el esquinazo de mi querido ypreciado amigo.

Por fin, el Sr. Donoban desenroscó la esperada lámina y comenzó a recitar el nombre acompañado del personaje. Todos, atentos, iban descubriendo poco a poco su papel en la obra. Algunos, contentos y otros, no tanto, se delataban en el bullicio los emotivos gritos y objeciones pertinentes. Había llegado mi momento cuando de repente escuché...:

—Erin Erwin será Odette. —Atolondrada por la noticia, percibí miradas llenas de recelo, así como otras de orgullo y fascinación, por parte de las personas más allegadas.

Los murmullos escuchados aumentaban su sonido en mis oídos al tratar sobre mí. En ellos podía escuchar chicos alegres (a los que todavía no se les había comunicado su personaje) que creían que era de las más bellas de la clase y, con este papel, podrían obtener la oportunidad de acariciar mis labios si conseguían ser el príncipe, así como los chismorreos de las chicas, que aseguraban que, debido a mi tragedia, habían decidido darme el papel de la

protagonista.

Me puse en pie al ver que el Sr. Donoban me reclamaba en la palestra y acudí, deshaciéndome paso a paso de los rumores más incómodos de la sala.

—La junta y yo hemos creído oportuno que usted, mejor que nadie, desempeñará a la increíble Odette en su renacer; por tanto, le doy la enhorabuena. —Se dispuso a aplaudir enérgicamente dirigiéndose hacia mí, plasmando una orgullosa sonrisa en su cara y sumándose así al resto de los allá presentes.

La abrumadora ocasión delató mi vergüenza más tímida por medio de las sonrojadas mejillas que yo presentaba. Pude ver de soslayo al precavido vigilante Brian, que atendía atentamente el momento intentando no ser evidenciado por mí. El Sr. Donoban, sin preaviso, se dispuso a nombrar al príncipe.

—Ric Pierce será el príncipe.

El nombramiento inesperado dio pie a escuetos gritos y silbidos agudos, en apoyo al guaperas de la clase. Ric era alto y de espaldas anchas, pero tan delgado como un insecto palo; tenía pelo rubio dorado, muy espumoso, siempre re peinado hacia atrás; su sonrisa arrogante era su marca oficial, y no sé cómo tenía a la mitad de las chicas del curso comiendo de su mano como ilusos gorriones. Personalmente, los individuos así eran repelidos por mi parte, pero siempre obtenían mis respetos, así que sería cordial.

Erguido como un soldado, subió las escaleras del escenario y se ubicó a mi costado.

—Señorito Ric, usted reencarnará al personaje más principesco. Supongo que no nos decepcionará, ¿verdad? —cuestionó el señor Donoban, mostrando más hostilidad que con respecto a mi papel.

—Desde luego que no. Todos podréis comprobar que mi personaje va a ser la mejor representación de la historia jamás interpretada en Reymory's. Y que no os extrañe que cause furor y vengan de muy lejos a pedir...

—¡Está bien..., está bien! Gracias, señorito Ric, estamos seguros de que lo hará muy bien.

Al escuchar los empalagosos y petulantes comentarios de nuestro futuro príncipe, el señor Donoban zanjó rápidamente su monólogo, aprovechando su potestad para algo ligeramente pragmático, como cualquiera de nosotros hubiéramos hecho en su lugar. Pero nada pudo hacer que el súper ego de Ric se desmoronara, así que siguió sonriendo; incluso me puso la mano en el hombro, oprimiéndome hacia él. Yo sonreí como una tonta, mientras me deshacía sutilmente de su molesta y pesada zarpa de oso. Mientras tanto, en un giro de media cabeza, intercepté un semblante que recurrió a mi sorpresa: mostraba molestia, braveza y... —me aventuraría a decir— celos; a causa de las salientes órbitas que Brian asomaba en sus párpados, sin quererlo, manifestaba su impotencia más notoria.

Sonó el timbre, y mi yo más interior saltó de alegría. Bajé del escenario, pensando en escaparme lo más pronto posible del lugar.

—¡Señorita Erwine!, acuérdesse de que los ensayos serán los martes y los jueves a las 17.30 h de la tarde; no se demore —vociferó con gran dificultad el profesor desde arriba del escenario. El pobre aparentaba ser un tormento de lava que resurgía de un volcán de estudiantes insatisfechos.

—De acuerdo, señor Donoban: seré puntual. —Asentí también en voz alzada; pero con mis labios oprimidos, simulando complacencia, pensaba entre mí: «¿Quién me manda protagonizar la obra más esperada del año? No obstante, si lo deajo, seré suspendida *ipso facto* en la materia, por no decir que cualquiera de las chicas me echaría la caballería encima por rechazar el papel más envidiado». Mis ideas laberínticas me tenían hecha un lío.

Después de lo que estaba experimentando en ese momento y de los avances que me había brindado Dýnami, poco de aquí me suscitaba interés. Por fin decidí dirigirme hacia la puerta de salida, observando la complicación que se iba incrementando debido a las felicitaciones y los abrazos longevos de diversos compañeros. Decayendo mi simpatía al final de los dos últimos de la veintena, intenté responder amablemente, teniendo la salida de la sala como consuelo de mi impropia e insatisfactoria grosería.

Al salir, giré la esquina sabiendo que todos irían, en dirección opuesta,

hacia el aula de lengua extranjera. Me apoyé en la balaustrada color marfil del balcón del segundo piso, donde me dispuse a observar tranquilamente los jardines del recinto y a respirar aire fresco para purificar mis pulmones, al igual que para oxigenar mi mente recargada.

—¡Enhorabuena, Erin! —Me sobresaltó una voz que provenía de detrás de mí.

Me giré de inmediato y pude ver a Brian sentado en la baranda, hojeando un libro.

—Gracias —mascullé asombrada por su afabilidad—. ¿A qué se debe esta agradable felicitación? —Bajó de la baranda adelantando unos pasos.

—¿Acaso es tan raro que un compañero de clase se alegre por otro? Porque eso es lo que somos: «compañeros de estudios».

De nuevo percibí su resentimiento, el cual me causó un dolor inminente por la enorme brecha abierta entre nosotros, que al parecer se iba dilatando cada vez más. Muy molesta me acerqué a él, obstaculizándole el paso que encaminaba su huida.

—No es cierto, Brian. ¿Por qué dices eso? ¿Acaso tú y yo no hemos sido siempre buenos amigos? —le cuestioné en tono firme.

—Es cierto, Erin, en algo tienes razón: «lo fuimos».

Inmediatamente, tras mencionar esas palabras damnificadoras, se fue, como alma sin rastro, tras mis espaldas; me dejó esta vez a «Frustración» como protagonista de mi obra mental.

Decidí irme a casa; mi estado anímico, recién lapidado por mi amigo Brian, y mi preocupación por Adham después del último altercado me impedían centrarme en las actividades más rutinarias.

Llegué a casa, sabiendo que estaría vacía. Era día de mercado, así que Muriel estaría haciendo la compra y mi abuelo, probablemente, estaría jugando una partida al mus con los de su quinta.

Fui a la cocina y cogí una magdalena de arándanos, por lo que le proporcionó a mi ansiedad una tregua temporal. Se me ocurrió de repente

cómo escapar de mi fatídico estado psíquico; sabía que faltaba bastante rato para llegar a la hora en que pudiera trasladarme a Dýnami, pero... «¿por qué no irme hacia algún lugar que me transmitiera paz durante unos instantes?». Así que subí las escaleras de dos en dos, y saqué la llave que colgaba en mi cuello y se ocultaba tras la camisa de blanca.

Entré a mi precioso santuario, cada vez mejor adornado con bellas plantas y flores; algunas de ellas, de especie todavía no identificada por mis humildes conocimientos de botánica. Vertí en una tacita de té unas cautelosas gotas, ya que el destino desconocido al que me lanzaba podía ser deseado o todo lo contrario, pero con tal de burlar mi presente estaba dispuesta a asumirlo temporalmente.

Caté el agua y sucumbí al desmayo. Abrí los ojos y noté una amplia sonrisa plasmada en mi cara. Ya no era una novata de las vidas paralelas, sino que sabía que, una vez dentro, era capaz de hacer cualquier cosa, estar en los lugares más remotos de la historia del universo, e incluso dominar idiomas nunca antes conocidos: hacía lo que fuera para transformarme en el personaje de mi nuevo viaje.

Sin embargo, pese a creer haberlo visto todo, allá estaba yo —imposible no ceder a la sorpresa—; mi cuerpo, erguido con los brazos abiertos, se encontraba equilibrando mi peso, balanceándose sobre una cuerda floja colgada a una distancia de varias decenas de metros del suelo. Yo vestía con un tutú dorado, un *mayotte* negro, empedrado con pequeños brillantes, y unas sandalias bailarinas, que se amoldaban a la cuerda como si estuvieran enganchadas con pegamento. Mis tatuajes de henna escalaban por mi mano hasta llegar a la cima de mis brazos y mi cabello, sin duda, lucía un buen recogido, dado que precisaba de una buena doma para que no osara en soltarse.

Me atreví a mirar al horizonte intentando así no desistir ante el asombro que me ocasionaba la respetada altura, evitando desencadenar un posible fatídico accidente por la desconcentración, pero mi empeño fue en balde: cientos de personas se hallaban en las gradas de lo que parecía ser un

fantástico «circo», expectantes a cualquier movimiento en falso que yo hiciera, porque la caída era mortal. De ahí los gestos de espanto, angustia y morbosidad que presentaban sus miradas, las cuales se dirigían hacia mi elevado cuerpo, anhelando el futuro incierto: el futuro incierto de una «acróbata».

Nuevamente mi viaje no me causó decepción alguna y, como en las anteriores historias, el autocontrol requerido del momento se adueñó de mi cuerpo y mi mente. Y me encaminé, paso a paso, por aquella minúscula cuerda de una manera segura y cómoda, como si llevara toda la vida dedicada a ello, hasta coger velocidad derivando a una arrolladora carrerilla, y de pronto... ¡Zas!, salté dando vueltas en el aire, sin tener ni idea de mi desdichado destino.

Al sentirme segura de nuevo, como un náufrago en la orilla, me hallé erguida como un palo, ofreciendo mi reverencia más artística y una sonrisa de lo más placentera. Al relajar la vista pude darme cuenta de que yacía sobre el lomo del mayor elefante nunca visto. Este enfundaba un traje de iguales colores a los míos, empedrado también, pero de piedras más voluptuosas.

El asombro de los espectadores fue fascinante; al momento se levantaron de sus acomodados asientos para aplaudir sin descanso y rendir, seguidamente, una enorme ovación extremadamente ensordecedora.

Mi ego fue elevado hasta el cielo; sentada en el elefante, nos disponíamos a marchar del escenario, saludando sin cesar como una reina, desde mi lujoso carruaje, a sus adorables súbditos. «Yo ya sé que necesito una buena dosis de un mágico destino mucho mejor que la casa de mi difunta tía Faustina, en la playa de Benidorm», medité eufórica. Al entrar en bambalinas y deshacerme de las miradas curiosas, un hombre negro de musculosos brazos me ayudó a bajar del dócil animal y, muy sonriente, me felicitó, seguido de un cariñoso abrazo:

—¡Zahara, has estado magnífica! Eres grande: te ha salido mucho mejor que en los ensayos generales.

Entonces, me di cuenta de algo: algo que anteriormente no había detectado

en otros viajes, y era que en este Zahara era yo, es decir, que ya estaba reencarnada en una chica y no era una nueva paisana del destino, sino que ya tenía una vida como conocida acróbata y, además, exitosa.

—Gracias —respondí amablemente, esbozando una feliz sonrisa.

Pude ver a los artistas ensayando antes de salir a realizar su función. Se componían de un domador, dentro de una jaula, que dirigía con un látigo los movimientos de dos ofuscados tigres; dos trapeceistas (un chico y una chica), que se ayudaban el uno al otro a elevarse a unas barras colgadas en el techo, como si sus extremidades estuvieran acopladas naturalmente, aparentando ser hermanos siameses; y un malabarista, que iba añadiendo cada vez más piezas a su juego sin dejar de rotar círculos en el aire. Todo aquello era asombroso, y pertenecer a ese grupo era todavía más increíble. Les tocaba el turno a los trapeceistas.

—Deséame suerte, Zahara —me dijo la maquillada y excitada chica.

—No la necesitas, pero... ¡suerte! —Me apretó con sus dos manos la mía como signo de agradecimiento. Era curioso, porque una parte de mí actuaba como si conociera a todas aquellas personas y a lo que me rodeaba, pero había otra que observaba un nuevo mundo (era lo más lógico).

De pronto mis ojos comenzaron a parpadear: sabía que ya era el momento de marchar. Había ingerido pocas gotas del manantial, cautelosa por la posibilidad de caer en una horrible pesadilla; beber contadas gotas me había llegado a salvar la vida en la otra ocasión, pero esta vez experimenté una gran decepción al tener que marcharme tan pronto. Había sido un viaje espléndido; la poca estancia que había podido disfrutar, claro está.

No había tiempo, y corrí hacia algún lugar sin tener ni idea de dónde esconderme. Pude ver un buen escondite entre unas mantas que se encontraban arrugadas en el suelo y creaban una montaña desmedida de metros de tela, pero después seguían y recobraban forma; su larga extensión evidenciaba que ocultaban algo grande y rectangular, así que me metí ahí. De inmediato pude deshacerme del malintencionado atolladero que ofrecía la bola del tejido inicial, y me adentré avanzando a gatas, sin ver absolutamente

nada. Un bochorno y una oscuridad total reinaban el lugar, causados por las tupidas pieles de astracán.

Me senté, a la espera de caer dormida, cuando empecé a escuchar unas simultáneas respiraciones cada vez más cercanas. Mi pulso se aceleró al encontrarme totalmente desprotegida, sin mi mayor aliada, «la vista». Un rugido de pantera ensordeció mi escucha, expulsando el húmedo y caluroso vaho de su boca en mi temblorosa cara. Y cuando mis reflejos reaccionaron para apartarse, noté cómo unas finas agujas se clavaban en mi hombro y me desvanecían al instante.

Capítulo 9

EL NUEVO SENTIMIENTO

Desperté, y me incorporé tranquilamente al ver que todo estaba bien. Me encontraba en mi ansiado jardín, sentada y vestida con mi precioso vestido azul cielo. Cuando me puse de pie, me mareé de tal manera que tuve que volver a sentarme; no lo entendía. «¿Acaso no se me ha ido el efecto del líquido de manantial?», razoné confusa. Una sensación de dolor me obligó a poner la mano sobre mi hombro izquierdo; miré y observé cómo estos se bañaban de sangre, tiñendo también mis claras ropas y el suelo adoquinado. Pensé que, al transcurrir el incidente al mismo tiempo que el traslado del viaje, la herida no había tenido tiempo para sanarse, ya que sabía a ciencia cierta que el agua del manantial tenía poderosos dones curativos, aunque no estaba convencida de hasta qué punto.

El impacto de aquella visión sobre mí misma hizo dar vueltas a mi cabeza; era consciente de que podría desmayarme en cualquier momento, pero en ningún caso podía ser en aquel jardín; de lo contrario, sabrían que había estado entrando sin permiso.

Reuní todas mis fuerzas hasta ponerme nuevamente en pie, y me encaminé hacia la puerta amparándome en todos los árboles y arbustos, los más vigorosos posibles, para aguantar así parte de mi peso y facilitarme el desplazamiento hacia la salida. Por fin llegué y, al adentrarme, cerré con llave; mis fuerzas se agotaron, así que cedí al suelo y repté varios metros hacia el teléfono, que posaba encima de una mesita de uno de los descansillos.

Al llegar, tiré del cable de teléfono apartando mi cabeza de su punto de caída. Rodé con el dedo índice las cifras de contacto del doctor Benjamin, «el

médico de la familia», y esperé.

—Al habla el doctor Benjamin, dígame.

—Soy Erin Erwine y... necesitaría... que viniera de in...inmediato. —Mi voz, distorsionada y entrecortada por la debilitación, dejó de escucharse de pronto, y me desmayé.

Abrí los ojos; estaba estirada en mi cama con una agradable luz tenue. Me rodeaban: el doctor Benjamin: un señor de pasada mediana edad, con boca de piñón diminuta, gruesas y canosas cejas que enmarcaban sus ojos saltones de color miel, un cabello grisáceo como el cielo borrascoso y una adorable cara de buena persona, y mi querido abuelo, como siempre, muy bien puesto y trajeado, pero con un semblante embargado de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —pregunté desorientada, mientras intentaba incorporarme.

—No..., no te muevas, querida Erin —insistió el doctor muy dócilmente.

—Haz caso al doctor en todo lo que te diga —abdicó mi abuelo en tono tosco, como de costumbre.

—Querida Erin, ¿qué te ha sucedido? —Comenzó a investigar el reputado médico.

Inmediatamente la pregunta temida cayó como una losa del cielo profundo, sigilosa y rotunda, y como todavía no me había dado tiempo para inventarme algo racional que responder cuando llegara el momento, tuve que improvisar.

—Vine del colegio a casa más temprano porque tenía migraña y, cuando caminaba a la altura de la calle Liubar, por una extraña razón completamente desconocida, un temeroso y enorme canino corrió a toda prisa por el callejón dirigiéndose claramente a mi posición y, para mi espanto, finalizó su carrera abalanzándose sobre mí. Supongo que al cubrirme con los brazos caí lateralmente y me hirió el hombro; tras unos instantes me di cuenta de que la terrible bestia había desaparecido. Después del susto me apresuré en ir hacia casa, y lo siguiente que recuerdo es que lo llamé a usted y...

La excusa me surgió de pronto. Cada vez me daba más cuenta de que me

estaba volviendo una profesional de la mentira; lo que no sabía era si realmente era bueno o... todo lo contrario.

—¡Vaya!, menuda historia, señorita Erin. Debió pasar mucho miedo

—Ajaa... —contesté exagerando mi debilidad.

—Lo verdaderamente extraño es que aquel perro no la mordiera, sino que la desgarrara; normalmente los perros atacan con los dientes, ¿no cree? Además, por el tamaño de sus heridas, debía de ser un gigantesco canino.

—Sí, supongo que sí; no lo recuerdo bien, pasó todo tan rápido... —Y solté un bostezo, evidenciando mi extremada fatiga.

—Creo que deberíamos dejarla descansar, doctor.

—Desde luego, señor Erwine. Sobre todo, que repose y que no mueva el hombro; vendré a cambiarle las vendas mañana por la mañana.

—Gracias, doctor; no sé preocupe, yo me encargaré de ello y ahora mismo llamaré a la protectora local para que den caza a esa bestia salvaje —añadió mi don Gael de forma obstinada.

Una vez recogido todo el instrumental en su amplio maletín de cuero opaco, el instruido señor me puso la mano en la cabeza y se despidió, amigablemente, con media sonrisa asomada, que apretaba sus pequeñas comisuras.

—Lo acompañaré hasta la puerta, doctor. —Se ofreció mi abuelo ya complacido.

—No es necesario; después de tantos años, me conozco el camino como la palma de mi mano. ¡Hasta mañana, señor Erwine!

Yo estaba mirando al techo, sabiendo que se avecinaba algún tipo de sermón.

—Bueno, señorita Erin, ¿me puede explicar qué diablos hacía en la calle en horas lectivas? Ya sabes que, si tienes algún tipo de indisposición, debes de avisar al profesorado para que me lo comuniquen. —Su tono de hostilidad me hacía aborrecerlo, y que me tratara como una niña, también.

—Ya te lo he dicho, abuelo: tenía migraña y decidí venir a casa. Ya soy

mayor para dar esos absurdos avisos. Además, estoy cansada y me duele; deberías dejarme sola.

—Tus horarios en esta casa me resultan bastante inquietantes: a veces estás aquí, pero de...

—¡Abuelo! —Alcé la voz, ásperamente, de tal manera que corté su agobiante discurso.

—Necesito dormir. —Proseguí con voz más apaciguada, al darme cuenta de que había sido demasiado brusca—. Está bien, ya hablaremos mañana. — Y, a regañadientes, abandonó el habitáculo dejando la puerta entreabierta.

Por fin sola, le eché un vistazo al hombro, completamente vendado, y me relajé suspirando intensamente. Comencé a pensar en todo lo sucedido... «Hace nada era una acróbata, y ahora soy una don nadie que tiene que dar explicaciones de todos sus movimientos; no es justo. Y Adham...». Cuando se me vino a la cabeza, partes internas de mi cuerpo se oprimieron y un estallido resurgió en mi pecho. «¡Oh, no! Debo comprobar de inmediato qué le ha sucedido. Espero que esos maleantes no se hayan ensañado con él. Además, hablamos, pero... en ningún momento aclaró la importancia de nuestra relación; necesito saber si yo de verdad le importo».

Hasta hace poco descubrí algo muy confuso en mi interior; afortunadamente, supe desvelarlo gracias al recuerdo de una charla que había tenido hace años con mi madre. Ella me explicó que, cuando conoció a mi padre, empezó a notar ciertas luciérnagas revolotear por su estómago provocándole suaves cosquilleos, y experimentó la pavorosa ausencia del aire, que le vaciaba la mente dejándola en blanco, ocasionalmente. Entonces, llegó un día en que una lógica aplastante desbarató su vida por completo, y fue que había comprendido que su vida ya no era suya, sino que había sido arrebatada y que las cosas más bonitas del universo habían dejado de resplandecer si no estaba junto a él: así se dio cuenta de que estaba «enamorada».

Gracias a ese análisis personal que me había dejado grabado en la memoria, pude esclarecer que mis síntomas eran idénticos, lo cual quería

decir que yo padecía lo mismo: me había enamorado, y Adham era mi ansiado diagnóstico.

Cabía la posibilidad de que él no sintiera iguales sentimientos románticos hacia mí, y si fuera el caso, yo estaría perdida y tristemente hundida. En realidad, ¿por qué tendría que sentir lo mismo hacia mí? Quizá simplemente era una buena amiga para él. Si fuera así, el viaje a Dýnami dejaría de tener sentido, excepto por un simple motivo: la extrañeza del lugar en cuestión, que me ocasionaba un interés perpetuo.

No sabía por qué, pero de repente llovían en mi mente las duras y despiadadas palabras de Brian sobre el fin de nuestra amistad, y me mosqueé por no ser de nuevo dueña y caudillo de mi perspicaz y desbocada cabeza.

Me di media vuelta, me abrigué bien con la colcha, y volví a mi posición normal: así, un par de veces más. Pero después de los intentos fallidos, omití la opción de dormir y me senté en la cama, me calcé con mis suaves y cálidas zapatillas de terciopelo, y me dirigí hacia el rincón que me daba paz constante y serenidad: mi jardín. Cogí mi tacita de té y, antes de beber, me di cuenta de que me estaba volviendo una adicta sin remedio. Y mientras bebía, pensaba y pensaba...

Ya estaba en Dýnami; salí de un garaje donde se guardaban decenas de los vehículos que se utilizaban para circular por la zona. Me encontré a Neil subido a una moto de montaña; acababa de encenderla y hacía un espantoso ruido y emanaba un intenso hedor a gasolina.

—¡Eh, Adda!, ¿te vienes? —vociferaba para masacrar el molesto estruendo.

—¿A dónde?

—Vamos a la Cima Persa, hay un circuito de motos para morirse.

—De acuerdo. —Pensé que, seguramente, Adham estaría allá. Me subí decidida y me agarré cada vez más y más, a medida que la velocidad y los badenes me hacían más consciente de la peligrosa gravedad.

Al llegar, paró la moto y me bajé. Ansiosa por encontrar a Adham, divisé ampliamente todo el radio posible, puesto que nos encontrábamos a una

altura considerable de la colina, pero no conseguí dar con él de ninguna manera; había demasiada gente y mucha distancia de una muchedumbre a otra.

—¿Y Adham?... ¿Sabes dónde está?

—¿Adham? —cuestionó con extrañeza—. ¿No lo sabes? Ah, claro, has estado varios días instruyéndote fuera. Y explícame: dicen que ser un Lémer es lo mejor que te puede ocurrir, pero a mí me parece un verdadero coñazo eso de que te tengan día tras día generándote información de un lugar a otro, ¿no es así?

—Bueno, no está del todo mal —respondí escuetamente—. Entonces, ¿dónde se encuentra Adham? —inquirí.

—Pues, verás, lo encontraron en una sospechosa situación y, además, había ingerido una planta llamada marihuana, totalmente prohibida, debido a sus efectos secundarios.

—¿Y ahora dónde está?

—Lo tienen en la sala de aislamiento unos días como castigo a su hazaña. Su defensa fue que se había desmayado y que había caído rodando hacia fuera del campus, pero las cámaras no confirman su declive, y la marihuana...; no sé, suena todo a engaño. Este Adham es todo un personaje, ¿no crees? —afirmó sonriendo.

Un agobio se dispersó en mi interior. «¿Y si indagan más sobre el asunto? Podrían descubrir extrañas imágenes sobre mí en el momento del altercado de Adham. ¿Y si descubren que alguien está usurpando el brazalete de la tal Adda Owen Jones?». Esto me empezaba a dar mala espina, pero tenía que estar tranquila: todos los caminos recorridos aquel día estaban, supuestamente, muy bien estudiados por Adham. Eran ángulos muertos, así que debía confiar en él.

—¿En la sala de aislamiento? ¿Y qué les hacen allá? —pregunté a Neil preocupada.

—¿Acaso te parece poco estar aislado durante varios días? ¿No teníais sala de aislamiento en vuestro capitolio?

—Sí, claro. Solo quería saber si aquí utilizaban métodos diferentes — aclaré, recordándome a mí misma el sumo cuidado que debía tener al emplear mis palabras y cuestiones—, pero parece ser que todo es igual—le aseguré.

—¿Quieres participar conmigo? Me voy a reincorporar ahora al circuito.

—No, gracias, no me apetece; en otra ocasión, tal vez. —Lo esperancé en tono convincente.

Hizo un gesto de aceptación y apretó la palanca de encendido, lo cual creó una estrepitosa contaminación acústica, que me hizo presionar enseguida los tímpanos lo más fuerte posible para que el ruido no se colara en mis oídos. Al marcharse, aflojé mis dedos poco a poco de mi escucha, asegurándome que el escándalo ya estuviera suficientemente lejos para destaparlos por completo.

Me quedé a ver el circuito, que estaba atestado de gente, aunque yo había cogido un buen sitio y no me podía quejar de las vistas. Mientras tanto, intentaba distraerme siguiendo a la moto que precedía a las demás con clara ventaja. Y pensaba que quizá, en esta visita a Dýnami, no me daría tiempo a ver a Adham, aunque que no era del todo seguro, ya que aquí los días pasaban muy muy rápido y todo parecía ser posible.

Fueron pasando los días y, al no estar Adham, me acoplaba mejor a los grupos recibiendo muy buena acogida, descubriendo así un poquito más la esencia natural de cada uno de los miembros y llenando una parte del vacío que la ausencia de Adham me provocaba irremediablemente.

En Chagon descubrí la empatía que desarrollaba ante cualquier persona, dando consejos verdaderamente útiles para los problemas ajenos. Neil, en cambio, cuando lo conocías más profundamente, mostraba una generosidad que desbancaba aquella soberbia y petulante máscara que lucía normalmente como imagen propia. Y mi Lucy...La hacía ya como mía por el tremendo cariño que le había cogido en poco tiempo; no me sorprendía nada de lo hallado en ella, simplemente era una persona sensacional.

Sin embargo, del singular sujeto que no llegué a descubrir absolutamente nada fue de Katia. Era como un libro cerrado, rodeado de espinas punzantes, como un rosal maléfico. Lo único que me ofrecía eran miradas inquietantes y desplantes continuos, que desencadenaban en un ambiente hostil e inviable cuando se encontraba en el grupo. Tampoco fue ninguna sorpresa.

Todos aquellos días se asemejaban a un maratón de información académica, ya que sin Adham, quien me cubría las espaldas y aclaraba mis dudas, me pasaba las noches en vela intentando descifrar cosas que para ellos eran obvias y para mí, una desoladora mina de enigmas. Pero con mi esfuerzo y repetidas tandas de café, conseguía montar los suficientes rompecabezas para no levantar sospechas.

No obstante, lo que, por fortuna, mi cerebro absorbió fue aquel lugar, las personas, sus costumbres..., su vida. Y con toda seguridad deduje que algo oculto ocurría en aquella villa de vida activa y juventud interminable. Yo, pese a la historia contada por Adham, no dudé en sacar mis propias conclusiones, ya que determinadas rarezas impulsaban a mi instinto a buscar la lógica.

Varias incógnitas estremecían de pura extrañeza aquella villa, y eran las siguientes: «Uno: una tremenda tropa de jóvenes adolescentes luchaba por un objetivo, oprimiendo la naturaleza de sus hormonas como si alguien les hubiera lavado el cerebro por alguna causa aún misteriosa. Dos: intentando ser de lo más elocuente, en mi cabeza aún no había cabida a la posibilidad de que aquellos seres salieran de una planta, lo cual era una patraña. Y tres: aquellas instalaciones tan innovadoras las tuvieron que haber construido solo un tipo de personas, “las adultas”. Pero ¿dónde estaban?, ¿acaso se hallaban ocultos?, ¿por qué?». Incógnitas verdaderamente misteriosas fluían por mi mente; sabía que, tras su posible descubrimiento, me garantizarían una verdadera y sólida realidad.

Pasé varios días en Dýnami sin saber nada de Adam, y no quedaba mucho tiempo para que mi somnolencia asomara. Salí de la biblioteca en busca de fresco oxígeno y, entonces, pude ver cómo Adham se acercaba al edificio y

me localizaba con sus penetrantes y crepúsculos ojos. La sonrisa se apoderó de ambos semblantes, y dejó una risueña y pizpireta expresión, que se sonrojaba a medida que se aproximaba el encuentro.

Nos abrazamos entrañablemente.

—¡Adham! —mascullé entusiasmada mientras lo apretaba fuertemente contra mí.

—¡Mírate qué guapa estás! Te echado mucho de menos. —Me ruboricé por el cumplido.

—¿Estás bien?

—Por supuesto, solo me han hecho unas pruebas debido a la ingestión de aquella extraña planta que me ofreció Chagon, pero estoy bien. Por cierto, tengo que investigar esa planta: es un poco tóxica, pero tiene efectos realmente alucinantes. También me hicieron un pequeño interrogatorio por encontrarme en aquella sospechosa ubicación, pero no lograron sonsacarme nada; hice como si no supiera de lo que me estaban hablando, y desistieron. Además, soy de Dýnami: soy intocable, siempre te lo he dicho.

—¿Y quién te ha hecho todo eso? —pregunté confusa.

—Los Lurus, claro. ¿Quién si no? Verás, he estado pensando en nuestra conversación de aquella tarde antes de que sucediera todo este lío y... —Se me empezaron a cerrar los párpados.

—No, Erin, no me digas que...

—Me tengo que marchar, lo siento. —Lo interrumpí tristemente, y quedó desolado.

Me despedí con pesadumbre, dándole un glorioso beso en la mejilla y sintiendo su añorada calidez en los labios, pero complacida tras verlo cerrar los ojos para asegurarse así de la percepción de todos mis sentidos transmitidos. Corrí y corrí, ya que mi experiencia me garantizaba el desvanecimiento de mi cuerpo en cuestión de segundos.

Se completó el desplazamiento tras unos instantes sumergida en la inconsciencia. Me levanté como nueva del banco de mi jardín, pero algo

enojada. «¡Estoy harta! Cada vez que tengo algún momento importante con Adham, la maldita somnolencia me arrastra hacia aquí. Ahora tengo que esperar de nuevo a esta hora, todo un día largo y exasperante», medité intensamente ofuscada.

Mi mente inconformista empezó a cavilar pensamientos ingeniosos para una posible solución a tal insatisfacción. «A no ser que... coloque unas gotas en el té del desayuno que Muriel está preparando, y cuando se lo tomen ella y el viejo retomarán lo que será para ellos un relajante sueño reparador: así no se darán cuenta de mi ausencia, ¡es perfecto!». Al ocurrírseme tal idea, no dudé en ir rauda a la cocina, ya que mi parada en Dýnami desaparecería en instantes. Llené mi taza y bajé a la cocina. Completé hasta arriba la tetera que estaba en el fuego, sin ser vista por el momento. Mientras subía las escaleras, me bebí las últimas gotas de la taza que quedaban para cerciorar mi parada en Dýnami. Al llegar a la fuente, llené de nuevo el recipiente enteramente, y lo ingerí para obtener una duración más longeva en el lugar; me senté y me desvanecí.

Estaba oscuro, las estrellas brillaban y la luna no aparecía. Me levanté de una fornida roca que respaldaba mis espaldas. Me dirigí a Glass, el local de noche que frecuentaban a esas horas intempestivas, pensando que tal vez Adham se encontraría allí. Estaba a una distancia de tan solo pocos metros. A lo largo de mis pasos, escuchaba interesadamente los instrumentos tocados en el interior. En aquel lugar se estilaba poner en práctica la música al libre albedrío; guitarras, baterías, piano, flauta, etc. Solo necesitabas un requisito: ser amante de ella.

Llegué a la enorme puerta de cristal y empujé el tirador; al entrar visualicé, en la pequeña tarima que protagonizaba la luz del local, a Adham tocando la guitarra acompañado de Neil, que también acariciaba las cuerdas. Me pareció un momento cautivador, y verlo sin que se percatara de mi presencia hacía el momento doblemente atrayente, así que me senté en la mesa del final de la fila contigua a la puerta de entrada, y disfruté del concierto. Interpretaban una música estridente, desafinada y muy alocada, que al parecer provocaba

movimientos de vaivenes descompasados en las cabezas del dedicado público. Y tras mi fruncimiento de entrecejo por el desagradable ruido, por fin finalizó. Pero el silencio duró poco, y una nueva canción despegó. Esta no tenía nada que ver con la anterior; se trataba de una preciosa melodía y de la sensual voz rota de Adham. Al escuchar la dulce canción, no pude comprender cómo no lograba traducir la letra, recordando que, en todos los viajes anteriores a los que me había transportado, lograba entenderlos e incluso hablarlos.

Al parecer, la gente estaba disfrutando; su silencio conjunto y su mera fijación al escenario lo corroboraban, y yo no iba a ser menos. De repente Adham me descubrió sentada en la mesa, y su sonrisa iluminó su semblante y le dio a la canción un giro inesperado, volviéndola más divertida y alegre. Animado por el gentío, Adham bajó de la palestra al ritmo de la música, acercándose constantemente a mí, lo que me produjo una vergüenza en mi interior incapaz de no brotar mis sofocantes y delicadas mejillas. «¡Tierra, trágame!», opiné inquieta, como un ratón inmerso en una calle sin salida. A pesar de lo valiente e intrépida que era en algunas ocasiones, era extremadamente vergonzosa.

Intenté resbalar sutilmente por la silla para que mi bulto no fuera descubierto, pero fue inútil. Se paró a cantar delante de mí, me cogió de la mano impulsándola hacia arriba para ponerme en pie, y me dio varias vueltas. Yo, colorada al igual que una fresa madura, deseaba impacientemente que acabara ya la bochornosa situación; veía cómo los demás disfrutaban de mi circunstancia, e incluso evidencí en alguna expresión la envidia descubierta de alguna que otra. Y no me equivoqué: al acabar la canción los profundos ojos de Adham me sucumbieron al hipnotismo sin poder desenganchar la mirada de sus pupilas. Me despejé de golpe al sentir el alzamiento de mi cuerpo, que me dedicó con sus fuertes brazos; pero en cuanto me bajó, observé cómo una indignada y envidiosa Katia recorría el pasillo a pasos agigantados para llegar a mí y... ¡Zas!: me lanzó todo el refresco anaranjado de su vaso, con hielos incluidos, y me dejó bañada en él completamente.

—¡Zorra! —grité. Una furia nunca antes sentida se apoderó de mí.

Cuando hice la intención de abalanzarme sobre ella, unas manos de hierro me agarraron de la espalda y la inmovilizaron por completo.

—No vale la pena; ambos queremos que Adda siga aquí, ¿verdad, Erin?
—me susurró Adham al oído.

—¡Agghh! —Un grito de impotencia surgió de mis adentros; sabía que, si hacía cualquier tontería, los Lurus no tardarían en darse cuenta de mi verdadera identidad.

Algunos compañeros me trajeron varios trapos para facilitar mi limpieza; habían escuchado los cuchicheos de lo ocurrido, y la mayoría atentaba contra Katia. Mientras me secaba mis empapados y pegajosos rizos a causa de la bebida azucarada, observé, a través del cristal del local, a Adham en el jardín discutiendo acaloradamente con Katia, e incitándola con un tosco gesto a que se fuera. Katia, finalmente, pronunció unas palabras con la cara embalsada de lágrimas, y se marchó. Salí y me acerqué a él.

—¿Estás bien?

—¡Claro! No te preocupes por Katia, no volverá a molestarte. Esta vez se ha pasado, es una mala pécora. Pero... cambiando de tema, ¿cómo has regresado tan pronto?

—Mejor que no lo sepas porque, si te lo cuento, quizá me considerarás una mala persona —mascullé agachando la cabeza. Y su entrecejo se estrechó poniendo cara de extrañeza.

—Sabes, Erin, eres una persona muy enigmática —musitó a media sonrisa pícara. Y le devolví el gesto, lo cual dejó sus pensamientos indefinidos, sin respuesta.

—Bueno, ahora que estás aquí de nuevo... y no sé hasta cuando —recalcó —, deberíamos aprovechar el tiempo lo máximo posible.

—Sí, claro asentí animada—. Pero antes de que me marchara, me querías decir algo y no te he dejado terminar a causa de mi fulminante partida. ¿De qué se trataba? —interrogué impaciente.

—Verás, quiero llevarte antes a un lugar —proclamó misterioso.

Llamó a un vehículo a través del brazaletes, que tardó apenas dos minutos en estacionarse frente a nosotros. Nos subimos de un respingo al monstruoso *quad* metalizado, de modelo despampanante; este se componía de rallas zigzagueantes en forma de truenos de color rubí, y de neumáticos de ochenta centímetros de anchura, aproximadamente, que garantizaban su enganche arácnido por cualquier base de tierra. Al rugir su estruendoso motor, me agarré fuertemente a su cintura; como buena pasajera ya veterana que era, sabía que debía anclar mi cuerpo si no quería salir despedida ante cualquier futura escalada de pendiente.

—¿Y bien, a dónde me llevas?

—No seas impaciente, no tardarás en averiguarlo —suscitó y me dejó de nuevo con la incordiante incógnita.

Conducimos durante un indeterminado lapso de tiempo, pero no demasiado. Atravesamos el puente de Anastasis y la colina colindante al río.

Y por fin, llegamos a la torre de la Astrología; era una torre muy alta, parecida a una cápsula gigante, ya que el techo era redondeado para poder ver a los astros con absoluta panorámica. Sabía de su uso porque Adham me había hablado de ella anteriormente, pese a que yo nunca la había frecuentado. La entrada a la torre estaba censurada, exceptuando a los Lurus, claro. Adham la visitó un día que, excepcionalmente, le habían dado permiso para poder ver una irrepetible lluvia de meteoritos que se proyectaba aquella noche.

—¡Vaya, es enorme! Me habías hablado de ella, pero nunca me la imaginé así. Es una lástima que no podamos verla por dentro; debe tener unas vistas maravillosas.

—¿Quién ha dicho que no podemos verla por dentro?

—Tú mismo me dijiste que no se podía entrar.

—Eso era antes de que... me colara esta mañana y copiara el código de un Lurus. Pero tiene que ser hoy porque cada día los cambian —desveló.

—¿Estás loco? —lo amonesté enojada por haber llevado a cabo tal

majadería.

—¿Qué? No me van hacer nada; además, no se han dado cuenta. ¡Vamos!

—No sé...

—Tranquila, no te pasará nada. —Me apaciguaba, mientras no parecía en el intento de convencerme.

—¡Está bien! —respondí, respaldada por su ciega seguridad.

Concentrados, aprovechamos los movimientos de las cámaras mientras nos acercábamos sigilosamente a la puerta; al parecer Adham lo tenía todo muy bien calculado. Una vez que llegamos al portón, visualizamos el aparato numerado de seguridad, que se encontraba en la parte superior derecha del marco y estaba sumergido en unos pocos centímetros de hormigón de la misma pared. Rápidamente, Adham tecleó varios botones en su brazaletes, y lo acercó al aparato identificador; en la espera de unos segundos, la pequeña pantalla radió una luz verde, emitió un escueto ruido, y la impenetrable entrada se abrió con un sonido tosco de cerrojos.

—No te despegues de mí —me dijo en tono imperativo.

—No lo dudes —le murmuré inspirando intensamente su viril aroma, mientras me cogía a él como si fuera mi salvación.

Entramos a la vez que comenzamos a efectuar movimientos raudos y precisos para no ser detectados por los ojos vigilantes; parecíamos dos militares camuflados en pleno combate. Eso sí: yo estaba enganchada a la sombra de Adham —podría decirse que literalmente—. Me agarró de la mano y estiró de ella mostrándome el camino con más diligencia y seguridad.

—Ya queda poco. —Su frase serenó los ardores internos que sucumbían en mi interior, causados por la posibilidad existente de ser descubiertos.

Subimos unos seis pisos en una interminable escalera de caracol, que mareaba al mayor escalador engalanado que se atreviera a comprobar el trabajo transcurrido. Y por fin llegamos a la cúspide.

—¡Uauuu!—exclamé asombrada.

Era un espacioso lugar, con suelos de *parquet* y un elegante mobiliario. La

sala estaba llena de monstruosos aparatos que apuntaban hacia el cielo; deduje, por los comentarios de Adham, que debían ser aquellos fascinantes telescopios de los que me había hablado largo y tendido y que, por lo visto, lograban acercar a poca distancia la infinita galaxia. El techo redondeado era de cristal tan fino y transparente que era casi imperceptible, lo cual causaba un efecto arrollador de algo altamente poderoso que en pocos instantes descendería sobre nosotros como un auténtico tsunami, y nos aplastaría mortíferamente. Había unos divanes dispersos por la planta que animaban al espectador a reposar sobre ellos, que te hacían levitar por las estrellas con su sobresaliente comodidad y sus inmejorables enfoques: era un lugar de ensueño.

Nos pusimos a curiosear por las mirillas; lo que podía observar era fantástico y, gracias al estudio intensivo de astrología en Dýnami, conseguí aprenderme algunos de los planetas y cometas más importantes de la Vía Láctea y, por lo visto, también detectarlos: Mercurio, Saturno, Júpiter, Orión... Era todo increíble, y Adham no cesaba en mostrarme las perfectas obras maestras que confeccionaban las constelaciones en un papiro tan inspirador como la bóveda celeste.

Cuando exprimimos nuestra curiosidad astronómica al máximo, Adham me invitó a tumbarme en un diván pegado al suyo. Ya relajados, mirando el cielo astral, Adham me cogió de la mano, lo que me creó un escalofrío en mi interior.

—Erin, pese a lo que me confesaste el otro día sobre tu verdadero mundo y la transportación al futuro, mi interés hacia ti no ha cesado. —Se incorporó mirándome a los ojos—. No sé si te habrás dado cuenta de mi estima hacia ti y de que, desde luego, para mí tú no eres una simple amistad. Es más, quizá te resulte chocante, pero he descubierto que eres lo más importante que me ha sucedido nunca. —Mis ojos comenzaron a cegarse a causa de los nervios, y seguí escuchando—. Desde la primera vez que te vi apoyada en la escultura, supe que debía conocerte y, tras tus continuas ausencias, mi ansiedad por verte confirmó lo que sospechaba: por primera vez en la vida, me había

enamorado.

Él, sentado pero con la espalda erguida ante mí, me dejó atónita. Lo que yo había soñado todo este tiempo estaba sucediendo ahora, en este preciso instante. Me reincorporé para estar en igual posición.

—Adham, ¡mírame!, estoy temblando. Temía que tú no sintieras lo mismo por mí, ya que la realidad que nos envuelve es muy compleja, y no estaba segura de si...

Me cerró la boca con un profundo y dulce beso, como la miel de abejas, el cual hizo estallar unos fuertes fuegos artificiales casi dolorosos, que yacieron desde mis adentros sofocando los órganos más vitales. Y como veneno bebido tras el arrebatador contacto, mi cuerpo se relajó hasta rozar casi la inconsciencia y levitó en la gravedad durante unos instantes.

Al equilibrar dificultosamente la magia causada, ambos, un tanto aturcidos, nos miramos profundamente a los radiantes espejos del alma que reflejaban nuestras caras, omitiendo las palabras; simplemente, estrechándonos nuestras inseparables y cálidas manos. Seguimos observando las estrellas, pero esta vez «juntos de verdad».

Capítulo 10

LA CELEBRACIÓN

A partir del día siguiente, en Dýnami, hicimos pública nuestra relación con nuestros gestos afectuosos, evitándolos cuando había cámaras o Lurus de por medio. La gente nos miraba y chismorreaba a nuestro alrededor. Personalmente, a mí nunca me había gustado ser el centro de atención, pero comenzaba a aprender que ciertas circunstancias en la vida lo requerían.

Algunos compañeros nos dieron su bendición, dejando caer lo mucho que habíamos tardado en decidirnos, ya que era evidente que suspirábamos el uno por el otro. Los días transcurrieron en Dýnami, y para mí estar allá era la completa felicidad; aunque seguía viendo cosas anómalas, intentaba ignorarlas.

Volví a casa nerviosa, con la intranquilidad y el temor que me recorrían el cuerpo como endiabladas termitas, por la incertidumbre que me originaba el incierto destino donde habría enviado a Muriel y al señor de la casa. Puesto que, cuando añadí las generosas gotas del manantial, no pensé en las posibles probabilidades que tenían de viajar a un espantoso lugar, como a mí desgraciadamente me había ocurrido en otra ocasión.

—¡Hola, abuelo! ¡Hola, Muriel! —Los sorprendí a ambos en la cocina.

—¡Hola, Erin!, me has asustado —balbuceó mi abuelo inquieto, sonriendo más de la cuenta—. ¿Ya has vuelto del colegio?

—Sí, ahora mismo. ¿No has salido en todo el día de casa? —inquirí.

—No, estaba cansado y me quedé dormido. —Se levantó de la silla para coger la tetera y algún utensilio más. Muriel se apartaba constantemente al rozarlo, mientras se movía por la cocina concluyendo sus quehaceres; entretanto, mi abuelo se disculpaba cordialmente por su torpeza continua y

Muriel lo exculpaba muy risueña. Era una situación muy extraña y, a la larga, un tanto embarazosa, que hizo enrojecer colateralmente mis supuradas mejillas. Pero al menos me cercioré de que no habían regresado de un sofocante mal sueño.

—Erin, recuerda que esta tarde vendrá el doctor Benjamin a hacerte la cura del hombro.

—¿Qué cura?... Ah, sí, pero ya no hace falta, estoy bien.

—No digas tonterías...

Inmediatamente se asomó a mi espalda, convencido de mi bobería, comprobó que no existía tal herida ni tan solo una minúscula marca en el hombro; mi piel resplandecía impoluta, idéntica al pétalo de un jazmín.

—¡Erin, esto no es posible! Ya sé: debió ser en el otro hombro, déjame ver...

—No, abuelo, una compañera de clase me dio un ungüento sanador que fabrica su abuela y que, por lo visto, es milagroso. ¿No crees? dije sonriente y convincente a la vez, sabiendo que el auténtico mérito era del agua secreta y sanadora.

—Pero ¿cómo puede ser? En mi larga y antiquísima vida nunca he visto nada igual. ¿Qué compañera dices que te dio esa cosa? Quizá conozca a alguno de sus parientes... interrogó asombrado por tal hecho.

—No, imposible, no la conoces. Es una chica nueva que vino a vivir a la ciudad hace apenas unos meses.

—Está bien. Llamaré al doctor Benjamin para que no haga el viaje en balde —respondió con un semblante aún decaído en la turbación. Al escuchar su dictamen, de nuevo me sentí airosa.

—Recuerda que me voy al ensayo de la obra; llegaré para la cena.

—Sí, sí, ya me acordaba. Ten cuidado—recalcó como despedida.

Le di un virtuoso beso en la frente antes de marchar, sabiendo del acostumbrado y acogedor recibimiento que él percibía. Cogí una de las deliciosas galletas caseras de jengibre hechas por Muriel, que yacían en el

cuenco de porcelana del centro de la mesa de roble, y le propicié un ansioso bocado.

—¡Deliciosas, Muriel! —detallé con la boca repleta, lo que enorgullecía la expresión de la esmerada cocinera, mientras cogía la mochila y me encaminaba rápidamente a las vacilantes calles.

Los ensayos de la obra de teatro con el señor Donoban eran estresadísimos; era un hombre muy perfeccionista, al que no le importaba repetir las escenas una y otra vez; además, la pedantería de Ric Pierce en cada acto no ayudaba a que el rato fuera más distendido.

Me había costado mucho aprenderme el extenso guion de la protagonista y acostumbrarme a ser el centro de atención en, prácticamente, todas las escenas. Pero al repetir las secuencias continuamente para contentar al señor Donoban, los diálogos comenzaban a surgir sin pensar, y mi tímido e inservible lado se iba apagando, irremediablemente, al hacer frente al frío escenario.

En los ensayos casi siempre había alguna que otra persona oculta tras las puertas y las cortinas de la sala de actos; la presencia de público en el proyecto estaba totalmente prohibida, pero el señor Donoban estaba tan absorto que apenas se daba cuenta del quebrantamiento de dicha norma. Brian era el único que veía la obra cómodamente desde el palco de arriba, sin temer que el profesor lo descubriera, puesto que su vista no alcanzaba su ubicación. No entendía cómo conseguía acceder a ese piso; solo el personal de la escuela estaba autorizado a ese acceso, exceptuando los días que se representaban las obras, claro. Pero Brian era tan avisado cuando le interesaba que estaba convencida de que habría sobornado a algún frustrado y descontento trabajador cansado de cobrar los humildes y ajustados sueldos permitidos por el invicto sistema, o quizá habría birlado la llave.

Por fin finalizó la hora de ensayo, aunque si fuera por el señor Donoban, hubiéramos estado toda la noche actuando hasta llegar a la afonía.

Me cambié y deposité en una gran caja las preciosas plumas de Odette, que tenía que cuidar como si fueran oro, a no ser que quisiera que el equipo

de diseño de vestuario me echara encima la caballería, ya que la indiscutible y detallada elaboración constaba de largas semanas confeccionando la prenda hasta bordar la perfecta imitación de la original.

Salí de la sala con los compañeros como si fuéramos un unido rebaño, me topé con Brian y y aproveché la mínima oportunidad para interactuar con él, y así evitar el posible olvido de nuestra amistad. Le pregunté amigablemente sobre su agrado personal por el acto, y me respondió con un escueto...

—¡Está bien! —Mostró abiertamente el pésimo esfuerzo que estaba presto a hacer para mejorar nuestra relación.

Sin embargo, sus perpetuos machaques verbales no me detenían, y me hallaba dispuesta a luchar para recuperar a mi querido y mejor amigo: así que mi pesadez diaria sería mi única baza.

Pasaban los días entre mi mundo y Dýnami; gracias a Dios que el agua era regeneradora porque ni la persona más hiperactiva y dinámica del mundo superaría esta gran ocupación. Deambulaba a cualquier lado con mi gran sonrisa de enamorada y todo el mundo me preguntaba el motivo de mi envidiado cambio: era la chica más alegre del lugar, incluso al frente de un examen sorpresa. Tan feliz me sentía, por tener ya a mi media naranja que la impaciencia por regresar con él me reconcomía, y varias veces intentaba regresar a Dýnami antes de lo posible, hasta que por mi indiscutible tozudez descubrí algo totalmente inesperado.

Resultó ser que bebí varias veces el agua del manantial a deshoras, a sabiendas de que el destino del viaje seguramente cambiaría, pero un día no fue así. Algo: el agua, la fuente... o el verdadero destino que todo el mundo tenemos escrito en algún grueso manual había decidido que Dýnami me correspondía, y mi lugar estaba allí. «No sé por qué...; quizás por encontrar el amor verdadero, o quizás porque Dýnami me necesitaba por algún motivo», reflexioné intrigada.

Así que, para mi alegría, el agua transportadora estaba totalmente disponible a cualquier hora del día para regresar con mi amado Adham; tan solo tenía que controlar los horarios y quehaceres de mis queridos familiares

para sumergirme tranquilamente en mi traslación.

En Dýnami el tiempo transcurría tan rápido que mis quince años ya se habían cumplido y había dejado el día grabado en mi memoria, tras una fantástica fiesta de cumpleaños: por primera vez mis amigos, ya establecidos en la innovadora civilización, me habían preparado una celebración en las divertidísimas «bolsas de agua».

Las bolsas de agua eran piscinas flotantes que sobrenadaban sobre una balsa de agua enorme; para pasar de una a otra, cada una se conectaba mediante un puente arqueado. Cada bolsa tenía una característica: una se completaba de millones de burbujas color arco iris, que no estallaban ni con el considerable peso humano; otra, en cambio, se componía de «agua de mar», con imitaciones de oleadas divergentes en las que tenías que estar alerta si no querías zambullirte sin previo aviso.

Una de mis preferidas era la de «los tornados submarinos» que proyectaban masajes en los lugares más recónditos y tímidos del cuerpo (esa balsa siempre estaba llena). Sin olvidar la de la «alegría»: esta cambiaba la coloración del agua constantemente, pigmentándola hasta completar los compuestos más inimaginables de la tabla de colores. «Algo así solo podía existir en esa magnífica ciudad».

Nos tirábamos de los trampolines que se empuñaban empinados desde los bordes de las bolsas; algunos, de bomba; otros, de palillo, y los más atrevidos, dando varias mortales en el aire con el riesgo de pegarse un buen planchazo o algo peor. El caso era que nunca había asistido a una fiesta tan formidable como aquella. Las piscinas se hallaban rodeadas de mesas con deliciosos refrigerios, retumbante música animada y buena compañía. Y saber que se había preparado en mi nombre con tanto decoro me abrumaba el corazón: ahora tenía claro que era una más del «clan Dýnami».

Como no podía ser menos, Adham, aprovechando un momento a solas, no dudó en hacerme un gran detalle. Me obligó a taparme los ojos con una tela oscura muy suave y, al cerciorarse de mi ceguera..., me colocó algo en el dedo.

—Puedes mirar cuando quieras —susurró.

Me retiré lentamente la venda de la cara, y pude ver la sorpresa: era un precioso anillo de cristales de colores que formaba el signo infinito.

—¡Dios mío! ¿De dónde lo has sacado?

—He estado trabajando varias semanas en el laboratorio para fabricarlo. —Era curioso: el colorido de las piedras me recordaba a la llave que controlaba la puerta del jardín de casa—. ¿Te gusta?

—¿Estás de broma? Es lo más bonito que me han regalado en la vida.

Entretanto admiraba el precioso círculo en mi dedo, recordé por un instante la bella libélula de Brian..., de destellantes brillos. Adham me cogió los hombros, mientras reposaba cariñosamente su cabeza en mi pelo ladeado, e inspiró el perfume de mi cabello.

—¡Mmmn! Hueles a una mezcla de primavera en la madrugada y canela molida —susurró con los ojos cerrados, un tanto amodorrado y con envidiosa expresión de agrado. Después... abrió su pecadora vista—. Tus remolinos color cereza, suaves como el terciopelo, emanan todo mi ser cuando me acarician, asegurándome haber irrumpido en la más plácida felicidad.

—¡Vaya, me estás sonrojando! —mascullé risueña y vergonzosa—. Lo que has dicho es precioso.

—Algo precioso para alguien preciosa —sentenció, clavándome un magnético y jugoso beso.

Todo lo que él hacía o decía me cautivaba; como si debajo de esas duras facciones de hermosas características, un brujo se hospedara y me hechizara con alguna mágica y misteriosa poción de secretos ingredientes. Estábamos perfectamente sincronizados, tanto mentalmente como físicamente: no había mejor unión que la nuestra. Mi amor hacia él crecía día tras día y una poderosa química nos sofocaba constantemente al estar cerca, suplicando juntar piel con piel para conseguir sumergirse en ella hasta adoptar una única forma. Gozábamos del deseo, pero nos reprimía el no poder desatarlo; con la constante vigilancia de los Lurus y de las cámaras, solo podíamos regalarnos unas fructíferas y templadas caricias en las extrovertidas partes de nuestro

cuerpo, o un efímero beso que apaciguara la corriente de nuestros labios, que se buscaban el uno al otro como si de fuertes imanes se tratara.

Nunca antes había sentido el colosal poder del deseo carnal; pese a la temprana edad, mi cuerpo sabía que había encontrado su mitad y solo buscaba obsesivamente acoplarse a ella, lo que ocasionaba una lujuria en mi interior difícil de controlar por mi sano juicio.

Pese a las dificultades, yo disfrutaba al máximo de su compañía y también de un mundo sin adultos. Dýnami era el universo perfecto para un adolescente. Nos bastábamos los unos con los otros, puesto que nuestra excelente empatía, debido a la similitud de edades, era la mejor terapia. Nos divertíamos a lo grande con diversos juegos que requerían importantes y anónimas inversiones: carreras con costosos vehículos todoterreno de motores desorbitados, competiciones con pura sangre en inmensos hipódromos (por lo menos envolvían una buena parte de Dýnami, que no era poco), las emocionantes e insólitas bolsas de agua, deportes aéreos (aprovechando las altas colinas del lugar y sus fuertes corrientes), sala de robótica con aparatos y videojuegos, donde se diseñaban avatares para practicar batallas casi reales... En fin: un mundo de ocio inalcanzable en el resto del universo.

Por un momento imaginé, ingeniosa, a algunos de mis anticuados conocidos, perplejos al descubrir tal contemporáneo surtido; y se me escapó un escueto suspiro risueño. Pero gozar de semejante maravilla no era del todo sin ánimo de lucro, y era que tenía un precio que pagar: el de exprimirse el cerebro para contribuir a la futura mejora del país. Si bien, para ellos eso no era un arduo cometido, sino que lo hacían con gusto, hasta fustigarse de tal manera que algunos de ellos llegaban a pasar meses instruyéndose en sus compartimentos ausentándose solo para alimentarse. No era mi caso.

Seguía sin comprender ciertas cosas que sucedían o cómo sucedían, pero a ellos no parecía generarles ninguna cuestión.

Capítulo 11

LA FATÍDICA EXCURSIÓN

Al volver a Reymory's, pude ver la fecha de estreno, anunciada en una enorme pancarta que ocupaba parte de la fachada principal: «*El lago de los cisnes*, 20 de junio». Apenas faltaban dos semanas, aunque ya estaba histórica. Mientras me dirigía al aula, muchos me ofrecían su apoyo y me deseaban suerte en mi representación.

A lo lejos del pasillo pude ver cómo Brian le comentaba algo en la oreja al pedante Ric; aparentaban ser palabras hostiles al ver despegar la marcha de Brian con un grotesco choque de hombros entre sí. Ric no pareció quedarse muy contento, sino todo lo contrario, pero yo ya sabía de antemano que su relación nunca había despuntado por ser, precisamente, amistosa.

Las clases transcurrieron y, entre las típicas e irremediables bromas de los compañeros más cercanos a la mesa, pude notar cómo en algún momento la amistad entre Brian y yo había prosperado levemente. Y es que estaba tan tranquila finalizando un ejercicio cuando a Holly, por error, se le cayó un pequeño avioncito hecho de papel encima de su mesa, que ponía: «Para Erin». Holly me lo pasó, y decía así:

Erin, sé que nuestra amistad se desquebrajó hace ya algún tiempo, pero admiro y reconozco todo el empeño que estás poniendo en recuperarla. Solo te puedo decir que para mí ya no podrá ser lo mismo, pero no dudes que tienes y tendrás un amigo para lo que necesites.

Brian

Mi alegría deslumbró mi alma al leer una nota tan inesperada. Brian había abatido su rabia y despecho; sobrevivían en él los sentimientos más puros de

su interior, que solo los seres humanos más afortunados pueden experimentar: los de «la amistad». Al salir de clase lo esperé.

—¡Gracias, Brian! Esa nota ha significado mucho para mí.

—Me alegro, hace algunos días que quería hablar contigo —espetó afable—. Ayer fui a tu casa y la puerta estaba abierta; te llamé, pero al parecer no había nadie, así que me fui.

—¿A qué hora viniste?

—Sobre las cuatro, creo. —Caí que en ese momento me había trasladado a Dýnami.

—¡Ah! Había ido al mercado a comprar un par de cosas con Muriel —me excusé con tranquilidad, y cambié el tema repentinamente—. Hoy Holly y yo vamos al huerto del señor Murray a coger cerezas, ¿quieres venir? —Lo animé.

—Sí, probablemente vaya, aunque no te lo aseguro: tengo que ayudar a mi padre a recoger leña y no sé cuánto tardaré.

—¡Bien! Pues, si te animas, ya sabes dónde encontrarnos; espero que te dé el tiempo.

—Bueno, me tengo que ir; mi madre se pone de los nervios si la comida se enfría. —Sonreí con extrañeza al intentar imaginar a la dulce señora McCarthy desquiciada, y me despedí con la mano, entretanto veía cómo corría escaleras abajo, esquivando a los más sosegados.

Al llegar la tarde me dirigí en bici al parque Georgian, donde había quedado con Holly y que apenas estaba a dos minutos de mi casa. Ya llegando, la vi esperar montada en su bicicleta nueva de color pastel, que su orgulloso padre le había regalado por sus inmejorables notas; estaba apoyada en la cerca bebiendo ansiosamente de la cantimplora.

—¿Vamos? —musité al pegar un brusco frenazo que espolvoreó la zona.

Se secó la boca a la vez que afirmaba con la cabeza; mientras tanto, un riachuelo de frescura finalizaba su cauce dejando una empapada mancha en el escote de su coqueta blusa.

Nos pusimos en marcha hasta llegar al huerto del señor Murray; en media hora de pedaleo incesante avistamos el terreno. El señor Murray era dueño de cientos de hectáreas correspondientes a prácticamente toda la zona sur del litoral de Cashel; al alzar la vista, ya en la cercanía, se podían divisar decenas de cerezos contiguos que permanecían repletos de preciosas y minúsculas frutas que caían en abundancia, enterrando así las inmortales malas hierbas.

Nos secamos el sudor de la frente tras el calor abrasador y la vertiginosa carrera. Holly apoyó delicadamente su bici en un árbol, al contrario que yo, que la lancé sin siquiera vigilar de que no hubieran heces de vacuno alrededor.

Sacamos unos cuantos trapos viejos, que rápidamente transformamos en bolsas entrelazando sus puntas, ya que las intensas manchas de cereza les daban indeseables estampados a las bolsas de tela y escogíamos estropear lo más inservible.

De momento no había señal de Brian. Empezamos a recoger las más relucientes y coloradas cerezas, pero mis preferidas, que eran las más dulzonas y del matiz casi morado, yacían en lo más alto de la copa. Así que trepé y empecé a llenar los sacos, comiéndome una de tanto en tanto.

Yo miraba divertida a Holly al observar cómo engullía gustosamente las refrescantes bolitas y dejaba, sin importarle, húmedos chorretones circundantes a su boca; ella también me miraba chistosa, seguramente por apreciar lo mismo en mí. Al poco rato nuestro estómago rebosante pedía un momentáneo reposo en la rama más cómoda y cercana del frutal, así que no alargamos más la espera y descansamos plácidamente como panteras en las cumbres.

El escondite natural que habíamos escogido en lo alto de las ramas nos permitía espiar algunas codiciosas grajas de gran tamaño, que deambulaban por el suelo dando largos saltos para hostigar al más pequeño de los pajarillos silvestres, y así hacerse con su gustoso botín.

El precioso canto zigzagueante de los jilgueros era la música perfecta para finalmente evadirnos por completo, además de la cálida temperatura que

relajaba nuestro cuerpo. En escuetos segundos llegamos al amodorramiento, pero de pronto una voz lejana gritó nuestros nombres angustiosamente, y nos hizo resurgir del breve sueño en un desolador brinco.

—¡Erinnn, Holly! ¡Erinnn, Holly!

Las dos, que estábamos en árboles vecinos, nos erguimos rápidamente alertadas por su tono de voz. En la lejanía, observamos a Brian venir en bici por el camino a toda velocidad, indicándonos con su mano algo que provenía de detrás de nosotros y que al parecer, debido a su rostro de espanto, era extremadamente preocupante.

Al girar la cabeza, comprobamos que el señor Murray corría furiosamente hacia nosotras, alzando y agitando un palo en el aire mientras despotricaba los más despiadados y desagradables tacos, que deberían estar prohibidos mencionar a alguien de la misma especie. El señor Murray era un hombre viudo; sus veinte años en soledad lo habían bañado de amargura y castigo, y los únicos seres vivos con los que trataba, pero con un buen palo como intermediario, eran sus perros. Su mal carácter era correspondido con su terrorífico físico: se destacaba por su enorme joroba, que encorvaba toda su espalda hasta agachar monstruosamente su cabeza como si estuviera perpetuamente sembrando trigo; por sus manos, encallecidas hasta la cruel deformidad, y por su semblante, desgastado y misántropo, que solo agravaba su atroz personaje.

No obstante, lo peor no fue encontrarnos al enojado señor Murray correr hacia nosotras, sino que llevaba a sus dos hambrientos y escuálidos lebreles irlandeses, que daban zancadas de tres metros con un tremendo afán de cacería. Holly y yo saltamos sin pensarlo; notamos la gran altura de la caída vibrar en los tobillos, pero la adrenalina y el pánico hacía mudo nuestro dolor buscando nuestros humildes vehículos de huida en las frondosas hierbas

Recogimos las bicis sin apenas aliento, mientras Brian nos esperaba montado en la suya y operaba como nuestros ojos avizores traseros.

—¡Vamos, vamos!, ya están muy cerca ¡Rápido, que vienennn! —gritó sobrecogido.

Pedaleamos como cualquiera lo haría si creyera vivir su último suspiro. Holly iba en cabeza; Brian y yo, a la par.

—Pero ¿no le pediste permiso al ogro de Murray? —me gritaba Brian ofuscado.

—¿Cómo lo iba a hacer? Tú lo has dicho...: es un ogro —vociferé entrecortadamente.

Miré atrás y vi la profunda campanilla de una de las mandíbulas afiladas del Lebrel; pedaleé y pedaleé, intentando deshacerme del terror que bloqueaba mis articulaciones, cuando sentí algo punzante en mi pierna. Al volver la vista comprobé cómo caía uno de ellos al suelo, al ser fuertemente atizado por una grotesca piedra que Brian le había lanzado como modo de defensa.

Llegamos al río y cruzamos por el roído y angosto puente, que se sujetaba por tenaces varillas de madera que se negaban a sucumbir al derrumbe. Pasamos en fila india con cautela, sumergiendo las ruedas en algunos de los charcos del paso que, pese al calor, todavía no se habían evaporado; yo pensé que, con suerte, nuestro rastro se desvanecería e impediría seguir la búsqueda de los despiadados canes.

Pedaleamos enérgicamente hasta llegar a una cueva ya conocida de pequeño tamaño, y nos apiñamos todos adentro, elevando las bicis verticalmente para su posible amago. El apretujo inmóvil, que experimentábamos en silencio para cerciorarnos de que nadie nos siguiera, nos obligaba a sentir repetidamente el vaho en el rostro del más cercano, lo cual nos hacía notar el húmedo e hirviente aliento.

Pasaron unos largos minutos hasta que consideramos estar fuera de peligro; nos acomodamos impacientes.

—¿Estáis bien? —preguntó Brian preocupado.

—Sí, sí —respondimos ambas.

—¡Erin, casi nos matas! —sentenció Brian totalmente indignado. Y yo, sorprendida por tal repentina acusación sin dejar apenas defenderme, tuve que acallar mi réplica y seguir escuchando su protesta—. Tienes que dejar de

hacer estas cosas, ya no somos unos niños; tendrías, al menos, que habernos consultado de que entrábamos sin permiso a las tierras del señor Murray.

—Yo ya lo sabía —dijo en mi defensa la buena de Holly.

—Pues yo no y me gustaría que a partir de ahora fuera informado de temas como estos, de los que me pueden costar la vida; creo que no es pedir demasiado —replicó enojado—. Podría habernos devorado alguno de aquellos asquerosos perros, o arrancado alguna pierna, o qué sé yo...

—¡Vale, vale! Brian, lo siento, no pensé que te lo tomarías así; algunas veces ya habíamos entrado en otros terrenos privados y no te había parecido mal.

—Pero no fui casi devorado ni apaleado. Además, ahora ya no me dedico hacer estas cosas.

De repente, tras esas recias palabras, supe que el duro sermón que me estaba dirigiendo no era por la aventura transcurrida, sino por el indomable resentimiento que todavía habitaba en su interior. Momentos inquietantemente mudos pasaron hasta que Brian decidió despedirse.

—Tengo que irme, llegaré tarde a cenar.

Finalizó el transcurso con tono áspero y hostil. Afectada por sus palabras, me senté en una piedra y me entristecí. Holly, al verme así, se acercó a mí.

—Vamos..., no te pongas así, ya se le pasará. Sabes que aún está dolido, pero hoy ha decidido venir con nosotras: ese es un gran paso, ¿no te parece? Y en unos instantes, Holly empezó a reír acrecentando la sonrisa en una descontrolada risotada—. ¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes? —pregunté curiosa; no entendía su radical alegría. Y cuando pudo controlar sus continuas carcajadas, me informó chistosa.

—¿Has visto la cara desencajada que se le ha puesto al señor Murray al vernos en lo alto de sus árboles comiéndonos sus cerezas?... Parecía un camello desbocado que corría tras nosotras.

—¡Ja, ja, ja...! —Y al comprender su despiadada burla, mi risotada brotó y la dejé fluir a su libre albedrío. A veces las injusticias de otro ayudaban a

resurgir los problemas de uno; así que acabamos uniendo nuestras divertidas y humorísticas risas, y dejamos como insignificante todo lo transcurrido anteriormente.

Entretanto del divertimento, me di cuenta de que los humildes pasatiempos y los leales amigos que tenía en mi mundo no tenían nada que envidiar a la ostentosa vida en Dýnami. Mi propio universo ya era perfecto; sin embargo, lamentablemente, mi verdadero amor estaba en el lugar incorrecto.

Fuimos camino a casa; Holly se había portado tan bien conmigo para levantarme el ánimo que al despedirnos la abracé.

—Te quiero, Holly; eres mi mejor amiga, gracias por todo. —Me apreté fuertemente correspondiendo a mis palabras, y se marchó con su resplandeciente rostro en su bicicleta color pastel.

Al llegar a casa, saludé de manera fugaz al pasar por el salón, y me dirigí a mi habitación; precozmente recordé mi última imagen, captada tras el paso por el salón, que mostraba el brazo de mi abuelo rodeando la inmensurable cintura de Muriel, mientras esta se ocultaba tras la puerta, y ladeé mi cabeza varias veces deshaciendo la posible idea de una relación romántica entre ellos.

Me senté en la cama e intenté relajarme tras los últimos acontecimientos; un punzante dolor resurgía de mi pierna izquierda, y me decliné para levantarme las ropas con cautela y no rozar alguna posible herida.

—¡Mierda!

El maldito perro me había mordido y la sangre brotaba por los agujeros que los enormes caninos habían perforado en mi piel y que dejaban la lesión a carne viva. Debido a la adrenalina, no había sentido dolor hasta ahora; al apretar la herida y soltarla, pude comprobar que la bestia salvaje me los había clavado, por lo menos, a cinco centímetros de profundidad.

Enseguida supe qué era lo que tenía que hacer para sanarme. Me encerré en el jardín sabiendo que no tenía mucho tiempo hasta que anunciaran la cena. Agarré una taza que tenía de otra toma anterior, que se sostenía en la esquina del banco, pero esta vez solo podía tomarme escasas gotas porque no

debía permanecer mucho tiempo ausente; así que las cogí y me las bebí.

Capítulo 12

LA CAMIONETA Y LA OBRA FINAL

Al despejarme, me encontré estirada en la parte posterior de una camioneta en la que apenas había luz, solo la suficiente para cerciorarme del lugar; olía a perro muerto, así que me tapé la nariz, exceptuando los momentos de recogida de oxígeno para que la peste no arrasara por mis vías respiratorias. No lo comprendía: nunca antes había visto camionetas en Dýnami..., aunque quizás no estaba en Dýnami. Escuché unas voces masculinas, que provenían de los asientos delanteros; pese a la poca iluminación, pude ver que había una cortinilla que tapaba una diminuta ventana donde se podía ver al conductor. Me acerqué muy sigilosamente para descubrir quién estaba al otro lado, y aparté de una esquina la áspera tela.

Conducía un hombre de unos cuarenta y tantos años, con una frondosa y oscura barba de pelo recio; tapaba sus ojos con unas gafas solares metalizadas, se le escuchaba charlar animadamente con su copiloto, mientras de vez en cuando tomaba algunos tragos de una lata de cerveza, y su voz era grave. Alcé un poco más la cortina para desenmascarar al de al lado: era un chico joven de unos treinta y pocos años, muy delgado, con la tez pálida, de cabello rubio y nariz aguileña; llevaba una gorra de color naranja con una serpiente ilustrada en la parte frontal, vestía con ropa de trabajo verde oscuro, manchada y desgastada. Este ojeaba y comentaba interesadamente un periódico, así que puse extrema atención. (La voz del mayor es la que hablaba, prácticamente, todo el rato).

—Si no fuera por Dýnami, la princesa Elena nunca tendría ni la remota posibilidad de optar al reinado en la próspera muerte del rey. No hay dinero que pueda pagar el grandioso favor que Dýnami hace a estos arrogantes y

engreídos ricachones.

—Desde luego —dijo el copiloto.

Le intenté encontrar significado a lo que decían, pero no lo hallé. Eso sí: por primera vez había visto a un adulto en Dýnami y, puesto a lo que había escuchado, mis sospechas estaban en lo cierto. «Algo se esconde en aquel lugar tan idílico, pero ¿qué?»; debido al comentario de los hombres desconocidos, estaba segura de permanecer en la enigmática ciudad.

La camioneta echó el freno y los dos individuos bajaron dando fuertes portazos. Cuando escuché cómo uno de ellos estaba a punto de abrir la puerta, me encogí de bruceas asustada, pensando qué sería de mí en cuanto me descubrieran.

Al escuchar el ruido de la puerta, mi cuerpo se transportó de inmediato, debido al corto efecto finalizado de las gotas mágicas, justo en el momento idóneo. «¡Ufff! Creo que el agua se está volviendo mi aliada», medité recuperando el aire. De hecho empezaba a pensar que los lugares donde me enviaba no eran mera coincidencia, sino que quería que yo estuviera en ellos.

Enseguida escuché a Muriel gritar mi nombre, y me dirigí rápidamente escaleras abajo, ya con mi pierna sanada y sin dejar de dar vueltas a lo ocurrido.

Por fin había llegado el día de la función y, con él, el final de curso. Estaba nerviosa y todo el mundo me animaba por los pasillos, lo que hacía mayor mi excitación. Las clases pasaron vaporosas al tener en mente la hora punta. Mi relación con Brian proseguía como siempre: con subidas y bajadas de tensión, con varios momentos electrizantes.

Llegó el momento de mi preparación: recogí la mochila y toda una bolsa repleta de materiales para la obra. Mientras bajaba las escaleras iba recordando mi diálogo en voz baja, equivocándome de vez en cuando o, peor aún, quedándome en blanco.

—¡No, no...! —grité desquiciada. Brian salió de mis espaldas.

—Lo harás muy bien, ya lo verás; solo tienes que relajarte.

—Gracias, pero se nota que tú no vas a estar delante de cientos de

personas que van a juzgar hasta tu manera de respirar.

—No, pero te tienes que preguntar...: ¿quiénes son esas personas?, ¿acaso las conoces?, ¿son importantes en tu vida?, ¿sabes sus nombres? Entonces, ¡qué más da lo que piensen!

—Bueno, viéndolo así..., tienes razón. —Razoné visualizando su objetividad.

—¡Vamos!, no quiero retrasar a la princesa Odette —inquirió. Sus palabras me tranquilizaron y fui directo a la sala de maquillaje y vestuario.

Después de un largo y agotador despliegue para mi transformación a Odette, me acerqué al telón para espiar al público.

—¡Madre mía! —Me escandalicé.

Había centenares o millares de individuos sentados, no estaba segura. Mi excitación distorsionaba la imagen; además, la exorbitante cantidad de personas que yacían en la sala de actos desorbitaba mi campo de visión y no lograba enumerar ni siquiera una aproximación. Ric también se acercó.

—¡Guay! Todos estos afortunados van a ver por primera vez la mejor obra de la historia. Ya verás, hasta nos pedirán autógrafos —dijo ilusionado. Y yo alcé mis pupilas, dejando los ojos en blanco, al no soportar más su pedantería.

Sonó la música y comenzó el espectáculo. Durante la obra, me asombraba de lo bien que me surgían los diálogos; en cada escena me soltaba cada vez más, desinhibiendo cualquier momento y sintiéndome cómoda en mi personaje. La gente aplaudía, incluso se alzaba de sus asientos de la emoción.

Ya casi nos aproximábamos al final; tocaba la parte del beso cuando pronuncié el grito en el que Ric tenía que salir de un salto. Pero no salió, así que repetí de nuevo mi grito, por si no lo había escuchado. Pasaron otros largos y angustiosos segundos hasta que por fin emergió saltando como debía, con su sombrero cubierto de alegres plumas... y me tomó en sus brazos. De repente vi la cara de Brian a medio palmo de la mía y me quedé gélida: estaba pronunciando la frase de Ric antes de besarme. Miré a mi profesor, que se encontraba al final del escenario, cuando este me animaba

con pequeños gestos que proseguir. Y entonces..., me besó hasta dejarme sin aliento; lo intenté apartar, disimuladamente, dándole golpes en las cervicales hasta que conseguí inhalar una pizca de aire. Me puse en pie muy enfada, debido a tal descarada encerrona, pero de repente todo el público se puso a aplaudir incansablemente, vociferando como locos nuestros nombres, y apareció mecánicamente una sonrisa perfectamente delineada en mi cara. Todos los personajes nos cogimos de la mano para despedirnos y hacer la típica reverencia de agradecimiento; Brian se cogió a la mía dedicándome una pícara sonrisa, aunque esta no hizo desvanecer ni por asomo mi gran ofuscación hacia él.

Cuando se cerraba el telón apareció Ric, medio desnudo y envuelto en papel de váter, maldiciendo a Brian y decidido a darle una paliza.

—¿Me disculpas?, me tengo que ir. Por cierto, lo has hecho muy bien y estás preciosa. —Me dio un beso en la mejilla y se fue disparado saltando por el escenario.

Tras el recién numerito protagonizado por Brian y Ric, detrás de las bambalinas se creó un mar de carcajadas provenientes de todos los actores allá presentes, incluyendo al señor Donoban.

Después de cambiarnos salimos todos a celebrarlo. La obra había sido todo un éxito y además nos habíamos despedido del curso con un buen sabor de boca. Durante la celebración Ric y Brian no dieron señales de vida, lo cual no me extrañó.

Al llegar a casa estaba muerta de cansancio. Mi abuelo y Muriel ya estaban durmiendo; anteriormente les había alertado de que esa noche llegaría tarde por la celebración. Estaba completamente excitada por tantas emociones, así que, como no podía conciliar el sueño, decidí visitar a mi Adham para contárselo todo.

Una vez en Dýnami, lo busqué por varios de los sitios más frecuentes, hasta que lo encontré tras el cristal del comedor; piqué y al verme se alegró notoriamente. Salió veloz y me estrechó tapándome con su abrumadora calidez.

—¿Damos un paseo? —inquirí.

—¡Claro!

—Hoy he tenido un día movidito y quería compartirlo contigo.

—¿Ah, sí? Eso me gusta, cuéntame—masculló orgulloso. Ínterin recorría parte de mi mano con su dedo pulgar, lo cual me provocaba juguetonas cosquillas.

Adham ya estaba al tanto de mi vida en Cashel: conocía al dedillo a todos mis seres queridos, familia, amistades, sitios favoritos..., excepto algunos detalles sin importancia que le omitía, como por ejemplo...: lo del beso de Brian. Pero ¿para qué diablos iba a explicarle aquello? Tan solo era algo sin sentido que podría crear disputas innecesarias entre nosotros, y estropearlo todo.

Desde que compartíamos ambos mundos, estábamos más unidos que nunca. Y excepto la bobería de Brian, no teníamos secretos. Pero algo en mí no se atrevía a contarle lo sucedido en aquella camioneta. Para él su pueblo era perfecto; temía que me odiara por distorsionar su realidad. Además, todavía no estaba segura de qué era lo que había descubierto, y prefería tener la boca cerrada.

Pasamos un buen rato riéndonos a carcajadas de algunas anécdotas sucedidas en la obra, como del hipo inoportuno que le había surgido a Anastasia en mitad de su diálogo y de la mala pata que había tenido Orson al enredarse con el cable de luces cuando acudía al rescate de su reina. Sin olvidar a Lany, que había salido al escenario con un beso de carmín plasmado en la frente, que le acababa de propinar su madre para desearle buena suerte antes de que empezara la obra. Narraba una tras otra, hasta que las comisuras nos rogaban desistir de tal implacable humor. Después de eso, nos achuchamos sintiendo el calor ansiado y reposamos el uno contra el otro. Como siempre, los momentos con él eran la felicidad personificada.

Volví a casa y me preparé un tazón de chocolate caliente; me senté en el sofá mientras buscaba la inexplicable explicación acerca de qué sería capaz de darme Brian por semejante acto descabellado, pero me quedé totalmente

dormida.

Capítulo 13

LÉMER: ¿FICCIÓN O REALIDAD?

Muriel me despertó posando una botella de agua fría en mi frente.

—Serás imbé...

—¡Ehhh! Señorita, mida esas palabras —me advirtió con voz contundente. Y me acallé al momento, mostrando respeto y agarrando con fuerza mi pronto.

—Perdona, Muriel, no sabía que eras tú.

—¿Qué haces durmiendo aquí?

—Estaba cansada y no pude llegar a la cama.

—¿Habrás pasado frío? —me preguntó al mismo tiempo que palpaba mis brazos semidesnudos.

—Sí, la verdad es que un poco. Me iré a dar un baño templado.

Calenté mi cuerpo con un ardiente y burbujeante baño. Después desayuné unas consistentes gachas y, como era sábado, me dirigí al mercado de San Roisín.

El mercado de San Roisín se desplegaba a lo largo del enmarcado y enrocado puente que, a pesar de su antiquísima antigüedad, no mostraba los mismos signos: sus guijarros enlosados habían resultado ser de buenísima calidad. Este atravesaba la plaza desde la iglesia hasta los lavaderos principales del pueblo, donde transitaban fluidamente, por ambos sentidos, mujeres de su casa con pesados y rebosantes canastos de ropa.

El mercado se caracterizaba por especias que a mí me encantaban, sobre todo porque me recordaban muchísimo a mi madre; ella era experta en transformar guisos e infusiones en sabores realmente maravillosos con tan

solo mezclar selectos condimentos, que nada más ella sabía combinar a la perfección, con cualquier tipo de elemento, para finalmente crea un placer mágico al deleite de los cinco sentidos. Además de una gran diversidad de productos, este mercado te ofrecía una preciosa vista repleta de sinfonías de colores que alimentaban el encanto de cualquier mísera parada; también embelesaba a cualquier olfato expuesto, dado que la recogida de las miles de especias reunidas perfumaba el viento con mil y una oleadas de ráfagas interesantes y diferentes que descifrar. Si cerrabas los ojos, te podías embarcar hacia la mar, o hacia el húmedo rocío de la mañana, o hacia una incesante recogida de cítricos.

Me paré en un puesto que vendía especias para infusiones; la comerciante me ofreció amablemente la prueba de sus productos. Cogí con mis manos un puñado de cardamomo, clavo, hibisco y luego, un poco de azahar; el poder palpar su estructura y notar su aroma tan de cerca te hacía descubrir cuál formaba parte de ti. Al final me decidí por el azahar y por un poco de anís, que vi en el último momento; la diligente comerciante me lo sirvió en pequeñas bolsitas con un lazo de color turquesa alrededor.

Seguí paseando por las jugosas paradas hasta que presentí, durante algunos largos pasos, que alguien me espiaba por algún lugar de mi periferia. Tras observar los visillos que colgaban en las paradas para asegurar las sombrías vistas de los escaparates, encontré una sombra paralela a mi camino, que se escondía tras las cortinas siguiendo cada uno de mis movimientos. Me empecé a inquietar y decidí dar la vuelta; después de haber avanzado, eché la vista atrás y observé que aquella sombra había desaparecido; me extrañé y seguí mi camino.

—¡Buhhhh!

Brian me ocasionó un gran sobresalto que hizo bajar cualquier cosa que sobrenadara por mi cuerpo hasta llegar a los talones.

—¿Estás loco? —le grité sumamente disgustada por el sobresalto. Pero enseguida vi que estaba lastimado—. ¿Qué te ha pasado en el ojo? —indagué de inmediato, ignorando mi molestia al comprobar su deplorable estado.

—¡Ah, esto! No es nada; al parecer Ric no tiene mucho sentido del humor.

—Tendría que ponerte yo también el otro ojo morado. ¿Cómo se te ocurre hacer semejante estupidez? —farfullé de nuevo irritada—. ¿Te duele mucho?

—No, tranquila. ¿Acaso no te gustó mi actuación? —Y doblemente resentida por recordármelo, lo ignoré y continué caminando, pero él me siguió—. ¿De dónde has sacado ese anillo?

—Es un regalo —respondí escuetamente sin mirarlo y sin aminorar el paso.

—¿De quién?

—No te importa.

Inmediatamente, me cogió de la mano para detenerme, y después me tiró hacia él, muy cerca.

—Claro que me importa. —Y me propinó un besó que llegó hasta mis adentros más profundos, creando un sofocación en todo mi cuerpo que nubló mi severa conciencia y me dejó llevar durante algunos instantes.

Cuando mi mente volvió en sí, me desenganché y le di un bofetón. ¡Plaf! Él se puso la mano en la calentada mejilla, con semblante turbado.

—¿Cómo te atreves? —lo amonesté indignada por su repetido descaro.

—¡Erin!, para ya de hacerte la dura; sabes que entre tú y yo siempre ha habido algo.

—Te equivocas, somos buenos amigos; eso es todo, ya te lo dije.

—¿Acaso hay alguien más? —interrogó, incrédulo ante mis palabras, mirándome como una moribunda ofrenda.

—No, claro que no —dije balbuceando.

—Entonces, ¿por qué...?

—Me tengo que ir, lo siento. —Su insistencia me aterrorizó; eché a correr y lo dejé plantado a media palabra.

La posibilidad de que descubriera mi otra vida me horrorizaba, pero al parecer no era lo único: mi tardía respuesta en retirar la boca de sus labios retenía mi asombro, negando el placer sentido a mi inútil conciencia.

Totalmente enojada con Brian, seguí el camino a mi casa. «¿Por qué diablos tiene que ocasionarme esos inquietantes e incómodos momentos físicos y morales? Es exasperante», medité enfurruñada; tenía ganas de apalearlo con una vara hasta agotar mis brazos.

Al llegar a la verja de la morada, vi dos coches oscuros y desconocidos aparcados enfrente. Entré saludando, y me encontré a mi abuelo sentado en la mesa del comedor, rodeado de tres señores trajeados que tomaban el té. Uno de ellos lo conocía: era el delegado del Consejo Escolar, el señor Rollan. Los tres hombres parecían salidos de una película policíaca: sus trajes grises, con el sombrero elaborado con la misma tela, los encasillaba como un grupo de espías o investigadores del *film* en cuestión.

—¡Hola! —saludé confundida por la rara visita. Don Gael, al verme, se levantó muy contento; diría que más que contento. Todo era muy extraño.

—¡Hola, querida! Ven, toma asiento. —Obedecí con movimientos lentos, asumiendo la situación—. Estos señores han venido de la escuela para informarme sobre las altas superaciones notorias que has obtenido este último año en todas las asignaturas, e insisten en pasarte a un curso mayor al pertinente para atender debidamente tus destrezas intelectuales. ¿No te parece estupendo? —De repente me abrumé por tal halagador concepto sobre mí, y pensé rebosante de orgullo: «¿Cómo he logrado estar entre dos mundos y que en ambos me consideren superdotada?: es toda una hazaña». Pero enseguida la idea de separarme de mis amigos brotó en mi cabeza, y me borró de golpe la sonrisa esbozada sutilmente de mi boca.

—¡Encantado, Erin! Yo soy el señor Rollan y me acompañan el señor Mongomeri y el señor Farrell.

—Mucho gusto en conocerlos —mascullé educada.

—Formamos parte del Consejo Escolar, y nos ha entusiasmado ver cómo en veinte años de historia en Reymory's surge el tercer superdotado, así que nos gustaría atender y facilitar la debida preparación de alguien tan sobresaliente como usted —me aclaró el señor Farrell.

Los señores uniformados me miraban con una dibujadísima sonrisa de

anuncio de dentífrico que me daba escalofríos, y yo intentaba mantener mis dientes enganchados y mis comisuras estiradas el tiempo posible para que mi repeluzno pasara desapercibido. Después de un largo sermón marcado por el señor Rollan, al que dejé de prestarle atención en el minuto dos de los veinte siguientes, le corté la palabra.

—Estoy muy agradecida, pero no encuentro la necesidad de empezar un curso más elevado ni de seguir el camino de la formación sin mis compañeros, con los que he recorrido toda mi vida docente hasta el día de hoy —expliqué, orgullosa de mi clara exposición, con la convicción de que... me dejaran en paz. Pero por lo visto, eran guerrilleros:

—Comprendemos la importancia que tienen los amigos a su edad; es indiscutible. Pero le garantizamos que podrá llevar una vida igual a la de ahora, sin obstaculizar su actividad social; no obstante, garantizará la fructífera formación de su elevada y grata inteligencia. Usted posee un don. —Mi abuelo se levantó de la silla en seguida, sin dejarme mediar palabra.

—¡Por supuesto que lo hará! Sabemos que Reymory's es el colegio con el mayor programa avanzado para la creación de mentes maravillosas, o para el seguimiento de estas, y estamos muy orgullosos de formar parte de él. Erin estará encantada.

Los señores se levantaron de sus asientos y procedieron a despedirse satisfactoriamente del señor Gael con un apropiado estrechón de manos, y ante mí alzaron su sombrero como modo de reverencia, como si trataran con alguien sumamente importante.

Una vez solos, me planté ante él.

—¿Por qué les has dicho que sí? Yo no quiero cambiar de curso —le recriminé en tono tosco, con una consumible rabia—. Además, no hay que darle tanta importancia a unos simples ejercicios bien hechos.

—Erin, no digas tonterías. Tu coeficiente intelectual ha sido evaluado por encima de ciento ochenta. ¡Eres superdotada!

—¡No, abuelo!, no lo soy, y no digas más estupideces —insistí ciegamente.

—¡Erin, sí lo eres! Lo eres de verdad. —De repente me quedé en silencio; aquellas palabras me detuvieron... «De verdad». La realidad empezaba a distorsionarse tanto que estaba plenamente confundida. ¿Podía ser que fuera verdaderamente superdotada?

—Igualmente no quiero ir—chillé crispada.

—Erin, tus padres estarían muy orgullosos de ti. —Y al escuchar su sentencia, derrotó despiadadamente mi obstinación, igual que el zarpazo de un tigre a un conejo.

—¡Está bien!, pero si no me siento cómoda, volveré a mi clase.

—Por supuesto. Estoy orgulloso de ti. —Y me tomó con su enorme brazo de oso, apretándome contra su pecho, como si estuviera inmersa en una mullida cálida colcha.

—Bueno, querida. —Me apartó—. Ahora a disfrutar de las vacaciones bien merecidas; no quiero que pienses en nada más.

—Tranquilo, no lo haré.

Pasaron las semanas y los meses, y mi rutina, como la de cualquier otro miembro escolar que estuviera de vacaciones, era la de dedicar tiempo a holgazanear: una tarea imprescindible para el mejoramiento y valoración de las pequeñas cosas. El sofocante calor me había obligado a sobrevivir como un anfibio en varios lagos de la zona; también me forzó a apaciguar mi hambre y mi sed acudiendo a la heladería constantemente. Mis relaciones sociales aumentaron notoriamente después de la aclamada obra que, al parecer, había dado mucho de qué hablar. Y con tantos padres adinerados dedicados a multitud de oficios, entre ellos artísticos, se interesaron por mí y por varios de mis compañeros para sus futuras creaciones. Pero yo estaba más que surtida con tanto paralelismo superdotado.

Me encontraba estupendamente; además, podía acudir mayor cantidad de veces a Dýnami, donde el tiempo pasaba demasiado rápido y yo, junto a él, maduraba dejando cada vez más olvidada mi tierna edad. Fue de extrañar que, con tantos viajes realizados, ninguno me presentara de nuevo alguna pista que respondiera a aquel misterioso día de la camioneta.

El verano había acabado en Cashel, y tuve que dar frente a mi nueva clase. Todos los alumnos eran mayores, excepto una chica superdotada, Mia. Era caucásica, pero llevaba prácticamente toda su vida en Irlanda; tenía cara de pocos amigos, pero, si te animabas a charlar con ella, te desvelaba lo contrario; sus gruesos lentes manifestaban aún más su elevada práctica mental. La habían descubierto hacía ya cuatro años y desde entonces seguía con los mismos compañeros de clase, que la habían adquirido como la mascota del grupo por ser tan menuda; eso sí, sin modo de ofensa.

La situación común nos unió e hicimos buenas migas, mientras me informaba de varios consejos prácticos y manejables para no ser la «rarita» de la clase, y así no evidenciar lo evidente. Me di cuenta de que, por muy superdotada que fueras, en el curso de aquellos adultos semiadolescentes eran cerebritos muy serios que estudiaban con mucho afán. Así que, finalmente, no te sentías tan incómodo. Desde luego, lo que echaba en falta eran los momentos desinhibidos que estallaban en mi antigua clase, causados por alguna inesperada trastada de un aburrido oyente; en mi grupo actual eso no sucedía.

Las relaciones con mis antiguos compañeros iban siendo cada vez más impracticables; el tiempo dedicado al nuevo programa era desorbitante, nada que ver con lo que me había asegurado el engañoso señor Rollan. Pero, por suerte, los buenos amigos siempre estaban allí y Holly, al ponerse el sol, se escapaba aunque fuera un corto lapso de tiempo a mi casa para charlar de nuestras cosas; incluso acudía con Brian frecuentemente. A pesar de haber tenido nuestras redecillas, luchábamos por mantener nuestra amistad; eso sí, la relación había cambiado.

Fui adaptándome con el tiempo a mis nuevos compañeros, adoptando sin querer el papel de «la graciosa de la clase», debido a que me era imposible mantener la compostura durante largas e infinitas horas, como hacían aquellos preadultos, y mi agudeza resurgía sin ser invitada. Pero gracias a mi desparpajo y atrevimiento nato, pude observar cómo los alumnos sufrían, en silencio, tal severo ambiente y necesitaban a alguien como yo para generar un

poco de humor en sus vidas. Fue entonces cuando ocupé un irremplazable molde en ese nuevo grupo.

Ya con mis dieciséis años cumplidos, mis tareas pendientes se acumulaban como montañas en el escritorio de casa, a consecuencia de tener algunos profesores insatisfechos por mi fácil resolución de los ejercicios más difíciles de, prácticamente, todas las materias. De esta manera, intentaban lidiar con su frustrante docencia, causada por mi agudeza intelectual, proponiéndome lo que era «más de lo mismo» con el fin de derrotarme con algún mágico problema. Al principio el trabajo se hizo tedioso, hasta que lo encontré realmente pragmático; terminaba rápidamente con las materias (para mí su dificultad era «coser y cantar»), así que lo hallé como una perfecta excusa para predicar a los cuatro vientos la increíble necesidad de enclaustrarme regularmente en el cuarto y, mientras tanto, visitar Dýnami con tranquilidad.

Capítulo 14

CELOS Y DESENFRENO

Adham disfrutaba con mis historias, incluso a veces percibía como si ya conociera a todos los personajes que envolvían mi vida. Nos divertíamos haciendo cualquier cosa en grupo y, en mis casi cuatro años en Dýnami, por primera vez sentía a todas aquellas personas como parte de mi familia y logré comprender el sentimiento del que siempre me había hablado Adham: «Una tierra más grande para todos ellos, que eran uno». Era tan divina la sensación que interiormente procuraba despistar la idea que me negaba, con rotundidad, la veracidad de ese mundo.

Dando un paseo escuchamos una animada música que provenía del bar; accedimos, encantados por su ritmo, dispuestos a pasar un buen rato. Al entrar, observamos el recinto saturado de gente que bailaba, circularmente sin parar, lo que parecía ser una divertida coreografía en pareja. Cuando, de repente, Neil me cogió al vuelo y me llevó, como una muñeca de trapo, al interior de la pista con pases dominantes, que aclararon a mi cuerpo su gran virilidad.

Al fundirme en su pecho, tras dos vueltas causadas por sus tiranos brazos, mi olfato detectó su humeante hedor masculino, encargado de activar las hormonas de cualquier fémina, el cual alarmó, en este caso, mi conciencia, y busqué apresuradamente un remedio para mi escurridiza cordura, como a mi querido Adham.

El radar se puso en marcha hasta enmarcar la localización: mis sorprendidos y espantados ojos vieron a Adham emparejado con la maléfica Katia. Mi despecho se accionó, y no dudé en coger alegremente los apreciados atributos de Neil manteniendo una invisible línea de lejanía,

sofocando con mi atrevido baile al sorprendido Neil y a cualquier mirón que se preciara.

Sin aguantar apenas unos minutos, Adham me cogió del brazo apartando bruscamente a mi pareja de baile. Muy ofuscado, empezó a gritar a Neil con los ojos desorbitados.

—¿Eres gilipollas o qué? Pensaba que éramos amigos. —Y sin dejar mentar respuesta alguna al inocente Neil, me cogió del brazo de nuevo y me dirigió al exterior. Entretanto, yo giraba la cabeza para disculparme con mi hostigado acompañante.

Segundos después, ya en los jardines, retiré mi extremidad de su hermética mano en un tosco movimiento.

—Pero ¿qué haces? Suéltame —lo increpé.

—¿Por qué me has hecho eso?

—¿Cómo? Yo no he hecho nada, eres tú quien se ha emparejado con mi archienemiga.

—Después de que tú estuvieras rozándote desvergonzadamente con Neil.

—¿Qué?, ¿cómo te atreves? —mascullé indignada tras escuchar tal grosería—. ¿Sabes qué?, creo que paso demasiado tiempo en este lugar. Ya es hora de que me largue.

—¡Claro, cómo no! Huye del problema, vamos, es tu estilo. Huye como un corderito asustado..., aunque en realidad no existe tal corderito, ¿verdad? —manifestaba encolerizado, con los ojos desorbitados.

—Me voy. Me niego a seguir escuchando más barbaridades.

Avancé agresivos pasos, ardiente como la devastadora lava de un volcán, hacia la nada, repleta de trigales, avivada de una inmensa indignación. Sentí cómo pisaba mi sombra; sus pasos susurrantes desafiaban cada vez más mi impaciencia, sabiendo claramente que esto no había acabado y, sin previo aviso, se adueñó de mí cogiendo posesivamente mi tronco, girándolo impetuosamente, aproximándolo tan cerca que se dibujaba un abismo entre ambas bocas, cuando me murmuró con respiración entrecortada:

—¿No ves cómo me tienes? Me tienes loquito; estoy celoso de que te miren, de que te hablen, de que huelan tu dulce aroma, de que rocen tu suave piel y de que se enamoren, como yo de ti, hasta la última célula de mi cuerpo. —Extasiada y excitada hasta experimentar un sabroso dolor, esperaba ansiosamente el irremediable estallido de aquel sofocante y magnético momento.

Al fin estalló: empezamos a besarnos apasionadamente con nuestros sedientos y cálidos labios, radiando locura a cualquier milímetro de piel que se preciara, con desenfreno. Nos tumbamos en los trigales, ocultándonos como secreto de la hierba. Sus colosales y sigilosas manos recorrían caminos confidentes, a través de mi sentida piel, que se dirigían a lo más íntimo de mi cuerpo, hasta que sus delicados dedos encontraron lo más puro e inmaculado que habitaba en mí; cada caricia sentida hacía estremecer mi conciencia, mientras él me susurraba expulsando aire caliente a ras de mis oídos...

—¡Te quiero, Erin Erwine! —Sus brillantes y misteriosos ojos penetraron en mí aumentando cada vez más su resplandor. Memorice esas dulces palabras, que me garantizaron despojarme de cualquier miedo y, así, dejarme llevar.

Se deshizo de su prenda inferior y me miró fijamente: lo besé como muestra de mi mutuo deseo por unirnos en ese preciso instante. Observé el firmamento repleto de brillantes estrellas que se hacían testigos de mi primera vez.

De repente, su amor prominente entró de forma dulce en mi interior llenando todo mi cuerpo, experimentando un dolor adicto que hacía vibrar todas y cada una de mis jóvenes extremidades; acallábamos nuestros jadeos sumergiéndolos en nuestras carnes, hasta sentir la espera de algo codiciado por mi ser, pero ignorado por la falta de experiencia. El momento anhelado llegó: la explosión de sentidos se adueñaron de mí dejando mis ojos prácticamente en blanco, mis miembros se estiraron temblorosamente hasta su extremo más imposible. Cuando caí, dejé ir toda mi fuerza, desplomándome en una relajación absoluta y evadiendo mi mente de todo lo

que me rodeaba.

Volví en sí cuando Adham me tapó la boca y me indicó silencio. Escuché las cercanas vibraciones de los Lurus, que paseaban a una peligrosa cercanía de nuestro improvisado escondrijo, lo que me produjo molestos nervios inoportunos, así que permanecimos estáticos un buen rato hasta asegurarnos de nuestra nueva soledad.

Nos incorporamos ajustándonos las ropas al mismo tiempo. Al levantarnos nos cogimos de la mano y nos sonreímos con una mirada tierna y radiante.

Después de aquel día, mi amor era tan inmenso que me sentía invencible, capaz de derribar un muro o incluso derrotar a cien Lurus de un puñetazo. Pocas veces la realidad había superado mi ficción mental, pero tenía que reconocer que nunca me había imaginado que la primera vez pudiera ser tan mágica y hermosa, como la que yo había experimentado.

Mi cara de satisfacción entusiasmaba a todo el mundo que me cruzaba, y contagiaba con mi sonrisa al más tieso y enfurruñado. Mi estado emocional adueñaba mi cerebro de torpeza y olvido, e incluso balbuceaba porque me quedaba en blanco en medio de las conversaciones más comunes y banales. Mis notas comenzaron a descender por falta de concentración e interés, pero yo lo ocultaba para no crear trascendencia.

Una tarde como otra cualquiera, Holly y Brian pasaban el rato en mi cuarto. Holly llevaba unos días con una actitud inaguantable, como con recelo hacia mí; ella permanecía tumbada en mi cama, mientras enroscaba y desenroscaba su largo y rubio tirabuzón, cuando comenzó a asfixiarme con innumerables preguntas sobre el motivo de mi extraño cambio emocional. Fue tan fatigoso su interrogatorio que, finalmente, me obligó a ignorarla con descaro. Prefería la rotunda omisión, que me ayudaba a sujetar mis maleantes palabras, que arrepentirme por no hacerlo. Y como era de esperar, unos minutos después, ingenió una breve excusa mal elaborada hasta para la propia madre del iluso, y se marchó.

Mientras me despedía de Holly, aguantando el tipo, observé de reojo a Brian, que se había mantenido al margen de nuestro desagradable roce

durante todo el tiempo. Se hallaba cotilleando mis trabajos evaluados, y supe que mi descenso le llamaría la atención. Sin darme tiempo a pronunciar palabra, dejó lo que estaba haciendo y se despidió de manera apresurada.

—Tengo que ir a la biblioteca a buscar un libro de Literatura. ¡Hasta mañana! —Me extrañé por su muda curiosidad sobre mis bajas calificaciones y su pronta prisa, pero no le di más vueltas; ya había tenido suficiente.

Decidí presentarme en Dýnami, ya que mis invitados habían marchado inesperadamente y no me conformaba con una tarde de aburrida soledad.

Al llegar, con tremendo afán de engancharme a mi mitad, nada más encontrarnos, nos dirigimos a un lugar más íntimo para hablar sobre lo ocurrido la otra noche. Por fin juntos, nos empezamos a deshacer en cariñosos besos, como el prodigioso deshielo de un iceberg, pero de pronto una fuerza mayor arrancó a Adham de mis brazos y lo arrojó al suelo despiadadamente. Mi horror se acrecentó al ver que esa persona no era nada más y nada menos que «Brian». Se tiró encima de él y se ensañó a puñetazo limpio sin parar. Mis ideas enloquecieron.

«Pero ¿qué hace él aquí?, ¿cómo ha llegado?... Y lo más importante: debe marcharse de inmediato o atentaran contra su vida». Me abalancé sobre él sin éxito, debido a sus raudos movimientos, pero, cuando Adham pudo esquivar a Brian, lo agarró de tal manera que cayeron los dos rodando llanura abajo, sin importarles lo suficiente para finalizar la pelea. Muy espantada eché a correr, hasta que yo también caí rodando en la misma dirección, y todo oscureció.

Al abrir los ojos creí estar en un sueño: dos de las personas más importantes de mis vidas paralelas se encontraban juntas en ese preciso instante; aunque, a causa de mi vahído, a veces parecían cuatro. Brian estaba a mi lado izquierdo y Adham, en el derecho; ambos, preocupados, no paraban de preguntar por mi estado.

—¿Estás bien? —dijo Adham inquieto.

—¿Te duele algo?, ¿cuántos dedos ves aquí? —insistió Brian. Pero de inmediato me despejé y recordé la terrible situación.

—Brian, ¿has bebido mucha agua? Tienes que desaparecer de aquí ahora mismo. —Mi nerviosismo alertó a Brian.

—¿Brian? ¿Este es Brian, el de Cashel? —gritó Adham asombrado, al mismo tiempo que enojado.

—Sí, pero ahora no es el momento. Vamos, dime: ¿has bebido mucha?, ¿cuánta?

—No sé, más bien poca.

—¡Ven!, tienes que esconderte. —Lo cogí de la mano y lo dirigí hacia uno de mis lugares más fiables contra las miradas ajenas, pero Brian cayó desplomado.

—Erin, ¿qué me pasa? De repente estoy muy cansado y no puedo... — Supe que era su momento, al igual que noté la llegada del mío. Ya prácticamente dormido, a punto de desaparecer, lo cubrí disimuladamente con hierbajos vecinos, empujándolos con mis pies, hasta lograr un buen camuflaje para prevenir la posible tardanza de su esfumación. Y en segundos comparecí ante mi somnolencia.

Al despertar en mi precioso jardín floral, observé ante mí una figura difuminada por el ardiente sol; la que por lógica debía de ser la de Brian, dado que me había aventajado en el viaje por tan solo unos escasos segundos. Pese a estar delante de mí, no lograba ver su rostro. Mientras encontraba la posición adecuada, donde la sombra se adueñara de su silueta, me aferraba a la mísera pero posible probabilidad de encontrar a un Brian afable al que poderle dar las pertinentes explicaciones.

Sin embargo, no tuve esa suerte y, al ver claramente su aspecto, me topé con un Brian enrojecido por la furia, con ojos contenidos de gotas de resentimiento y recelo. Balbuceé varias veces sin saber por dónde empezar, hasta que intervino apresuradamente.

—¿Así que era eso? —farfulló con débil voz, que me puso la piel de gallina—. Mira, no tengo ni idea de lo que ha pasado, de qué tipo de magia negra se trata o dónde me has metido..., pero no me importa —decretó sin fuerzas—. Lo único que me importa es que todo este tiempo he estado

sufriendo tu rechazo, he llegado a volverme loco por no entender nada de lo que estaba sucediendo contigo, me he encerrado durante días por creer que no era suficiente bueno para ti, por intentar comprender tu distancia entre nosotros; y ahora me doy cuenta... de que he ido detrás de una mentirosa, una falsa que ha estado jugando conmigo y con todos sus seres queridos: jugando a dos mundos y al mejor postor.

¡Plaf! De repente le di una bofetada sin poner remedio a mis reflejos. Me miró con gran ira, y se marchó.

—¡Lo siento! —grité destrozada, avanzando varios pasos hacia él, pero él ya no estaba; no lo presenciaba en ninguna de las salas cercanas. Rompí a llorar por las dolorosas palabras o quizá, posiblemente, por las descaradas verdades que una de las personas que más me conocía en el mundo me había dedicado.

Me desplomé en un rincón del pasillo, y desahogué toda mi pena a través de una lluvia incesante de cálidas lágrimas desconsoladas.

Capítulo 15

EL DESTAPE

Al pasar la tarde, solo le di vueltas al tormentoso asunto. «Brian me ha seguido y ha descubierto mi secreto; y ahora es como un animal herido, avezado de hacer cualquier cosa, resentido, enfurecido y enloquecido. ¿Será capaz de contárselo a todo el mundo?». Después de reflexionarlo detenidamente, la respuesta me vino claramente a la cabeza: «Sí». Tenía que hablar con él fuera como fuere.

Descolgué mi chaqueta del casi imperceptible colgador de la entrada, que se suprimía de su ubicación por momentos, debido al abuso de utilidad generado, y dejaba como volátiles los abrigos respaldados. Salí de casa como un rayo, me subí a la bici sin control; a veces parecía pedalear por el cielo. Me dirigí a varios de los sitios más frecuentados por Brian a esa hora: el parque del sendero, la heladería, las gradas de rugby, e incluso pregunté al grupo de los O'Connell que, aunque eran como el agua y el aceite, a veces se reunían para apostar sobre algún reto y pasar el rato. Pero fue inútil; no logré dar con él. Finalmente fui a su casa, una casita de campo pequeña pero decorada con mucho gusto; sin duda, con toques femeninos muy pintorescos, exiliada del bullicio del pueblo por tan solo un par de kilómetros de distancia del centro. Me acerqué a la entrada y apoyé delicadamente mi bici en la baranda de la escalera; avancé a la puerta y piqué al timbre.

Tras unos escasos segundos, su adorable madre me abrió la puerta. Siempre me había tratado como a una hija: me tenía mucho aprecio y yo, a ella. Pero en ese momento su mirada delataba otra cosa, y no era precisamente alegría por verme.

—Buenas noches, señora McCarthy, ¿está Brian en casa? —le dije

entonando simpatía.

—Buenas noches, Erin —me deseó en voz baja, saliendo al porche con su bata aterciopelada de color marino y estampados de lunas blancas. Y se aproximó como si fuera a susurrarme, pero antes respiró profundamente—. Sabes que siempre has sido bienvenida a esta casa, pero tengo que decirte que las cosas han cambiado y, debido al terrible dolor que estás causando a mi querido hijo, no quiero que vuelvas por aquí.

Al finalizar sus claras y chocantes palabras, se alejó de mí como si huyera de una desconocida, se adentró a su hogar cerrando la puerta hostilmente y me dejó a la intemperie sin piedad alguna, y lo más humillante: sin derecho a réplica.

El destierro en la casa de Brian me sacudió el corazón, y dejó mi dignidad por los suelos, como si de repente fuera una psicópata o algo parecido. El caso era que cada vez me sentía peor.

Tenía claro que no podría hablar con Brian en una buena temporada, sabiendo lo orgulloso que podía llegar a ser, y deseaba intensamente que no cometiera el error de contárselo a alguien pero, sobre todo, que me perdonara.

Pasaron unos días antes de poder ir a Dýnami de nuevo; aún con la gravedad del asunto que me urgía aclarar con Adham, las responsabilidades académicas me requerían y los parciales no esperaban, tampoco los grupos de estudio. Mi tiempo en solitario estaba prácticamente suprimido y con él, la posibilidad de viajar sin peligro y no ser descubierta. Si no venía un compañero que me visitaba sin previo aviso para comentar algún trabajo, era el latoso don Gael quien se preocupaba por mi rendimiento; y si no, las continuas llamadas telefónicas. Era exasperante.

Afortunadamente, el tiempo obligado que tuve que dejar pasar antes de volver a Dýnami me sirvió para algo: me cercioré de que mi secreto seguía siéndolo, y Brian no lo había divulgado convirtiéndolo en un chisme de vecindario o, peor aún, en un asunto de estado.

Al fin encontré una rendija por donde escabullirme sin miedo a ser descubierta, y me adentré en mi paralelismo más real absorbiendo hasta la

última gota del mágico manantial que había rellenado en mi recipiente.

Al enfocar mi visión restableciendo mis sentidos, me di cuenta de que la poca luz era debido al lugar en el que me encontraba. Era la misteriosa furgoneta del pasado, con las mismas herramientas desperdigadas en su parte trasera. La cuestión era...: ¿serían los mismos hombres los que la habitaban? Y me asomé sigilosamente a la ventanilla. En efecto, el grandullón barbudo la conducía y el escuálido joven de nariz aguileña estaba de copiloto. Los dos hablaban estrepitosamente y puse total atención.

—Te lo dije, Carl: por mucho que poseyera la tercera fortuna mundial, no era inmortal y el cáncer lo ha vencido, y con él arrastrará a su querido bastardo, del que nadie echará en falta y por tanto nadie costeará. Le espera una muerte segura —relató el barbudo mientras esquivaba los badenes a volantazos.

—Una lástima; ha muerto relativamente joven, pero a su bastardo no le ha dado tiempo apenas a vivir la vida —musitó el más joven, agarrándose al asiento.

—La verdad es que Dýnami se verá resentida por la falta del importante patrimonio que el magnate dirigía habitualmente a este lugar, para abastecer el gran mundo de su pequeño bastardo —opinó el grandullón acelerando la marcha—. Solo espero que los salarios no los toquen.

—Estate tranquilo: llegan extras millonarios cada pocos días. La mala conciencia de sus ponderados padres por silenciar la vida de sus pequeños bastardos les hace aportar cantidades desorbitadas.

—Pues a mí no me dan ninguna pena. Viven a lo grande y se tiran a todo lo que se mueve alardeando de su buena posición y fortuna, luego les ocurren estas cosas ¡Ejem, ejem! —Carraspeó, y se tomó un sorbo de su lata de cerveza para aclarar la garganta—. Además, firman un contrato, estando en la totalidad de sus facultades, que otorga el completo secreto de la vida de su bastardo a cambio de un coste incalculable mensual, que le permitirá vivir en un mundo superior paralelo a la realidad, para la seguridad de la exclusiva posición social del padre o de la madre contratado. —Finalizaba la

explicación mirando a su compañero de soslayo—. Dime tú que eso no es ser cruel. Así que, seguramente el bastardo poseerá sus horribles características.

—Bueno, si eso te consuela... —dijo sin convencerle su veredicto.

—No necesito consuelo. Esto es trabajo y nada más, así que vamos al capitolio de los menores y ve a hacer tu trabajo —claudicó toscamente el mayor como modo de secuela.

Mi mente no daba crédito a lo que estaba escuchando. «¿Cómo toda la población de Dýnami son bastardos de gente poderosa? ¿Y a qué se refería con que iba a morir el hijo del recién fallecido?». Pero tras la reflexión, comencé a atar cabos sueltos: «¡Claro!, por eso nunca había visto a ningún adulto en Dýnami. Habían ingeniado un mundo exclusivo para jóvenes, con varios atenuantes, por supuesto, como la invención de la *esfíngola* que les daba la vida y por ello, la ignorancia total de la palabra “padres”. No les interesa que sepan que en realidad vienen de otras personas, sino sentirían el deseo de acudir ante ellas; o la historia de la devastación de su poblado, totalmente ideado para conseguir aterrarlos del exterior y así evitar su indeseada curiosidad. Y desde luego..., el elevado ritmo de vida tenía que estar claramente financiado por gente muy rica. Así que se trata de que les lavan el cerebro desde la infancia para cerciorarse de anular por completo los peores enemigos, que aseguraban su certero descubrimiento tarde o temprano: “sus instintos”».

Cada vez todo alcanzaba mayor sentido y mi mente, aterrada, empezaba a serenarse pese a toda la perversidad ingenjada.

Capítulo 16

EL TERRIBLE ATENTADO

De repente pararon la camioneta enfrente del que parecía ser un capitolio idéntico al nuestro, pero de diferente color, un color anaranjado.

El hombre escuchimizado bajó de la camioneta y se deshizo del jersey cochambroso que llevaba; después cogió una bolsa que tenía en su asiento y sacó una chaqueta blanca impoluta que ilustraba el holograma de Dýnami en el lado izquierdo. Cerró la puerta y se alejó. Me asomé por la cortinilla trasera y vi cómo el consumido hombre de nariz aguileña sacaba un teléfono del bolsillo y hablaba con alguien manteniendo una breve conversación. Después, guardó su teléfono y se subió a una enorme caravana blanca que estaba aparcada cerca del capitolio. Al cabo de pocos minutos, se abrió una puerta trasera del enorme edificio y salieron dos niños de unos diez u once años acompañados de una señora bien vestida con traje marrón; el hombre delgado se bajó de la caravana, saludó cordialmente y los invitó a subirse al vehículo; los niños parecían estar entusiasmados. Una vez en sus puestos, antes de partir, la señora susurró algo al hombre y este asintió. Se pusieron en marcha y con él, nosotros detrás, tomando una ruta —para mí, totalmente incierta— hasta pocos kilómetros, cuando conseguí identificar nuestro capitolio. Tomaron el mismo trayecto que el anterior, hasta lograr llegar a otra puerta trasera que ni siquiera yo sabía que existía.

Esperamos unos instantes; supongo que fuera quien fuere se alertaba de su llegada tras hablar por teléfono. Y entonces, observé cómo Neil salía muy risueño por la puerta, acompañado de un señor con sombrero y también muy engalanado, hasta que se subió a la caravana y se despidió con un fuerte estrechón de manos. Yo no entendía hacia dónde se dirigían —o les hacían

creer que lo hacían— para estar tan emocionados.

Al partir, estuvimos en marcha durante aproximadamente media hora, hasta que llegamos a unas casetas blancas muy bajitas, con el tejado cubierto de pinaza, el cual hubiera sido un camuflaje perfecto en la arboleda si los peculiares cobertizos no hubieran estado pintados con tan pulcra pintura. Las casetas se hallaban rodeadas de una tierra inhóspita completamente deshabitada, fría; sin duda era un lugar que proyectaba escalofríos.

Aparcamos, y detrás nuestro, a pocos metros de distancia, estacionó la caravana. Yo, expectante, escuché cómo mi chófer se bajaba de la camioneta dando un buen portazo; mi desconfianza por miedo a que me descubriera hizo que mi mano agarrara rápidamente una pala de jardín, pero el hombre se dirigió a la caravana, y me dejó liberar un suspiro contenido.

El joven flaco bajó del gran vehículo invitando a los demás ocupantes a deshabitarlo. Primero bajó Neil con expresión de confusión, y los dos niños lo siguieron; mi chófer se presentó ante ellos y, al parecer Neil, le comenzó hacer varias preguntas. El escuchimizado les sugirió que lo siguieran en dirección hacia la entrada de la caseta blanca, mostrándoles el camino con la mano, pero a Neil cada vez se lo veía más escéptico a sus palabras y, junto con él, los dos niños, que se apoyaban continuamente en su respaldo para notar mayor seguridad. Al caminar unos cuantos metros, casi llegando a la puerta, Neil se negó a seguir el paso y los dos críos inocentes también, realizando un gesto de negación con la cabeza. Entretanto, los pequeños seguían agarrados a su camiseta, cada vez más atemorizados, mientras que Neil los tranquilizaba apretándolos fuertemente contra él.

Aunque, desafortunadamente, se dieron cuenta de que el rollizo hombre los escoltaba por detrás y su rostro desenmascaraba una enorme hostilidad, la cual parecía estar a punto de estallar. Se sentían acorralados y en sus caras se reflejaba el comienzo de una auténtica pesadilla. Y entonces, el tirano aprovechó un momento a traición en cuanto Neil y los niños miraron al individuo de enfrente; los empujó con saña, empleando su ruda fuerza, hacia dentro del cobertizo y cerró la hermética puerta de un brusco golpe.

Inmediatamente, el miembro de menor edad abrió una pequeña placa que había en el lado derecho del portón y presionó algo que mi lejanía me impedía identificar.

Aterrada y desorientada, aproveché para salir de la camioneta abriendo la puerta sigilosamente y de la manera más silenciosa posible; al salir del vehículo me asaltó un pestilente hedor a putrefacción, el cual me obligó a tapan mi nariz, y me escondí tras unos árboles y matorrales frondosos cercanos al vehículo. Después de eternos y angustiosos minutos escuchando los golpes internos provenientes de los chicos encerrados, que reclamaban su exasperante libertad, al fin los espeluznantes conductores decidieron marcharse. Se dividieron en sus vehículos, arrancaron y comenzaron a alejarse.

Enseguida acudí corriendo a la puerta donde habían metido forzosamente a mi amigo junto a los chicos, con la intención de liberarlos rápidamente. Al llegar, vi una reducida ventana redonda cercana a la puerta, pero pensé que mirar me haría perder el tiempo. Probé antes de abrir el portón por inercia; estaba cerrado con llave, así que me asomé.

No podía creer lo que estaba viendo. Mi pánico se adueñó de mis sentidos hasta convertir mi cuerpo en una cárcel. No podía respirar, ni siquiera pestañear; estaba completamente inmóvil contemplando involuntariamente esa espantosa y horrorosa imagen, sabiendo que mi vida no sería la misma después de aquel terrible presente. Mis ojos, atemorizados e impotentes, se clavaron en los de mi amigo y en los de los pequeños mientras, en cuestión de segundos, la debilidad que les corroía el cuerpo los doblaba hasta yacer casi en el suelo agonizantes; se estaban asfixiando al inspirar gases tóxicos. Los gases salían a borbotones del techo, y llenaban la habitación de una espesa niebla que tan solo me permitía ver, por pocos instantes, sus esbozadas y frágiles siluetas tiradas en la superficie, convirtiéndolos en cuerpos inertes.

De repente mi cerebro cedió al instinto y se liberó del pánico; comencé a tirar fuertemente de la puerta y a empujarla intentando abrirla de cualquier

manera, pero no tenía pomo y era muy difícil. Observé a mi alrededor algo con lo que hacer palanca; cogí varios palos de madera, tiré y tiré con todas mis fuerzas, viendo que el tiempo se acababa. Comencé a agotar mis ideas lanzando piedras, patadas, puñetazos a la minúscula ventana..., pero todo era en vano; acabé extenuada, frustrada y con varias magulladuras en las muñecas y los nudillos, contemplando cómo una simple puerta de acero y un cristal blindado permitían tal tragedia. Mi impotencia irrumpió mi rostro regándolo de lloros desolados por haber dejado morir a mi amigo y a aquellos dos chiquillos inocentes.

Corrí como caballo desbocado, sin ver absolutamente nada; mis ojos, inundados de lágrimas, y mi histerismo saturaban la posibilidad de reconocer las cosas. Cuando me di cuenta, me estaba levantando del suelo de mi jardín, eufórica, como si el transcurso del viaje que siempre armonizaba mis sentidos hubiera pasado desapercibido a mi gran fatídico estado. Seguí corriendo por los pasillos, bajé las escaleras chillando..., y salí de casa poseída de locura. Hasta que, recorriendo las rosaledas, alguien gritaba mi nombre sin cesar, y me agarró de los hombros sacudiéndolos de tal manera que lograran mi vuelta en sí. Mi cerebro, desvirtuado, se concentró por fin en una imagen, y consiguió reconocer a mi amigo Brian.

—Erin, ¿qué te ocurre? ¿Qué ha sucedido? ¡Explícamelo! —me gritó atormentado.

—¡Oh, Brian! Si tú supieras..., si hubieras visto... —Mi voz, temblorosa, dejó de hablar desahogándose en profundos sollozos.

—¡Shhhhshshshsh! Ya pasó, estás a salvo. —Me consoló estrechándome en su confortable torso y abrigándome con sus fuertes brazos.

En cuanto pasó un rato y pude recomponerme, expliqué todo lo ocurrido a Brian, lo que dejó atónito y sin palabras.

—Prométeme que no volverás allí, prométemelo—me suplicó.

—Sabes que no puedo.

—¿Por ese dichoso Adham? —se aventuró receloso.

—Brian, tú no lo entiendes —le dije entristecida. Después caí en la

ignorancia de su vivita—. Por cierto... ¿qué estás haciendo aquí?

—Tu abuelo me pidió que le descargara un remolque de leña, así que no me pude negar. Ya sabes cómo es: no acepta un no por respuesta. Ahí viene.

—No puede verme así, me voy; excúsame, por favor. —Me apretó del brazo y, sin más, me dejó ir.

—¿A dónde va mi nieta? —cuestionó extrañado por mi fulminante marcha.

—¡Ah! Se ha disgustado con Holly, pero se le pasará; ya sabe..., pasan demasiado tiempo juntas. La explicación fue suficiente para apaciguar la curiosidad del don y dejarlo gustosamente volver a sus quehaceres.

—¡Vamos, Brian! No te quedes ahí parado; descarga el remolque, que pronto anochecerá —ordenó con voz autoritaria al sumiso Brian.

Me encerré en mi habitación y me senté en la cama. Me puse a observar desde mi ventana triangular cómo las nubes cambiaban sus formas intentando disuadir mi mente, ensangrentada por aquellas crueles imágenes, y fue entonces cuando se me ocurrió una idea: tenía que acudir en busca de Adham para contarle lo sucedido, pero antes debía de hacer algo para detener ese espanto que estaba sucediendo en silencio en la idílica ciudad de Dýnami.

Capítulo 17

¡AYUDA!

Cogí una hoja del primer cajón del escritorio y me senté en la mesa de madera maciza. Debía informar al mundo que rodeaba a Dýnami sobre su existencia y la terrible situación que, por desgracia, se perpetuaba.

Hola,

Soy Erin Erwin, y te doy las gracias por haber complacido tu curiosidad y conseguir así leer esta carta, pero ahora todo depende de ti.

Necesito que creas que lo que vas a leer no es ninguna broma de mal gusto, sino que, desgraciadamente, es verídico.

Presta total atención y, en cuanto acabes la carta, acude de inmediato a los organismos policiales e informadores de tu ciudad. está sucediendo una atrocidad. Me resulta totalmente imposible señalarte la ubicación exacta del paradero porque, en cierta manera, yo soy una víctima, pero creo que estamos en una isla exiliada del mar Egeo. De todas formas intentaré describirte lo más detallado posible todo lo que sea de utilidad.

Existe una gran ciudad (para vosotros, fantasma) con varios edificios enormes —dos o quizá tres (uno blanco y otro anaranjado, que yo sepa)—, rodeado de bellos jardines, praderas y frondosos bosques. En ellas habitan los hijos secretos de las personas más poderosas e influyentes del mundo, que pagan millonadas a mafias que controlan la vida de sus bastardos y se encargan de criarlos de tal manera que vivan en un mundo paralelo a la realidad, para cerciorarse de que nunca buscarán a sus figuras paternas ni podrán difundir su secreto. Pero cuando el contratado muere, su primogénito pasa a ser asunto de nadie por su total confidencialidad y por ser una carga muy cara para la asociación, así que son cruelmente asesinados. Yo he sido

testigo de cómo asesinaban despiadadamente a un adolescente y a dos niños.

POR FAVOR, NECESITAMOS AYUDA ¡AHORA!

En cuanto finalicé la carta, la enrollé como un antiguo y valioso pergamino, y me levanté de la silla en busca de algo que me ayudara a mantenerla intacta en su largo y fructífero viaje. Al no ver nada de utilidad en mi habitación, salí rápidamente correteando por los pasillos, husmeando hasta en el más desprivilegiado rincón de la casa, hasta que llegué a la bodega y la iluminé con un candil cogido recientemente del pasadizo. Era un cuarto de tamaño mediano y paredes rústicas y, sobre todo, de una mezcla fuerte de olor a morapio; centenares de botellas de vino posaban en los soportes que forraban las paredes a la espera de ser la elegida, y enseguida supe que aquel frasco era el idóneo para almacenar mi carta. Empecé a leer la marca de tales valiosas bebidas que mi abuelo coleccionaba, aunque por desgracia, yo no tenía ni idea de cuál sería la de menor importancia para que no la echara en falta; así que me decanté por la botella más sucia y envuelta en pegajosas telas de araña, que encontré en la parte inferior de los botelleros.

Posicioné el candil en una alcayata de la pared, la cogí y enseguida la restregué con un trapo que había encontrado sobre la antiquísima estantería para asearla un poco. 1920, Chateau Latour Pauillac, France: la verdad es que no me sonaba de nada esa marca, así que me quedé más conforme. Descorché la botella con un abridor que había en la vieja estantería y, una vez abierta, me fui con ella hacia el aseo. Derramé su líquido burdeos por el desagüe hasta sucumbir la última gota de su succulento y fluido cuerpo, y quedarse seca. La enjuagué bien con agua y la deshumedecí con la toalla. Cogí mi carta y la enrollé de nuevo para que cupiera por el estrecho agujero; una vez adentro, la cerré con el tapón de corcho con todas mis fuerzas. Ahora solo me quedaba ir a Dýnami y encontrar la forma de que alguien leyera mi mensaje.

Fui cautelosamente por los pasillos hasta llegar al jardín; confiaba en que no hubiera nadie en casa, pero mi desconfianza estaba siempre alerta. Después de beber de mi manantial, desperté en Dýnami. Por suerte, había aparecido en la parte sur, que estaba un tanto apartada, y recordé que el

camino al riachuelo, por el que había ido con Adham, no estaba lejos. Corrí por los trigales agarrando fuertemente la botella, por miedo a que cayera y me fuera imposible encontrarla en la densa capa de granos, reseguí el camino por los matorrales que descendían por la manta del prado, hasta asomar el salvaje y oscuro bosque que escoltaba los coquetos y predilectos escenarios de la gran fortaleza infame.

Después de derrapar contadas veces con el mugriento barro y de despeinar mis desordenados bucles con provocadores y amenazantes zarzales, mi irritación me empezaba a encarar a la hartura de tal complicada búsqueda, pero entonces mis ojos vieron cómo el agua fresca recorría el arroyo cada vez con más fuerza. Descendí unos metros más, hasta hallar la increíble fusión del horizonte y el amplio río, que me llenaron de esperanza simplemente con el deleite de su pura y maravillosa imagen: «la de la vida».

Lancé la botella lo más lejos posible y miré cómo descendía raudamente hacia el horizonte. Al perderla de vista, me puse en marcha en busca de Adham. Recorrí de nuevo todo el camino a la inversa notando, casi al llegar, más aguda la fatiga en las piernas.

Al verlo sentado a lo lejos, en uno de los céntricos jardines, una inmensa alegría me invadió; hacía muchos días que no lo veía. Su impecable figura, reflejada por los poderosos y destellantes rayos solares, hipnotizaba mi mirada y me transformaba de pronto en su fiel sirvienta.

Corrí hacia él y, al sorprenderlo mi llegada, se alzó de inmediato en mi búsqueda. Nos fundimos en un cariñoso y esperado abrazo, que nos aclaró el uno al otro nuestra mutua añoranza. Mientras lo abrazaba con fuerza, mis ojos se emocionaron recordando los momentos tan horribles que había vivido sin él y como si aquella emotividad fuera a explicarle a gritos todo lo sucedido.

—Tengo que explicarte tantas cosas —le manifesté impaciente.

—¿Ah, sí? ¿Dónde has estado? Se me han pasado cosas realmente terribles por la cabeza, como que me habías dejado por ese tal Brian. —Me miró de soslayo, pero siguió parloteando—. ¡Ah!, y no sé si sabes que a Neil

lo han trasladado; ahora es oficialmente un Lémer. —Endurecí mis rasgos, manteniendo la compostura, al escuchar el fustigador comentario final sobre nuestro amigo.

—Adham, tengo que contarte cosas realmente graves.

—¿Graves? Explícame, ¿qué ha pasado? —Se preocupó enormemente y me cogió de la mano.

De repente la alarma empezó a sonar creando una insoportable contaminación acústica, y obligó a todo el mundo a taparse los oídos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡No lo sé!

Los altavoces se pronunciaron diciendo: *Deserción de Adda Owen Jones. Quien sepa algo sobre su paradero tiene la obligación de anunciarlo al Luru más cercano; si no es así, será castigado.*

—¡Erin, tu brazalete, lo has perdido!

De inmediato, recordé los golpes y magulladuras que había sufrido intentando abrir la puerta de la cámara de gas: seguramente ahí se me habría caído. En un instante, vimos cómo las cámaras me enfocaban cada vez a menor distancia, y velozmente Adham me cogió del brazo tirándome de él.

—¡Vamos! Si te cogen, estamos perdidos.

Nos adentramos en uno de los pisos, subimos escaleras arriba, rotamos varias esquinas, pero, en los largos e infinitos pasillos, los dos sabíamos que el camino que buscábamos era incierto y no teníamos a dónde ir. Pero, entonces, al ver un espejo en uno de los extensos pasillos, se me ocurrió una idea.

—Adham, ¿te acuerdas de que tenía que explicarte algo muy importante?

—Claro.

—Pues si confías en mí, pronto lo sabrás. —Me miró desconcertado pero confiado.

Entré en una de las habitaciones de enfrente y cogí un taburete de hierro; salí al pasillo y lo lancé contra el cristal con todas mis fuerzas. La cara de

pasmado de Adham era totalmente comprensible, al ver que en milésimas de segundo yo había convertido el extenso cristal en un puzle de imposible resolución.

—¿Que estás haciendo? —indagó ansioso por comprender mi disparatada actitud.

No me hizo falta responderle al ver que, al otro lado del que había sido un espejo de paso durante todo este tiempo, se hallaba una pequeña sala secreta totalmente vacía, con varias mesas dispuestas que mostraban ciertos equipos de vigilancia, micrófonos, auriculares, ordenadores y decenas de monitores que controlaban la morada.

Adham estaba perplejo y, al parecer, con una notoria decepción, así que le apreté el hombro como signo de apoyo; al fin y al cabo, su casa..., «su Dýnami», se estaba derrumbando poco a poco. Salió de su desconcierto y saltó hacia dentro de la sala para ayudarme a entrar, teniendo especial cuidado de que no me clavara ningún vengativo cristal.

Observamos con fascinación la vigilancia extrema que ejercían en todo el capitolio; incluso había monitores que visualizaban las habitaciones. Me puse a curiosear los archivos, y encontré varios nombres conocidos. Abrí su ficha:

—Chamon Banlog Adel, *hijo de Abed Banlog Adel, embajador de Burundi, 48 años (consumado fuera del matrimonio, en el año 2013, con Leiza Simao Salek, sirvienta del hostel Kiriri de Burundi).*

—Katia Vladímír Sokolov, *hija de Oleg Vladímír Sokolov, primer ministro de Rusia, 50 años (consumado fuera del matrimonio, en el año 2014, con su prima hermana Irina Petrov Sokolov, trabajadora social de la embajada).*

—Neil... —Al momento mi corazón dio un vuelco, pero seguí leyendo. Así pude corroborar la información que había escuchado aquel día en la camioneta, cuando aquellos dos psicópatas disputaban varios temas—. *Hijo de Jorge Anderson Bosh, magnate americano, dueño de la tercera fortuna mundial, 50 años (consumado fuera del matrimonio, en el año 2014, con Claire Clarens Mathew, niñera de la familia).* —Pero al alzar la ficha pude

ver el nombre de Adham; lo abrí y...

—¡Erin, mira, ya están aquí! Nos hemos de ir inmediatamente.

Uno de los monitores que enfocaba la entrada se aforaba de Lurus. Me puse muy nerviosa y metí la información de Adham en el bolsillo de mi pantalón. Adham me tiraba del brazo hacia el ventanal hecho añicos, cuando entonces pensé en Neil, inspiré profundamente y di media vuelta. Cogí el micrófono y no divagué; los altavoces difundían mi voz por todo el capitolio y solo tenía escasos minutos hasta que los Lurus llegaran a la planta donde nos encontrábamos.

—Hermanos de Dýnami, soy Erin Erwine Lynch, aunque todos me conocéis como Adda Owen Jones. Tengo una triste información que debéis saber y es que en poco tiempo he descubierto que el mundo de Dýnami es un fraude: todos vosotros soy hijos bastardos de importantes personajes de la vida real, que pagan por asegurarse de vuestro bienestar, pero sin que seáis descubiertos. Una vez ellos mueren, nadie se ocupa de la carísima manutención que les costáis, así que os anuncian que os habéis convertido en un Lémer y qué vais a pasar a un capitolio superior. Sin embargo, todo es mentira: os trasladan a un sitio apartado hasta llegar a una cámara de gas, donde sois gaseados hasta la muerte.

Hace pocos días todos sabéis que a Neil lo proclamaron nuevo Lémer, lo trasladaron, y yo seguí la caravana donde se encontraba. Siento deciros que fui testigo de su despiadada muerte. —Y con lágrimas en los ojos acabé mi confesión—. ¡Unámonos y acabemos con esto! Hay un mundo ahí afuera que os espera.

Me di la vuelta en busca de Adham, preocupada por saber sobre el estado en el que se encontraba después de haber escuchado la descarnada y vil realidad.

Capítulo 18

LA GUERRA

Me encontré a un Adham poseído por la rabia, frenético e intensamente herido, con lágrimas sujetas en los ojos y con la mirada clavada al frente, a la espera de cavilar algo contrariamente a lo benévolo.

—Adham, sé que no estás bien, pero necesito que me digas algo —le dije con voz desesperada. Y los segundos desventurados pasaban cada vez más despacio pero, cuando creía que mi amor había entrado en puro estado de *shock*, se pronunció.

—La guerra acaba de empezar —sentenció. Y sus ojos se saturaron de ira, al igual que su cuerpo de imparable e indomable valentía.

Miré los monitores para saber cuánto tiempo nos quedaba antes de ser rodeados, pero me sorprendí al ver que en todas las pantallas se visualizaba algo: algo así como una densa y penetrante neblina.

—¡Mira, Adham, no se ve nada! ¿Dónde están los Lurus? — Completamente extrañado, al igual que yo, se aproximó al monitor.

—Esto no pinta nada bien, Erin. ¡Vámonos de aquí!

Salimos de la sala buscando pasadizos alternativos donde no fuera posible su accesibilidad desde la entrada principal y, después de rodear prácticamente todo el interior del edificio, por fin dimos con la salida.

Salimos del portal. El intenso silencio, que se apoderaba del lugar ya hacía unos instantes, nos causaba una angustia tremendamente sofocante, con la única esperanza de vencerla detectando el más mísero y vulgar de los sonidos de la tierra. Pero al pensar que tal congoja no podía ser mayor, esta se incrementó al ser rodeados por una capa de espesa y cegadora niebla. Tal fenómeno climático podía ser nuestro enemigo como también nuestro aliado,

pero teníamos que ser cautos y movernos al ritmo que este marcara.

—No te muevas de aquí, Erin.

—¿Qué? —dije azarada pero, en cuanto quise dirigirme hacia su voz, él se había esfumado formando ya parte del acaparador velo. No podía creer que me hubiera dejado allá. Estaba completamente confusa por su actuación; a lo mejor, después de todo, se había vuelto loco—. ¡Adham! ¡Adhaaam! —Lo llamaba susurrando por miedo a ser descubierta.

Me aventuré a dar unos pequeños pasos sintiendo cómo los escalofríos me recorrían el cuerpo e, irremediablemente, comprobando el cierto tormento de una pobre ciega, y sin darme cuenta salí de aquellas tormentosas tinieblas. Por fin me encontré en un campo abierto, bien visualizado y sin almas que lo vistieran, pero la capa de bruma que yacía en la otra punta del campo empezó a disiparse.

Un enorme grupo formado por cientos de lugareños enfurecidos, tanto hombres como mujeres, se alineaba en el prado desafiando al enemigo con todo tipo de posibles armas conseguidas: barras de hierro, cuchillos, llaves inglesas, destornilladores, ladrillos, palos, piedras y, lo peor..., la fiereza implacable de sus actuales perturbadas cabezas. Cuando de repente observé cómo Adham encabezaba a la unida manada; y sin darme tiempo a comprender el rápido giro de tal inesperada situación, pude ver cómo se levantaba el molesto velo pintado al otro lado del campo.

Aparecían centenares de gigantescas y bárbaras máquinas programadas para matar en modo de ataque, «los Lurus», que les precedía la reputación de ser el robot más fuerte creado en el último centenario, además de ser implacable y carecer de sensibilidad como cualquier otro. Ambas características encaraban a esa máquina infernal a un éxito asegurado para desempeñar tal atroz e imparable tarea, sin titubeos ni clemencias.

A una distancia de unos veinte metros, en medio de la nada y del todo, yo me quedaba perpleja y mis pulsaciones subían a mil por hora, mientras mis castigados ojos estaban a punto de divisar nuevamente otra futura catástrofe, pero esta vez a gran escala.

De repente, la reyerta comenzó y ambos lados corrieron hacia el frente para atacar sin desenfreno. En cuestión de segundos, se ocasionó el tremendo choque que causó un gran estruendo que retronó en toda la ciudad.

Se avistaron varios cuerpos humanos salir disparados por los aires, y el color rojo se convirtió en el protagonista indiscutible del fatídico panorama. Decenas de personas yacían en el suelo con espantosas heridas: escalofriantes quemaduras en rostro y cuerpo, extremidades colgantes, objetos punzantes clavados y, lo peor, el pesar de los gritos y gemidos que se interiorizaban en la cabeza del amargado oyente, como si se tratara de la mayor sinfonía de dolor jamás escuchada. La horrorosa vivencia te arrastraba a una desconsolada agonía que te recorría todo el cuerpo, casi igual que al del herido, convirtiéndote, irremediabilmente, en el esclavo de su posible saneamiento.

Los Lurus eran, por entonces, vencedores indiscutibles de la rebelión; aun así, algunos de ellos yacían en el suelo al haberse transformado, tras la lucha, en kilos de aparatosa chatarra. Pero la batalla continuaba.

Tanta desgracia alertó a mi cerebro, obligándole a abandonar la inútil conmoción de una vez por todas, y espabilé en busca de los más débiles; pero cuando me acerqué y me rodeé de todos aquellos cuerpos, pude comprobar que una gran parte yacía muerta. Horrorizada por reconocer algunos de los fallecidos, mi esperanza se aferró en no encontrar a Adham entre ellos.

Comencé a girar todos aquellos torsos inmóviles para comprobar su identidad, sintiendo un profundo dolor al ver a cada uno de mis amigos en aquel cuerpo inerte, recordando su última sonrisa, sus últimas palabras..., su último adiós. Y entonces vi una figura que me resultaba muy familiar, y le di la vuelta: era Lucy. Se me cayó el alma al suelo. La abracé como si se tratara de mi tesoro más preciado, derramando un mar de lágrimas sobre su preciosa y brillante cabellera, y me susurró al oído. «Está viva».

—Mi querida Erin, siempre supe que eras especial, por eso has sido mi mejor amiga desde que te conocí. Gracias por haber cruzado tu camino con el mío. —Y un riachuelo de sangre salió a borbotones de su boca, y silenció

definitivamente su alma.

Me tiré al suelo junto a ella, completamente afligida. Al notar una presencia cercana, abrí los ojos de inmediato. Un Luru estaba a punto de abalanzarse sobre mí y, antes de que pudiera acudir a mis defensores reflejos..., Adham abatió al gigantesco rival con un gran mazo de acero, y lo tumbó al suelo; pero el Luru se levantó, como si una simple ráfaga de aire lo hubiera molestado, y de nuevo se preparó para el próximo asalto.

—¡Corre, Erin, corre!

—No, no te dejaré.

—¡Lárgate! —gritó en tono dominante.

—Iré en busca de ayuda —le dije para no contrariarlo, pero para asegurarle mi vuelta.

No podía seguir viendo el forcejeo entre ambos, era demasiado angustioso. Me dirigí rápidamente en busca de alguien que pudiera ayudarlo antes de que fuera tarde.

Me adentré de nuevo en el camino encapotado, sin poder atajar por otro más despejado, dejando atrás la barbarie a la que se sumaban cientos de jóvenes vidas y máquinas asesinas. Empecé a gritar con todas mis fuerzas en busca de un alma amiga que deambulara cerca, mientras avanzaba hacia algún lugar fuera de mi conocimiento.

—¿Hay alguien ahí? ¡Hola! ¡Necesito ayuda! —Pero el silencio se apoderaba de la zona manteniendo el ruido de la violenta batalla de fondo.

Un sigiloso sonido se aproximaba hacia mí; al parecer, un caminante se acercaba disipando la niebla a su paso. Fue entonces cuando pude ver a una desmejorada Katia, que se asomaba mostrando una cabeza sangrante y un semblante ligeramente desencajado. Me aproximé.

—¿Estás bien, Katia?

—Mejor que nunca —musitó con una sutil sonrisa—. Quién me iba a decir que mi gran momento se iba a presentar en un día como este.

—No te entiendo —declaré confusa.

—No... —masculló con su dentadura apretada—, tú llegaste de la nada y me arrebataste lo que más quería, pareciendo un corderito asustado, ¡cuando en verdad eres una maldita zorra! —manifestó encolerizada—. Pero al fin tengo la oportunidad de machacarte esa preciosa sonrisa con la que has envenenado a mi amado Adham. —Su voz mostraba clara enajenación.

Me exalté al ver a una Katia totalmente perturbada, cuando comenzó a arrimarse de manera muy intimidatoria, hasta hacerme retroceder pasos ciegos. Sin embargo, mi pie derrapó al toparse con la orilla del precipicio; aterrada al ver que no tenía escapatoria, quise avanzar en un gesto de impulsiva rapidez. Pero Katia me empujó y caí; me cogí fuertemente a las enraizadas hierbas con la desesperación de sobrevivir por todos los medios, aunque mis pies resbalaban continuamente al intentar escalar la tierra empinada, y la ansiedad y el pavor se apoderaron de mi ser.

—¡Ayúdame, Katia! Por lo que más quieras, ¡ayúdame! Nunca deseé hacerte daño, lo juro, ¡por favor! —le grité implorando.

Katia se acuclilló y se acercó a mí para susurrarme; me miró fijamente, con una mirada gélida y sin ápice de brillo en sus inmutables ojos azules. Pensé que mis suplicas la habían hecho entrar en razón y apiadarse de mí.

—Espero que tu muerte sea larga y dolorosa—masculló perversamente, y sacó un martillo empuñado por sus cuatro dedos, que escondía tras su espalda, alzándolo para desprenderlo brutalmente en mis temblorosos nudillos, los cuales se agarraban con fuerza a los resquicios de tierra.

De repente una sombra surgió de la nada y empujó bruscamente a Katia por el precipicio, llevándosela con ella. Mi horror igualaba a mi estupefacción y, en fracciones de segundo, veía desplomarse el cuerpo de Katia por un abismo que borraba su rastro al entrar en la zona brumosa; el silencio de su batacazo aseguraba una larga distancia y una letal caída.

Al no ver la segunda figura despeñarse, miré inquietamente las zonas rocosas de la pared que me acordonaban, pensando que tal vez la persona que se había sacrificado por mi vida se encontraba sujeta en algún lugar. Hasta que la hallé. Estaba cogida en una rama a unos tres metros bajo mis pies, pero

no conseguía identificarla porque se encontraba mirando hacia abajo. Y mis pies volvieron a derrapar, lo que le hizo levantar su cabeza. No me lo podía creer: era Brian.

—¿Estás bien, Erin? ¿Crees que podrás subir?

—Sí, creo que sí, pero ¿tú qué haces aquí? Te dije que no vinieras.

—Yo también a ti, y no me hiciste caso.

—¿Puedes trepar? —le pregunté acongojada.

—No. —Su negación me propinó un vuelco al corazón—. Es más, me estoy resbalando—aclaró, mostrando una excesiva sudación en su frente.

Al escucharlo, se me escaparon unas breves lágrimas repentinas por temor a que se cayera, pero alcé la cabeza para que no se diera cuenta.

—¡Inténtalo, Brian! —lo animé—. Cuando llegues hasta aquí, yo te ayudaré.

—¡Erin, cállate! No malgastes más tiempo en mí y apresúrate en subir —expresó encrespado.

—Quiero que sepas que has sido lo mejor que me ha sucedido en la vida, y no quiero que te sientas culpable nunca, ¿lo has entendido? ¡Nunca! —Mis sollozos inundaron mis mejillas, cegando prácticamente toda la visión, al no poder secarme las lágrimas con mis manos.

Cuando conseguí refregar mis estirados brazos en mi húmeda cara, pude ver cómo sus dedos se iban resbalando uno a uno hasta quedarle el último. Se me cortó la respiración.

—¡Adiós! —dijo fijando su mirada en mí, despidiéndose como un orgulloso héroe después de haber logrado su extraordinaria hazaña..., y descendió al vacío.

—¡Nooooo! —grité, con tanta fuerza que mi voz penetró más allá de los muros de tal secreto lugar. Se lo tragó la niebla sin dejar rastro de él, silenciando su paradero al no emitir ni un remoto sonido de su siniestra caída.

Mi tristeza se apoderó de mis fuerzas dejándome exenta de ellas, sin ánimo de pasar ni un segundo más aferrada a ese traumático lugar que me

había obligado a presenciar la pérdida de una de las personas más importantes de mi vida. Empecé a dejarme llevar definitivamente por la gravedad; mis manos, entumecidas y agarrotadas, resbalaban de las hendiduras de tierra roja, hasta que... me solté. Cerré los ojos como si de aquella manera mi miedo fuera a desvanecerse, pero entonces noté una mano que me agarraba fuertemente. Miré hacia arriba: era Adham.

—¡Mi Erin! Ya te tengo, preciosa, y no pienso soltarte —dijo efusivamente. Yo me quedé un poco sorprendida al notar en mi interior una rara decepción, en lugar de sentir alegría por haber sido rescatada de una mortal caída.

Adham comenzó a arrastrarme hacia la superficie, haciendo enormes esfuerzos, hasta que lo consiguió. Nos abrazamos emotivamente mientras mis luceros lloraban como si fueran a llenar un océano de lágrimas. Adham no me hizo ninguna pregunta; tal vez, pensaba que mis sollozos eran debido al pavor que debía haber pasado colgada de aquel barranco, y yo seguí callada sin darle ninguna explicación.

Un ruidoso sonido se acercaba aceleradamente detrás de nosotros, cuando finalizamos el abrazo para ver de qué se trataba. Nuestros ojos se agrandaron como los de un tarsero al sentirnos temerosos; decenas de Lurus corrían en masa hacia nosotros.

La estampida estaba a punto de investirnos cuando, de repente..., estrepitosos disparos desde el aire abatían a los robotizados titanes, quienes caían definitivamente al suelo.

En cuestión de segundos, la plaga derrotada era de tal tamaño que la hierba de la zona se encontraba aplastada bajo sus pesados cuerpos sin albergar señal alguna. En ese instante, supe que la esperanzadora botella de morapio había sido descubierta por un buen samaritano, que nos bendecía de ayuda en el mejor momento.

—¡Mira, Adham! —Le indiqué con mi dedo en lo más alto.

El cielo se oscureció; decenas de helicópteros volaban por los aires, como si se tratara de gigantescos pájaros, plasmaban en su chasis la pintura

identificativa de los cuerpos policiales y se pronunciaban desde gran altitud mediante ensordecedores megáfonos: *Somos los cuerpos especiales de la policía. No teman, ya están a salvo.* Y lo repetían una y otra vez mientras rodeaban la zona.

Adham y yo nos miramos con tremendo alivio por pensar que lo peor ya había pasado y que, al fin y al cabo, habíamos salido ilesos de aquella sangrienta y vil batalla. Nos abrazamos, dichosos de estar juntos, mientras mirábamos a nuestro alrededor. Los supervivientes, que no fueron demasiados, estaban eufóricos de la alegría y saltaban hacia el cielo saludando efusivamente a sus salvadores, como si fueran a atraparlos de un salto.

—¿Estáis bien? —preguntamos a un grupo que se reincorporaba del suelo, al mismo tiempo que se sacudían sus ropas.

—Sí, pero por poco nos hacen picadillo —nos respondieron mitigados.

Mientras Adham reseguía la conversación, me rocé la mano con algo áspero. Miré en mi bolsillo y vi la página del expediente de Adham que había cogido de la sala de seguridad; ya no me acordaba de que la llevaba encima. Di media vuelta para preservar el secreto y leerla: *Hijo de Jabu Hassán Loshian, rey de Dubai, 56 años (consumado fuera del matrimonio, en el año 2013, con Lorena García Jiménez, banquera española).*

No podía creerlo: Adham era, en realidad, «el príncipe de Dubai».

—¿Erin, vamos? ¿Qué estás haciendo?

—¡Sí, vamos! Solo me estaba sacando tierra del bolsillo —declaré con indiferencia y disimulo, a la vez que metía rápidamente la hoja en los pantalones.

Entretanto caminábamos hacia el centro para acudir a la ayuda, un dantesco y dramático panorama sobrecogió nuestras sensibles almas. Los cuerpos yacían amontonados unos contra otros y esparcían un intenso e insoportable hedor que nos obligaba a cubrir herméticamente nuestros orificios nasales. La estampa descubría al auténtico Dýnami plasmado de sangre y de postrados espíritus sentenciados a una tragedia apocalíptica.

Aquel había sido siempre el verdadero Dýnami: un lugar frío y perverso.

A lo lejos ya pudimos visualizar a varios de los helicópteros que habían aterrizado en la ancha llanura. Estaban socorriendo a la gente en sus naves para llevárselos de Dýnami, suponiendo que a un lugar más seguro: quizá a sus verdaderas casas y con sus verdaderas familias. Pero entonces mis ojos comenzaron a parpadear, mientras veía la luz de la cruda realidad.

—Adham, tienes que irte —dije sensata.

—¿Por qué? Yo sin ti no voy a ninguna parte.

—¿No lo entiendes? Mis ojos han comenzado a parpadear, tengo que marcharme... y, aunque volviera, tú ya no estarás aquí. Ha llegado el día: el día al que nunca imaginamos tener que enfrentarnos. Nos hemos de separar —le explicaba tristemente, mientras me autoconvencía de mi fatal coherencia y secaba mis agotadas lágrimas de la irritada mejilla.

—¡No!, no pienso hacerlo —expresó angustiado e irritado. Hundió mi cabeza en su pecho y la besó como su mayor posesión.

Fue entonces cuando me desenganché, lo miré con ligero vahído, me caí encima de la tersa hierba, y comencé a desvanecerme. Antes de hacerlo por completo, pude ver con dificultad una imagen borrosa que de repente nos sobrevolaba levantando un molesto y fuerte tornado de aire; se trataba de un helicóptero oscuro. Me esforcé en concentrarme para conseguir descifrar mayores detalles; en su parte frontal ilustraba grandes letras que parecían ser en idioma árabe; desde allí arriba comenzaron a pronunciar, a través de un megáfono, el nombre de Adham repetidas veces. «Pero ¿por qué reclaman a Adham?», pensó mi última conciencia. Adham miró la aeronave durante un momento, pero se acercó rápidamente a mí, tan próximo como si fuera a besarme. Y finalmente mi conocimiento se agotó; mi sueño profundo se desconectó de todo lo que había alrededor dejó a mis espaldas un idealizado Dýnami convertido en un auténtico infierno, y abandonó al gran amor de mi vida.

Capítulo 19

PRESENTACIÓN Y SORPRESA

Me despejé, y una enorme sensación de alegría rebotó en mi mente al encontrarme en mi cómodo jardín, cubierto de primavera. Aún recuperando la totalidad de mi conciencia, seguí el camino hacia la entrada a la casa y entré al pasillo..., pero ahí estaba él, el señor Gael, con mirada taciturna, con la que normalmente contemplaba a todo el mundo, menos a mí, para intimidarlos; se hallaba sentado en la butaca granate aterciopelada que decoraba el descansillo del pasadizo, guardando una compostura de espera.

—Hola, abuelo, ¿qué haces aquí? —musité lo más natural posible. Como no respondía, mi ansiedad se fue incrementando y me obligó a excusarme—. Me encontré la puerta abierta y pensé en echar un vistazo. Por cierto, hoy hace un día espléndido, ¿no te parece? —Pero él seguía inmutable y me reconcomía.

Un chirriante ruido alertó el irascible ambiente; cuando me giré y vi entrar a Adham por la puerta del jardín, me quedé pálida como el pétalo de la dalia. Mostraba un aspecto realmente desaliñado, la cara sucia y el pelo ensortijado, cubierto de plantas y pinchos: realmente no tenía buena apariencia.

—¡Hola, Erin! —me dijo mirándome risueño; después se dirigió al don ofreciéndole la mano.

—¡Hola!, me llamo Adham Hassán, encantado de conocerlo. Usted debe ser el abuelo de Erin —manifestó formalmente. Él le devolvió el saludo formal sin mediar palabra.

Al observar la desconcertante situación, abandoné mi abobaría sintiendo que debía hacer algo al respecto.

—Abuelo, seguramente no lo entenderás, pero Adham es alguien muy

importante para mí y necesito que se hospede aquí durante un tiempo. Es una historia muy larga y compleja, pero tienes que confiar en mí.

Cuando acabé mi monólogo, el silencio se apoderó de nuestros oídos durante unos segundos interminables. Gael observaba a Adham de arriba abajo, inspeccionándolo como si se tratara de un ratero, y después penetró su mirada en mí, hasta que al fin habló.

—Pasillo recto a la derecha, y segunda estancia a la izquierda: esa es la habitación donde nos hemos hospedado los viajeros del tiempo hasta el día de hoy. Boquiabierto por las declaraciones recién escuchadas, pregunté en voz temblorosa:

—¿Hemos? Te refieres a que tú...

—Sí, querida Erin, tu abuela me trajo hasta aquí a través del agua del manantial, pero antes que yo vino tu tatarabuela y tu bisabuelo: antes que tú fuimos muchos. ¿En serio creías que no sospechaba nada? Tus salidas y entradas a horas intempestivas, tus cientos de excusas para quedarte sola en casa y, lo más evidente, el continuo florecimiento del jardín: esa, querida, es la señal irrefutable de que alguien está viajando a través del agua. Me quedé patidifusa. Tanto tiempo ocultando todo aquello y él ya lo sabía; es más, formaba parte del secreto.

—Yo... no sé qué decir; si hubiera sabido que tú habías sido un viajero, seguramente... —Mis palabras titubeantes le hicieron zanzar mi mal trago.

—Déjalo, no es necesario que digas nada. ¡Vamos!, no hagas esperar más a tu amigo; no querrás que piense que eres una mala anfitriona... —Y con su recia seriedad reflejada en el rostro al acabar la frase, me guiñó su ojoso y vivaracho ojo, lo cual me creó una agradable sorpresa y dejó surgir la paz en mi interior. Mi boca respondió con una despistada sonrisa en señal de agradecimiento—. ¡Bienvenido, Adham! —Se dirigió a él, lo que aumentó mayormente mi satisfacción.

—¡Gracias, señor!, le estoy muy agradecido por su hospitalidad —le respondió entusiasmado. Yo me sentía cada vez más tranquila y mi respiración recobraba la estabilidad.

—¡Vamos, Adham!, te enseñaré tu cuarto.

Antes de irme, recogí una taza de porcelana decorada con detalladas cenefas florales en tono pastel, que mostraba en el fondo un ligero poso de té. Y es que, seguramente, mi abuelo había estado degustando la bebida mientras quemaba su tiempo haciendo guardia en el descansillo, y con desgana había depositado el recipiente en el peligroso canto de la diminuta mesita que, sin lugar a dudas, proyectaba el seguro desplome de tal romántico y añejo diseño ante la primera y mínima ráfaga de aire detectada.

—¡Por aquí! —advertí a Adham, que estaba entretenido observando la clásica decoración que vestía la casa, bajo la luz de los encarecidos candiles. Pero la voz áspera de mi abuelo volvió a detenernos.

—Por cierto... ¿no sabrás nada de mi Chateau Latour Pauillac de coleccionista que guardaba en la bodega? —me preguntó con colérica curiosidad mientras rasgaba el asiento con sus largas uñas, y hacía aún más alterable la cuestión.

Se me encendió la luz al escuchar la marca francesa: «el vino». Miré a Adham exaltada por la pesadumbre del no saber qué decir y, aunque él no podía saber nada sobre aquel asunto, simplemente lo observé por si me inspiraba una aguda escapatoria para no tener que confesar la verdadera, irreversible e inoportuna respuesta, que me ratificaba un fatídico final con el señor de la casa.

No obstante, la transparente e inocente mirada de Adham, que no estaba al tanto del tema, me transmitió una dosis de cordura que me hizo caer en algo. Y es que me recordó que hay ciertas cosas en la vida, válidas en cualquier tiempo, que nunca cambian; así que me acerqué al viejo, mientras apretaba el asa de la taza con mi dedo índice para evitar su caída al moverme, y agaché mi lánguido cuello hasta asestarle un dulce, cariñoso y agradecido beso en su suave y envejecida mejilla, que lucía pequeñas pigmentaciones oscuras por la avanzada exposición a la vida.

Al ponerme erguida, pude ver a mi abuelo fijando la vista en un punto cualquiera, con un rostro claramente emotivo y una resplandeciente mirada

que indicaban una felicidad inalterable en su radiante momento. Sin lugar a dudas, la conformidad era lo mínimo que me ofrecería ante mi tierna y gesticular respuesta.

Me acerqué a Adham, y me ofreció osadamente la mano derecha; a sabiendas de la presencia del caudillo, se la estreché, mientras en la otra sujetaba la taza, con la intención de reanudar de una vez el camino por los infinitos y tenues pasillos hacia el nuevo hospedaje de Adham. Nos adentramos en uno de los pasadizos que lucía un elegante papel encolado que, según la altura de la luz, difuminaba sus cálidos tonos tierra; los candelabros dorados que sujetaban las esbeltas velas yacían apoyados en los románticos muebles, o bien en peculiares candiles que colgaban en la pared.

La carrasposa voz de mi abuelo se pronunció de nuevo, y opuso el paseo hacia el comentado cuarto, obligando a detenernos para no parecer descorteses. Sin volvernos, simplemente inmóviles, escuchamos su tardía información por las espaldas.

—Como he sugerido anteriormente, no seas mala anfitriona y no hagas esperar demasiado al invitado que te espera en el salón. —Confusa por la ignorancia del individuo del que me hablaba, me giré ligeramente sin desenlazar mi mano de la de Adham.

El presente ángulo en el que nos encontrábamos mostraba una regular lejanía hacia la presencia de mi abuelo, y le pregunté alzando un poco la voz...:

—¿De quién se trata?

—Me dijo que no lo esperabas, pero que él permanecería el tiempo que hiciera falta. De Brian, claro —farfulló con cierta sonrisa indefinida.

De pronto, la taza resbaló de mis muertos reflejos, que exhalaban al percibir un escalofriante sentimiento que recorrió todo mi cuerpo, dejando el vello erizado y una ausente respiración, y ofreciendo un perturbador sonido que espabiló el posible amodorramiento de los presentes.

Los trozos desperdigados de la porcelana estampaban el pulido y liso suelo, que revelaba un incidente cualquiera, sin detallar las causas de su

penoso despiece. Pero el móvil panorama determinaba un suceso importante, causado por una increíble e inesperada noticia, que albergó una alegría notable en mi tez y me eximió de mi espinosa tristeza, aquella que, anteriormente, en un instante me hizo perder la fe en el vuelo de las mágicas libélulas, en el rocío de la mañana, en los espontáneos saltos al agua y en los preciosos atardeceres...: en las cosas más bellas de la vida. Un frenesís se apoderó de mi ser e hizo deslizar suavemente mi mano de la de Aham hasta su total liberación.

Durante todos estos largos años, comprendí que el tiempo, en su juego, me había sugerido diversos momentos: el futuro, divergente y cambiante, y el pasado, tradicional y perecedero. Pero lo verdaderamente importante que me había enseñado el tiempo fue ir en busca del anhelado presente.

Bajé rápidamente las escaleras hasta llegar al salón. Y ahí estaba él, sentado en el sofá de cuero castaño, mirando hacia la ventana: parecía uno de los señoriales retratos que residían en la casa. Al escuchar mis pasos se volvió y, al verme, se puso en pie.

—Pero tú no estabas...

—¿Muerto? —aventuró adelantando el predecible final de mi frase, que yo no me atrevía a pronunciar.

—Sí, a eso me refería. Te vi caer.

—Sí, es cierto, pero antes de llegar al suelo, mi cuerpo regresó aquí. Puedo decir que he renacido.

Yo, muy contenta por tal inesperado suceso milagroso, fui directamente hacia él, y nos abrazábamos intensamente fundiéndonos por la ilusión del reencuentro. Se separó y miró mis pupilas penetrantemente, mientras yo respondía de igual forma, acalorando el momento por segundos, como si una breve conversación telepática se hubiera establecido entre nosotros, aclarando una pendiente.

De pronto Adham bajó por las escaleras.

—¡Aquí estás, Erin!, te estaba buscando; tu casa es un verdadero laberinto —expresó hasta finalizar el último escalón.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó Brian muy ofuscado por su presencia, y se apartó de mí mientras me miraba fulminantemente, destruyendo a su paso el vínculo creado hacía tan solo unos instantes.

—He venido para estar con Erin, la quiero —declaró firme.

Brian me miró con gran decepción, haciéndome sentir como si dos puñaladas atravesaran mi pecho hiriéndome profundamente.

—Y yo, que creía que... —Y con los ojos a punto de estallar por la impotencia, liberó parte de su ira arrojando bruscamente unos libros de la estantería, que se hallaban próximos a él, y se dirigió rápidamente a la salida.

—Brian, no..., déjame que te explique. —Lo intenté coger del brazo, pero solo alcancé su manga para evitar su huida. Aun así, su ofuscación era tan devastadora que me reprendió de un estirón lo que me quedaba de él, y se marchó hostilmente fuera de la casa.

Mis sollozos se despeñaban por mis sensibles mofletes, como lo hace la corriente de agua que se desliza por piedras calizas de una costa acantilada. Yo ocultaba mi aflicción bajo mis prolongadas manos. Adham me abrazó para consolarme estrechándome en su cálido busto.

—¡Calma, Erin! Yo estoy aquí y no pienso marcharme. —Mientras desgastaba mi último llanto, pensaba en Brian. «Ni siquiera me ha dejado explicarme: estoy tan furiosa con él...». El enfado me reconcomía en mi interior. Me sequé la cara, y mi resentimiento me hizo sacar pecho.

—Ya estoy mejor, Adham.

—¿De veras? —respondió confuso, al ver mi tan radical cambio de estado anímico.

—Sí, gracias por tu preocupación. ¡Ven!, te ensañaré tu cuarto de una vez —le musité, asomando una delicada sonrisa como señal de mi reposición.

Subimos los estrechos y chirriantes escalones que conducían al pasadizo empapelado con revestimientos de madera en sus esquinas, donde aguardaba el hospedaje buscado. En un tramo cerca de la puerta del primer habitáculo, observé que la moqueta estaba un tanto roída, y especulé con el posible motivo de su desintegración. «¿Señal de ratones en la casa? Espero que no,

¡qué asco! ¿O quizá el paso del tiempo requiere una urgente reforma?».

El camino iluminado nos aclaraba que el final del pasillo ya estaba al llegar. Yo iba delante, y Adham me seguía tan silencioso como un indio que atraviesa los páramos; me cercioré, girando la cabeza un par de veces, de que seguía detrás. Y al fin me posicioné enfrente de la puerta, y la abrí.

—¡Pasa, Adham!

Era un lugar amplio y fresco bien ventilado, con dos ventanas entreabiertas, cada una de ellas situadas a cada lado del lienzo. La pared lucía un color *beige* neutro, y los muebles nogales combinaban a la perfección; la ropa de cama y las cortinas presumían de unas elegantes telas de lino, con un sencillo pero precioso damasco que rodeaba los bordes de su confección. La pequeña mesa del rincón, que sujetaba la práctica lámpara, y algunos lápices desordenados daban un toque acogedor e inspirador para el que se animara a hacer unos escritos.

—¡Es perfecta! —exclamó complaciente.

—¿Te gusta? —le cuestioné para una total seguridad.

—¡Sí, desde luego que sí!

Mi ilusión por complacerlo me iluminó el rostro. Entretanto, él ya yacía en el colchón, probando su moldura a base de escuetos brincos corporales.

—Le diré a Muriel que traiga unas mantas y unas toallas limpias. Aguarda un momento. —Salí de la habitación reclamando a Muriel—. ¡Muriel, Muriel!

—¿Me buscaba, señorita Erin? —Y de nuevo volvió a sonsacarme un inesperado y molesto respingo.

Cavilé de inmediato para asegurarme de una pronta solución. «¡Ya sé!, buscaré la forma de colocarle un sonoro cascabel a esta mujer; necesito urgentemente detectar sus sordos pasos, es desesperante»

—¡Sí! ¿Podrías traer unas mantas y unas toallas a la habitación de invitados, por favor?

—Por supuesto, señorita Erin.—Y desapareció por los entrecruzados

pasillos.

Volví al cuarto. Adham seguía tumbado, y aproveché mi oculta posición para espiar su perfecto y celestial físico; comencé resiguiendo los serpenteantes destellos azabaches que surcaban en su melena, pero me detuve al darme la sensación de que estaba demasiado inmóvil.

—Adham, no es hora de dormir, todavía tengo que enseñarte toda la casa. —Pero Adham seguía sin responderme, y me acerqué—. ¡Adham! ¡Adham! ¿Estás bien? —Empecé a exaltarme y le propiné varias sacudidas.

De pronto sus manos comenzaron a desvanecerse, también sus pies, su rostro, sus labios...: Adham ya no estaba. Caí desplomada en la templada colcha, aferrándome con los puños bien prietos a su impecable tela; iba palideciendo mientras resplandecían nuevas gotas de tristeza.

—¡Nooooo! —grité apenada. Alertado por el grito, don Gael se asomó.

—¿Qué ha pasado, Erin?

—Se ha ido, él ya no está. El agua del manantial no lo ha dejado. —Se sentó a mi lado, y me abalancé a llorar en su regazo. Sobrecogido, me acarició el cabello una y otra vez.

—A veces, el agua viajera nos ofrece respuestas que no comprendemos, pero hemos de descubrir la forma de hallarlas.

—Pero ¿por qué se lo ha llevado? A ti te dejó aquí. Ni siquiera he podido despedirme. —Y sin dejar de acariciar mi larga melena, respondió...:

—No lo sé, pero sé que tú encontrarás la respuesta. —Y me propinó un beso consolador en la frente.

Había sido un día muy extraño. Intenté contactar con Brian por teléfono, pero no hubo manera: nadie respondía.

Al día siguiente, me dirigí en bicicleta hacia su casa, decidida a retenerlo por la fuerza si fuera preciso, hasta que finalizara la última palabra pertinente de mi boca. Llegué, apoyé la bici en el escalón de la entrada al porche, y subí la escueta escalera. Piqué al timbre. Nadie abría la puerta; ni siquiera se escuchaba el menor de los sonidos. Me asomé por las ventanas que rodeaban

la casa; en algunas solo se detectaba oscuridad y en otras, las estancias, como la cocina o la salita, mostraban un pulido orden.

Bajé los escalones muy desilusionada en busca de la bici. Jaime, el vecino de nueve años de Brian, pasó por delante a toda prisa con su bicicleta roja hasta que me vio, y propinó un ruidoso derrape con las ruedas para frenar antes de salir inevitablemente de mi vista, proporcionando una vaporosa nube marrón a sus pies.

—¿Buscas a Brian? —me preguntó.

—Sí, ¿sabes dónde está?

—Él y su familia se han marchado apresuradamente esta mañana.

—¿Marchado? ¿A dónde?

—No lo sé, su padre solo aclaró que se iban por una temporada. —Y el jovencito, contento por haberme ofrecido información, reanudó su marcha mientras me dejaba inmersa en una dolorosa angustia.

Mi mundo había dado un giro inesperado de 180 grados: los dos hombres de mi vida ya no estaban. Cogí la bici, pedaleé y pedaleé, sin poder ver rumbo alguno. Mis enfurecidos ojos, repletos de gran caudal, me impedían visualizar el camino. Y adentrándome en el frondoso bosque sin disminuir la velocidad, me tropecé con una piedra, y salí despedida por los aires. Caí encima del follaje, que perpetuó milagrosamente mi cuerpo, y salí ilesa del peligroso incidente. Me puse de cuclillas y grité:

—¡Ahhhhh! ¡Ahhhhhhhhhh! —Hasta desahogarme por completo. El grito alcanzó el eco, y las pocas aves y animales del bosque ocultos alrededor iniciaron la huida.

Llegué a casa, moral y físicamente derrotada. Me di una ducha caliente para relajarme. Salí del baño cubierta por una toalla y con el despeinado cabello húmedo sobre mis espaldas; el viejo de la casa pasó por delante de mí pronunciando unos desafinados pero pegadizos silbidos.

—¿Estás bien, abuelo? —indagué extrañada por su anómala desinhibición.

—¡Sí, claro! —Pero después de dar un par de pasos, retrocedió—. ¡Ah!,

ponte un bonito vestido para la cena: tenemos que darte una noticia.

Pero antes de que pudiera indagar sobre el asunto, desapareció. «¿Tenemos? ¿A quién diablos se refiere?... Viejo intrigante», reflexioné enrabietada por la incertidumbre recién ocasionada.

Me uniformé con un precioso vestido de color cava, que mostraba un delicado encaje al final del largo de la falda y un lazo de raso dorado, que envolvía mi estrecha cintura. Me decoré con un recogido que aguantaba tenazmente mis moldeados mechones enrojecidos y dejaba caer alguno, enmarcando así mi rostro; le di el último toque al enroscado cabello, y puse la frágil libélula que me había regalado Brian, un poco ladeada.

—¡Ya está! —Me miré en el espejo del armario, complacida por el trabajo realizado.

Famélica, bajé las escaleras, esperando a que la información la ofrecieran al final de la cena. Al llegar al salón, observé un precioso tablero preparado minuciosamente, con dos enormes y floreados centros de mesa que se disponían alineados en su larga extensión, cubiertos con un arreglo bitonal de *gerberas* y *liliums* en diversos tonos azules. La cristalería y la vajilla conjuntaban por sus bordes dorados, los cuales, por su resplandor, despertaban el anhelo de sentir la suavidad del oro en los labios al beber o, en el caso de la vajilla, de acariciar el delicado ribete para experimentar la textura en las sensibles yemas.

Entró mi abuelo al salón.

—¡Ya estás aquí, Erin, perfecto! ¡Murieeel!, ya estamos todos. Siéntate, querida —me ordenó afablemente.

Entró Muriel sin su habitual uniforme; es más, se había acicalado exquisitamente llegando a parecer una mujer aburguesada, desprendía una poderosa fragancia dulzona, como la de los perfumes franceses más prohibitivos, que una vez inspirado imposibilitaba la percepción de otros hedores por potentes que fuesen.

—¡Estás preciosa, Erin!

—Lo mismo digo, Muriel: ¡estás espléndida! —dije sorprendida ante su

encantadora apariencia.

Mientras tanto, mi abuelo y yo esperábamos, sentados en la mesa, el menú ansiado; Muriel se aposentó cómodamente, como si fuera a acompañarnos en la cena. Yo, plenamente confundida, sonreí como una tonta para no parecer descortés ante su atrevimiento, mientras miraba al don de soslayo ante la embarazosa situación.

—Erin, te hemos reunido aquí con nosotros para expresarte una buena nueva, y es que a partir de ahora Muriel ya no servirá más a esta casa.

En mis adentros, medité la desmesurada grosería que había cometido el viejo al referirse a la marcha de Muriel como una «buena nueva».

—¡Oh, Muriel!, ¿te marchas? Cuanto lo siento. ¿Hemos hecho algo que te haya molestado? —le pregunté apenada.

—No, querida Erin, no es eso —me dijo mientras me miraba radiante. Mi cara de atontada expresaba mi perpetua ignorancia sobre el tema.

—¡Rosaliiiiii! —pronunció Gael alzando la voz. Y de repente, una mujer joven de unos veintisiete años entró al salón uniformada de sirvienta, con su pertinente cofia y delantal.

—¡Sí, señor! —farfulló eficiente.

—Erin, te presento a Rosali. Ella va a servir en esta casa a partir de ahora. Sirve el vino, por favor, Rosali. Reverencié a Rosali con un gesto de cabeza para darle la bienvenida. Mi abuelo prosiguió—. En éste último año han sucedido muchas cosas, y... Muriel y yo nos hemos entendido. —Se cogieron de la mano sobre la mesa. Yo no daba crédito a lo que veían mis ojos: dos personas que se llevaban como el perro y el gato ahora se entendían—. Hemos emprendido una relación romántica y espero que te alegres por nosotros. A partir de estos momentos, Muriel formará parte de esta familia y pasará a ser la señora de esta casa.

Me quedé estupefacta. «Si levantara la cabeza mi abuela...». Y de repente, mi cerebro reaccionó de una manera inesperada.

—¡Me alegro muchísimo por vosotros! —mascullé felizmente. Me levanté, les propicié un fuerte abrazo a los dos y le di a mi abuelo un cariñoso

y efusivo beso—. Estoy feliz de que ya no estés solo, abuelo —le susurré al oído. Después de todo, el hombre llevaba casi dos décadas en la pura y oscura soledad. Y sí, era cierto que últimamente su ardua sonrisa se asomaba en su rostro más de lo habitual.

Muriel era una gran mujer que había aguantado carros y carretas en esta casa durante más de la mitad de su vida, sin huir de ella pese a todo, mostrando así su más leal fidelidad.

La nueva Rosali nos sirvió el vino. Llevaba un moño bajo la cara, completamente lavada; aun no siendo muy agraciada, y con una exorbitante delantera. Su joven experiencia la hacía mostrarse un tanto insegura a la hora de elaborar su trabajo, pero su simpatía y afabilidad la dejaba exenta de cualquier reproche.

Comenzó a llenar los platos. La comida tenía un aspecto exquisito: asado de ciervo con excelente guarnición, un menú perfecto para festejar una sorprendente noticia. Al probarlo se me pasó por la cabeza que no era una exquisitez; desde luego no era comida de dioses, como la de Muriel. «¿Acaso Muriel no puede estar con mi abuelo y a la vez elaborar sus tareas? Tienen demasiados prejuicios», medité de manera inconforme.

La cena me animó: lo pasamos bien recordando graciosas experiencias, ya que Muriel llevaba tanto tiempo con nosotros que formaba parte, prácticamente, de todas las historias familiares.

Me retiré para descansar, dando nuevamente mi enhorabuena a la pareja de tortolitos, y felicitando a la nueva cocinera.

Capítulo 20

LA REALEZA ÁRABE

Estirada en la ancha cama, no paraba de dar vueltas sobre el paradero de Adham y de Brian. Sabía que si Adham había regresado a Dýnami, se lo habrían llevado. Aquel último helicóptero que había interceptado antes de desvanecer del lugar era de Arabia: seguro que lo estaban esperando. Pero ¿y si no se había ido y seguía en la caótica ciudad? Tenía que averiguarlo. Salté de la cama y me dirigí al manantial.

Bebí y comencé la traslación. Surqué en la oscuridad, y mi interior comenzó a vibrar como la señal del franqueo de varios mundos que dejaba atrás, sin descubrir. Hasta que la sensación me invadió, como si el oxígeno por fin perpetrara en mis pulmones, me despertara de un sobresalto, y abandonara aquella penumbra desconcertante. Ya estaba allí.

Me levanté de la tierra blanda. Dýnami ahora estaba desierta y totalmente derruida. Su imagen imposibilitaba la idea de que pocos días atrás estuviera llena de vida y luciera grandes y majestuosas edificaciones: parecía una ciudad mitológica y centenaria.

Al rondar su terreno, pude comprobar que los cuerpos inertes amontonados habían desaparecido y las máquinas, convertidas en morralla, también. Alguien había limpiado aquel lugar, que solo estaba inundado de recuerdos y manchado de sangre, pero no había rastro de Adham.

Me apoyé en el monumento de la *esfingola* o, al menos, de lo que quedaba de él. «¿Permaneceré mucho tiempo aquí? Pero... ¿dónde estará Adham?». La intensa soledad me suscitaba cuestiones inciertas que me obligaban a envainar mi impaciencia, puesto que mi única baza era el letargo del manantial como método de huida.

Esponáneamente, un estruendoso sonido surgió de los árboles frondosos, e hizo bailar al compás a la arboleda con su tremenda fuerza de tornado, obligándolos a agarrarse a sus arraigadas raíces para no ser extraídos de la tierra. El helicóptero demolía lo más débil que hallara a su paso.

Sobrevoló por encima de mí durante unos instantes, hasta que inició el aterrizaje en la llanura donde yo me encontraba; me alejé todo lo posible hacia un extremo, por temor a su huracanada fuerza acústica y devastadora. El helicóptero era el mismo que había visualizado antes de desvanecerme junto a Adham la última vez: el de color oscuro con las letras árabes.

Se abrió la entrada a la nave, y un hombre vestido con una larga túnica negra y un turbante bajó y se aproximó a mí.

—¿Erin Erwin Lynch?

—Sí, yo misma.

Sabía que, posiblemente, este suceso tendría que ver con Adham, pero mi desconfianza se había acrecentado últimamente.

—Me envía el príncipe de Kuwait, Adham Hassán, a buscarla. Si fuera tan amable de acompañarme al helicóptero, señorita.

—Disculpe, pero yo no lo conozco de nada—respondí circunspecta.

—Perdone, señorita, quizá no me expresé correctamente: no era una sugerencia.

Tragué saliva y me dirigí junto al extraño hacia la nave voladora, como remedio para ahorrarme posibles problemas en terreno árido.

Subí con la ayuda del desconocido, que se ocultaba tras sus suaves telas, y descubrí a bordo a dos clones más de mi acompañante. Despegamos y dimos un paseo por las altas y multiformes nubes; alguna parecida a un ciervo, a una bota, a un estornino... y la última, a un puente, donde pasamos raudamente por debajo retando al cielo y a su impredecible meteorología, y deleitándome de vistas jamás observadas desde tal magnífica ubicación, a medida que lograba poseer el poder del control del universo. No hallaba palabras que describieran aquella belleza; mi mente había dejado de trabajar y, tras las imágenes presentes, me encontraba en la más deliciosa cordura.

Tras una largo tiempo mudo, decidí romper el silencio.

—¿A dónde vamos? —pregunté tras desperezar mi intriga.

—Tiene bajo sus pies el palacio real de Kuwait, señorita Erwin. —Volví la vista hacia la ventanilla, y corroboré la noticia: una enorme y majestuosa edificación alargada se encontraba rodeada de extensos jardines verdes de dimensiones prácticamente infinitas.

El helicóptero se dispuso a aterrizar en el ancho jardín. Una hilera de personas nos esperaba en tierra, pero no lograba localizar a Adham, a no ser que se mantuviera también oculto, como la mayoría.

Al bajar de la nave, con la ayuda de los hombres clonados, me encontré con el palacio más increíble de la Tierra. Era enorme, tenía varias cúpulas doradas de diversos tamaños, con los acabados en forma de punta, como hirientes lanzas de guerra; una de las cúpulas era tan exorbitante que el oro reflejaba el resto de la amplia construcción. La fachada lucía de color blanco puro y destacaba los umbrales y ventanales de estilo arqueado, con aspecto lacerante en medio, que también relumbraban el impoluto oro; varias capillas presumían al aire libre decoradas con preciosas balaustradas a su alrededor, que favorecían enormemente el diseño. Parecía que me hubiera topado con el palacio de *Las mil y una noches*.

Los jardines se enmoquetaban de un aterciopelado manto verde que alisaba todo el terreno, exceptuando las nacientes y vastas palmeras. Sin embargo, mi imagen más predilecta era la del lago; se hallaba uno artificial en la parte oeste del jardín, que yo acababa de bautizar como «El lago hechizado», puesto que su amplitud permitía calcar la misma imagen del palacio, pudiendo confundir al forastero como la verídica residencia. Era pura magia.

De nuevo parecía estar en un lugar de ensueño, pero yo me preguntaba...: «¿Será tan maravilloso como aparenta, o de nuevo las apariencias engañan? ¿Y dónde está Adham?».

—¿Dónde está Adham, Adham Hassán, el príncipe? —preguntaba confusa a las desconocidas personas de ahí presentes, pero nadie me contestaba.

Unas mujeres ocultas por sus brillantes sedas me hicieron seguirlas. Me adentré tras ellas, teniendo a una última detrás de mí, que me pisaba los talones incómodamente. El interior era aún más espectacular: extensas estancias, altos techos vertiginosos, encerados suelos con los que imaginabas resbalarte de un momento a otro, elaboradas enmarcaciones para la debida presentación de cada compartimento y preciosos mosaicos multicolores en las paredes de divina calidad evidenciaban su costoso diseño.

Subimos por unas anchas escaleras que nos llevaban al piso superior; en aquella parte yacían las alcobas. Después de un buen rato atravesando pasadizos de tremenda fantasía, llegamos a una puerta.

—Este será su aposento, Srta. Erwin —me indicó una mujer de bellos ojos rasgados y delineados.

Atravesé la puerta y conmigo, el resto del séquito; me sentía molesta tras el osado quebrantamiento de la intimidad que había cometido. La habitación era digna de una reina: su colosal camastro se presentaba con barrotes de madera, que se proyectaban a lo alto en cada vértice, para aguantar así los velos caídos irisados que ocultaban el acogedor e íntimo lugar. Sus magníficas alfombras persas con preciosas figuras geométricas revestían el habitáculo convirtiéndolo todavía más llamativo. Abalorios de oro, incluso perfumes y cepillos enjoyados adornaban el tocador.

Tras quedar completamente sorprendida por el fabuloso alojamiento, comencé a notar unas suaves manos que intentaban deshacerse de mis ropas.

—¡Eh! ¿Qué están haciendo? —amonesté.

Nuevamente la enigmática mujer de preciosos ojos rasgados se dirigió a mí amablemente. Creo que era la única que hablaba mi idioma.

—Señorita Erwin, el príncipe Adham nos ha ordenado acicalarla para la cena.

Al escuchar su pretexto me alegré, sabiendo que pronto vería a mi amado. Pero yo no entendía cómo Adham, a sabiendas de que podía desvanecerme en cualquier momento, me dejaba con gente desconocida durante tanto tiempo.

Frente a tal inusual intimidación, me dejé desnudar y ponerme en sus

manos. Por importunada que estuviera, confiaba en Adham y sabía que, mientras más rápido obedeciera las órdenes, antes lo encontraría. Y en cuestión de pocos minutos, alzando mis extremidades al cielo para no incordiar a las sabias y trabajadoras manos que me contorneaban, acabaron su trabajo y me acercaron un móvil espejo de cuerpo entero.

—¡Oh! —exclamaron las mujeres al verme desde una perspectiva más alejada.

Me hallaba irreconocible. Estaba engalanada con un precioso vestido de color verde esmeralda, que lucía un impresionante y deslumbrante brocado alrededor de mi torso, el cual embellecía excelentemente mi silueta; mi rostro permanecía oculto, lo que dejaba entrever mi brillante mirada tras una suave y agradable seda de color dorada, que destacaba en su contorno unas preciosas joyas colgantes. Parecía una importante «mujer árabe».

Salimos del dormitorio para dirigirnos al salón, por supuesto siempre rodeada de mi escolta femenino. Hallamos por fin la sala, después de caminar interminables pasillos y rodear decenas de chaflanes. La protagonista indiscutible del lugar era la imponente y majestuosa mesa de, por lo menos, diez metros de longitud, adornada con vasijas de oro repletas de destellantes y atrayentes frutos exóticos. La servidumbre estaba alineada alrededor de la habitación, disponible ante cualquier diligencia que se precisara; incluso emitiéndole un parpadeo casi imperceptible de ojos, respondía raudamente ante el dirigente.

Me ofrecieron asiento al ser, hasta entonces, la única persona que se acomodaba en la mesa. Y en un duro e inagotable momento de silencio absoluto, aún habitando al menos quince personas en la sala, entraron varios individuos al salón, y uno de ellos era Adham. Mi felicidad me invadió; cada vez me había resultado más inalcanzable aquel momento, pero... estaba pasando.

—¡Adham! —Salté de un brinco.

—¡Mi querida Erin! ¡Ya estás aquí! —Nos abrazamos fuertemente.

—¡Ejemm, ejemm! —carraspeó uno de sus acompañantes, como si nuestra

cercanía fuera incorrecta. Adham se separó.

—¡Eres la kuwaití árabe más bonita que he visto nunca! —exclamó admirado; yo sonreí sonrojada.

—Tú tampoco estás nada mal de príncipe —balbuceé.

Entretanto, Adham, con un ligero estirón de mano, me ubicaba enfrente de un individuo que parecía bastante poderoso.

—Así que... esta es la mujer de la que me hablaste, hijo mío. —Y de inmediato razoné: «¿Hijo mío? O sea que este hombre no es nada más y nada menos que...».

—Erin, te presento a Jabu Hassán Loshian, rey de Kuwait.

El vello que suavizaba mi piel se erizó, y las manos se volvieron temblorosas al encontrarme en una situación tan inesperada. Nunca había estado ante un rey.

—Encantada, señor rey Jabu Hassán. —Intenté hacer una clásica reverencia, viendo asomar una traicionera e incontrolable sonrisa en la boca de Adham. Lo miré molesta y sus facciones se volvieron formales de inmediato.

—Mi hijo me ha hablado mucho sobre ti. Desde ahora los amigos de mi hijo serán bienvenidos a esta casa.

—Gracias, señor rey —musité sin estar plenamente convencida de cómo denominarlo, e ideando en cursar prontamente una clase de protocolo y etiquetado de recepción de majestades.

Después de las presentaciones, nos sentamos a degustar los desmedidos y deliciosos manjares que nos habían servido en la real vajilla; comprobé, por la exagerada alimentación conllevada, la sorprendente elasticidad de las telas del vestido que enfundaba, al agrandarse mi vientre como un globo aerostático.

La conversación fluyó después de unas incontables copas de buen vino (no sabía si hacerme con uno de aquellos como modo de pago a don Gael), y la extraña compañía empezó a parecer familiar, convirtiendo los momentos cada

vez más agradables.

Tras finalizar el refrigerio, me despedí del rey con la seguridad de haberle agradado, y Adham se ofreció para hacer de guía y mostrarme más detalladamente el maravilloso lugar.

Salimos del palacio, cogidos de la mano, y dimos un paseo por los alrededores. Las briznas acariciaban cariñosamente mis tobillos desnudos a medida que daba un paso tras otro. La brisa del atardecer estaba repleta de un perfume embriagador que deleitaba mis conductos nasales a florecimiento, y el silencio complacía mayormente a los demás sentidos, convirtiendo el momento en el idóneo para rodearse de una buena y amorosa compañía.

—Veo que has tenido una buena acogida.

—Sí, estoy muy contento de estar con los míos, aunque preferiría estar contigo. Tú para mí lo eres todo. —Me miró a los ojos con sus brillantes y oscuros luceros, como si fuera a hipnotizarme—. ¡Erin, te he echado tanto de menos! Al desvanecerme en tu casa, tuve miedo de no volverte a encontrar. Desperté en Dýnami cuando un helicóptero enviado por mi padre dio la orden de hacer guardia hasta mi encuentro, pero yo no quería irme de allí por si tú regresabas. Cedí con la condición de que te esperaran. Ahora, cada vez que vuelvas a marcharte, pondré un helicóptero privado a tu disposición en Dýnami, y te traerán de vuelta. Nadie nos separará. —Se acercó a mis húmedos labios y me besó con cuidado, como si acariciara las frágiles alas de una mariposa.

Empecé a parpadear, y me aparté de Adham para alertarlo.

—Me tengo que ir, lo he pasado muy bien. —Su semblante se endureció al encresparle la noticia.

—¡Está bien!, pero regresa pronto. Te estaré esperando. —Le sonreí cuando perdí la consciencia.

Pasaron los días y la vida en Cashel seguía. Comencé la carrera de Historia siguiendo el programa de avanzados en la facultad de Newman. Estaba encantada, las asignaturas me distraían y el día a día transcurría más ameno, aunque estaba tan sumergida en mi secreto mundo que cada vez me

volvía más insociable.

El contacto con Holly era escaso. Ella seguía en Reymory's y yo no me acercaba mucho por allí, así que supongo que entre las dos perforamos un profundo socavón.

Me enteré de que Brian se había marchado a Nueva York y había montado una fábrica de muebles con su padre. Su progenitor siempre había sido un buen tallador. Le enviaba cada día una carta a su dirección, pero nunca obtenía respuesta.

Entretanto, mis visitas a Dýnami eran debidamente recibidas por el leal séquito de Adham, que me esperaba contra viento y marea en la deteriorada ciudad. Los reencuentros entre ambos eran sofocantes. Nos convertíamos en fervientes volcanes en erupción al entrar en contacto piel con piel; la sensación era tan hirviente que nos derretíamos como la moldeada lava incandescente, dejando nuestras almas arrasadas y dispuestas a ir al infierno por pecar tan gustosamente. Las innumerables alcobas del palacio estaban más que estrenadas y los habitáculos, que no eran para cesar del descanso, habían comenzado a inaugurarse.

Posteriormente a tantos viajes a Dýnami, surgió un cambio inesperado: empecé a dominar con mi mente mis traslados, y aparecía directamente en el palacio. Al parecer me había convertido en una veterana y excelente viajera del agua, y mis habilidades eran más sabias y poderosas. Cada vez que llegaba al palacio, me dirigía a mi aposento asignado, donde me esperaban agasajadoras joyas que Adham enviaba exclusivamente para mí.

Una de las cien noches maravillosas, Adham me dijo algo:

—Mi amada Erin, sé que te queda poco para marcharte, pero no quiero separarme más de ti, así que el próximo día te haré una propuesta; si la aceptaras, tú y yo nos haríamos inseparables.

Me quedé sin palabras, sin tener la menor idea de cómo sería posible burlar a la magia. Por muy poderoso que fuera Adham, la magia del manantial era aún mayor; pero se lo veía muy seguro de sí mismo.

—Estoy ansiosa de que llegue el próximo día —respondí risueña, y

acompañé mis esperadas palabras con un escueto beso en la mejilla.

Sin embargo, tras mi mención, una rara sensación peregrinó mi cuerpo, y unas curiosas cuestiones acorralaron a mi cerebro: «¿Que será aquello que le fomenta tal seguridad como para garantizar nuestra unión indefinida? ¿Y por qué me siento tan extraña? ¿Acaso no deseo pasar la vida con él? Es cierto que últimamente no conversamos demasiado y nos centramos más en otras tareas que requieren un lenguaje diferente, más postural quizá... —medité divertida—. Posiblemente nuestra relación se haya transformado en un vínculo simple y llanamente físico. No, rotundamente no: me niego a pensar eso». Estaba nerviosa y me estaba volviendo paranoica, eso era todo.

Capítulo 21

EL REGRESO

Al volver a casa estuve dándole vueltas al tema constantemente, excepto cuando calculaba la hora justa de la llegada de Caylan, el cartero.

Caylan era el niño de doce años que venía a buscar puntualmente las cartas para asegurar su destino. Con el pelo alborotado a causa de cabalgar velozmente en su vieja bici, Caylan tocaba el agudo timbre de su humilde vehículo a la espera de que bajara, como de costumbre, y le entregara la valiosa mercancía.

Era la hora en la que llegaba, y me pareció escuchar su bocina. Aparté la cortina con mi mano y lo visualicé ahí parado; me dispuse a coger la carta de la mesa para entregársela, y una sensación punzante me acuclilló forzosamente. El dolor era tan agudo que me impedía ponerme en pie; apretando fuertemente los labios para sobrevivir al suplicio, esperé impaciente el paso del tormentoso momento.

Mi cuerpo comenzó a ralentizarse y pude erguirme, aunque dolorida; pero eso no cesó mi preocupación por la posible marcha de Caylan, así que miré por la ventana de nuevo y comprobé, decepcionada, que él ya no estaba.

Me tiré en la cama completamente disgustada por no haber logrado enviar mi carta a Brian, ignorando mi lastimoso suceso. Y de repente, un ligero calambre inundó mi pierna derecha convirtiéndola en una concentrada espiral de dolor insuperable, mientras ahogaba mis gritos en la confesable almohada. Al parar repentinamente el angustioso cesar, examiné mi pierna y hallé un gran círculo de piel ennegrecida, desconchada, como si estuviera «muerta». Me asusté, y bajé bruscamente la falda para sacar de mi vista la terrible visión. No sabía de dónde derivaba aquella extraña lesión.

Pasaron unos días en los que hice vida relativamente normal: tuve que quedarme en casa durante alguna tarde debido a mi ligero estado debilitado. Decidí no ir a ver a Adham por si en el viaje no llegaba a mejorar, evitando así alarmarlo sin necesidad.

Mi abuelo llamó al doctor Benjamin para que me examinara, pero después de varias pruebas no encontró nada. Me mandó reposo, sopa de pollo y unas vitaminas, y dijo que en unos días me recuperaría. Pero algo en mi interior me decía que aquello no era un simple virus: nunca me había sentido igual.

Una tarde encapotada, yo reposaba en casa, aunque ya me sentía mucho mejor. Me animé a leer un libro de la biblioteca y, curioso por las estanterías, encontré uno de los ejemplares preferidos de mi madre: era de poesía y su autor era Elouan Abou Ouret, un francés muy romántico y elocuente. Abrí una hoja al azar y la leí:

En el bosque eterno

*En el bosque eterno yo crecí en el amor.
Seguí tus pisadas, grandes como las hojas.
Seguí tus sombras, escondidas tras los árboles.
En el bosque eterno yo crecí en el amor.
Y cuando descansaba en la roca del río,
tú me dijiste que te amara para siempre,
como lo hacen las plantas a la lluvia.
En el bosque eterno yo crecí en el amor,
pero mi curiosidad me hizo abandonarte,
sin comprender la felicidad de la vida.
En el bosque eterno yo crecí en el amor,
donde ahora mis lágrimas forman parte del río.*

De pronto picaron a la puerta, y el timbre me apartó de mi concentrada lectura. Lo dejé en el estante con el pico de la hoja doblado, salí de la

biblioteca llamando a gritos a Rosali:

—¡Rosali! ¡Rosaliiiii!

Pese a chillarle con todas mis fuerzas, no contestaba; con el paso de los días podía comprobar que la eficiencia de Rosali no era tan sobresaliente como la de Muriel, pero eso ya no importaba. Muriel estaba con el patrón y era la señora de la casa: había que conformarse.

Apresuré mi paso, abandonando así mi desazón por atender la fastidiosa labor, hasta llegar a la puerta. Y la abrí. No podía creerlo...: había pasado casi un año desde que se había ido y estaba muy cambiado. Brian se encontraba en la entrada. Sin embargo, singulares detalles lo habían convertido en un hombre hecho y derecho: sus rebeldes tirabuzones dorados se habían domado con algún tipo de cera, mostrando así un peinado más formal y pulcro; su cuerpo estaba entrenado, lo cual dejaba atrás el delgado y ágil torso que anteriormente habitaba y le permitía subir a la rama más alta del nogal; y sus ropas holgazanas se habían convertido en un impecable traje de comerciante. Pero sus almendrados y dulces ojos eran los mismos: tiernos como una pomposa nube de algodón.

Mi asombro debió dejarme una espantosa cara de abobada, pero enseguida espabilé.

—¡Brian! —exclamé entusiasmada.

Y me lancé en sus brazos estrechándolo hacia mí fuertemente, sin soltarlo, como cuando encuentras un objeto de la infancia que perdiste hace mucho tiempo y, al encontrarlo, lo guardas como oro en paño. Él hizo lo mismo, hasta que pasaron un par de minutos irrepetibles y él se desprendió despacio, en contra de mi voluntad.

—¿Estás bien? —me preguntó agitado, pero pensé que a lo mejor se encontraba así por el trascendental encuentro.

—Sí, ¿por qué? —dije extrañada.

—Hace un par de días que no me escribes.

Al escuchar su respuesta como si hablara de algo corriente, me quedé pasmada... «¿Acaso insinúa que durante todo este tiempo leía mis

cartas...?». Un resentimiento comenzó a trepar invisiblemente por mis curvas.

—¿Así que has estado recibiendo las cartas? ¿Y por qué no te has dignado a escribirme ni siquiera una vez? —Mi semblante se ofuscó al momento, y ya no podía mirarlo.

—Estaba muy enfadado; quizá no lo entiendas ahora, pero... —Muy disgustada, yo negaba con la cabeza, sin querer escuchar más excusas disfrazadas que, después de la deplorable tristeza transcurrida a causa de su incertidumbre, para mí no tenían ningún valor—. Déjame que te invite una hamburguesa por lo menos, y así lo hablamos con más tranquilidad —insistió sin decaer ante mi indignación. Pero mi enfado era tan profundo como la grieta de un reciente terremoto. De tal manera que tuvo que suplicarme varias veces, hasta que por fin acepté con los labios pequeños.

Cogí la chaqueta del repleto colgador, y se cayó otra, que no recogí por prisa y pereza, y me fui con él. Tenía aparcado enfrente de la puerta un flamante automóvil rojo vivo de grandes dimensiones, sin duda recién estrenado, por el increíble resplandor de su impoluto encerado. Por lo visto, en la fuga a Nueva York no le había ido del todo mal. Después de mi atónita mirada ante su juguete, me dirigí a él sin despegar la mirada del auto.

—Al parecer tienes que explicarme muchas cosas... —musité, mientras daba una vuelta a la periferia del coche inspeccionando su encanto.

—Sí. La verdad es que un corazón roto es un buen motivador para tirar adelante. —Su respuesta me acalló por completo, como si una roca hubiera aterrizado en mi cabeza—. ¡Sube!, estoy hambriento.

Llegamos a Bíta, la hamburguesería de la esquina de la plaza, un lugar muy frecuentado por los lugareños, y por ello era difícil encontrar una mesa disponible si no habías realizado previa reserva.

Al entrar, nuestro olfato fue asaltado por un fuerte hedor a vacuno asado y salsa dulzona que sobrenadaba por el cargado ambiente. Nos fuimos acercando poco a poco al mostrador, buscando entre el laberinto del colectivo el ansiado camino, apartando los pesados troncos ajenos con las manos, y

estrechando nuestra complejión, en medida de lo posible, como una rata lo hace en las estrechas ranuras de las cloacas, hasta que colonizamos un lugar vacío donde poder respirar tranquilos, aunque fuera con el humo a brasas que nos engordaba parte del estómago. Aquel lugar me recordaba a un atestado enjambre de abejas y nosotros, a las zumbonas que levitaban en el aire anhelando que alguna abandonara su cotizada recámara. Llegamos a la barra con un gran sofoco, y nos retiramos gustosamente nuestras prendas de abrigo para obtener el mínimo ápice de frescor en nuestra acalorada piel.

—¿Cómo estás, Alis? —saludó Brian a la cuarentona del mostrador, rebosando simpatía.

Era una mujer de pelo bermejo, el cual enroscaba descuidadamente con un lápiz haciendo que varios mechones se cayeran a la cara por su mala sujeción. También lucía los ojos horrorosamente maquillados con una centelleante sombra azul celeste, que desprestigiaba por completo su talento para acicalarse ella sola.

—¡Brian, qué sorpresa, has vuelto! —mencionó emocionada y jubilosa. Y apoyó su exorbitante delantera en la barra, para avanzar su cuerpo y estrechar, como a un muñeco de trapo, al pobre Brian.

—Sí, estaré durante algún tiempo. Ahora he venido a cenar con una amiga —respondió Brian de manera impasible.

Entretanto, ella me daba un grotesco repaso, como si me estuviera haciendo una radiografía, con sus maquiavélicas pupilas. Y yo, bajo su desafiante mirada, detectaba un molesto e irremediable tic que tenía en el ojo derecho, en el cual abría y cerraba el párpado unas tres veces por segundo; era muy angustioso si la mirabas fijamente durante una larga conversación.

—¡Oh!, no te preocupes, mi querido Brian. —Lo tranquilizó apretando un trozo de su moflete—. Enseguida te tendré una mesa preparada. —Desapareció entre las masas, y nos dejó a la espera.

En tan solo unos pocos minutos, la amiga de Brian regresó para encaminarnos a la ansiada mesa.

—¡Gracias, Alis!

—Para mi muchachote, lo que haga falta —aduló con resplandecientes ojos al indiferente Brian, mientras que a mí me lanzaba una disimulada y detonante mirada.

—¿Qué vais a pedir? —consultó la mujer de dos caras sujetando enérgicamente la diminuta libreta y el lápiz.

—Ponnos dos especiales de la casa con doble de queso... y también dos refrescos, por favor. —Después de coger el pedido, se retiró en silencio, como un alma escurridiza ante el muro humano.

—Veo que tu amiga te tiene aprecio —sugerí.

—Sí, pero la verdad es que es muy pesada. —Sonrió con picardía tras su confesión.

Me crucé de brazos y proseguí la conversación pero, sin más esperas, la encaucé a mi interés.

—Y bien, ¿por qué te fuiste sin decirme nada? —Sin rodeos me lancé por mis ansiadas respuestas.

—Veo que no te andas por las ramas... Erin, ¿todavía te lo preguntas? Lo escogiste a él.

—No me diste tiempo a explicarme.

—¿Explicarte? ¿Acaso ibas a elegirme a mí...? —El silencio protagonizó el momento—. Bueno, ya me has respondido, pero dime una cosa...: ¿sigues viéndolo? —Suspiré fuerte, para un extra de aire.

—Sí. —Su semblante se llenó de rabia contenida, de igual modo que recordaba cómo lo había hecho en ocasiones anteriores—. No tienes derecho a ponerte así. Tú te marchaste. —Y ofuscada, me dispuse a levantarme para ir al servicio antes de inundar la taberna con lagunas de profunda ira; pero mis manos tropezaron con la carta del menú y el soporte que la sujetaba.

Brian se alzó de la silla y se agachó servilmente para recogerlo. Cuando tenía todo ya en sus manos, observó que el bajo de mi falda se había enganchado con un hilo y se levantaba sutilmente y, antes de poder desengancharlo, se dio cuenta de mi extraña lesión.

—¿Qué es eso, Erin? —La laceración se había agrandado, la esfera era ya como la palma de mi mano, la negra piel comenzaba a caerse a tiras y su aspecto era más que preocupante. Me bajé la costura de la falda enseguida, tapando rápidamente la pierna.

—Nada —mascullé secamente.

—¿Nada? Eso no es nada. ¿Qué te está pasando, Erin? —Nuestras miradas se toparon, y sentí como si tuviera un poder superior para leerme la mente, así que la aparté costosamente cuando noté cómo comenzaba a succionar mis ideas.

Tenía miedo porque, después de varios días de reposo sin utilizar el agua de manantial, me encontraba mejor, y me había dado cuenta de que ser una viajera del tiempo tenía un gravoso precio, que estaba sufragando: «mi vida».

Me cogió toscamente de la muñeca para que dirigiera mi total atención hacia él. Lo miré desconcertada por su trato, cada vez más osado, cuando me pilló desprevenida al decirme algo que tan solo yo creía como mi secreto.

—¿Es el agua mágica, verdad? ¿Te estás enfermando por eso? ¡Dímelo! Me coaccionó de tal manera que le respondí con un liberador e impulsivo grito:

—¡Síííí! —La muchedumbre del restaurante se volvió de forma violenta hacia nuestra mesa para dar con lo que estaba sucediendo.

—No pasa nada, chicos, no hay nada que ver aquí. Vamos, vamos...— Brian dispersó diligente las miradas, acción que acabó con la embarazosa situación.

Alis se acercó a nosotros con una bandeja repleta de comida y la repartió entre ambos, lo que moderó aún más el enturbiado ambiente. Más relajados nos dispusimos a probar bocado, pero Brian prosiguió sin flaquear en su insistente persuasión.

—No puedes viajar más: si sigues haciéndolo, acabarás con tu vida —expuso intimidante.

—Dime, Brian: ¿por qué has vuelto? —cuestioné pensativa.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, por supuesto —dije convencida. Respiró hondo, como si fuera a desvelar algo extremadamente suyo, y avanzó en un tono más apaciguador.

—Porque aquel martes 20 de junio de 1939, tú me rompiste el corazón como nunca antes me lo habías roto. Llegué a mi casa desolado, así que mi madre me preparó un baño para que me relajara. Y cuando me quedé solo, decidí despedirme del agonioso dolor atentando contra mi cruel tristeza, cortando mis débiles e incipientes venas con una cuchilla. —Me quedé perpleja ante su confesión, y algo ardió dolorosamente dentro en mi interior: «la culpa»—. Cuando mi madre me vio flotando en un mar de sangre, aparentemente muerto, le dio un ataque de nervios. Mi padre tuvo que llevarnos a los dos a urgencias..., pero yo estaba muy débil. Pasé varios días en coma, creo que una semana, y los médicos aseguraron que no sobreviviría. Pero un día desperté, y mi padre dijo que no regresaríamos nunca más a casa. Tenía las maletas preparadas y había contratado a un importante psiquiatra de Nueva York, con el que comenzaría a tratar brevemente. Los días pasaban, pero mi alma no sanaba. Pese a las numerosas visitas con el doctor Allen y al esfuerzo de mis padres en sacarme de aquella amarga y decadente oscuridad, nada surtía efecto y yo me sentía atrapado en un fondo y resbaladizo pozo con mayor abismo que el del infierno.

»Hasta que de repente un día, el cartero vino a entregar el correo y, al verme entrar por la puerta de casa, me dio la correspondencia en mano en vez de depositarla en el buzón. Cuando reconocí tu elegante y coqueta letra, que escribía mi nombre, me escondí la carta en el bolsillo para que mis padres no pudieran detectarla y me obligaran a entregársela; después de todo, no te tenían demasiada estima. Y día tras día me hice encargado del correo para localizar tus posibles escritos.

»Erin..., tú me devolviste la vida; cada carta, cada día era mi secreto fármaco. El saber que seguías pensando en mí era lo necesario para devolverme las ganas de vivir.

»Mi ilusión retornó mi fortaleza y también la fuerza de mis padres, que se

hallaban ya consumidos por la pena, y poco a poco renació el Brian de siempre, mejor aún, renovado. Al poco tiempo levantamos una empresa, de la que puedo decir orgulloso que actualmente nos da de sobra para comer.

Al acabar me cogió de la mano cariñosamente, viendo que yo estaba estática tras su versión. Los hechos recientemente narrados e ignorados por mí durante tanto tiempo me hicieron sentir una estúpida. Al momento y sin poder aguantar más, mi frágil cutis se bañó de lágrimas incesantes que brotaban sin fin hasta irritar y enrojecer mis lagrimales, como si escarmentara de una penitencia merecida.

—¡Perdóname! —le supliqué. Abracé su sólida mano con mis dos pequeñas—. No tenía ni idea.

—Ya lo sé, no te preocupes. —Me limpió delicadamente las lágrimas con su pulgar—. Además, ya estoy bien. Ha pasado mucho tiempo. —Apreté mis manos contra la suya como signo de mi inalterable apoyo. Y los minutos reflexivos lograron curar parte de mi pesadumbre, pero pese a la situación el prosiguió.

—Ahora dime: ¿vas a volver? —Aparté mis manos y me sequé la humedad de la cara con la vista clavada en la mesa. Por lo visto, mi triste penitencia no le bastaba.

—Brian, no lo entiendes..., tengo que regresar.

¡Plaf! Enseguida dio una brusca palmada encima del sufrido tablero, por la cual lo hizo retumbar, como señal de desquicio. Yo me espanté, y realicé un espasmo inesperado que me hizo sentir fatal.

—¡Acabarás con tu vida, Erin! —sentenció toscamente. Harta de escuchar tal duro veredicto, decidí acabar con la cita, o lo que fuera aquello.

—Creo que ha llegado la hora de que me lleves a casa —dije levantándome decidida del asiento.

Él afirmó con la cabeza, mostrándose de acuerdo y, al igual que yo, con el orgullo al frente de la razón. Dejó un importante billete encima de la mesa; su propina aseguraba más de un capricho al afortunado que se lo adjudicara.

Nos amasamos entre la misteriosa multitud hasta encontrar la salida,

mientras yo pensaba en la decepción que se llevaría la encaprichada fan de Brian cuando viera que su muñequito se había marchado sin despedirse.

Cogimos el amplio coche para dirigirnos a mi casa; estaba oscuro, a excepción de la iluminación de los faros y, en mitad de un camino de tierra poco transitable, se detuvo en el lateral donde se escondía nuestro paradero, con frondosas ramas caídas de las arboledas más indescifrables. Me miró en la penumbra mostrándome, como la única luz, el resplandor que habitaba en sus ojos.

—Erin..., te quiero. —Me besó dulcemente hasta hallar mi más puro sentimiento.

Ambos comenzamos a desprender caricias en los resquicios de nuestros cuerpos, los más ocultos y temerosos, hasta reproducir la detonación incesante del más deseoso de los suspiros: «el gemido». El resurgir al exterior de esta apasionante melodía desvelaba la gustosa explosión de apasionantes y maravillosas sensaciones que estábamos experimentando y al fin, enloquecidos, decidimos moldear fieramente nuestras encaprichadas almas para convertirlas en una sola.

Después de aquello, no pronunciamos palabra hasta llegar a la verja forjada que preservaba mi casa. Nos despedimos cordial y extrañamente, y Brian me aseguró que su estancia en Cashel se prolongaría.

Llegué anunciando mi llegada a gritos, como de costumbre. No obtuve respuesta y subí al piso superior para acomodarme en mi habitación, y poder así sopesar mi entrecruzada cabeza. Al atravesar el pasillo me crucé con el cuarto del señor, que tenía la puerta entreabierta. Miré por la ranura al ver la luz encendida, y de pronto una obscena imagen me acaparó la visión: mi abuelo y Muriel estaban desnudos, uno encima del otro, en el lecho, copulando como perturbadores conejos. Y cuando mi espanto me devolvió el comando de mis reflejos, me quise echar atrás, pero don Gael se adelantó a mis movimientos, y en un santiamén dio un fuerte y brusco portazo. ¡Pam!

«¡Tierra, trágame!», medité exaltada y asqueada. Hubiera preferido mil veces ser absorbida por arenas movedizas, o por una ballena asesina, o qué sé

yo; todo, excepto haber sido testigo de la fornicación de un pariente. «¡Qué horror!».

Lo peor de todo era que una imagen grabada en la cabeza no podía limpiarse con agua y jabón como si se tratara de una sucia mancha, sino que irremediablemente habitaba en tu mente hasta su posible pero no segura extinción, causada por un largo lapso de tiempo.

Sin saber hacia dónde dirigirme, me conduje ciegamente al manantial, apagando las luces a mi paso para no dejar pistas de mi paradero. Bebí unos sorbos, y me desplazé emocional y físicamente, gracias a Dios.

Capítulo 22

LA PEDIDA Y CRUEL DESPEDIDA

Desperté en mi lujoso aposento de palacio, pero una inesperada sorpresa espabiló mi aturdimiento: una doncella del séquito, que limpiaba arrodillada el majestuoso tapiz, me miraba atormentada. Era la primera persona, aparte de Adham y de Brian, que me había visto aparecer de la nada; no podía permitir que destapara mi secreto, así que me acerqué a ella, y la amenacé.

—Si cuentas esto a alguien, el príncipe Adham hallará para ti el más vil castigo aún no experimentado por persona humana, y tú serás su ratón de laboratorio. ¿Me he explicado bien? —La pobre y joven doncella asintió con la cabeza repetidas veces, mientras sus dientes castañeaban de temor—. ¡Vete! —le ordené fieramente. Y en un parpadeo, la chica desapareció de mi vista, como si hubiera visto al Diablo personificado.

No estaba orgullosa de lo que había hecho, pero mi carácter se había endurecido con los años y mis duras y tempranas experiencias habían dejado callos en mi ser. De ninguna manera estaba dispuesta a dejarme manipular por un secundario altercado.

Me dirigí al aposento de Adham, intentando recordar el camino del laberinto en mi mapa mental. Con apenas dos ligeras equivocaciones de dirección en los primeros pisos, al fin llegué. Dos guardias enmascarados con oscuras túnicas custodiaban su portón y levantaban sus pesadas armas mientras permanecían inmóviles. Parecían disecados, seres totalmente inanimados. Me acerqué a ellos.

—Deseo ver al príncipe Adham —mascullé altiva, pero ni se inmutaron; ni siquiera pestañearon—. ¿No me habéis oído? He dicho que deseo ver al príncipe Adham.

De nuevo no me hicieron caso, así que opté por entrar por la fuerza. Repentinamente, los maniqués recobraron vida y forcejearon contra mí pero, al reclamar mis derechos a gritos, Adham abrió la puerta.

—¡Soltadla ahora mismo, imbéciles! —*Ipsa facto*, obedecieron al caudillo, posando de nuevo, erguidamente, como estatuas apuntaladas.

No había nada más atrayente que ver representar a Adham el diligente papel de patrón. Lo hacía como ningún otro, era tan viril... Y por si fuera poco, lucía como un gran sultán; con su cepillada melena ahondada de color oscuro y destellante brillo, y con una fisionomía recia y firme como la de un general, vestía con una real túnica de color granate y de acabados en hilo dorado: parecía el rey del mundo. Me ofreció su mano, colmada de anillos con piedras preciosas, y amorosamente me invitó a entrar.

—Pasa, querida Erin —dijo en un tono transformado, totalmente contrario al anterior, más suave y servil. Obedecí gustosa, y una fragancia a rosas invadió mi cercano entorno, procurando la gloria a mi deleitado y frágil olfato.

Su alcoba era de igual o de mayor tamaño que mi casa entera, y podía acoger a seis familias numerosas. Estaba decorada al detalle, e incluso exageradamente, con divanes de seda de diversos colores; vasijas de oro en cualquier rincón que se preciara, clásicas lámparas araña; colgantes con cristales o diamantes (no conseguía distinguirlo, puesto que brillaban demasiado, y probablemente sería lo máspreciado); arcos detalladamente proyectados, con simétricas formas de flores de Lis a su alrededor para cualquier cambio de ambiente, y exóticos tapices de varios diseños, que abrigaban al enigmático suelo. Era la cueva perfecta de un poderoso —soberano—.

—¡Erin, por fin estás aquí! ¿Por qué has tardado tanto? —dijo en cuanto se aseguró de una hermética intimidad.

—¡Oh! Bueno..., un latoso resfriado me tuvo en cama, pero ya estoy bien.

—¿Por qué no utilizaste el agua sanadora?

—La verdad es que no estaba convencida de que me curara del todo, y no

quería arriesgarme a que vieras la nariz de payaso que se me había puesto — me excusé, mientras Adham sonreía y me acariciaba el largo del pelo.

—Incluso vestida de payaso estarías hermosa. —Me idolatró, y se acercó despacio para besarme cuidadosa y pasionalmente, como lo hacía siempre. Y en cuanto finalizó, comenzó a hablarme—. Como no sabía cuándo vendrías, lo tenía ya todo organizado para que no me pillaras desprevenido.

Resurgí apresuradamente del ensimismamiento que me había propiciado el beso, para poder seguirlo y no parecer somnolienta o torpe. No entendía cómo a él no le sucedía y se mantenía tan... «cuerdo».

—¿El qué? —balbuceé.

—¿Es que ya no te acuerdas de lo que te dije?... Tenía que hacerte una proposición importante.

—Sí, claro que me acuerdo. —Se le iluminó la mirada otra vez—. Lo que pasa es que ahora no caía—mascullé segura y optimista. No obstante, no sé por qué... deseaba que él no se acordara.

—¡Espera aquí! Haré que lo preparen todo. —Obedecí como uno más de sus subordinados—. ¡Farûq!, ¡Hamza!, disponed el ático enseguida —farfulló severo. Y como buenos fieles, acataron la orden en el acto; mientras tanto, Adham los acompañaba, tras la puerta del palco, sin parar de dar instrucciones. La verdad era que lo de ser un príncipe diligente lo bordaba a la perfección; sin duda su linaje era de sangre azul.

Esperé callada, me senté en un diván de suave tejido color malta, que estaba hilado con pespuntos de oro y me ofrecía un comodísimo descanso gracias a su esmerado acolchado; sobre unos diez cojines envolvían mi respaldo y amortiguaban toda mi periferia, desterrando así al más ligero agotamiento, como si estuviera rodeada de nubes esponjosas en el cielo más alto y santificado.

Casi adormecida por mi gran confort, un lacayo de Adham, forrado en su uniforme enmascarado, me llamó la atención.

—Señorita Erwin, Adham la espera —musitó en una voz aguda que me sobresaltó vergonzosamente—. Por aquí, señorita.

Despejé mis sentidos a toda prisa, y acompañé al clon dando sin querer una pronunciada onda al levantarme del diván; tras dirigir mi mirada velozmente hacia ambos lados, rezaba porque nadie hubiera descubierto mi embriagado paso.

Salimos al extenso y privado mirador, pero enseguida el guía se desvió a la izquierda, sin apenas dejar enriquecerme del dichoso paisaje. Subimos unos anchos escalones contiguos, que estaban delimitados por una preciosa balaustrada que lucía muy exótica; cada barrote se moldeaba como la profunda cola de una esbelta sirena. Ascendí con la visión concentrada en cada escalón para evitar tener un embarazoso incidente, y cuando me di cuenta ya estaba arriba del ático.

Adham yacía sentado en una pequeña mesa muy íntima en el centro del patio, iluminada por la luz clara proveniente de una única farola que destacaba la culminación. El camino tenue que conducía a la mesa estaba sembrado por pétalos de rosa roja: era una delicada decoración que rodeaba el sorprendente panorama con cientos de velas encendidas en el negro anochecer. Todo era muy romántico, acogedor y de película. Los numerosos cirios prendidos hacían más cálido el ambiente, desprendiéndolo de la brisa fría de la noche.

Seguí el camino floreado hasta llegar a un Adham resplandeciente. La felicidad se reflejaba en su mirada; la sonrisa y la piel, en su espontánea belleza.

—¡Es precioso! Como siempre, tus sorpresas son maravillosas; me has dejado verdaderamente fascinada —le expresé asombrada, y él se mostró complacido ante mi sentencia.

—¡Siéntate, amor mío! La velada no ha hecho más que empezar —masculló radiante. Y yo, sintiéndome adulada como una caprichosa princesa, no hacía más que ceder a sus deseos para mostrar mi más sincera gratitud.

Adham hizo un sutil gesto para que el sirviente se acercara. Enseguida se ubicó a nuestro lado con una fuente rebosante de deliciosos manjares, y se dispuso a servirnos minuciosamente.

—¿Te recuerda a algo? —me preguntó declinando la mirada hacia arriba.

Acompañé su gesto cargado de curiosidad, y observé cómo el cielo estaba intensamente salpicado de cegadoras estrellas. Aquel mapa oscuro de caminos remarcados con cientos de cometas luminosas me recordó de inmediato a la última vez que Adham y yo habíamos estado bajo un panorama similar; en la Torre de la Astrología —el día que se declaró—. Mi semblante se suavizó al disfrutar, por unos segundos, de aquel lindo recuerdo.

—¿Cómo no voy a recordar aquel precioso día? Eres increíble. —Extendí mi brazo sobre el frío mantel para agarrarle la mano, y se la apreté con fuerza, como modo de agradecimiento por el bonito e intenso detalle.

—Me alegro de que te guste —musitó tiesamente.

Desde que Adham era príncipe, se había vuelto más serio, respondía sin apenas gesticular ni asomar simpáticas expresiones, como sí lo había hecho en tiempos pasados. Pero era comprensible: era el «príncipe de Kuwait» y, aunque más vaporoso, seguía mostrándome su afecto.

Cuando apenas habíamos degustado bocado a la gigantesca langosta que me miraba rígidamente con ojos de auténtica sorpresa, Adham comenzó a toser con perturbadora insistencia.

—¿Estás bien? —le pregunté angustiada.

—Sí, claro..., no te preocupes —contestó de manera incómoda e intermitente.

No obstante, no desistía y me estaba preocupando. Entre tos y tos, levantó su real mano e hizo un gesto al camarero; no sabía para qué, pero al menos me tranquilizó pensar que sus súbditos allá presentes no permitirían que le pasara algo grave a su majestad. Rápidamente, el vasallo trajo una bandeja con dos copas rebosantes de champán. Las cogimos, y Adham inclinó su copa hacia la mía para brindar. «Qué brindis más inoportuno», pensé. Pero como mi prioridad era que él bebiera, choqué delicadamente, pero de manera diligente, mi copa con la suya para que el sorbo le quitara de una vez aquella torturadora tos.

Animada por su espléndido sabor, bebí hasta el fondo pero, entonces, hallé

algo parecido a una piedra entre mis dientes. Sorprendida y con ganas de averiguar qué era aquello, lo saqué con mis frágiles dedos, mientras percibía que la tos de Adham se había rendido. Fue tan grande mi asombro que lo miré varias veces para cerciorarme de que era real y no una fantasía más fabricada por mi presuntuosa cabeza.

—¡Cielos santo! —exclamé al deleitar mis ojos con tan grato objeto. Era un fascinante anillo, igual de brillante que las estrellas colgantes.

Al notar algo cerca de mí, miré sin vacilar. Adham se encontraba a mi lado arrodillado; me cogió de la mano y me deslizó el nuevo anillo en mi dedo anular. Este lucía un enorme zafiro más grande que un garbanzo y tan azul como el mar profundo en el crepúsculo; era la joya más espectacular que nunca había divisado mi humilde mirada. Junté ambas manos; en la otra, relucía el símbolo infinito que había fabricado para mí en Dýnami, y me recordaba a mi historia pasional con él en el misterioso mundo.

—Querida Erin, te amo desde la primera vez que te vi, y no quiero que desaparezcas ni un segundo más de mi vida, así que... ¿me harías el honor de casarte conmigo?

Se declaró de pronto, ofreciéndome el anillo más bonito del universo y mostrándose muy seguro de su ofrecimiento. Mi palidez resurgió, destruyendo brevemente el escaso y divertido color que pudiera habitar en mi dermis.

Yo no sabía qué decir; mis labios estaban sellados o, más bien, enganchados... Me había pillado realmente por sorpresa, dado que mi iluso cerebro no esperaba para nada que fuera a pedirme matrimonio. Al verme sin palabras, se pronunció de nuevo:

—Si dices que sí, serás la princesa más feliz del mundo. Tendrás todo lo que desees: joyas, oro, vestidos, sirvientes..., la ciudad entera a tus pies y, por supuesto, mi amor más sincero e inquebrantable. —Narró con claridad y certeza, intentando aventajarse a mi respuesta, mirando fijamente tras el espejo de mis reservadas pupilas. Pero yo seguía sin mediar palabra, mi boca estaba muda y mi cuerpo, prácticamente congelado. Y lo peor de todo: me

sentía culpable, como si estuviera haciendo... algo malo.

En un inapropiado instante, la cara de Brian pasó levitando de un lado a otro alrededor de mi cabeza, como si con su expresión de enojo me juzgara desde el otro lado del agua.

—¡Está bien!, quizá mi sorpresa te ha sobresaltado y todavía no puedes contestarme —dijo resignado—. Te dejo dos días para que te lo pienses y me des una respuesta. Dentro de dos días habrá una lluvia de estrellas, y dice la profecía que, cuando un amor se une bajo aquel cielo, la unión es para siempre; así que te esperaré aquí..., bajo las estrellas, ansioso por emprender un nuevo viaje junto a ti.

Cuando estaba a punto de estrecharme en sus brazos, mis parpadeos comenzaron a asomarse sin previo aviso, como de costumbre. Y con una simple mirada a sus dulces ojos hipnotizadores desde los míos, cautivos, no hizo falta mención para que comprendiera lo que estaba a punto de suceder.

—¡Todo el mundo fuera del ático ahora mismo! ¡Hamza, que no suba nadie! —exigió rotundamente como buen patrón.

Antes de que pudiera desaparecer enteramente, vi con avanzada somnolencia cómo el ático quedaba desierto, como si un breve y sólido tornado hubiera arrasado la poca muchedumbre que anidaba en el lugar.

Mientras mi viaje transcurría hacia la otra era, algo sucedía en palacio...

Adham se dirigió a sus aposentos acompañado de tres hombres de su séquito, todos enmascarados y enfundados en su típica túnica negra, aunque al parecer era un uniforme muy ágil y cómodo a prueba de lucha. Al llegar a su puerta, uno de sus escoltas se dispuso a entrar para realizar el protocolo de guardia y cerciorarse de que la alcoba estuviera segura y despejada, pero Adham no estaba de muy buen humor. La pedida de mano no había resultado como él imaginaba porque, desde que era príncipe de Kuwait, no estaba acostumbrado a las esperas cuando requería algo: eso lo exasperaba enormemente. Por el contrario y a favor del desesperante hecho, no había cosa que le produjera más deseo que el hecho de que su amada se le resistiera: lo volvía loco.

—¡Quieto, no des ni un paso más! ¡Fuera de aquí! —vociferó Adham al hacendoso revisor—. Hoy no quiero ninguna inspección. Que nadie me moleste. —Y sin miramientos y con actitud plenamente hostil, expulsó al más alto de sus hombres, que acababa de cruzar el umbral.

Al cerrar el portón, se quedó en el más sordo de los silencios, hallando una agradable paz en el ambiente. Mientras, se quitaba su túnica real hilada con *bisht Zari* (un precioso trenzado dorado solo apto para individuos altamente poderosos), que iba desperdigando, además de la totalidad de sus prendas, por las impecables alfombras hasta llegar al ventanal. Salió, e inspiró aire fresco entretanto se relajaba en paños menores, y se bañaba en luz de luna.

No obstante, inesperadamente, alguien lo inmovilizó por detrás, apuntando su cuello con un afilado y mortal cuchillo. «Era Brian»; había seguido a Erin sin que se diera cuenta, aterrizando dentro de palacio al igual que ella. Había descubierto la habitación de Adham, aprovechando que ellos dos estaban reunidos, y se había ocultado a la espera de su regreso, como lo hace una sigilosa y paciente pantera famélica cuando acecha a su presa en la secreta penumbra.

Adham respiraba con dificultad; la gran presión que Brian le ejercía con su potente zarpa lo estaba asfixiando. Además del histerismo producido en sus adentros, provocado por la pavorosa situación en la que se encontraba, estaba aterrado.

Brian le susurró algo al oído en idioma gaélico irlandés:

—*Níl Éireannach riamh a thógann a bhfuil mise.* (A un irlandés no se le quita nunca lo que es suyo).

Tras su mención, sin dejarle pronunciar ni un mísero sonido de defensa, provocó un ligero hundimiento, con la punta afilada del trinchete, en su frágil garganta, llevándola de un lado al otro hasta producir la degollación.

La carótida había explotado y la sangre brotaba a borbotones, desperdigándose por todas partes, como si se estuviera creando un abstracto lienzo del más carismático de los pintores.

Brian se apartó al acabar el trabajo, y lo miró fijamente. El malherido

Adham se apoyaba débilmente en la pared, reuniendo sus maltrechas fuerzas para sujetarse la yugular con sus manchadas manos; su cuerpo se deslizaba muy despacio hacia el suelo, agotando sus últimos segundos de vida. Al aterrizar en el caudaloso charco de sangre, Adham ya había expirado: el resplandor que se hallaba en el ocaso de sus ojos había desaparecido. Descansaba finalmente de la incesante agonía, provocada por un celoso y despiadado corazón. El cuerpo de Adham era bendecido por la muda luna, y nadie, absolutamente nadie, era mayor testigo que ella.

Brian soltó el cuchillo al suelo, y se refregó la sangre de sus manos en las volátiles cortinas que sobresalían del ventanal a causa de la desatada brisa que se propiciaba; se sentó al lado del cadáver y su respiración fatigada comenzó a ralentizarse. Allá recostado, observaba a la gran delatora cara a cara, a la espera de reemprender su viaje de vuelta. Y en un tiempo aproximado, Brian se quedó inconsciente, viajando de vuelta a un mundo donde su culpabilidad era ignorada.

Al llegar a casa de Erin, Brian bajó las escaleras a hurtadillas, dispuesto a desaparecer por la puerta principal. Ya llegando a la salida, Brian escuchó un fuerte estruendo, que provenía del piso de arriba. Sin dudarlo, subió raudo para ver qué había sucedido. Se asomó a varios dormitorios, hasta que en el baño encontró a Erin envuelta en una toalla y tirada en el suelo. Enseguida fue a socorrerla.

—¿Estás bien, Erin? ¿Qué te ha pasado? —interrogó preocupadamente.

—¡Eh! ¿Qué haces tú aquí? —inquirí atolondrada, pero optimista por su inesperada y requerida compañía.

—Vine a visitarte y la puerta estaba entreabierta. —Me acarició dulcemente la mejilla.

—Don Gael ya está muy mayor; tendré que asegurarme personalmente de que cierre bien la puerta cada vez que entre —mascullé aún mareada—. Comienza a darme mucha faena...

—Pero ¿estás bien?—inquirió, entretanto me observaba detenidamente por si me había dado algún golpe todavía no localizado.

—¡Sí, sí! No te preocupes, solo me he mareado un poco. Pero este maldito suelo húmedo y resbaladizo me ha hecho caer. —Me estrechaba la encogida toalla de manera tenaz, ya que me estaba descubriendo demasiado. Pero, entonces, Brian se percató de mi escandalosa lesión. La piel ennegrecida envolvía prácticamente mi muslo derecho, tenía un aspecto gangrenoso y auguraba un mal presagio.

—Erin, ¿te has visto la pierna? —masculló alarmado.

Yo intenté ignorarlo: no lo miraba, ni siquiera le respondía. Me cogió del mentón y me obligó a observarlo a los ojos. Una lágrima de culpabilidad se deslizó por mi sonrosada mejilla, pero él prosiguió sin apiadarse.

—Erin, ambos sabemos que el agua de aquel diabólico lugar está acabando contigo. —Se expresaba cada vez más tenso e irascible, pero yo seguía sin mentar palabra porque sabía que él tenía toda la razón.

Desde las últimas veces que bebí del agua del manantial, mis fuerzas se habían consumido, me sentía débil y distinta; ni hablar de la extraña laceración que arrasaba paulatinamente mi ser, advirtiendo de una larga pero silenciosa agonía.

—Tienes que parar. No puedes utilizar más el dichoso veneno. —Pero pese a las verdades que estaba manifestando, me erguí decidida a contradecirlo.

—Tengo que volver. —Al escucharme se indignó estrepitosamente, y puso aquella expresión que me estremecía. Y me recordó por un instante a uno de los dinosaurios que siempre me había fascinado desde niña: el *Dilophosaurus*, que desplegaba aquella enorme cresta que enmarcaba toda su cara cuando le salía la vena fiera; era aterrador.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿Es que no tienes nada en la cabeza? No te dejaré; de ninguna manera beberás más aquella poción mortífera. Estás paranoica, eres una...

Entretanto proseguía su perverso discurso, él caminaba de un lado a otro del amplio baño, mientras me ultrajaba rabiosamente. Y harta ya de escuchar férreas y gratuitas ofensas, grité:

—¡Estoy embarazada! —declaré con respiración acelerada, apartándome el travieso cabello de mi rostro.

El silencio se adueñó del cargado ambiente, el cual permaneció vacío durante un rato, repleto de una tensa incertidumbre.

Se acuclilló a mi lado, y me miró con sus dulces ojos almendrados llenos de esperanza, mientras se apartaba de la frente sus espesos bucles dorados que, debido a la humedad de la reciente ducha, lucían encrespados: sus traviesas ondas, justamente, no habían sido domadas con la eficiente cera, pero para mi gusto le quedaban preciosas, como si fuera una lluvia dispersa de pequeños tornados de oro. Con los ojos avivados, camuflados de anhelo por despejar su impaciente incógnita, se decidió a indagar.

—¿De quién es? —Hice un extenso silencio para ganar tiempo; sin embargo, sabía que no me serviría de nada.

—Me ha pedido que me case con él. —Me aventuré sin más, mirando a la extensa nada—. Y quiere que le dé una respuesta en dos días. —Cerré los ojos despacio, como el cierre de mi atrevimiento. Y creyendo esperar un nuevo y desosegado ciclón, el ambiente, para mi sorpresa, se mantuvo raramente tranquilo.

—No has respondido a mi pregunta: ¿de quién es? —insistió sin pestañear, enfrente de mí, como una roca contundente, muy persuasivo.

Agaché la mirada por el nuevo temor que proyectaba mi dolorosa y sincera respuesta, pero estaba lanzada como un búmeran de tres puntas, y finalmente me armé de valor y se lo dije sin tapujos.

—¡No lo sé!

La decepción invadió el semblante de Brian y se puso en pie, se apoyó en la pared dándome la espalda, sumergido en sus ocultos pensamientos, y acto seguido, cogió otra toalla seca, que estaba doblada encima de un estante cerca del lavamanos, me envolvió en ella y me frotó enérgica y acogedoramente.

—Tienes que descansar. Quiero que te metas en la cama y te relajes; mañana ya hablaremos. —Hice lo que me dijo, dado que mis maltrechas fuerzas se agotaban y no podía disputar más.

Ya en mi lecho, me arropó, me dio un casto beso en la frente y, en cuestión de segundos, mi consciencia decayó y me sumergí en un requerido sueño.

Capítulo 23

EL DÍA DE PESCA

A la mañana siguiente, una ruidosa bocina estropeaba el cantar matinal de los pájaros silvestres, del que mis oídos estaban acostumbrados a escuchar y complacidos en comenzar el día. Los rayos solares que atravesaban mi ventana triangular se calaban también, muy moleestamente, por la frágil piel de mis sentidos párpados. Varios factores fueron los culpables de que mi humor se torciera nada más despertarme. Decidí levantarme, posando mis menudos pies en las esponjosas zapatillas de tersa suavidad, y la maravillosa sensación atenuó mi crispación. Seguidamente, me dirigí ciega a la ventana para dismantelar quién era el individuo que enturbiaba la paz temprana.

En cuanto me asomé, observé el resplandeciente automóvil de Brian parado enfrente de la puerta de entrada. Él me saludaba alegremente alzando el brazo por fuera de la ventanilla del auto, mientras sacudía su gorra en vaivenes y con energía. Lucía un sombrero de pescador de color verde caqui, decorado en su lateral con varios señuelos plumados. De nuevo mi pie derecho se puso al frente de mi carácter, desprendiéndose del mal humor; Brian, pese a todo, siempre me acababa sonsacando una sonrisa.

Le hice un gesto de espera, aparté delicadamente la cortina del marco del portillo, y saqué la cabeza por la ventana. Me froté mis adormecidos ojos para ver con mayor claridad, y también para sacarme alguna que otra legaña que me impedía abrir mis párpados con normalidad; las pupilas se fueron dilatando paulatinamente hasta acostumbrarse a la brillante luz del día.

—¡Buenos días, Brian! ¿Qué haces aquí? —vociferé un poco afónica.

—¡Buenos días! ¡Nos vamos de pesca! —gritó entusiasmado, espantando a los pajarillos más cercanos, que posaban en la arboleda, y haciéndolos huir

forzosamente hacia otros páramos. Hurgó dentro del automóvil hasta que sacó una cesta de pícnic por la ventana—. Ya tengo el almuerzo preparado. ¡Vístete y baja! Aquí te espero. —Metió cuidadosamente la cesta en el interior y me sonrió.

Entretanto, yo le devolvía la risa por la nueva y grata sorpresa que me había ofrecido nada más despertar. No obstante, aún no me encontraba en plena forma.

Volví adentro y, mientras cerraba la ventana, de nuevo un mareo se adueñó de mi equilibrio, y me obligó a sujetar mi cuerpo en la mesa con el apoyo de los brazos. En unos minutos mi estado se fue normalizando, cuando de repente observé una pequeña mancha debajo de mi muñeca: era un tizne igual que el de la pierna en el tiempo que brotó por primera vez. La laceración se estaba escamando por toda mi piel...: me estaba muriendo.

O paraba de viajar por el tiempo o me tendría que despedir prontamente de este. Pero mañana... debía dar una respuesta a Adham: tenía que reunir fuerzas para utilizar el agua viajera por última vez.

Un ruido chirriante asaltó el silencio que salvaguardaba en la soledad de mi habitación; la vieja puerta de madera me alertaba de la entrada de alguien. Mi abuelo asomaba la mitad del cuerpo.

—¡Buenos días, querida! ¿Sabes que Brian te está esperando en la entrada? —musitó aletargado, con su bata a cuadros cálidos desnudada.

—Sí, gracias abuelo —respondí escuetamente a causa de la escasa fuerza.

—¿Estás bien, Erin? Hace varios días que te veo muy pálida, ¿acaso te encuentras mal de nuevo?

—No, no, estoy recién levantada, eso es todo. En cuanto desayune estaré como nueva.

—¡Bien! Le diré a Rosali que te prepare un buen almuerzo.

—No, no te molestes, Brian ya lo ha preparado. Y no te preocupes, no tardaré en hincarle el diente —le aclaré para su serenidad.

—De acuerdo —dijo medianamente complacido—. Me voy fuera con

Muriel, vamos a ir a jugar al mus. Me tiene que conceder la revancha...: es más buena de lo que yo pensaba. —Risoteó, llevando con humor la habilidad de su nuevo amor en el juego. Desde que estaba con Muriel era un hombre nuevo: había rejuvenecido veinte años por lo menos.

Me apresuré en vestirme, teniendo que disminuir la rapidez a trompicones cuando mis fuerzas se veían afectadas. Pasé por la cocina, antes de salir por la puerta, para coger un par de magdalenas de frutos del bosque que Rosali había horneado la noche anterior para el desayuno. Pero al darle un bocado, pude comprobar un desagradable sabor amargo, que me confirmó que Rosali todavía no desarrollaba una buena destreza en la cocina, así que volví a dejar las dos magdalenas en la rebosante fuente, sabiendo que esta perduraría intacta, como si fuera una escultura de cera, durante mucho tiempo.

Aunque mi estómago reprochaba la falta de comida, decidí salir en busca de Brian y probar más adelante su ansiado pícnic. Al verme salir por la puerta, de inmediato acudió a recibirme. Me abrazó radiante, y me abrió la amplia puerta del vehículo, gesto que me hizo sentir como una reina.

—¿Estás preparada? —cuestionó gozoso al encender el contacto del vehículo.

—Yo sí, pero mi cuerpo no responde de igual manera. —Alejó la mano del volante y cogió la mía frágil, apretándomela delicadamente.

—No te preocupes, no tendrás que hacer ningún esfuerzo. Yo me ocuparé de todo.

Al escuchar aquellas palabras, me sentí con inmunidad total sobre el mayor suplicio que mi cuerpo decidiera azotarme en cualquier instante, siempre y cuando Brian estuviera a mi lado.

Reanudamos la marcha. Con las ventanillas bajadas, íbamos disfrutando de la brisa temprana que enrollaba nuestro cabello creando una maraña de rizados reflejos. Un embriagador perfume a bosque se mezclaba con el adictivo olor a gasolina, que se desprendía ligeramente en el camino dejando esa esencia, probablemente, grabada en la memoria, como un recuerdo imborrable del día de pesca.

Las vistas de los bellos parajes pasaban a gran velocidad, difuminando los paisajes como bocetos abstractos, plasmados en un gran lienzo. La armonía de la inesperada expedición me hacía sentir más libre que nunca.

—¿A dónde vamos? —curioseé.

—Al lago Darragh —musitó sin perder la abstraída vista al frente.

Había oído hablar de aquel lago, pero en ninguna ocasión lo frecuenté. Se trataba de uno de los lagos más caudalosos, que brotaba con mayor fuerza que ningún otro río de la isla. Los incondicionales de la pesca a mosca se trasladaban de las afueras más lejanas para acudir a aquellas aguas azules impregnadas de grandiosas truchas, y así poder gozar de una férrea batalla entre el pez y el sedal.

Don Gael me había mostrado varios retratos de su juventud, alzando alguna que otra trucha descomunal en compañía de sus amigos; si mal no recuerdo, en aquel grandioso lago. Siempre había intentado inducir a mi abuela para ir de pesca, pero ella estaba convencida de que aquel deporte era extremadamente tedioso y de que lo único que se podía pescar eran dos cosas: inesperados calambres en las piernas, por estar de pie e inmóvil demasiado tiempo, y latosos resfriados.

Llegamos a un camino de tierra, salteando los socavones más pronunciados que jamás se hubieran visto, como si se separaran varios mundos a raíz de aquellas descomunales fisuras. Al principio se nos encogía el pecho al pensar en el posible despiece del coche y con él, un fortuito accidente pero, al rebasar unos cuantos, comenzaba a ser verdaderamente emocionante.

—¡Agárrate! —gritaba Brian, mirándome excitado y con su comisura cambiante, por momentos.

Me cogí a su brazo, cuando la emoción empezó a desgastarnos la sonrisa, produciéndonos un ligero dolor en las juntas. Era como una pequeña montaña rusa que te encogía el corazón al elevarte al vertiginoso cielo y proseguía arrancándote, deliberadamente, una divertida y grande carcajada sin fin, y así continuadamente.

Agotados por la emocionante conducción, por fin llegamos a un menudo descampado desierto, situado al lado de la orilla del pantano. La explanada se había producido por los frecuentados coches de los visitantes, y de esta manera sus hierbas finalmente se habían extinguido.

La superficie estaba rodeada de preciosa y vasta arboleda. Las anchas secuoyas rojas eran tan extraordinarias que el tronco del más angosto tenía que ser abrazado con un mínimo de ocho hombres con sus extremidades bien abiertas. Los pinos de nueve metros parecían ansiar la luz como si fuera aire para sus pulmones, disputándose el más alto lugar en el cielo. Y los robles, caracterizados por las extrañas y peculiares formas de sus ramas, proporcionaban un aspecto monstruoso y tétrico al nogal, sin pasar en absoluto desapercibidos, sobre todo, en la rutinaria huida del luminoso sol. Esta y alguna variedad vegetal más, desconocida en mi mediocre ilustración mental sobre botánica, configuraba el resto del frondoso paraje que se extendía en el exterior del campamento.

Mientras me hallaba de pie en medio del terreno admirando todo aquello, Brian sacaba todo lo imprescindible para pasar la velada y... poder pescar algo. Cerca de la orilla, observé cómo había desplegado en el suelo un magnífico y clásico mantel de cuadrados escoceses rojos y marrones. Encima, la cesta de pícnic protagonizaba la ubicación central.

—Erin, ¿tienes hambre? —comentó apartando con sus botas el sobrante follaje que se dispersaba cerca del mantel.

Una alegría desorbitante sosegó a mi estómago desnutrido y quejoso. Bajé sonriendo la pequeña cuesta hasta llegar al tentempié. Me coloqué junto a Brian.

—Toma, Erin, ahora tienes que comer por dos. —Me sonrojé, pero no le hice asco al apetitoso emparedado vegetal que me ofreció y cogí sin titubeos.

—¡Mnmmn!, ¡está exquisito! —Mascullaba con la boca llena, olvidando felizmente mi estricta y femenina educación.

—¡Sabía que te gustaría! También te he traído tarta de arándanos... — Dejando su parte a un lado, me desplegaba cada vez más y más variedades

exquisitas de sus meticulosos envoltorios.

—¡Mnmn! ¿Qué dices? ¿Acaso quieres atiborrarme? —balbuceé con dificultad entre la estrecha línea de mi boca.

—¡Jaja! No, eso ya lo haces tú sola —sentenció divertido y satisfecho.

Mientras tanto, las imprevisibles sonrisas se asomaban en nuestras repletas bocas, provocando la desfachatez de nuestros adoctrinados modales. El resplandor del amanecer me mostraba la piel de Brian como la más bonita y reluciente de la faz de la Tierra. Sus ojos almendrados se cambiaban a tornasol con la luz del fogoso sol madrugador, y el final de sus desaliñadas ondas se hallaba descolorido y creaba un color platino muy sensual. Todo aquel conjunto observado, más el intachable trato que me brindaba, me confirmaba que el pequeño Brian se había convertido en un hombre extraordinario, en todos los sentidos.

Ahí sentados, nos encontrábamos mirando al horizonte. Justamente fue el momento en el que Brian me preguntó algo que yo ya esperaba...

—¿Ya sabes qué vas hacer? —Y lo dijo, sin apartar la vista del tranquilo paisaje.

—¡Ay!, me lo tenías que preguntar. Estaba siendo todo tan... perfecto— respondí fastidiada, viendo cómo su expresión, sumergida en el viento, se mantenía seria—. Pues no, todavía no estoy segura de mi decisión, pero mañana por la tarde mi elección no tendrá marcha atrás.

—¿Se lo has comentado al señor Gael?

—No, no quiero importunarlo.

—¿Importunarlo dices? Eres su única nieta —vociferó ya sulfurado—. Tienes que decírselo, tienes que quedarte. No puedes volver allá.

—¿Por qué...? ¿Por qué continúas diciendo que no puedo volver allá? Ya te lo he explicado todo. —Algo en él se moderó, y paseó sus palabras con cierta cautela.

—Por tu salud, claro. Y además, ¿si ese niño es mío?— aventuró al momento sin prevenirme. Me dejó sin palabras. Me miró penetrante y se

acercó—. Te prometo que, si te quedas, yo haré de ti y al niño que llevas dentro las personas más felices del universo —farfulló acalorado, con afán de ser el elegido. Un escalofrío, proveniente de la halagada promesa y del sofocante momento, perpetuó en mis corrientes sanguíneas.

—¿Y si no es tuyo...? ¿Qué harías si yo me quedara y no fuera tu hijo? —le cuestioné con sumo interés.

—No me importa, es parte de ti. Me enamoraré de él como lo estoy de ti —respondió seguro y masacrando mi anudada alma.

Repentinamente, unos gritos en la distancia cortaron la embarazosa e íntima conversación. Una pareja algo mayor que nosotros había estacionado su auto junto al nuestro, y nos saludaba enérgicamente con sus ocupadas manos repletas de cestas y accesorios. Nos levantamos de nuestros salvajes aposentos, y les devolvimos el saludo cordialmente. A medida que se acercaban a nuestra posición, observábamos la plasmada e inacabada sonrisa de ambos; parecían dos bobos muy felices.

—¡Hola! Somos Henri y Anna Lewis. Venimos a pescar las mayores truchas del mundo—masculló el chico, humorísticamente, mientras terminaban de descender la leve bajada hasta nosotros.

—Hola, yo soy Erin Erwin, y él es Brian McCarthy. —Nos presentamos adecuadamente, estrechándonos las manos, antes de proseguir conversando.

—Bueno, la verdad es que estamos de luna de miel. —Ambos se miraron jubilosos—. Venimos desde Filadelfia, y un buen amigo nos aconsejó esta ruta—informó la afable chica.

—¡Muchas felicidades por vuestro matrimonio! —respondimos conjuntamente Brian y yo.

—Gracias —asintieron radiantes.

—Pues aplaudo a vuestro amigo: desde luego ha acertado —mencionó Brian.

—Acomodaos con nosotros si queréis; Brian estaba a punto de desempolvar el sedal —les sugerí animadamente, sabiendo que, con forasteros cerca, me salvaría de la incómoda persuasión de Brian.

Anna lucía un vestido campestre de color verde oscuro a la altura de las rodillas, adornado alrededor del cuello con minúsculas cerezas. Domaba su rubio y lacio pelo con un moño bajo a la altura de la sien. Sus gestos eran muy refinados, pertenecientes, sin duda, a una casa de importante linaje. Henri, por contra, era rudo, más zafio en sus ademanes, aunque demostraba ser un bonachón. Tenía un musculoso cuerpo y era ancho como un roble; el pelo lo llevaba prácticamente rapado y siempre posaba muy erguido.

Mi cerebro no cesaba en comprender cuál sería la importante causa que habría motivado a unir a tales rangos, descomunamente tan dispares en clase social, sin enemistarse familiarmente. Estaba a la vista: aquellos dos no parecían haber huido de viaje de novios después de un duro enfrentamiento familiar. Todo lo contrario: reflejaban en su rostro la más divina e idónea realidad que cualquier vida pudiera ansiar.

Al agacharse Henri para deshacerse de los pesados utensilios, pude ver un tatuaje militar dibujado en su omoplato. Ahí estaba mi respuesta: Henri era un militar perteneciente al ejército americano. En su país, cualquier persona que diera la vida para su nación obtenía el total respeto del nativo; de ahí que se aliara con una mujer de clase alta sin ningún problema.

Comenzamos a disfrutar de la compañía. Henri y Brian se plantaron en la parte que no cubrían con sus protectores vadeadores, por encima de las rodillas, inmóviles, simplemente con escuetos movimientos de sus brazos, que agitaban la caña dentro y fuera del agua.

Anna y yo yacíamos tumbadas y descalzas encima de los manteles del pícnic; pasamos una agradable velada charlando de curiosidades de su país y del mío. Pude comprobar que Anna era una persona muy habladora y extrovertida, a la que le encantaba viajar y conocer gente nueva; todo le causaba curiosidad, como a un gato, y se abría sin ningún problema, mostrando su gentil carácter con mucha naturalidad.

Nos entusiasmos cuando Henri pescó por primera vez a una joven trucha; no era gran cosa, pero había sido la primera hazaña de nuestros pacientes pescadores, así que lo celebramos descorchando una botella de vino

tinto que Brian había traído en su cesta de mimbre...por si surgía algún momento especial. Sin embargo, estaba segura de que el momento especial que él ansiaba no era aquel precisamente.

Más tarde, el atardecer nos pescó a nosotros: un inesperado y fluido chaparrón nos sorprendió en nuestros relajados puestos. Recogimos las cosas velozmente y corrimos hacia los vehículos, mientras nos reíamos a carcajadas sobre lo fría que caía el agua en nuestra sentida piel. Pero no hubo prisa alguna que se aventajara más que la densa lluvia así que, por más que corrimos como ratones hasta nuestros pequeños cobertizos, acabamos igual de empapados que las algas submarinas, y los asientos de cuero blanco se chorreaban irremediablemente.

Acercamos los coches hasta colindar ambas ventanillas, y prometimos vernos en otra ocasión. Brian y Henri ya habían intercambiado los datos de contacto anteriormente, para lograr hacer real nuestra anhelada promesa. La pareja risueña que nos había sorprendido en la mañana congenió perfectamente con nosotros y nos hizo gozar de un maravilloso y fortuito día. Al alejarnos de ellos, un pequeño sentimiento de tristeza se sumergió en mí. No sabía cuándo los volvería a ver... o si lo haría en un futuro.

Durante el trayecto a casa, íbamos reproduciendo algunas de las escenas más divertidas del día, como cuando Henri se cayó de cabeza al agua al intentar atrapar una trucha que se le escapaba, justamente, al liberarla del sedal; o cuando un molesto abejorro sobrevoló encima de Anna y de mí, y nos pusimos como locas a dar vueltas sin parar alrededor de una secuoya gigante,; tanto Brian como Henri nos observaban desde el río sin entender nuestra enajenada actuación, y al explicárselo se troncharon de risa. Era una tras otra... El día había sido tan divertido que deseaba profundamente quedarme sola para poder parar de reír y relajar, de una vez por todas, los incontables músculos y nervios de mi boca, que comenzaban a perecer de dolor.

Llegamos a la colosal verja de mi casa; Brian la abrió para poder seguir adelante con el coche hasta la puerta principal. Finalizamos las risas, e intenté

ponerme seria.

—Gracias por haberme ofrecido un día como este. Me lo he pasado genial... Bueno, aunque tú eso ya lo sabes de sobras —le dije sonriente. Pero él, pese a mi comentario, mostraba aún más reflexividad que yo.

—Erin, ¿te vas a ir?... No te vayas, quédate conmigo. —Sus insospechadas palabras me oprimían cada vez más y me impedían la respiración en mi caja torácica.

—¡Brian, no lo sé! Estoy hecha un lío, todavía no lo tengo claro. Me tengo que ir... —Me acerqué a él para darle un beso en la mejilla, pero su obcecamiento hizo que apartara su rostro de mi cara, despreciando mordazmente mi despedida—. Está bien—musité en tono conformista, pero entristecida.

Me bajé del coche y caminé hasta la puerta de entrada; me encerré en mi segura y tranquila fortaleza, y respiré profundamente. La compañía de Brian siempre me suscitaba lo mejor y lo peor de mí, era como recorrer una gran maratón: el inicio y el transcurso era emocionante y placentero, intentando acelerar lo máximo posible para disfrutar de su gozoso trayecto pero, cuando llevabas tres cuartas partes de la carrera, te sentías desgastado y exhausto, oprimido por la falta de aliento, y anhelabas prontamente su fin, fuera cual fuera el veredicto.

Agotada de un día tan agitado, recordé que el señor y la señora de la casa se hallaban afuera.

—¡Rosali!, ya he llegado. ¿Han regresado ya mi abuelo y Muriel? —vociferé al aire.

—¡Hola, señorita Erin! Pues no, todavía no han vuelto. ¿Y usted, se lo ha pasado bien? —Apareció en el salón con un trapo entre las manos, y se mantuvo atenta como de costumbre.

—¡Sí, la verdad es que sí! Aunque no hemos triunfado mucho en la pesca —expliqué honestamente—. Me voy a mi cuarto a descansar.

—Sí, descanse tranquila. Y en cuanto se deshaga de esas ropas en el cesto de la ropa sucia, las lavaré de inmediato —dijo delicadamente mirándome de

arriba abajo, ya que el estado de mi mugriento vestido, lleno de fango en el bajo, corroboraba la estancia en el lago salvaje.

—¡Gracias, Rosali!

—Por cierto, señorita, ¿quiere que le compre algo especial en el mercado? Mañana es *Samhain*, y tengo que atiborrar la cocina de alimentos para montar una digna celebración.

«¡Oh! Se me ha olvidado que mañana es *Samhain*, una de mis fiestas favoritas. Pero... puede que ya no esté aquí», medité apenada mientras aterrizaba de mi oscuro trance. Y respondí vagamente:

—No, gracias, no vale la pena.

—¿Disculpe? —cuestionó dubitativa con el ceño prieto.

—No, quiero decir que no deseo nada en especial, gracias.

—Como desee, señorita Erin. —Y Rosali prosiguió haciendo sus quehaceres.

Capítulo 24

LA DECISIÓN

Samhain era una tradición celta donde todo el mundo celebraba la entrada del más allá entre los vivos y los muertos. Una fiesta muy ansiada y disfrutada en la nostálgica casa de mi infancia y, también, en la morada del señor Gael que, desde que había ido a vivir con él, lo obligué a celebrarla. No obstante, me costó lo mío: el viejo se resistía a más no poder y tuve que utilizar mi sutil demagogia de dulce nieta afligida.

No faltaban nunca los merecidos y demandados caramelos para los niños más valientes que se atrevieran a atravesar nuestro siniestro y oscuro pasadizo, que estaba escasamente iluminado con maléficas calabazas encendidas que intimidaban al más heroico; era una tétrica senda muy bien lograda en la que, durante el transcurso, presentías, a través de inusuales escalofríos, cómo las almas volátiles e invisibles de aquella noche surcaban a tu alrededor. El pequeño sendero comenzaba desde la verja forjada que fortalecía nuestra vivienda hasta el portón de la entrada.

Antaño, Holly siempre me ayudaba a decorar el jardín y el interior de la casa de mis padres con los requeridos y fantasmagóricos adornos; luego, pasábamos una velada divertidísima narrando historias de terror y disfrazándonos de espeluznantes monstruos. Acabábamos tan exhaustas de las interminables carcajadas que Holly siempre se quedaba a dormir conmigo. Muchos días, y algunos destacados como este, me creaban mucha melancolía; pensaba en aquellos amigos que hacía tiempo no veía..., en mis queridos y cariñosos padres y, sobre todo, en aquella niña traviesa e intrépida que no requería nada ni a nadie para ser feliz.

Llegué a mi dormitorio y caí rendida en la cama; mis ojos, cansados,

comenzaron a apagarse, aunque mi conciencia intranquila se resistía a dejarse llevar por el anhelado sueño, porque sabía que aún vestía las cochambrosas ropas que Rosali no tardaría en rebuscar en el cesto del baño. Pero mi agotamiento venció a cualquier deber que hubiera en mi cabeza.

Con la mejilla cubierta de saliva, desperté incómodamente tal y como me había quedado dormida, tanto en la postura como con la idéntica vestimenta mugrienta. Me limpié el impregnado cutis con parte de la colcha, ya que con la mano era insuficiente por su excesiva pegajosidad. Al parecer el nuevo día ya había comenzado, y los jilgueros que habitaban el gran pino del jardín se habían reproducido; los estridentes piulidos de decenas de polluelos hambrientos me impedían seguir gozando del sueño pero, al recordar que era el día decisivo, me espabilé de golpe.

Me di una gustosa ducha de agua caliente, y deposité mis sucias ropas en el cesto, tal y como había prometido, aunque más tarde de la cuenta. La vivienda parecía muy silenciosa; me envolví en una toalla y salí en busca de Rosali con el cabello que goteaba tras mis pasos. Tanta calma me había originado extrema curiosidad y mi impaciencia no me permitió detenerme en escurrir la melena.

—¡Rosali, Rosali! —Alcé la voz sin hallar respuesta, entretanto recorría los fríos pasillos.

Bajé los chirriantes escalones y miré por las ventanas. Rosali estaba en el jardín haciéndose con unas cuantas rosas; suponía que para decorar los centros de mesa, ya que hacía ya un tiempo que el floresta se atestaba de flores. En cuanto Muriel empezó su relación romántica con el don, le pidió que embelleciera de una vez el marchito jardín; decía que aquel mar de espigas secas y opacas que envolvían su nido de amor no era un panorama apto para que habitara semejante derroche de felicidad. Así que el embelesado patrón no se demoró en hacer realidad su deseo e, *ipso facto*, contrató a un jardinero. Abrí la ventana y le pregunté por el señor Gael.

—Rosali, ¿dónde está el señor?

—El señor y la señora se han ido de compras; creo que la señora quería

comprarse un vestido para esta noche. Pero él me ha comentado que estarían antes de la cena y que me asegurara de que usted ingiriera un buen desayuno, así que le he cocinado unas apetitosas gachas para usted; están en la mesa de la cocina.

—¡Gracias, Rosali!

Enseguida medité inquietamente qué haría con las gachas de Rosali; seguro que eran incomibles como el resto de sus platos. Fui a la cocina y cogí el cuenco rebosante que había dejado para mí encima de la mesa, subí hacia el piso de arriba y entré en el baño. Arrojé las gachas por el inodoro: era la única forma de asegurarme de no dejar pruebas y de no ofender a la pobre Rosali, dado que no era culpa suya sino que, simplemente, lo de cocinar... no era su fuerte. Fui derecha a vestirme. Había decidido hacer una visita, ya que podría ser mi último día en Cashel y debía marcharme con la conciencia lo más tranquila posible.

Cogí la bicicleta del garaje; estaba envuelta en pegajosas telas de araña, hacía mucho tiempo que no la utilizaba. Desde que iba a la facultad, nuestro nuevo jardinero, Paul, también realizaba el trabajo de chófer particular, pero en ésta ocasión quería recordar viejos tiempos, y nada mejor que notar el fuerte viento en mi rostro bajando a toda velocidad las empinadas cuestas, como antaño. Después de acicalar con un trapo mi humilde vehículo, salí a toda prisa despidiéndome con un gesto alzado de Rosali, que aún seguía escogiendo las flores.

Pedaleé enérgicamente por las calles de la periferia; el lugar de parada era más bien cercano. Surqué las ceñidas carreteras a máxima velocidad, sintiendo la libertad a través del aire fresco, que abofeteaba mi cara y magreaba mi enredado pelo. El frescor se depositaba también en mis partes más ocultas: las telas vaporosas de mi vestido dejaban atravesar la corriente y ventilaban agradablemente todo mi cuerpo, exceptuando la parte superior, que estaba doblemente protegida con la chaqueta abrochada.

Ya estaba llegando al parque Georgian, apenas faltaban un par de minutos para mi aparición. El parque estaba más bien desierto; solo se divisaba en la

lejanía a una madre paseando con su hijo. Todo el mundo estaba pendiente de los preparativos de esta noche porque, de aquí a unas horas, las calles estarían atestadas de personas.

Al doblar la última esquina de la calle Liberty, por fin localicé mi destino. Era una casa grande, con una preciosa trepadora de llamativas hojas coloradas con forma de anguloso corazón, que forraba la fachada principal; las ventanas resaltaban por sus marcos blancos, que rompían con el color rojo del follaje. Dejé la bici apoyada en el vallado y, al abrir la impecable verja blanca para dirigirme a la puerta de entrada, me topé con un sendero serpentinoso, que se dibujaba con centenaes y menudos guijarros, remarcando, de ese precioso modo, el camino; al recorrerlo, varias estatuillas muy graciosas, que representaban diversos personajes en forma de duendes, daban la bienvenida al visitante. La gran villa no había cambiado nada desde la última vez que la frecuenté, y me traía inmejorables recuerdos.

Llamé a la puerta dándole un toque a la campana que colgaba en el lateral; era un ruido muy sonoro y agudo que alarmaba a sus residentes de una nueva presencia. Al transcurrir escasos segundos, el señor Llagher abrió la puerta. Cuando me vio me dedicó una afectuosa sonrisa, como lo hacía antiguamente. Su recibimiento me tranquilizó. Sin mediar palabra, el señor Llagher vociferó a su querida hija:

—¡Holly, te reclaman!

Las estilosas piernas de Holly aparecieron bajando las escaleras que yacían enfrente de la entrada. Cuando levantó la cabeza, después de haber recorrido prácticamente todos los escalones, me avistó. Permaneció unos instantes gélida mirándome fijamente, pero repentinamente recobró el sentido y, veloz como un soplo, acudió a mí. La euforia de Holly, causada por mi inesperada visita, se tradujo en una increíble fuerza paranormal, azotada a través del doloroso estreñimiento que me causó, que hizo escasear preocupantemente mi respiración.

—¡Vale, vale! —protesté mientras descomprimía cuidadosamente sus suaves manos de mi alrededor—. Para, por favor, ¿cuándo te has vuelto tan

fuerte?

—¡No sabes lo feliz que me has hecho! —confesó emocionada. Su padre aún presente nos miraba alegre.

—¡Bienvenida, Erin! —musitó el señor Llagher, admirando el encuentro con un aspecto dulzón, como el empalagoso caramelo de color ámbar de miel de azahar, proyectando en su mirada los recuerdos más nostálgicos. Y después de dedicarme su bendición, desapareció al interior, lo que dejó paso a nuestra deseada intimidad.

—He venido a invitarte a una hamburguesa, ¿qué te parece? —Sonrió divertida por mi ofrecimiento repentino.

—¡Perfecto, has adivinado mi pensamiento! Vamos, tenemos que ponernos al día. —Y depositó su brazo confiadamente alrededor de mi cuello, a medida que caminábamos hacia la salida.

—He venido en bici, ¿tienes la tuya por aquí? —le pregunté.

—¡Qué dices!... Eso ya pasó a la historia. —Caminó unos pocos pasos ya en la calle, y abrió la puerta de un grande y atractivo vehículo que resplandecía como una estrella: como la estrella del norte.

—¡Vaya! —admiré sorprendida—. ¿Es tuyo?

Era un coche relumbrante. Quise compararlo con el de Brian, sabiendo que las comparaciones son odiosas...; sin embargo, no me pude contener. Como motor y gama altos, superaba el de Brian. Aun así, el de Holly era muy extremado; indiscutiblemente, de un modelo muy femenino, recién sacado al mercado, por el que las chicas más afortunadas y acomodadas de la ciudad apostarían sin dudarlo. Era de un blanco perla brillante, como las mismas perlas naturales, y su carrocería se desarrollaba en un gris oscuro de elevada elegancia. Realmente aquella novedad te arrastraba gustosamente a invadirla y ponerte cómodo para disfrutar de un largo viaje.

—¡Sí! —respondió emocionada—. ¿No es precioso? Mi padre me lo ha comprado hace tan solo tres semanas.

Holly y el señor Llagher siempre habían gozado de una excelente relación entre padre e hija, así que no era de extrañar que siguiera obsequiándole

increíbles regalos como... un coche.

—¡Me encanta! Vamos, demuéstreme cómo se te da la conducción.

Subimos al auto derrochando alegría y emoción; nuestro reencuentro, de momento, había sido todo un éxito. Al parecer, permanecíamos tan unidas como aquellas amigas de la infancia, las que se comían el plato de comida de su compañera cuando a esta no le agradaba y así impedía su seguro regaño; o como las veces que compartíamos cama y una estrecha manta en las frías noches de invierno; o los días de examen, cuando nos percatábamos de que la otra se había quedado en blanco y dejábamos sin responder las preguntas por solidaridad con ella. Habíamos compartido estas y cientos de vivencias, y el presente, pese al reciente periodo frío transcurrido en nuestra relación, parecía seguir avalando nuestra leal amistad.

Nos dirigimos a la hamburguesería de la plaza; ambas estábamos de acuerdo en que la especial de la casa estaba deliciosa; yo estaba al tanto por la reciente invitación de Brian al establecimiento.

Holly era tan segura de sí misma que, aunque cometiera alguna infracción, no se daba por aludida y seguía la marcha como si nada. No obstante, mi cara de sobresalto en algunos cruces la obligaba a reducir la velocidad hasta que consiguiera tranquilizarme, y después volvía a su anómala velocidad de lunática. Por fin estacionó.

—¿Qué te ha parecido?: ¿lo hago bien?

—Holly, sabes que siempre he admirado tu osadía, pero creo que conduciendo tendrías que ir con más cuidado. —Y ella simplemente me miró sonriente, y se bajó del coche.

—¡Vamos!, que estoy famélica. Me comería un caballo.

Entramos a Bíta y, como era habitual en el lugar, el ambiente estaba extremadamente cargado con carne asada. Pudimos entrar espaciosamente, sin necesidad de atascarnos con otros cuerpos extraños, como lo había hecho la vez anterior; pero el día de *Samhain* era de los pocos días que no se abarrotaba el restaurante.

Nos sentamos en una mesa mediana con dos acolchados sillones de color

rojo a cada lado y, justo en el tiempo de acomodarnos, la camarera ya esperaba de pie junto a nosotras. Era una chica joven de unos dieciséis años, alta y delgada, de pelo cobrizo, enlazado en una cola, y tenía cejas invisibles, donde destacaban sus grandes ojos turquesa; parecía muy simpática. Nos atendió.

—¡Buenos días! ¿Qué desean tomar?

—Dos especiales de la casa y dos refrescos de naranja, por favor — demandó Holly mirando con atención la carta. Mientras apuntaba, yo añadí:

—Y dos de patatas, que no estén muy doradas, si puede ser.

—De acuerdo, ¿algo más?

—No, eso es todo. —Al retirarse, empezó a gritar el pedido hacia la barra, donde se asomaba la que parecía ser la cocinera.

—¿Dos especiales has dicho? —Se escuchaba replicar desganadamente a la cocinera en la lejanía.

Me volví hacia la barra, ya que la voz me resultaba familiar. Era Alis, la cuarentona admiradora de Brian. Cuando me vio, me penetró con su mirada como si fuera a dispararme afiladas estalactitas en el aire con el fin de acabar conmigo; evidentemente, yo no era fruto de su devoción. Algo me decía que la comida no iba a ser muy apetitosa.

Comenzamos a entablar conversación, y nos pusimos al día de Reymory's y de mi facultad. Hablamos de varios compañeros que habían sido anteriormente los míos cuando compartíamos curso, de sus escándalos y de la unión de nuevas parejas inesperadas; también mencioné algunas descripciones de los individuos más peculiares que estudiaban conmigo. Holly escuchaba todo lo relacionado a la facultad como si cogiera apuntes mentales; ella ansiaba la vida de un universitario y le quedaba muy poco para poder entrar en la facultad de derecho.

Entretanto, la joven camarera nos trajo el pedido y, como era de esperar, mis patatas y mi hamburguesa estaban más que doradas: más bien calcinadas. Me giré y miré hacia la barra con puro fastidio, y sorprendí a Alis esperando con ansias mi reacción; se adentró a la cocina con una sonrisa realmente

irritante. «Cualquiera le diría que me cambiara el plato», cavilé resignada.

—¿Ocurre algo, Erin? —me preguntó mi atenta amiga al ver mi cara de manzanas agrias.

—Nada, que al parecer no le caigo muy bien a la cocinera.

—¡Ay, Erin!, no sé cómo todavía te extrañas; siempre has suscitado envidia a todo aquel que no te conoce. Trae, come de las mías.

—Gracias. —Puso su plato en el medio en cuanto apartó mi incomible refrigerio, y seguimos parloteando.

—Holly, hay algo que no te he contado durante mucho tiempo y, posiblemente, el no poder haberlo hecho ha sido el motivo de nuestro distanciamiento, pero todavía no te lo puedo explicar. —Frunció el ceño, y me miró con clara extrañez—. No te enfades conmigo, pero te prometo que, si mañana sigo aquí, te lo contaré todo.

—¿Qué quieres decir?: ¿que te vas? —dijo con asomada angustia inesperada.

—Aún no estoy segura, pero posiblemente. —Agachó la cabeza, y estuvo en silencio meditando durante unos segundos.

—¡Está bien! Erin, tú has vuelto a buscarme, y para mí es lo más importante. Así que aceptaré lo que tenga que ser para seguir con nuestra amistad. —Se me empañaron los ojos, y le apreté la mano muy emocionada; estaba muy sensible.

—¡Vamos, amiga mía, esto hay que celebrarlo! Tanto si te quedas..., que es lo que espero, como si reemprendes un nuevo viaje. Volvemos a estar juntas. —Se levantó y se acercó a la barra, contoneándose con su precioso y delicado vestido color cielo, como sus bellos ojos, y apartando su deslumbrante melena rubia hacia atrás. Pidió algo a Alis, que se aproximó a ella, y pareció como si le reprendiera el nuevo pedido con un tono hostil; Alis aceptó sin reproche alguno.

Volvió a la mesa y se sentó; seguidamente, la camarera trajo dos platos con un gran trozo de tarta de chocolate y nueces en cada uno de ellos.

—¡Mmmn, tiene una pinta fabulosa! A propósito, ¿qué le has dicho a la mujer?

—¡Ah, nada importante! Come tranquila, no creo que vaya a equivocarse nunca más en la cocción de ninguno de los platos. —Y mientras me hablaba se rellenaba la boca con una apetitosa cucharada de glamurosa tarta.

Holly siempre había tenido un excelente don de persuasión; de ahí que toda su familia la animara para ejercer Derecho. Aunque también era una niña mimada, que se aprovechaba del poder que le avalaba el nombre de su importante clan para complicar la vida a todo aquel que no la complaciera.

Acabamos con el delicioso postre dejando los platos relucientes.

—Tengo que volver a casa —mascullé con mi estómago agradecido.

—Sí, y yo debo prepararme para la fiesta. ¿Te veré esta noche?

—Lo siento, forma parte de lo que aún no puedo contarte.

—De acuerdo, no te preocupes, confío en ti —dijo conforme, a la vez que me dedicaba un guiño.

Dejamos la cuenta en un pequeño plato que se hallaba encima de la mesa, y marchamos silenciosas, como ganado en la penumbra. Pero la camarera fue la única que se percató de nuestro abandono, y se despidió con voz alzada, lo cual alarmó a los pocos comensales de nuestra retirada. Nos despedimos embarazosamente con un cordial gesto de mano.

Holly me llevó a casa, y me aseguró que custodiaría mi bici en su garaje. Acepté por no ofenderla, aunque prefería mil veces volver en bicicleta que tolerar silenciosa y desasosegadamente su conducción temeraria.

Al despedirnos, nos abrazamos con fuerza. Le hice la promesa de que, fuera lo que fuere que ocurriera, tendría noticias mías.

Entré en casa y saludé a Rosali, que estaba limpiando los cristales del salón con efusividad.

—¡Hola, Rosali! ¿No han llegado todavía los señores? —pregunté.

—No, querida.

—De acuerdo, estaré en mi cuarto, debo hacer algunas cosas pendientes.

—¡Muy bien, señorita! —Y siguió frotando con ahínco el mismo punto del cristal.

Me dirigí por los enrevesados pasillos que conducían hacia mi recámara; quedaban pocas horas para tomar definitivamente la única decisión que cambiaría mi vida por completo. Como aún no estaba convencida de qué camino escoger, decidí elaborar una carta para cada uno de mis seres más queridos, por si nunca más los volvía a ver.

Me interné en mi habitación y sellé la puerta. Me aposenté en la silla de mi escritorio y comencé a escribir:

Querida Muriel,

Si recibes esta carta, quiere decir que me he ido para siempre pero, aunque tú no sepas donde estoy, te aseguro que resido en un lugar maravilloso, adonde he tomado libremente la decisión de marchar.

Nos conocimos tan solo hace unos pocos años, quizá nos topamos en los peores momentos de mi vida, pero con tu cariño (y por supuesto, con tus estupendas recetas de cocina), me ayudaste a recuperar la cordura.

Lo mejor que has hecho por mí ha sido hacer sonreír a mi querido abuelo de nuevo, y hacerlo el hombre más feliz de la Tierra. Así que te agradezco enormemente que hayas formado parte de mi vida.

Gracias.

Tu querida Erin.

P.D.: Por favor, sigue cuidando del cascarrabias.

Estimado abuelo,

Te escribo esta carta para hacerte saber que ya he tomado una decisión: al igual que en su día el agua te mostró tu camino, ahora me ha mostrado el mío.

No te preocupes de nada; allá, donde estoy, es un lugar precioso, y Adham me quiere con locura y me cuidará perfectamente.

Gracias por todo el apoyo que me has dado; has sido el mejor abuelo del mundo.

Te quiero.

Tu Erin

Mi querida amiga,

Como ya te dije, quizá me marcharía y, si has recibido esta carta es porque ya lo he hecho. Metiendo mano en el baúl de los recuerdos, de niñas soñábamos con ser princesas y vivir en un gran palacio con nuestro apuesto príncipe. Pues bien, tengo que decirte que yo he conseguido hacer realidad ese sueño y ahora mismo estoy viviéndolo, y espero que te alegres por mí.

Por tanto, amiga mía, no estés triste por mi marcha, y recuerda lo felices que hemos sido juntas.

Holly & Erin por siempre.

Te quiero.

P.D.: Si quieres obtener más respuestas, pregunta al señor Gael o a Brian, aunque mejor a mi abuelo: será más objetivo.

Mi Brian,

Espero que no me guardes rencor, tú sabes lo que siento por ti.

Nuestra relación no ha sido fácil, pero ambos sabemos que nos queremos profundamente.

Si he tomado este camino ha sido porque amo a Adham, y mucho más a lo que viene en camino. Y estoy convencida de que es lo mejor.

No te preocupes por mí, estaremos bien. Cuídate.

P.D.: Te añoraré siempre, te quiero.

Erin

Mi Adham,

Si recibes esta carta es porque, muy a mi pesar, he rechazado tu petición. Nuestra historia y el romance surgido entre nosotros ha sido mágico, pero al parecer no ha sido tan fuerte como el amor por mi tierra y por los míos.

Así que te agradezco y te agradeceré eternamente todos los años maravillosos que me has ofrecido, y te recordaré el resto de mis días.

Siempre serás para mí como un dulce sueño.

Te quiero

P.D.: Tu intrusa más querida.

Al finalizar todas las cartas, las guardé bien en un sobre, las precinté con un sello de cera, le puse el nombre correspondiente a cada una, y las dejé a la vista, encima de la mesa.

Tan solo me faltaba atar el último cabo: tenía que contactar con Fíonn Gormely, «el manitas de la casa». Fíonn Gormely se ocupaba de cualquier desperfecto que surgiera, tanto de fontanería como de carpintería; cualquier remiendo, por estropeado que se presentara, no se le resistía. Supongo que su maestría por la labor la adquirió rápidamente desde que, hacía ya muchos años, mis abuelos le habían ofrecido el trabajo, cuando Fíonn deambulaba por la calle pidiendo limosna en compañía de su gato atigrado, Persi. Fíonn estaría eternamente agradecido a mi familia ya que, desde entonces, pudo adquirir una modesta casa y se estableció con su mujer, Amber, y sus tres hijos. La alegría que difundía normalmente lo acusaba de ser el hombre más feliz del universo.

Llegué a la mesita del telefonillo, que yacía en uno de los pasillos más luminosos, abrí la agenda de contactos y di con el suyo, y marqué.

—Fíonn Gornely al habla.

—¡Hola, Fíonn! Soy la señorita Erwin.

—¡Hola, señorita Erwin! ¿En qué puedo ayudarla?

—Verás, sé que hoy es *Samhain*, pero me preguntaba si podrías venir a eso de las ocho.

—Pues... las carreteras estarán intransitables, pero creo que hay un atajo que podría coger. Sí, no se preocupe, señorita, iré. Solo dígame qué tendría que hacer.

—¿Sabes de la fuente que está en el patio, que frecuentaba mi abuela en sus años de vida?

—Sí, desde luego.

—Necesito que la destruyas, tanto si estoy presente como si no. A las ocho tienes que eliminar la fuente.

—Pero, señorita, ¿su abuelo está al tanto de esto?

—Fíonn Gornely, le pido que me haga ese gran favor —farfullé rotunda.

—Sin problema, señorita Erwin: eliminaré la fuente a las ocho en punto.

—Gracias, Fíonn. Cuento contigo.

Mi plan estaba a punto. Si decidía irme con Adham, debía eliminar la fuente para que el agua viajera no me trajera más de vuelta; y si me quedaba aquí, también debía destruirla para acabar con la tentación de consumirla y con ello, atentar tempranamente con mi vida.

La hora se aproximaba. Oí vociferar a don Gael mi nombre desde abajo. Ya estaban aquí, pero tenía que deshacerme de ellos antes de las ocho. Bajé las escaleras enérgicamente.

—¡Hola, abuelo!, ¡hola, Muriel! —Y decidí activar mis mejores dotes de actriz, comenzando por una pura angustia facial.

—¿Qué te ocurre, pequeña Erin? —Se acercó Muriel curiosa mientras empezaba a acariciarme el cabello.

—No, no es nada. Bueno, me he olvidado de comprar las gemas de la suerte que siempre, por tradición, traía mi madre para el día de *Samhain*. Pero no importa, sabía que llegaría el día en que, si mi madre no estaba, una tradición tan antiquísima como esta desaparecería —aclaré con clara congoja.

—¡Oh no, de ninguna manera! Gael, hemos de marcharnos—expresó Muriel.

—Pero ¿qué dices? Las carreteras estarán abarrotadas de gente.

—Conozco un atajo por el que solo nos llevará veinte minutos en llegar a la ciudad—insistió—. Además, tu querida nieta no se puede quedar sin sus gemas de la suerte en un día tan especial, ¿no crees?

—¡Aggghhh! Las mujeres y su tormentosa sensibilidad —refunfuñó entre dientes el viejo—. ¡Está bien!, pero démonos prisa.

Cogieron de nuevo su abrigo y, antes de marcharse, abracé a mi abuelo

fuertemente mostrándole mi secreta despedida.

—No te preocupes, querida, yo traeremos esas gemas..., pero no estés triste—dijo tierno acariciándome la cabeza, percatándose de mi desmesurada tristeza. Me sequé una fugada y desconsolada lágrima que había conseguido llegar rápidamente al despeñadero de mi barbilla, y asentí con la cabeza. Al salir, Muriel me guiñó el ojo y yo le sonreí.

Sí, era verdad que había estado sobreactuando para librarme de ellos, pero mi final aflicción por la posibilidad de no volver a ver a los míos era puro sentimiento.

Apenas quedaban veinte minutos cuando regresé a mi dormitorio y me tiré sobre la blanca y blanda colcha. Tenía que decidir mi destino de una vez por todas.

Entretanto, en el pueblo..., Fíonn armaba su pequeño coche de aparatosas herramientas para la aniquilación definitiva del manantial. Se subió al auto embutido y se puso en marcha y, cuando esquivaba a la muchedumbre en busca de una vía libre con las ventanillas bajadas, se encontró a Brian.

—¡Eh, Fíonn! Tienes que pasarte por mi casa, la tubería del baño ha reventado—le vociferó Brian en cuanto lo vio.

—De acuerdo, pero tendrá que ser mañana.

—¡Sí, por supuesto!, pero ¿quién es el indecente que te hace trabajar un día como este?

—No es ningún indecente. La señorita Erwin me precisa para derribar una fuente que tiene en el patio, así que tengo que marchar a toda prisa.

—¿Qué?, ¡espera!

Fíonn había encontrado una vía de escape y aceleró a toda prisa. Las masas se habían vuelto a juntar en cuestión de segundos, como si se tratara de una monstruosa mandíbula que acababa de engullir el pequeño y embutido auto del señor Gornely.

Brian estaba sobrecogido tras la noticia. Luchaba contra la muchedumbre, como si fuera un salmón en una fuerte cascada, en busca de su ansiado

rumbo. Si Erin destruía la fuente..., no podría volver jamás y, cuando descubriera que Adham estaba muerto, ella y el bebé estarían desamparados en el tiempo.

Se puso a correr en dirección a la casa de Erin; corría tanto que varias de las cosas que portaba en los bolsillos se cayeron al asfalto, pero no se detuvo ni siquiera a recogerlas. Lo único verdaderamente importante era detener el derrumbe del manantial mágico porque, si no, el amor de su vida estaría en grave peligro.

Mientras Brian corría, su histerismo le oprimía la respiración dificultando cada vez más la circulación del riego sanguíneo, pero su obcecación le impedía tomarse un descanso y lo estaba agotando íntegramente. Sabía que Fíonn llegaría mucho antes en coche y podía cometer la gran catástrofe.

No obstante, por fin divisó la casa y atravesó la gran verja escalándola sin detenerse. Sin apenas utilizar la fuerza, se bastó de su carrerilla para cruzar el umbral sin esfuerzo; más bien, pareció sobrevolarla como lo haría un clásico superhéroe de los cómics más vendidos.

La adrenalina convirtió a Brian en un ser inmortal anulando completamente sus capacidades para el dolor o para cualquier tipo de limitación. Atravesó la puerta de entrada del domicilio y subió los escalones, como si se tratara de una rampa, hasta que llegó al patio y lo irrumpió, deteniendo sus pies costosamente a causa de la increíble velocidad ejercida durante toda su carrera. Su respiración acelerada gozaba de repente de un parón para ralentizarse, pero sus ojos fueron los culpables de que esta enloqueciera de nuevo. No daba crédito al espantoso panorama que absorbían sus pupilas.

El patio desértico protagonizaba un gran cambio y era que la fuente central había sido destruida. El suelo era un baño de cientos de sus pedazos. El viaje había finalizado.

Brian, abatido, cayó arrodillado a la superficie mientras temblaba de pavor por la terrible desdicha que él mismo había originado a su gran amor.

«¿Qué será de la dulce Erin?». Sus lágrimas se despeñaban rápidamente

por su rostro como cristales de hielo, su rabia crecía inmensamente en todo su ser hasta que explotó ocasionando un gran grito de dolor en el cielo, que hizo retumbar los coloreados cristales de la vidriera que cercaba el patio.

—¡Ahhhhhh!

El eco estrepitoso se escuchó en los lugares más remotos del poblado, e hizo que cualquier habitante de la casa acudiera de inmediato al lugar del escándalo. Y de pronto, alguien tras él le puso la mano en el hombro. Al darse la vuelta, comprobó que su dulce Erin estaba a su lado.

La felicidad invadió el cuerpo de Brian aniquilando por completo su reciente pena, y creando una perpetua sonrisa en su semblante. Sin necesidad de mediar palabra alguna, la abrazó tan intensamente que casi traspasa sus carnes; acariciándose así, corazón con corazón, un efusivo beso fundió a la pareja en uno, como si aquel romántico contacto se tratara de un juramento eterno.

Capítulo 25

EL ENLACE Y EL ALUMBRAMIENTO

Mientras tanto, en el palacio de Kuwait, una carta aparecía de la nada desplomándose encima de la cama del príncipe, a la espera de ser descubierta. Aunque era imposible ser capturada por su dueño y destinatario...., probablemente, algún individuo de su séquito la encontraría.

En Cashel, todo el pueblo fue repentinamente informado de la boda que se celebraría entre Erin y Brian. La familia se mostró emocionada y encantada de que finalmente se formara tal enlace, aunque el padre de Brian era el único que se manifestaba reacio a la unión después de la dolorosa relación que había torturado tanto a su apreciado hijo, y no se personó.

El asombro fue mayor cuando descubrieron que en la boda se unirían tres personas en vez de dos, y era que la tripita de Erin había hecho evidente la noticia. Por motivos profesionales de Brian y la necesidad de que Erin finalizara el año lectivo en la facultad, la fecha de la boda se atrasó hasta llegar casi a fin de cuentas.

El esperado día llegó en una reluciente mañana de verano. El jardín de los Erwin resplandecía como un mar de radiantes colores; un intenso amarillo de decenas de San Pallari alegraba la vista del paisaje, el blanco puro de las orquídeas perennes mostraba una paz intensa, el romántico rosa de grandes orquídeas endulzaba el agradable mosaico, el sencillo lila de amor en la niebla envolvía de ternura y, como no podía faltar para acabar de completar el pintoresco escenario, todo estaba forrado de un suave y espeso manto verde de la mejor de nuestra tierra. Simplemente, aquel paisaje enamoraba los

sentidos de cualquiera pero, si se presenciaba un casamiento, mucho mejor. Una pequeña capilla de madera ubicada en el lado este del jardín representaba el lugar principal y más importante donde los enamorados sellarían por fin su promesa.

Lo que en principio iba a ser una ceremonia atestada por los lugareños que el señor Gael estaba dispuesto a invitar finalizó, por deseo de los novios, en una celebración discreta y acogedora solo para los más allegados.

Los invitados comenzaron a acomodarse en las sillas, que se posicionaron enfrente de la capilla. El ambiente era muy emotivo y alegre, se escuchaban risas en el aire, que se mezclaban con las aromatizadas fragancias desprendidas de las acicaladas señoras.

Cuando el gentío terminó de aposentarse, una épica música irrumpió en el lugar, tornando el momento como uno de los más mágicos de la historia, y Brian entró flamante, enfundado en un típico y elegante traje irlandés. Sus caracoles dorados enmarcaban el semblante más dichoso del mundo, y su ruda apariencia completaba el clásico traje a la perfección. Nervioso pero ansioso de que llegara prontamente el momento de ver a su gran amor recorrer el angosto pasadizo, Brian se concentraba plenamente en el horizonte más cercano.

De repente, el lírico ritmo cambió a uno más sonoro e imperial; la bella novia reaparecía, junto a su abuelo, caminando paulatinamente hacia su amado, mostrando altamente el don de la fertilidad con las anchas y transparentes capas de tul, que volaban como las lindas alas de una mariposa, y destacando una impresionante belleza mitológica, como si se tratara de una ninfa del bosque. Erin lucía su ondulado cabello color cereza con una preciosa corona de flores silvestres en tonos malva, que sujetaba la destellante libélula que Brian le había regalado en su primera declaración de amor. La naturalidad de la novia realzaba su bello rostro y representaba una clara prosperidad.

Juntos ya en el altar, los enamorados fijaban sus miradas entre ellos y apenas podían apartarlas para concentrarse en el discurso. El capellán

pronunció un vibrante sermón mientras ellos proseguían gozando de su contemplación. Hasta que llegó el momento de perjurar amor eterno.

Brian se volvió primero en busca del anillo, que lo custodiaba el cercano hombre que se encontraba tras él. El testigo no era nada más ni nada menos que Henri Lewis (el militar pescador); se habían hecho íntimos a lo largo de los últimos meses transcurridos, al igual que yo con su esposa Anna, que se hallaba sentada en la primera fila con una sonrisa jubilosa. Lo obsequió amablemente con el anillo que se sacó del bolsillo, mostrándose un tanto nervioso, a juzgar por su delatador pulso, y pronunció las esperadas palabras:

*Juro solemnemente que yo, Brian McCarthy Walsh,
te amaré hasta el resto de mis días
porque tú eres la luz que guía a mi ser
y sin ti mi universo sería oscuro.
Mi bella Erin, me tendrás hasta el infinito.*

Mis ojos se vistieron con caudalosas gotas que se fusionaban en las esquinas de los lagrimales a punto de deslizarse. Brian me depositó delicadamente la dorada alianza en el dedo, cambiando su risueño rostro por uno más serio y reflexivo, mientras dispersos y sutiles sollozos se escuchaban en el ambiente, pero yo seguía conteniendo el tipo, muy a mi pesar. Y me tocó el turno de jurar amor eterno.

Al igual que Brian, yo me giré en busca de la custodia de mi alianza. Mi querida Holly ya estaba con las manos en alza ofreciéndome, antes de pedírselo, el brillante aro. Lo cogí, y me dispuse a pronunciar el importante compromiso:

*Juro solemnemente que yo, Erin Erwin Lynch,
te amaré hasta el resto de mis días
porque gracias a ti conocí el amor verdadero
y, por mil mundos que recorriera, solo encontraría a uno como tú.
Gracias por tu paciente espera, que no tuvo fin;
tú y yo hasta el fin de la eternidad.*

Una húmeda lágrima cayó desplomada por la casta mejilla de Brian. Le coloqué el anillo con un ligero tembleque proveniente de mis dedos, mientras escuchaba un ascendente sollozo provocado por mi amiga Holly.

El capellán se acercó a nosotros y posó la mano de Brian sobre la mía, y anudó así un suave pañuelo de seda que sellaba nuestro matrimonio. Nos besamos felizmente, lo cual concluía la emotiva ceremonia, que había enternecido al más firme de los asistentes, incluso al señor Gael, que se ocultaba entre los torsos masculinos para no dar de qué hablar sobre su notaria sensibilidad.

La fiesta comenzó dando a los comensales un banquete digno de los Erwin y un festejo envidiable para cualquiera de los vecinos no invitados. Las caras juerguistas de los más modosos se atrevieron a asomarse al pronunciarse la alegre música, pese a que el tiempo se torció en mitad de la celebración, y nos vimos obligados a cobijarnos dentro de la morada para no estropear nuestros emperifollados trajes y peinados por la inesperada y densa lluvia. Pero el ponche y el champán no cesaron nuestro buen ritmo, que se mostraba, hacía tan solo unos instantes, con nuestros danzarines cuerpos en el jardín.

La celebración duró hasta la madrugada, teniendo que acompañar a más de un invitado ebrio a su residencia para evitar un indeseado accidente, sin contar la decena que ya se había alojado de improviso en la casa.

Tras solo unos días de nuestro enlace, el alumbramiento llegó a nuestras vidas. Todos estaban pendientes de Erin. Muriel, Rosali y el doctor Benjamin la acompañaban en su esfuerzo dentro del aposento. Solo Brian y el señor Gael aguardaban en el pasadizo a la espera de la buena nueva. Los gemidos de dolor penetraban por las paredes y se adueñaban de la angustia de los no presentes. Rosali entraba y salía del cuarto en busca de agua y paños limpios; cada irrupción en el pasadizo ocasionaba un sobresalto en el corazón de los dos varones, siendo más preocupante el del viejo.

Sin embargo, un mudo silencio perpetuó hasta que un estallido de lloros rompió el sordo momento. El bebé había nacido. Gael y Brian se dieron un impetuoso abrazo, surgido de la emoción, y permanecieron afanosos a que la

puerta se abriera de una vez.

Así fue: Rosali abrió la puerta conmovida, frotándose las lágrimas producidas por el maravilloso instante vivido, y con dispersas manchas de sangre que habitaban en su uniforme.

—¡Pasen, pasen! —musitó impaciente.

Se acercaron al lecho, donde Erin se rodeaba de las ayudantes manos de sus sanadores, que gozaban de un dichoso semblante. Erin, con el rostro claramente agotado por el esfuerzo, sostenía al bebé, que estaba cubierto por una sábana. Destapó su cabecita con ternura para el deleite de los recién llegados. La sorpresa irrumpió tanto en el señor Gael como en Brian. El niño se caracterizaba por un denso cabello oscuro de forma ensortijada, y por grandes ojos profundos del color negro anochecer; también mostraba una peculiar mancha próxima al ojo derecho.

—¡Felicidades! Es un niño precioso —anunció el señor Gael a su consumida pero frenética nieta; se agachó y le dio un cariñoso beso en la frente.

—Gracias, abuelo —respondió atenuada.

Al dar media vuelta para retirarse, dio un par de palmadas en la espalda de Brian. Y Brian se acercó a ella, acomodándose a su lado.

—¿No es precioso?

—Sí, claro que sí, ¡Felicidades, cariño, lo has hecho genial!

La habitación ya había sido desalojada para salvaguardar la privacidad de la familia. Ambos estuvieron conversando durante un rato, pero el agotamiento de la estrenada madre decidió que ya era hora de un merecido descanso.

—Toma, llévate a nuestro pequeño. —Y liado en las ropas, Erin ofreció al somnoliento bebé a los brazos de su padre.

—Está bien, ahora descansa. —Y al reconducirse a la puerta, Brian se volvió con la necesidad de resolver una pequeña duda.

—¿Sabes cómo lo quieres llamar?

Erin ya estaba medio dormida pero, al escuchar la bonita cuestión, sonrió y le aclaró gustosamente:

—Dýnami, se llamará Dýnami. —Y al pronunciar las palabras requeridas, se dejó llevar por su inevitable y reparador sueño.

Unos ojos malevolentes enfocaron al pequeño bebé que, entre sus brazos, ya yacía dormido.

—No te preocupes, cariño mío, yo me encargaré de él... —susurró un Brian con las pupilas dilatadas, con la misma mirada que la luna había asegurado culpar una noche.

«Pero... ¿qué será de Dýnami ahora?».

FIN

Si te ha gustado
Secretos bebidos en el agua
te recomendamos comenzar a leer
Las orillas del pasado
de Ana Guevara

ANA GUEVARA

*Las orillas
del pasado*



SELECCIÓN

Ficción contemporánea

—¿Cómo es posible? ¿Cómo he podido ser tan idiota? Y mira que se veía venir, que todo el mundo me lo decía, pero yo pensaba que esta vez sería diferente, que conmigo se portaría mejor que con las otras. ¡Mira que soy ingenua a veces!

Marta se hacía estas reflexiones en voz alta mientras conducía por la autovía de Madrid a Cartagena. Las gasolineras y mesones pasaban unos detrás de otros rápidamente a ambos lados de la carretera dejando una estela de vacío a su alrededor. Tras varios años trabajando sin descanso había decidido pedirse seis semanas de vacaciones para aclararse las ideas. Bueno, sería más justo decir que no tuvo otra opción, los responsables de la cadena fueron bastante tajantes al respecto, su situación sentimental estaba haciendo mella en el *share*, y eso no se podía permitir. En un primer momento las audiencias aumentaron porque a todo el mundo le gusta conocer las miserias de los demás, pero después, viendo que Marta no entraba al trapo y seguía con su vida como si no hubiera pasado nada, la gente perdió el interés y se pasaron a ver otros programas donde daban más carnaza y ahondaban más en las desgracias ajenas.

Porque ya es malo que tu novio te sea infiel, pero es peor ser portada de todas las revistas y tema de discusión en varias televisiones. Pero claro, eso es lo que pasa cuando «tu novio» es un jugador del Real Madrid y «tú» eres presentadora de un programa de cotilleo de máxima audiencia.

—No, no es culpa mía, no es que yo sea idiota, es que él es un cabrón. Y esa rubia con la que estaba... Prefiero ni pensarlo, porque no creo que pudiera decirle cosas demasiado bonitas. ¡Valiente pécora! —Sacudió la cabeza al decir esto y su larga melena morena se movió al compás.

Instintivamente, mientras conducía, pisó el acelerador, como si quisiera atropellar esos sentimientos, pero en seguida se dio cuenta de lo que estaba haciendo y volvió a levantar el pie. Lo último que necesitaba ahora era un escándalo por exceso de velocidad. Suficiente mal estaban ya las cosas como para encima volver a ser portada de nuevo. Los kilómetros volaban mientras ella se dirigía a su ciudad natal. Volver siempre la reconfortaba porque veía a

su familia y se reencontraba con sus amigos, pero esta vez todo era diferente. No le apetecía encontrarse a nadie pues veía la pena, la piedad o incluso el sentimiento de que ella solita se lo había buscado en los ojos de los demás. Su novio, «exnovio» se corrigió mentalmente, era un mujeriego empedernido antes de conocerla a ella, y por lo que reflejan las últimas ediciones de las revistas del corazón, después de conocerla siguió con sus antiguas costumbres a pesar de prometerle que cambiaría. Sintió de nuevo ganas de acelerar con lo que trató de distraerse poniendo uno de sus CDs favoritos en el reproductor del coche.

—Venga chicos, cantadme un poco. —Y subió el volumen de la radio, con la música alta no podría escuchar sus pensamientos. Y se dejó invadir por el ritmo de One Republic. Y con los acordes de *Counting Stars* se sumergió en una conducción intranquila hacia su ciudad natal.

—Muy bien, esto ha estado tranquilo estos últimos días, pero eso no significa que nos tengamos que dormir en los laureles.

—Entendido, jefe.

—¿Seguro? Porque tienes cara de no estar despierto todavía —le recriminó el inspector Martínez a su subalterno mientras lo miraba de reojo.

—Claro que sí, aunque no negaré que necesito un café —respondió Raúl al tiempo que iba derecho a la cafetera de la oficina. Movié su metro ochenta y tres de estatura con gracia y se sirvió una generosa taza de café con dos azucarillos.

El ambiente en la brigada de la Policía Judicial era bastante relajado ese lunes por la mañana. La luna llena había pasado y ahora tenían por delante una semana que se antojaba más tranquila que la anterior. Es un dato curioso y mucha gente no se lo cree, pero las estadísticas están ahí, cuando hay luna llena, los crímenes se disparan. Cada uno de los miembros se dirigió a su mesa, pues siempre había trabajo que hacer, aun cuando parecía que la situación estaba calmada. La brigada de la Policía Judicial tenía una parte de la tercera planta para ellos, las mesas estaban alineadas junto a los grandes

ventanales para aprovechar al máximo los trescientos días de sol al año de los que orgullosamente presumía Cartagena. Era un ambiente que conjugaba perfectamente lo moderno con lo funcional. Al fondo, tras una puerta de cristal al ácido, se encontraba el despacho del jefe de la brigada.

El «jefe» era el inspector José Antonio Martínez, aunque sus subordinados le llaman *Horatio* a sus espaldas por su parecido con el jefe de C.S.I Miami. Nada más poner un pie en la puerta de la comisaría para salir a la calle, sacaba de un bolsillo del uniforme sus gafas de sol espejadas, para deleite de su equipo, que se reía a escondidas. Rondaba los cincuenta, aunque nadie sabía con exactitud qué edad tenía y ninguno había osado nunca entrar en la base de datos nacional para comprobarlo. Tenía el pelo castaño claro salpicado de innumerables canas y unas arrugas bordeaban sus ojos dándole un aspecto de sabio consejero. A pesar de su edad, se mantenía en forma y sus amplios hombros quedaban ceñidos dentro de los jerséis de hilo que solía llevar.

Horatio había conseguido formar un buen equipo con el paso de los años. Eran personalidades muy distintas, pero que cuando se juntaban trabajaban estupendamente.

En la brigada podíamos encontrar a Pilar, o mejor dicho, *la Pili*, la secretaria de la unidad que ponía un punto de humanidad y de sentido común al equipo. Era un poco bruta hablando, pero con un corazón de oro, aunque a veces sus modales no lo demostrasen. Una mujer que de joven fue realmente guapa y que ahora aún conservaba parte de su atractivo aunque estuviera más regordeta y el tiempo no hubiera pasado en balde. Es amable y dicharachera y se comporta como la madre de todos los de la brigada. Pablo Romero, uno de los mejores investigadores, tranquilo, tímido y sereno, pero a quien no se le escapaba una. Cuando no se encuentra trabajando aprovecha para salir a navegar pues es un apasionado de la vela. Susana Gutiérrez, la chica del equipo, parecía una princesita porque era delgada y con carita de niña buena, pero era una de las personas más duras de toda la unidad. Se giró a mirar por la ventana y el sol extrajo reflejos color oro de su cabello rubio. Tecleaba a

gran velocidad un informe en el ordenador con sus largos dedos de color porcelana. Y por último tenemos a Raúl Albaladejo, que aún estaba apoyado de espaldas en la mesa de la cafetera. No pudo reprimir un bostezo cuando finalmente cogió su taza y se la llevó a su mesa. Este era una mezcla entre Sonny Crockett y Austin Powers, siempre de buen humor, con la palabra justa para hacer sonreír a todo el equipo. Su altura y su envergadura evidenciaban su pasado como boxeador semiprofesional. Unos ojos verdes como la menta que se le echa a un té moruno y una sonrisa con blanquísimos dientes son su seña de identidad. Le cuesta tomarse la vida en serio, pues tiene muy claro que no va a salir vivo de ella, por eso siempre bromea y su buen humor se acaba contagiando a todos los miembros del equipo.

Llevaban unos años trabajando juntos, y habían conseguido resolver algunos casos bastante interesantes. Uno, de hecho, fue hace unos años, cuando pillaron a un asesino en serie que estaba trabajando en Cartagena y que llenó el litoral de asesinatos rituales con una cuidada a la vez que macabra puesta en escena. Fue una noticia que catapultó al equipo de *Horatio* a lo más alto. Fueron portada de todos los periódicos y concedieron varias entrevistas en la televisión nacional pormenorizando los detalles del caso y cómo fueron capaces de resolverlo para encontrar al asesino. Desde entonces, y gracias a Dios, habían tenido casos más sencillos. Nadie quiere vérselas con un asesino en serie todos los días.

El jefe se encaminó tranquilamente hacia su despacho pasando su mirada despacio por sus subordinados. Se rascó la sien de forma automática con el pulgar de la mano derecha pensando que esta calma es la que precede siempre a la tormenta. Al llegar a su mesa se sentó disgustado en la silla, tenía un mal presentimiento, las cosas iban a ponerse feas de un momento a otro.

—Va a salir mal. No puede salir bien.

Ella murmuró las palabras, casi susurrando, con el miedo dibujado en las comisuras de los labios y en sus profundos ojos castaños. La habitación

estaba casi en penumbra, una pequeña ventana con la persiana hasta la mitad dejaba entrar unos rayos de sol que parecían aletargados y faltos de vida. La luz se reflejaba en la pintura color pastel de las paredes y se escurría hasta bañar suavemente los muebles que cubrían las paredes de la habitación. Estaban sentados en una cama con un cabecero de madera maciza rematado por querubines regordetes. A ella nunca le había gustado esa cama, le había inspirado desconfianza y algo de aprensión el hecho de tener que dormir bajo la mirada de esos niños ángeles. Él se había reído de ella aduciendo que eso no eran más que tonterías y ella había acatado sus órdenes, como siempre hacía, pues él era lo más importante de su vida. Fue él quien consiguió sacarla de aquel horrible barrio y ofrecerle una vida más o menos de verdad.

—Deja de decir eso, ya está hecho y no podemos volver atrás. Hicimos lo que teníamos que hacer para salvar el pellejo, ahora ya no es nuestro problema.

Él trataba de mantener la calma, aunque por dentro era un hervidero de sensaciones encontradas. Miraba al techo distraído intentado que ella no se diera cuenta. Le costaba admitir que ella pudiera tener razón, aunque eso pasaba bastante a menudo. Recordó la vez que le dijo que no le gustaban los ángeles regordetes del cabecero de la cama, él se había reído de ella y sin embargo, con el paso del tiempo, él había comenzado a detestarlos también. ¿Podría tener ella razón ahora también como ya la tuvo con los querubines?

—Siempre será nuestro problema, ¿es que no lo ves? —preguntó ella, apelando a su humanidad, reconectándolo con su lado bueno. Él estaba decidido, no daría su brazo a torcer y las cosas se harían a su manera.

—Veo que te estás comportando como una histérica, que si sigues así nos pillan fijo. Así que cierra la boca y trata de parecer tranquila.

No le gustaba la idea, pero no sabía qué otra cosa podían hacer. Ella respiró hondo, se concentró en su respiración, en sentir cómo el aire entraba y llenaba sus pulmones lanzando el diafragma hacia abajo. Luego, muy despacio, exhaló el aire, lo fue soltando poco a poco. Repitió esta operación varias veces, aire dentro y luego fuera, hasta que consiguió calmarse. Se

ajustó la falda, sacó una de sus mejores sonrisas y decidió salir a enfrentarse a la vida con la mentira que les había tocado vivir.

Paso rápidamente a ver a su madre y a recoger la llave de la casa de la playa. Su madre no dijo nada, pero tenía la frase «te lo advertí» escrita en la mirada. Era una mujer prudente, y sabía que su hija estaba pasando por un mal momento, así que decidió no añadir más leña al fuego; pero Marta sabía que le tocaría una charla con ella tarde o temprano. Prefería que fuera tarde, su madre siempre acababa ganando ese tipo de discusiones. Se montó en el coche y el espejo retrovisor le devolvió unos enormes ojos color avellana, detrás de ellos su madre seguía en el porche con los brazos cruzados y los labios apretados. Se despidió con un gesto de la mano que su madre le devolvió segundos antes de darse la vuelta y meterse en la casa. Se marchó dejando un rastro de perfume en el ambiente y un murmullo de ropa almidonada tras de sí. Terminadas las formalidades con su madre, se dirigió rumbo a la casa que sus abuelos tenían en la playa.

—¡Maldita cerradura! Sí que tiene que hacer tiempo que nadie la usa porque está atascada —se lamentó en voz alta mirando alrededor por si había alguien capaz de echarle una mano. Trató de girar la llave al mismo tiempo que empujaba con el hombro y, tras un momento de indecisión por parte de la puerta, las bisagras cedieron y esta finalmente se abrió.

El olor a polvo era bastante insoportable, así que no perdió ni un segundo y lo primero que hizo al entrar fue abrir todas las ventanas y dejar que el aire marino inundara la casa. Miró alrededor contenta, no era el Palacio de Buckingham, pero para seis semanas podría bastar.

Su madre le había dado la llave de la casa de verano de sus abuelos. Desde que ella y sus primos crecieron apenas la usaban. Su hermano la debe haber utilizado en alguna ocasión para pasar un fin de semana con sus amigos, pero eso era todo. La casa seguía teniendo esos horribles muebles que recordaban de forma muy directa a los ochenta con estampados imposibles y tejidos más imposibles todavía. Decidió dejar la maleta en la entrada y sacar el portátil.

Tuvo que apartar un búho hecho con conchas y una caracola de escayola de la mesa delante del sofá para poder hacer sitio. La funda de flores del sofá estaba polvorienta, se dijo que debería poner una lavadora si no quería morir de un ataque de asma. Además, tendría que pasar por la tienda a comprar algunas provisiones, porque salió corriendo de Madrid y solo llevaba consigo medio paquete de Chips Ahoy y varias latas de Coca Cola light.

Ya se dedicaría a todo eso más adelante, ahora no tenía ni las ganas ni el coraje de ocuparse de algo tan mundano. Sintió una presencia a su lado y Loken se echó a sus pies. Era el labrador dorado que el futbolista le había regalado cuando empezaron a salir. Él ya podía ponerse como quisiera, pero el perro no se lo pensaba devolver.

—Venga, vamos a darte de comer, chico guapo. Tú al menos no me traicionarás. —Le puso algunas de sus croquetas en su plato y aprovechó para salir al porche a respirar el aire salado.

Sus abuelos tenían una casa enfrente de la Playa de Levante en Cabo de Palos. Era una pequeña construcción de paredes encaladas, con una puerta que en otra época fue de un azul muy vivo, y ahora era una mezcla de azul oscuro y gris. Hacía años que no entraba en esa casa y le sorprendió lo poco que había cambiado. No se puede decir lo mismo del entorno, antes había pequeñas chalés como los de sus abuelos a un lado y a otro, ahora había chalets muy lujosos, varios con piscina y todo. Siempre pensó que era un estupidez tener piscina teniendo el mar justo delante. ¡Y qué mar! El Mediterráneo, fiero y tranquilo, profundo y antiguo. Era algo que había echado muchísimo de menos en Madrid, allí no hay mar. No se había dado cuenta de lo mucho que lo añoraba hasta que volvió a tenerlo delante. Cerró los ojos un instante saboreando el salitre del aire y dejándose mecer por el arrullo constante de las olas.

Salió un poco al paseo marítimo, a la izquierda se veía la Manga, con sus monstruosas construcciones que se abarrotaban en verano de turistas ávidos de un trozo de arena y de unas cuantas olas. Estábamos en pleno mes de abril, ya había pasado la Semana Santa y el tiempo había refrescado un poco, con

lo que no había turistas, la Manga estaba prácticamente desierta. Si miraba a la derecha ahí estaba el faro. Su abuelo siempre le contaba la historia del faro y ella lo miraba fascinada mientras representaba la construcción y cambiaba las voces para ser unas veces el farero, otras el rey y otras un pirata berberisco. El faro fue al principio una torre de vigía que se construyó en el siglo XVI para defenderse de los piratas, pero siglos después, en el XIX, fue demolida, y sus sillares se emplearon en la construcción del nuevo faro. «Los cartageneros no olvidamos nunca nuestra historia, la reciclamos y la volvemos a integrar en nuestras vidas», le había dicho su abuelo una vez.

Entró de nuevo en la casa, cogió la correa de Loken y una chaqueta, saldrían a dar un paseo. Le sentaría bien caminar por la playa desierta. A Loken le volvía loco la arena. Es curiosa la atracción que ejerce el mar en un perro nacido en Madrid, cuando estuvo de vacaciones en la costa con el futbolista...

—No, no vamos a pensar en él, ¿verdad, Loken? Ahora vamos a pensar solo en nosotros.

Y dicho esto, bajó los escalones que separan el paseo marítimo de la playa. Loken salió disparado a meterse en el mar, pero nada más tocar el agua con las patas dio media vuelta. Por lo visto no estaba preparado para la temperatura del agua en abril. Estuvo tentada de quitarse los zapatos y pasear descalza por la arena, pero al ver la reacción de su perro se lo pensó mejor, no parecía sensato andar descalza en pleno mes de abril, por muy en la costa mediterránea que se encontrara. Suspiró y se dispuso a dejar su mente vagar perdiéndose en el murmullo de las olas y la brisa mediterránea.

—¿Cómo has visto a la niña?

—Estaba bien. Me la esperaba más triste, más deshecha, pero supongo que ya no es nuestra pequeña. Ya se ha hecho una mujer, podrá lidiar con esta ruptura —lo dijo con la boca pequeña, pues no quería preocupar a su marido, aunque ella tampoco estaba muy convencida de sus palabras. El rápido encuentro con Marta solo había servido para dejarla aún más intranquila,

desaparecer durante seis semanas en Cabo de Palos no le parecía la mejor solución al problema, ella hubiera preferido que se quedara con ellos en casa. Así podría consolarla como cuando era pequeña y venía buscando refugio en su regazo tras caerse del tobogán y hacerse un rasguño.

—No es solo una ruptura, es el escarnio público, es salir en prensa, en que tu nombre se asocie a un malnacido que no tiene huevos para ser un hombre de verdad. —Fernando, el padre de Marta, siempre había sido muy temperamental, sobre todo con los asuntos que atañían a su hija.

La pareja estaba hablando en la cocina de la casa de los padres de Marta. Era un dúplex con jardín que se encontraba en uno de los barrios de la periferia cartagenera donde últimamente había habido una gran expansión inmobiliaria amparada por la ya célebre burbuja del ladrillo. Ellos fueron de los primeros en comprar, antes de que los precios se dispararan y se volvieran prohibitivos para la mayoría de los mortales a menos que quisieran ver sus destinos enlazados con el del banco al menos en treinta años. Así que bien podían decir que habían sido afortunados.

La cocina la habían ido ampliando con el paso de los años ganándole terreno al patio que, desde que se fueron los hijos, ya apenas utilizaban. Era una estancia bastante amplia con una gran mesa de comedor donde reunían a la familia para las grandes ocasiones y electrodomésticos metálicos de última generación que daban un aspecto un tanto industrial a un espacio moderno pero hogareño.

—Vale, Fernando, vale. Yo también estoy cabreada, ese futbolista no me gustó nunca, pero es a quien Marta eligió, así que no nos quedaba otra que aguantarnos. —De nuevo dijo esto para calmar a su marido, no porque realmente lo pensara—. Además, tú conoces a tu hija, sabes que si le hubiéramos dicho que no nos gustaba, se hubiera comprometido con él, se hubieran ido a vivir juntos o cualquier cosa similar. Ya la conoces, es una cabezona que no soporta que le digan cómo tiene que hacer las cosas. No se puede negar que es hija tuya —dijo señalándole con el dedo de forma acusadora.

—No sé de qué me estás hablando, mujer. —Y le dedicó a su esposa una sonrisa sincera. ¡Qué bien lo conocía Irene! Más de treinta años de matrimonio, con sus altos y sus bajos, evidentemente, pero aún seguían teniendo esa complicidad propia de los primeros años de matrimonio. Fernando se levantó pesadamente de la silla de cocina en la que estaba sentado, los años no estaban pasando en balde y ya comenzaban a resentirse sus rodillas si pasaba demasiado tiempo en la misma posición. Se acercó a su mujer y la abrazó por detrás dándole un beso en el cuello.

—Vamos a darle tiempo para que se instale, y el fin de semana la invitamos a casa a comer paella. Se lo podemos decir a su hermano también y nos reunimos todos —dijo Irene ilusionada.

—Los vecinos van a pensar que es Navidad, porque solo en esa fecha nos ven a todos juntos comiendo en casa —añadió Fernando con una sonrisa irónica que no solo se quedó en los labios, sino que subió decidida hasta sus ojos.

—¡Eres imposible! Ya sé de dónde ha sacado la niña eso también. —Pero no pudo evitar sonreír, pensando que su marido tenía razón. Hacía ya varios meses que no se juntaban todos, el trabajo de Marta en Madrid le dejaba poco tiempo libre y, cuando tenía unos días de descanso, solía irse con su novio de turno o con sus amigas. Es una vida que a ella le costaba trabajo comprender, pero que tenía que respetar. Además, ahora estaba aquí, su pequeña ha vuelto a Cartagena, seguramente será sólo cuestión de tiempo que deje la cadena de televisión para sentar cabeza aquí. O al menos, con eso soñaba Irene cada noche.

Le dejaría unos días para que se instalase con tranquilidad en la casa de la playa, y después la llamaría para proponerle la comida. Sin más dilación, se puso a hacer mentalmente la lista de la compra anotando todo aquello que necesitaría para una auténtica paella familiar.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Pablo mirando por encima del hombro de su compañera el papel que ella sujetaba en la mano.

—Un folleto sobre apartamentos de vacaciones, estoy pensando irme unos días en el puente de mayo. —Susana lo dijo mitad hablando mitad suspirando de ganas.

—¿Y se te ha ocurrido ahora? Ya tiene que estar todo pillado desde hace meses.

Pablo apenas levantó la vista del informe que estaba leyendo, se pasó la mano por el pelo castaño y se ajustó las gafas de pasta con un dedo apoyando sobre el puente de la nariz. Siempre había sido el más cerebral del equipo, y no es algo que comenzara en la edad adulta, ya siendo un adolescente siempre había sido el más responsable de su pandilla. Era analítico y eso lo hacía en ocasiones parecer frío o insensible, cuando en verdad solo era una fachada protectora tras la que esconder su más que evidente timidez. Nunca había destacado en los estudios ni en los deportes, siempre había estado en el medio, bien protegido dentro de la masa, destacar no era su punto fuerte. Su pelo castaño caía en mechones desiguales sobre las gafas, que ocultaban unos ojos color miel llenos de inteligencia.

—Tú y tu manía de ser tan realista, Pablo. Déjame que disfrute pensando en que puedo pasarme unos días tranquila alejada de esta comisaría, y ¿por qué no decirlo? ¡De todos vosotros! —Les guiñó un ojo a sus compañeros mientras añadía esto último y los señalaba con el dedo.

—Vaya, princesita, no sabía que ahora te caíamos mal —rio Raúl desde detrás de su mesa.

—Os quiero con locura, pero eso no significa que no quiera un poco de tiempo para mí.

—¿Solo para ti? ¿No hay nadie que quieras que te acompañe? —añadió Pili, sumándose a la broma general.

—Si no tienes a nadie, sabes que yo me ofrezco voluntario, no imagino mejor plan que pasar un fin de semana con una belleza como tú. —Raúl le soltó una sonrisa de galán al tiempo que le guiñaba lascivamente un ojo.

—Bueno, dejadlo ya todos. En especial tú, Raúl —y apuntó airada con el dedo a su compañero, aunque no dejó de sonreír.

—Como el jefe nos pille hablando de vacaciones y de bellezas en vez de adelantando informes se nos va a caer el pelo a todos. Así que, chicos, a trabajar.

—Pablo, eres un cortarrollos... —masculló Raúl pero, dicho esto, se sumergió en sus papeles con cara de extrema concentración.

Susana echó un último vistazo al folleto promocional que había recibido en el buzón de casa y que había decidido conservar en vez de tirarlo directamente a la papelera de reciclaje. Es verdad que no tenía nadie especial con quien compartir su vida en ese momento, pero eso no implicaba que no pudiera pasar unas vacaciones divirtiéndose lejos de casa. Se le ocurrieron varios nombres de amigas que estarían interesadas en hacer el viaje con ella, nada de novios, solo chicas. La idea la hizo sonreír y pensó en ese viaje como en un capítulo de Sexo en Nueva York, beberían martinis y criticarían a los hombres. Ya había llegado a esa edad en la que irremediablemente empiezas a preguntarte cuánto tiempo le queda a tu arroz antes de pasarse. No es que tuviera unos sentimientos maternales demasiado fuertes, pero imposible no darse cuenta de que en las bodas de sus amigos con los que compartió instituto la mesa de los solteros se iba empequeñeciendo peligrosamente y ella aún no había dado el salto a la mesa de los casados, o al menos, a la de los que tenían pareja. Aun así, no lamentaba su vida, le gustaba su trabajo, sus compañeros de equipo, y no lamentaba casi ninguna de las decisiones que había ido tomando a lo largo de los años.

Sí, un viajecito con las amigas le sentaría de maravilla, sería como en los viejos tiempos, solo chicas con ganas de pasárselo bien y de olvidar sus problemas, que para unas eran no tener aún pareja y para otras no tener casi tiempo libre justamente por tener una pareja estable.

—No ha ido tan mal, ¿no crees?

—He hecho lo que he podido, he sonreído, he respirado, y sobre todo, no he confesado lo que habíamos hecho.

Ella lo miraba con infinita ternura, sabía que todo lo que había hecho era

por los dos, por salvarlos, por encaminarlos hacia una vida lejos de la miseria que habían conocido en sus primeros años. Además, él estaba tan guapo cuando se ponía serio... Tenía la piel morena y la mandíbula fuerte y masculina que servía para encuadrar un rostro viril y unos preciosos ojos verdes.

A ella lo que más le gustaba eran sus brazos, con los músculos bien contorneados fruto del trabajo duro y de levantar pesas en casa cada noche antes de acostarse. Sus manos eran fuertes, con las palmas ásperas propias de aquellos que han tenido que ganarse la vida a fuerza de esfuerzo y trabajo. No le sobraba ni un gramo de grasa, la piel se pegaba a sus músculos dibujándolos debajo de la camisa azul celeste que ahora llevaba remangada justo por encima del codo.

Una sombra cruzó por su mirada antes de que añadiera en tono cansado:

— ¿Ya estamos otra vez con eso? No tuvimos más remedio. No le des más vuelta, por favor. Ahora ven aquí, sé una forma de que pares de pensar en eso

La atrajo con suavidad hacia sí y comenzó a acariciarle la nuca. A él también le estaba costando trabajo dejar de lado lo que había pasado, pero no iba a permitir que ese pequeño *percance*, como él lo llamaba, influyera en sus planes. No iba a volver a prisión, eso podía jurarlo. Además, sentía que esos horribles querubines no dejaban de mirarlo y de juzgar todo lo que había hecho en el pasado.

—Está decidido —dijo en voz alta sobresaltándola un poco—. Mañana tiramos esta cama a la basura y nos compramos una nueva. No prepares nada para mañana por la tarde que vamos a ir al Ikea a comprar algo que pegue más con nuestro estilo y que no tenga niños rechonchos en las esquinas.

Ella sonrió y le besó suavemente en los labios. Se acurrucó un poco más en el hueco de su pecho y apoyó la cabeza contra él sintiendo los latidos de su corazón al compás de su respiración. Notaba su pecho subiendo y bajando al tiempo que el corazón martilleaba sin descanso bombeando sangre hacia todo el cuerpo. Él siempre conseguía hacerle olvidar todo lo malo que había en su vida solo con unas cuantas palabras.

Loken se lo estaba pasando pipa. Iba lleno de arena, desde las orejas hasta la punta de la cola y apenas se apreciaba el color dorado de su pelaje bajo la montaña de arena que lo cubría. Había escarbado un hoyo enorme y luego se había revolcado en la arena, había vuelto a intentar meterse en el agua, pero había recapacitado en el último momento y había corrido playa arriba y abajo. Ahora parecía entretenido olisqueando un montón enorme de algas que estaba a unos cincuenta metros de donde ella se encontraba. Marta lo miraba divertida, cómo podía pasárselo tan bien con tan poco. Empezó a ladrar y a gruñir al montón de algas y ella no pudo retener una sonrisa. La playa estaba desierta, estaban solo ella, su perro y el mar. El cielo estaba de un azul claro y limpio y el Mediterráneo se reflejaba más bonito que nunca. La arena se hundía con cada uno de sus pasos dejando pequeñas marcas de la suela de sus deportivas.

Se paró y se puso a dibujar un círculo con el pie, dejó la mente en blanco y se transportó a los años noventa, a cuando venía a pasar los veranos con sus abuelos, su hermano y sus primos. La casa se llenaba de voces de niños, y de olor a pescadito frito que hacía su abuela en el porche bajo el gran alero de madera blanca y azul. Por las tardes bajaban a la playa y se pasaban horas jugando en la arena. Jugaban a saltar las olas, y a hacer carreras de natación, había que llegar hasta la boya y volver y, sobre todo, había que esquivar todas las medusas. Sí, ahora que estaba aquí lo recordaba con increíble claridad. Hacían concursos de castillos de arena con los niños de las casas vecinas, y salían a buscar conchas para decorar las almenas, y con palos de polo hacían el puente levadizo. Pero eso fue hace muchos años, antes de dejar Cartagena para irse a Madrid, antes de que el futbolista entrara en su vida. De repente se levantó un poco de viento y le dio un escalofrío, deberían ir volviendo a casa si quería lavar al perro antes de pasarse por el supermercado y comer a una hora decente.

—¡Vamos, chico, es hora de volver a casa! —gritó y el viento arrastró lejos sus palabras.

Pero el labrador no le hizo caso, siguió dando vueltas alrededor del

montículo sin parar de gruñir y ladrar.

—¡Venga, Loken! No te hagas de rogar, vámonos a casa que tenemos que bañarte.

El perro la miró durante un segundo, y luego volvió a ladrarle a las algas.

—Está bien, iré a por ti. Veo que hoy nos hemos levantado un poco rebeldes. —Y dicho esto, comenzó a andar en dirección al perro con la correa en la mano para poder llevarlo hasta casa.

Al llegar junto al perro trató de ponerle la correa pero él empezó a ladrar y a correr alrededor de las algas. Era un montículo de tamaño considerable y con un fuerte olor a algas en descomposición, seguramente había sido arrastrado por la marea de la noche anterior pues según le había contado su madre, llevaba dos días haciendo mucho viento y el mar andaba bastante revuelto. Por supuesto, terminó diciendo que tuviera cuidado si decidía bañarse pues las corrientes son fuertes en esta época y dado que estamos en temporada baja no habría nadie en la playa que pudiera socorrerla si se ahogaba. Su madre siempre había sido una agorera de primera categoría, y Marta tuvo prácticamente que jurarle que no se bañaría en el mar, algo que estaba claro que no pretendía hacer, ya que el agua fría del mes de abril no era algo que la tentara especialmente.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Hay algo en ese montículo? Seguro que es un pez o un pulpo y ahora sí que va a apestar la casa cuando volvamos — dijo dirigiéndose al perro directamente.

Se acercó para mirar más de cerca y vio a lo que Loken le había estado ladrando. No era un pez, y desde luego no era un pulpo, era una mano. Retiró con cuidado las algas para descubrir un cuerpo bajo el montículo.

—Bien, si queríamos pasar desapercibidos hemos empezado con mal pie, chico. Al menos sé exactamente a quién debemos llamar.

Sacó su móvil y marcó el número de una de sus mejores amigas, era una pena no llamar para ponerse al día y saber más sobre su vida, sino para decirle que su perro acaba de encontrar un muerto en una playa mientras ella trataba de que nadie supiera que estaba en Cartagena.

—Desde luego, Loken, mi vida se parece cada vez más a un libro de Jardiel Poncela.